



Bestiario 3

Comentario [LT1]:

Del Caribe a la Clementine

Stephen Baxter

El camino a las estrellas empieza en las profundidades del océano.

Stephen Baxter

Stephen Baxter escribe ciencia ficción que es extrapolada del conocimiento corriente. Su última novela es Time (HarperCollins).

Estamos en el año 2020. La Clementine, una nave minera de la Tierra, se aproxima a un asteroide cercano al planeta, una montaña volante de agua helada y materia orgánica. Se espera que los asteroides ricos transformen la economía del planeta.

En cuanto la nave contactó suavemente con el polvo del asteroide, la piloto comunicó el éxito de su misión a los controladores de la Tierra. Es una astronauta que puede navegar a través del espacio, manipular su medio ambiente y controlar maquinaria compleja. Pero no es humana. Es un miembro de la especie *Sepioteuthis sepioidea*: un calamar de los arrecifes del Caribe, o mejor dicho, un descendiente genéticamente mejorado de un calamar natural. Su aerodinámico cuerpo con forma de torpedo es ricamente abigarrado en negro y naranja ardiente. Aletas como alas se rizan elegantemente a lo largo de su cuerpo. Su cabeza está coronada por un pico y rodeada por brazos parecidos a aletas, y tiene dos ojos saltones azul verdosos bordeados de naranja.

Ojos extraños. Inteligentes.

La idea de calamares en el espacio habría parecido fantástica para los seguidores de los primeros astronautas. Pero la lógica que ha permitido el primer piloto cefalópodo desde el Caribe a la Clementine ha demostrado ser inevitable.

Se sabía desde hace varias décadas que los calamares son moluscos extremadamente inteligentes, con funcionalidad equivalente a la de los peces. Eran depredadores muy eficientes, capaces de navegar y cazar en tres dimensiones. Tenían brazos que podían manipular, usándolos, por ejemplo, durante el apareamiento. Tenían sentidos basados en la luz, el olor, el gusto, el tacto, el sonido, la gravedad, la aceleración, y quizás incluso sentidos eléctricos.

Los calamares hablaban entre sí. Sus pieles centelleaban con diseños hechos con sacos de gránulos de pigmento rodeados de músculos. Pero, ¿las señales eran un lenguaje auténtico? Los científicos humanos han sido capaces de aislar un número de componentes lingüísticos que se combinan en una gramática simple.

Sin embargo, nadie sabía sobre qué podrían hablar los calamares. Formaban bancos para protección mutua, pero no jugaban o se acicalaban, y cazaban individualmente. No estaba claro por qué estos animales, solo parcialmente sociables, necesitaban sistemas de comunicaciones tan complejos teniendo una vida tan corta.

No obstante, a principios del siglo XXI, los científicos del área espacial, pensando desde un punto de vista diferente, se dieron cuenta de que los cefalópodos, en particular los calamares del arrecife, podrían ser precisamente la solución que necesitaban para los viajes en el espacio. Los calamares vivían de todas formas en caída libre, y por lo tanto se adaptaron a las condiciones de ausencia de gravedad en el espacio, para ellos no habría problemas psicológicos como los que atormentaban a los astronautas humanos. Los requerimientos de sus soportes vitales eran simples: una burbuja de agua con un ecosistema oceánico básico sería suficiente. Podrían navegar con sus poderosos ojos de depredadores. Podrían comunicarse. Y podrían manipular su medio ambiente.

Se inició un gran proyecto internacional, subvencionado por la NASA, la ESA y varios institutos oceanográficos. Su objetivo no era nada menos que aumentar la inteligencia del calamar del arrecife. Fue un desafío técnico enorme. La disposición neural del calamar no es como la humana. Un calamar tiene dos cuerdas nerviosas similares a raíles que recorren la longitud de su cuerpo, sembrados de pares de ganglios; el par de ganglios delantero está expandido en una masa de lóbulos. Los científicos identificaron rápidamente las áreas del cerebro responsables del aprendizaje del lenguaje (desagradablemente, mediante el corte de partes del cerebro del calamar para ver que pasaba.) Se descubrió que se podría desarrollar una ingeniería genética comparativamente sencilla para hacer inteligentes a los calamares, o mejor dicho, más inteligentes. Por supuesto, hubo protestas de los activistas de los derechos de los animales: pero también angustia de un tipo más filosófico, de grupos que cuestionaban la ética de nuestra habilidad para infligir una conciencia de mortalidad en otra criatura que no era previamente sintiente.

A pesar de dicha oposición, y también de las predecibles crisis de las subvenciones, el esfuerzo continuado produjo rápidos resultados. Pronto, se

desarrollaron calamares mejorados útiles para trabajar en el océano, por ejemplo, para trabajar en granjas oceánicas. Y se llevaron a cabo los primeros experimentos para ver si también podrían operar fuera de la Tierra. Sin sorpresa de nadie, resultaron ser buenos astronautas.

Misteriosamente, como ya se apuntó, era como si el calamar hubiera evolucionado para las condiciones del viaje espacial, como los humanos evidentemente no lo habían hecho. Algunos teóricos de la conspiración empezaron a preguntarse si el propósito primario de la humanidad no habría sido, todo este tiempo, el de llevar a los cefalópodos mejorados a su ambiente natural en el espacio. Y otros, cautelosos con el enorme potencial de los calamares, empezaron a mirar ansiosamente hacia el cielo.

Ella podía sentir el familiar toque de la nueva gravedad. Más allá de la piel translúcida de su hábitat podía ver un suelo granuloso verde negruzco, un horizonte dentado a apenas decenas de metros de distancia. La Tierra está muy lejos, y sus lazos de lealtad a la humanidad están muy estirados. Para la piloto calamar, el calor de la cavidad de su manto, huevos impregnados, es mucho más importante. Y para ella, este asteroide no es una mina en el cielo. Es un campo de reproducción. Ella hace ostentación de su triunfo, la piel de su manto se estremece. Al fin, con un sentimiento de excitación, desliza sus brazos en el interior de los waldos y se prepara para empezar su trabajo.

Mitkey, el ratón estelar

Fredric Brown

1 - El ratón estelar

The star mouse, © 1942 (*Planet Stories*, Primavera de 1942). Traducción de M. Teresa Segur en *Lo mejor de Fredric Brown*, antología recopilada y presentada por Robert Bloch, Libro Amigo 60, Ciencia Ficción 16, Ediciones B S.A., 1988.

Mitkey, el ratón, todavía no era Mitkey en aquella época.

Era uno de los muchos ratones que vivían debajo de los tablones del suelo y detrás del yeso de las paredes que constituían la casa del gran *Herr Professor* Oberburger, anteriormente en Viena y Heidelberg, de donde huyó para escapar a la excesiva admiración de sus compatriotas más poderosos. Esta excesiva admiración no se centraba en el propio *Herr* Oberburger, sino en cierto gas que había sido el producto secundario de un desafortunado combustible para cohetes que podría haber sido muy afortunado en otro aspecto.

En el caso, naturalmente, de que el *Professor* hubiese entregado la fórmula correcta. Y esto... Bueno, la cuestión es que el profesor logró huir y ahora vivía en una casa en Connecticut. Igual que Mitkey.

Un ratón pequeño y gris, y un hombre pequeño y gris. No había nada insólito en ninguno de ellos. Particularmente, no había nada insólito en Mitkey; tenía una familia y le gustaba el queso, y si entre los ratones hubiera miembros del Club Rotario, él habría sido uno de ellos.

El *Herr Professor*, naturalmente, tenía sus pequeñas excentricidades. Soltero empedernido, no disponía de nadie con quien hablar excepto él mismo, pero se consideraba un conversador excelente y mantenía una constante comunicación verbal consigo mismo mientras trabajaba. Este hecho, según se demostró más tarde, era importante, porque Mitkey tenía un oído excelente y se enteraba de todos aquellos monólogos nocturnos. Como es natural, no los entendía. En el caso de que pensara alguna vez en ello, únicamente pensaba que el profesor era un súper-ratón muy grande y ruidoso que chillaba demasiado.

—*Und* ahorra —se decía a sí mismo—, verremos si este tubo funciona como deberría. Tendría que encajarr al milímetro. ¡Ahhh, es perrfecto! *Und* ahorra...

Noche tras noche, día tras día, mes tras mes. El brillante objeto crecía, y el brillo de los ojos de Oberburger crecía a la misma velocidad.

Debía medir un metro de longitud, tenía unas hélices de forma muy peculiar, y descansaba sobre un armazón provisional situado en el centro de la habitación que el *Herr Professor* utilizaba para todo. La casa donde él y Mitkey vivían era una estructura de cuatro habitaciones, pero, al parecer, el profesor aún no lo

había descubierto. Primeramente, pensó usar la habitación grande como laboratorio y nada más, pero después creyó más conveniente dormir en una cama plegable situada en un rincón, las noches que dormía, y cocinar lo poco que cocinaba en el mismo quemador de gas donde convertía dorados granos de TNT en una peligrosa sopa que sazonaba con extraños condimentos, pero nunca ingería.

–*Und* ahorra lo verterré en tubos, *und* comprobarré si un tubo adyacente a otro hace egsblotarr *der* segundo tubo, cuando *der* brimerro está...

Esa fue la noche en que Mitkey estuvo a punto de decidir trasladarse, él y su familia, a un domicilio más estable, uno que no se estremeciera ni oscilara ni tratara de dar un salto mortal sobre sus cimientos. Pero, al final, Mitkey no se mudó, porque existían ciertas compensaciones. Agujeros nuevos en todas partes y –¡maravilla de las maravillas!– una enorme grieta en la zona posterior del frigorífico donde el profesor guardaba, entre otras cosas, gran cantidad de alimentos.

Claro que los tubos eran de tamaño capilar porque, de lo contrario, la casa habría saltado por los aires. Y, naturalmente, Mitkey no podía adivinar lo que iba a suceder ni comprender la clase de inglés que hablaba el Herr Professor (ni ninguna otra clase de inglés, por cierto) porque entonces ni siquiera se habría dejado tentar por una grieta en el frigorífico.

Aquella mañana, el profesor estaba alborozado.

–¡*Der* combustible es un égsito! *Der* segundo tubo no ha egsblotado. ¡*Und* el brimerro, en secciones, como yo esberraba! *Und* es más botente; hay mucho sitio barra su compartimento...

¡Ah, sí, el compartimento! Allí fue donde Mitkey se introdujo, a pesar de que ni siquiera el profesor lo sabía todavía. De hecho, el profesor ni siquiera sabía que Mitkey existiera.

–*Und* ahorra –decía en aquel momento a su oyente favorito–, sólo es cuestión de unir *der* tubos de combustible barra que funcionen en barrejas obuestas. *Und* entonces...

En aquel preciso instante fue cuando los ojos del *Herr Professor* se posaron por vez primera en Mitkey. Mejor dicho, se posaron sobre un par de bigotes grises y un hociquito negro y brillante que sobresalía por un agujero de los tablones del suelo.

–¡Vaya! –exclamó–. ¡Hay que verr lo que tenemos aquí! ¡El rratón Mitkey en berrsona! Mitkey, ¿te gustaría hacerr un viajecito la semana que viene? Verremos.

Así fue como la siguiente vez que el profesor encargó sus suministros a la ciudad, su pedido incluía una ratonera; no uno de esos mortíferos inventos, sino una simple jaula con barrotes de alambre. Aún no habían transcurrido diez minutos desde que colocara el queso en su interior cuando el privilegiado olfato de Mitkey olió ese queso y siguió su rastro hasta la cautividad.

Sin embargo, no resultó ser una cautividad desagradable. Mitkey fue un huésped muy agasajado. La jaula descansaba ahora sobre la mesa donde el profesor llevaba a cabo la mayor parte de su trabajo, el queso entraba a través de los barrotes con gran abundancia, y el profesor dejó de hablar solo.

–Verrás, Mitkey, había pensado encargarr un rratón blanco a *der* laborratorio de Harrtfortt, berro he tenido la suerte de encontrarrte aquí. Estoy segurro de que tú estás más sano *und* cuerrdo que esos rratones de laborratorio, *und* que rresistirás mejorr que ellos un larrgo viaje, ¿no? Ah, veo que mueves *der* bigotes y eso significa que sí, ¿no? *Und*, como estás acostumbrado a vivirr en agujerros oscuros, no tendrás tanta claustrofobia como ellos, ¿no?

Y Mitkey engordaba, se sentía feliz, y llegó a desechar la idea de escaparse de la jaula. Mucho me temo que incluso llegara a olvidarse de la familia que había abandonado; pero sabía, si es que sabía alguna cosa, que no necesitaba preocuparse por ellos. Por lo menos, hasta que el profesor descubriera y reparara el agujero del frigorífico. Y el profesor no tenía tiempo de ocuparse de esas minucias.

–*Und* ahorra, Mitkey, colocarremos esta hélice así..., barra que suavice el aterrizaje, en una atmósfera. Esto *und* esto otro contribuirrá a que te boses con seguridad y *der* lentitud suficiente barra que *der* amorriguadorres del combarrtimiento móvil eviten que te des un golpe demasiado fuerre en la cabeza, esberro. – Naturalmente, a Mitkey se le escapó la ominosa nota del «esberro», porque también se le escapó todo el resto. Como ya hemos dicho, no hablaba inglés. Por lo menos, en aquella época.

Pero *Herr* Oberburger seguía hablándole igualmente. Le enseñó unas fotografías.

–¿Habías visto alguna vez *der* rratón con cuyo nombrrre te he bautizado, Mitkey? ¿Qué? ¿No? Mirra, éste es *der* verrdadero rratón Mitkey, hecho porr Walt Disney. Berro yo crreo que tú erres más guabo, Mitkey.

El profesor debía de estar un poco loco para hablar de esta forma a un pequeño ratón gris. En realidad, debía de estar loco para hacer un cohete que funcionara. Porque lo más curioso de todo es que el *Herr Professor* no era realmente un inventor. En aquel cohete, tal como explicó a Mitkey, no había ni una sola cosa que fuera nueva. El *Herr Professor* era un técnico; adoptaba las ideas de otras personas y las hacía funcionar. Su único invento verdadero –el combustible para cohetes que no era tal– fue entregado al gobierno de Estados Unidos, el cual descubrió que ya se conocía y lo descartó porque resultaba demasiado caro para su utilización práctica.

Mitkey siguió recibiendo toda clase de explicaciones.

–Únicamente es cuestión de una egsactitud absoluta, *und* verrdaderra corrección matemática, Mitkey. Todo está aquí, nosotros sólo tenemos que unir *der* piezas, y, ¿qué obtenemos, Mitkey?

»¡Velocidad de liberración, Mitkey! Así de sencillo, todo esto rresulta en velocidad de liberración. Tal vez. Aún hay fagtorres desconocidos, Mitkey, en *der* atmósfera suberriorr, en *der* trobosfera y *der* estratosfera. Crreemos saberr egsactamente la cantidad de airre contra la que debemos calcularr *der* rresistencia, berro

¿estamos totalmente seguros? No, Mitkey, no lo estamos. Nunca hemos ido allí. *Und der* margen es tan bequeño que hasta una corriente de aire podría afectarle.

Pero a Mitkey no le importaba nada. A la sombra del gran cilindro de aluminio de aleación, seguía engordando y era feliz.

—*¡Der Tag*, Mitkey, *der Tag!* No te mentiré, Mitkey. No te haré concebir falsas esberranzas. Harrás un viaje muy beligrroso, *mein* bequeño amigo.

»Te doy un cincuenta porr ciento de bosibilidades, Mitkey. No *der* Luna o *der* aventura, sino *der* Luna *und der* aventura, o quizá tu rregreso sano y salvo a la Tierra. Verrás, mi bequeño Mitkey, la Luna no está hecha de queso verrde *und* aunque así fuerra, no bodrías comérrtela porque no hay bastante atmósfera barra que vuelvas sano *und* salvo *und* con todos tus bigotes intagtos.

»*Und* entonces, buedes breguntarme, ¿borr qué te envió? Borrque es bosible que *der* cohete no alcance la velocidad de liberración. Y en este caso, seguirá siendo un egsberrimento, berro distinto. El cohete, si no va a *der* Luna, vuelve a caerse sobre la Tierra, ¿no? *Und*, en este caso, cierrtos instrumentos nos broborrcionarán unos inforrmes que antes no teníamos acerrca de lo que hay en *der* esbacio. *Und* tú también nos broborrcionará otros inforrmes, si todavía estás vivo o no, si los amorriguadorres y hélices son suficientes en una atmósfera equivalente a la de la Tierra, y cosas porr el estilo. ¿Lo entiendes?

»*Und* más tarrde, cuando enviemos cohetes a Venus, donde quizá egsista una atmósfera, tendrremos los datos necesarios barra calcularr *der* tamaño necesario de *der* hélices *und der* amorriguadorres, ¿no? *Und*, en ambos casos, rregreses o no rregreses, Mitkey, ¡serrás famoso! Serrás la brimerra crriatura viviente que salga de la estrratosfera de la Tierra y se interne en el esbacio.

»¡Mitkey, serrás el rratón estelarr! Te envidio, Mitkey, *und* me gustarría tener tu tamaño barra boderr acombariarte.

Der Tag, y la puerta que daba paso al compartimiento. «¡Adiós, bequeño rratón Mitkey!» Obscuridad. Silencio. ¡Ruido!

El cohete, si no va a la Luna, vuelve a caerse sobre la Tierra, ¿no?. Esto era lo que el *Herr Professor* creía. Pero hasta los planes mejor elaborados de ratones y hombres pueden torcerse. Incluso los de los ratones estelares.

Todo a causa de los Prxl.

El *Herr Professor* se sintió muy solo. Después de tener a Mitkey como oyente, los monólogos le parecían vacíos e insuficientes.

Puede haber quien afirme que la compañía de un ratoncito gris es un pobre sustituto de una esposa; pero otros pueden no estar de acuerdo. Y, de todos modos, el profesor jamás había tenido una esposa, y sí que había tenido un ratón con quien hablar, de modo que lo echaba de menos, mientras que si echaba de menos lo otro, no lo sabía.

Durante la larga noche que siguió al lanzamiento del cohete, estuvo muy ocupado con el telescopio, un reflector de veinte centímetros, observando su curso

mientras ganaba velocidad. Las explosiones producidas por los gases de escape formaban una minúscula partícula luminosa que era posible seguir, si se sabía hacia dónde mirar.

Pero al día siguiente no le quedaba nada más por hacer, y estaba demasiado excitado para dormir, aunque lo intentó. Así que se decidió a hacer un poco de limpieza y reunió todos los platillos y cazoletas. Fue entonces cuando oyó una serie de frenéticos chillidos y descubrió que otro ratoncillo gris, con bigotes y cola más cortos que los de Mitkey había entrado en la ratonera.

–¡Vaya, vaya! –exclamó el profesor–. ¿Qué tenemos aquí? ¿Minnie? ¿Es Minnie que ha venido en busca de Mitkey?

El profesor no era biólogo, pero resultó estar en lo cierto. Era Minnie. Mejor dicho, era la compañera de Mitkey, así que el nombre no podía ser más apropiado. ¿Qué extrañas circunstancias la habían inducido a entrar en una trampa sin cebo? El profesor no lo sabía ni le importaba, pero se mostró encantado. Se apresuró a remediar la falta de cebo introduciendo un gran trozo de queso a través de los barrotes.

Así fue como Minnie ocupó el lugar de su cónyuge como oyente de las confidencias del profesor –era imposible saber si experimentó alguna inquietud por su familia, pero no tenía por qué hacerlo, sus ratoncitos ya eran bastante mayores para desenvolverse por sí solos, particularmente en una casa que ofrecía abundantes escondites y un fácil acceso al frigorífico.

–Ah, Minnie, ahorra ya ha obscurrecido lo suficiente barra buscarr a tu esboso. Verremos su avance porr *der* cielo. Es cierrto, Minnie, *der* rastro que deja es muy bequeño y los astrónomos no se fijarrán en él, borrhque no saben dónde deben mirrar. Perro nosotros, sí.

»Se converttirá en un rratón muy famoso, Minnie, cuando inforrmemos al mundo acerrca de él y *mein* cohete. Verrás, Minnie, aún no les hemos dicho nada. Esberrarremos hasta boderr contarles toda la historria de una vez. Mañana al amanecerr, les...

»¡Ah, aquí está, Minnie! Se ve boco, berro se ve. Te acerrcarría a *der* telescobio barra que mirrarras, berro no está enfocado barra tus ojos, *und* no sé cómo iba a...

»Casi ciento cincuenta mil kilómetros, Minnie, *und* sigue aumentando de velocidad, berro no borrh mucho tiempo. Nuestro Mitkey sigue *der* horrario brevisto; de hecho va más rrápido de lo que bensábamos, ¿no? ¡Ya es segurro que escabarrá de lo que bensábamos, ¿no? ¡Ya es segurro que escabarrá a la grravitación de la Tierra, y caerá sobre la Luna!

Naturalmente, fue una simple coincidencia que Minnie chillara.

–¿Ah, sí, Minnie, bequeña Minnie. Lo sé, lo sé. Nunca volverremos a verr a nuestro amigo Mitkey, *und* casi desearría que nuestro egsperrimento hubiese frracasado. Berro hay combensaciones, Minnie. Serrá *der* más famoso de todos *der* rratones. ¡*Der* Rratón Estelarr! ¡*Der* prrimerra crriaturra viviente que ha salido de *der* atrragción grravitacional de la Tierral

La noche fue larga. Ocasionalmente, espesas nubes oscurecían la visión.

–Minnie, te instalarré más cómodamente que en esa jaula tan bequeña. ¿Verrdad que te gustarría parrecerr librrre, sin barrotos, como *der* animales de *der* zoológicos modernos, que tienen fosos a su alrrededorr?

De modo que, a fin de no permanecer inactivo durante una hora en que una nube oscureció el cielo, el Herr Professor hizo una nueva casa para Minnie. Era el fondo de una caja de embalaje, de un centímetro de espesor y treinta centímetros de lado, apoyada sobre la mesa y desprovista de barreras visibles en torno a ella.

Pero cubrió la parte superior con chapas de metal en los bordes, y colocó la caja sobre otra más grande que también tenía un borde de chapa metálica en torno a la isla que constituía el hogar de Minnie. Y alambres procedentes de las dos zonas de chapas metálicas hasta terminales opuestos de un pequeño transformador que colocó junto a ella.

–Y ahorra, Minnie, te meterré en tu isla, que estarrá literalmente abarrotada de queso y agua, y tú misma comprrobarrás que es un sitio egscelente para vivirr. Perro rrecibirrás una ligerra descarrga cuando intentes salir de los limites de la isla. No te dolerrá demasiado, perro no te gustarrá, y después de unas cuantas veces no volverrás a intentarrlo, ¿no? Y...

Otra noche.

Minnie era feliz en su isla, una vez aprendida la lección. Ya no volvería a pisar la tira interna de chapa metálica. Sin embargo, la isla parecía un verdadero paraíso ratonil. Había una montaña de queso mucho mayor que la propia Minnie. Esto la mantenía ocupada. Una rata y queso; no tardaría en producirse la transmutación de una cosa en otra.

Pero el profesor Oberburger no pensaba en eso. El profesor estaba preocupado. Cuando hubo calculado y repasado y enfocado su reflector de veinte centímetros a través del agujero del tejado y apagado las luces...

Sí, ciertamente, ser soltero tenía sus ventajas. Si uno quiere hacer un agujero en el tejado, hace un agujero en el tejado y no hay quien te diga que estás loco. Si empieza a hacer frío, o llueve, siempre se puede llamar a un carpintero o instalar una lona.

Pero el ligero rastro luminoso había desaparecido. El profesor frunció el ceño, repasó sus cálculos una y otra vez y movió el telescopio tres décimas de segundo, pero no consiguió localizar el cohete.

–Minnie, algo va mal. O *der* tubos han dejado de funcionarr o...

O el cohete se había desviado de la línea recta que debía seguir con respecto a su punto de partida. Por recta, naturalmente, queremos decir parabólicamente curvada en relación a todo lo que no sea la velocidad.

Así que el profesor hizo lo único que le quedaba por hacer, y empezó a buscar, con el telescopio, en círculos cada vez más amplios. No habían transcurrido dos horas cuando lo encontró, cinco grados desviado de su curso y desviándose progresivamente hacia...

El maldito cohete se movía en círculos, círculos que parecían constituir una órbita en torno a algo que no podía estar allí. Después, los círculos se hicieron más pequeños hasta formar una espiral concéntrica.

Después..., nada. Desapareció. Oscuridad. Ninguna otra señal luminosa del cohete.

El profesor estaba pálido cuando se volvió hacia Minnie.

–Es imposible, Minnie. Lo he visto con *mein* brobios ojos, berro no buede serr. Aunque uno de los lados se hubierra abagado, no bodría haberr empezado a describirr esos cirrculos. –Su lápiz verificó una sospecha–. Y, Minnie, ha decelerrado más rrápidamente de lo norrmal. Aunque los tubos no funcionarran, su impulso habrría sido más...

El resto de la noche, telescopio y cálculos, no le proporcionó ninguna pista. Es decir, ninguna pista creíble. Una fuerza ajena al cohete en sí había entrado en acción.

–*Mein* bobre Mitkey.

La gris e inescrutable aurora.

–*Mein* Minnie, tendrremos que mantenerrlo en secreto. No nos atreverremos a contarr lo que hemos visto, borrarre nadie nos creerría. Ni yo mismo estoy segurro de crerrrlo, Minnie. Quizá es que estoy agotado de no dormirr. Debo habérrmelo imaginado...

Más tarde.

–Berro, Minnie, debemos confiarr. Estaba a doscientos mil kilómetros. Volverrá a caerr sobre la Tierra. ¡Berro no sé dónde! Bensé que en este caso, bodría calcularr su currsor, y... Berro desbués de esos círculos concéntricos... Minnie, ni el brobio Einstein sería capaz de calcularr dónde aterrizarrá. Ni siquiera yo. Lo único que nos queda es confiarr en enterrarnos de dónde cae.

Un día nublado. Una noche negra, celosa de sus misterios.

–Minnie, ¡nuestro bobrre Mitkey! No hay nada que bueda haberrle atraído...

Pero sí que lo había.

Prxl.

Prxl es un asteroide. Su nombre no se debe a los astrónomos de la Tierra, porque –por excelentes razones– no lo han descubierto. Así que lo llamaremos por la transliteración más aproximada posible del nombre que usan sus habitantes. Sí, está habitado.

Puestos a pensar en ello, la tentativa realizada por el profesor Oberburger para enviar un cohete a la Luna tuvo algunos extraños resultados. O, mejor dicho, Prxl fue la causa.

Nadie creería que un asteroide puede reformar a un borracho, ¿verdad? Pero un tal Charles Winslow, un embrutecido ciudadano de Bridgeport, Connecticut, jamás

volvió a probar una gota de alcohol, desde el día en que –en plena calle Grove– un ratón le preguntó cuál era la carretera de Hartford. El ratón llevaba pantalones rojos y guantes amarillos...

Pero esto sucedió quince meses después de que el profesor perdiera su cohete. Será mejor empezar por el principio.

Prxl es un asteroide. Uno de esos despreciados cuerpos celestes que los astrónomos de la Tierra llaman sabandijas del cielo, porque dichos objetos dejan en las láminas sus rastros, que obstruyen las observaciones de novas y nebulosas más importantes. Cincuenta mil pulgas en el oscuro cielo de la noche.

Objetos minúsculos, la mayor parte. Los astrónomos han descubierto recientemente que algunos de ellos se aproximan a la Tierra. Se aproximan de una forma asombrosa. En 1932 se produjo un gran revuelo cuando Amor llegó a quince millones de kilómetros –astronómicamente, una distancia muy pequeña–. Después, Apolo redujo esta cifra a la mitad y, en 1936, Adonis llegó a menos de dos millones de kilómetros. En 1937, Hermes llegó a menos de un millón, pero los astrónomos no se excitaron verdaderamente hasta haber calculado su órbita y descubierto que el pequeño asteroide puede acercarse hasta una distancia de 330.000 kilómetros, y situarse en un punto más cercano de la Tierra que la misma Luna.

Algún día pueden excitarse mucho más, si localizan el asteroide Prxl, ese obstáculo del espacio, y descubren que llega frecuentemente a sólo unos ciento cincuenta mil kilómetros de nuestro mundo.

Sin embargo, no pueden descubrirlo más que con ocasión de un tránsito, pues Prxl no refleja la luz. Así ha sucedido durante varios millones de años, desde que sus habitantes lo revistieron con un pigmento negro que absorbe la luz. Una labor realmente monumental, ésta de pintar un mundo, para unas criaturas que miden un centímetro de estatura. Pero valió la pena, en aquella época. Cuando cambiaron su órbita, se encontraron a salvo de sus enemigos. En aquellos días había gigantes: crueles piratas de casi dos metros de estatura procedentes de Deimos. También llegaron a la Tierra un par de veces; antes de que desaparecieran de la escena. Gigantes que mataban porque les gustaba. Los informes de las ciudades, ahora enterradas, de Deimos podrían explicar lo que ocurrió con los dinosaurios. Y por qué los prometedores hombres de Cromagnon desaparecieron sólo unos pocos minutos cósmicos después de que los dinosaurios se trasladaran hacia el oeste.

Pero Prxl sobrevivió. Era un mundo diminuto que ya no reflejaba los rayos solares, y que despistó a los asesinos cósmicos al cambiar su órbita.

Prxl. Civilizado todavía, con una civilización que databa de varios millones de años atrás. Su capa de color negro se conservaba y renovaba regularmente, más por tradición que por temor a posibles enemigos en estos últimos días tan degenerados. Una civilización poderosa pero estancada, que aún se mantiene en un mundo que avanza con la misma rapidez que una bala.

Y el ratón Mitkey.

Klanloth, el primer científico de una raza de científicos, tocó a su ayudante, Bemj, en lo que habría sido el hombro de Bemj si éste hubiera tenido uno.

–Mira –le dijo–, algo se aproxima a Prxl. Evidentemente, se trata de un objeto propulsado artificialmente.

Bemj dirigió su mirada hacia la visiplaca y después lanzó una onda telepática hacia el mecanismo, que incrementó la ampliación mil veces gracias a una alteración de los campos electrónicos. La imagen dio un salto, se desdibujó, y finalmente se estabilizó.

–Fabricado –dijo Bemj–. Extremadamente tosco, debo afirmar. Un primitivo cohete a reacción. Espera, comprobaré de dónde procede.

Reunió los datos de los cuadrantes que rodeaban la visiplaca y los lanzó como pensamientos contra la psicobobina de la computadora, esperando que la más complicada de todas las máquinas dirigiese todos los factores y preparase la respuesta. Después, ansiosamente, puso su mente en contacto con el proyector. Klanloth escuchaba de igual modo la silenciosa transmisión.

El punto exacto de la Tierra y la hora exacta de partida. Intraducible expresión de la curva de trayectoria, y desviación de esa curva al ser atraída por el campo gravitacional de Prxl. El destino –o mejor dicho, el destino previsto inicialmente– del cohete era obvio. La Luna de la Tierra. Hora y lugar de llegada a Prxl si el curso actual del cohete no cambiaba.

Bemj asintió.

–Catapultas. Arcos y flechas: Han dado un gran paso adelante desde entonces, aunque esto sólo sea un cohete muy primitivo. ¿Lo destruimos antes de que llegue?

Klanloth meneó pensativamente la cabeza.

–Le echaremos un vistazo. Quizá eso pueda ahorrarnos un viaje a la Tierra; juzgaremos bastante bien su presente estado de desarrollo por el cohete en sí.

–Pero, entonces, tendremos que...

–Naturalmente. Llama a la Estación. Diles que enfoquen los atractorrepulsores sobre él y que lo hagan girar en una órbita provisional hasta que tengan preparado un soporte de desembarco. Que no olviden inutilizar los explosivos con agua antes de bajarlo.

–¿Un campo de fuerza temporal alrededor del punto designado para el aterrizaje... por si acaso?

–Naturalmente.

Así fue como, a pesar de la casi total ausencia de atmósfera en la que las hélices podían haber funcionado, el cohete se posó sin novedad y tan suavemente que Mitkey, en el oscuro compartimento, sólo se dio cuenta de que el ruido había cesado.

Mitkey se sintió mejor. Comió algo más del queso con el que el compartimiento estaba liberalmente provisto. Después siguió tratando de hacer un agujero con los dientes en la madera de treinta centímetros de espesor con la que el compartimiento estaba revestido. Ese revestimiento de madera fue una buena idea del Herr Profesor respecto al bienestar mental de Mitkey. Comprendió que Mitkey trataría de abrir un agujero para escapar, lo cual le mantendría suficientemente ocupado en ruta para no lanzar sus estridentes chillidos. La idea dio resultado; al estar ocupado, Mitkey no había sufrido durante su oscuro encierro. Y ahora que reinaba el silencio, roía más industriosa y felizmente que nunca, sin saber que cuando hubiese atravesado la madera, tropezaría con una lámina de metal que no podría roer. Pero gente mejor que Mitkey ha tropezado con cosas tanto o más difíciles de roer.

Mientras tanto, Klarloth y Bemj, rodeados por varios miles de prxlianos, tenían los ojos levantados hacia el gigantesco cohete que, incluso tendido de costado, se elevaba muy por encima de su cabeza. Algunos de los más jóvenes, olvidándose del campo de fuerza invisible, se acercaron demasiado para regresar casi en seguida, frotándose tristemente la cabeza.

El propio Klarloth se hallaba frente al psicógrafo.

–Dentro del cohete hay vida –dijo a Bemj–, pero las impresiones son confusas. Es una criatura, pero no puedo seguir sus procesos mentales. En este momento da la impresión de estar haciendo algo con los dientes.

–No puede tratarse de un terrícola, un miembro de la raza dominante. Son mucho más grandes que este enorme cohete. Son verdaderos gigantes. Tal vez, como no podían construir una nave de su tamaño, hayan enviado a una criatura experimental, como nuestros animales de pruebas.

–Creo que tienes razón, Bemj. Bueno, cuando hayamos explorado detenidamente su mente, es posible que de todos modos nos ahorremos el viaje a la Tierra. Voy a abrir la puerta.

–Pero el aire..., las criaturas de la Tierra necesitarían una atmósfera más densa. No viviría.

–Mantendremos el campo de fuerza, desde luego. Esto hará que el aire no se escape. Es evidente que dentro del cohete hay un suministro de aire o, de lo contrario, la criatura no habría sobrevivido al viaje.

Klarloth accionó los mandos, y el campo de fuerza extendió unos seudópodos invisibles, desatornilló la puerta exterior y abrió la puerta interior que conducía al compartimiento.

Todos los prxlianos contuvieron la respiración mientras una monstruosa cabeza gris aparecía por la enorme abertura. Unos gruesos bigotes, cada uno de ellos tan largo como el cuerpo de un prxliano...

Mitkey bajó de un salto y dio un paso adelante, golpeándose fuertemente la nariz, contra algo que no se veía. Lanzó un chillido y retrocedió hacia el cohete.

El rostro de Bemj expresaba la más completa decepción al observar al monstruo.

–Parece mucho menos inteligente que nuestros animales de pruebas. Lo mejor sería aniquilarlo con un rayo.

–De ninguna manera –interrumpió Klarloth–. Te olvidas de ciertos hechos evidentes. La criatura no es inteligente, desde luego, pero el subconsciente de todos los animales encierra todos los recuerdos, todas las impresiones y todas las imágenes sensoriales a los cuales ha estado sujeto. Si esta criatura ha oído alguna vez el idioma de los terrícolas, o ha visto alguna de sus obras, aparte de este cohete, cada palabra y cada imagen se ha grabado indeleblemente en su mente. ¿Comprendes lo que quiero decir?

–Claro que sí. ¡Qué tonto he sido, Klarloth! Bueno, el cohete en sí nos demuestra una cosa: no tenemos nada que temer de la ciencia de la Tierra durante unos cuantos milenios como mínimo. Así que no hay prisa, lo cual es una suerte. Porque hacer retroceder los recuerdos de la criatura hasta su nacimiento y observar todas las impresiones sensoriales en el psicógrafo requerirá... Bueno, un tiempo equivalente a la edad de la criatura, sea de la clase que sea, además del tiempo que necesitemos para interpretar y asimilar cada uno de ellos.

–Pero eso no será necesario, Bemj.

–¿No? Oh, ¿estás pensando en las ondas X–19?

–Exactamente. Si las enfocamos sobre el centro cerebral de esta criatura, pueden aumentar su inteligencia, que ahora debe de ser de 0001 en la escala establecida, hasta el punto de convertirla en una criatura racional, sin, alterar ninguno de sus recuerdos. Casi automáticamente, durante el proceso, asimilará sus propios recuerdos y los comprenderá de igual modo que si hubiera sido inteligente en la época que recibió esas impresiones.

»¿Lo comprendes, Bemj? Separará automáticamente los datos triviales y podrá responder a nuestras preguntas.

–Pero ¿es que piensas hacerle tan inteligente como...?

–¿Como nosotros? No, las ondas X–19 no lo conseguirían. Yo diría que pueden hacerle llegar a un 2 de la escala. Eso, a juzgar por el cohete y lo que recordamos de los terrícolas desde que fuimos a visitarlos por última vez, es el lugar que ellos ocupan en la escala de inteligencia.

–Hummm, sí. A este nivel, comprenderá sus experiencias en la Tierra hasta el punto que no resultará peligroso para nosotros. Igual que un terrícola inteligente. Es lo que nos conviene. Oye, ¿le enseñaremos nuestro idioma?

–Espera –dijo Klarloth; estudió detenidamente el psicógrafo durante unos momentos–. No, no lo creo. El debe de tener un idioma propio. Veo que en su subconsciente hay recuerdos de largas conversaciones. Es extraño, pero todas parecen ser monólogos de una sola persona. Pero la cuestión es que ya conoce un idioma..., aunque sea muy simple. Necesitaría mucho tiempo, aunque le sometiéramos a tratamiento, para captar los conceptos de nuestro propio método de comunicación. Pero nosotros podemos aprender el suyo, mientras él está bajo la máquina X–19, en unos pocos minutos.

–¿Sabes si, ahora, es capaz de entender algo de su idioma?

Klarloth estudió nuevamente el psicógrafo.

–No, no creo que él... Espera, hay una palabra que parece tener cierto significado para él. Es la palabra «Mitkey». Creo que es su nombre, y lo más probable es que, después de oírlo muchas veces, lo asocie vagamente consigo mismo.

–En cuanto a sus habitaciones..., ¿con antecámaras de compresión y todo eso?

–Naturalmente. Ordena que las construyan.

Decir que para Mitkey fue una extraña experiencia sería injusto. Los conocimientos son algo extraño, incluso cuando se adquieren gradualmente. Pero cuando te los infunden...

También hubo otros detalles que fue necesario arreglar. Como el de las cuerdas vocales. Las tuyas no estaban adaptadas al idioma que de pronto descubrió saber. Bemj se encargó de ello; difícilmente se le podría llamar operación porque Mitkey –incluso con su recién adquirida inteligencia– no sabía lo que estaba ocurriendo, y se encontraba despierto cuando le sometieron a ella. Además, no explicaron a Mitkey lo que era la dimensión J, con la cual se podía llegar al interior de las cosas sin atravesar la capa externa.

Se imaginaron que estas cosas no interesaban a Mitkey y, de todos modos, ellos preferían aprender de él que enseñarle. Bemj y Klarloth y una docena más gozaron de este privilegio. Si uno de ellos no le hablaba, otro lo hacía.

Sus preguntas contribuyeron a que su propia comprensión aumentara. Normalmente no sabía que sabía la respuesta a una pregunta hasta que se la formulaban. Entonces unía varios factores, sin saber exactamente cómo lo hacía (de igual modo que ustedes o yo ignoramos cómo sabemos las cosas) y les contestaba.

Bemj:

–¿Puedes decirnos si este idioma que hablas es universal?

Y Mitkey, aunque jamás se le había ocurrido pensar en ello, tenía la respuesta preparada:

–No, no lo es. Es inglés, pero recuerdo que el *Herr Professor* hablaba otros idiomas. Me parece que originariamente él hablaba otro, pero en América simplemente hablaba inglés para familiarizarse con él. Es un idioma precioso, ¿verdad?

–Hummm –dijo Bemj.

Klarloth:

–En cuanto a tu raza, los ratones; ¿los tratan bien?

–La mayoría de la gente, no –contestó Mitkey. Y lo explicó–: Me gustaría hacer algo por ellos –añadió–. Por ejemplo, ¿no podría llevarme *mitt* mí estre

proceso que habéis utilizado conmigo? Lo ablicaría a otros ratones y crearía una raza de superrratones.

–¿Borr qué no? – preguntó Bemj.

Vio que Klarloth le miraba de un modo extraño, e inmediatamente puso su mente en relación con la del otro científico, excluyendo a Mitkey de este silencioso intercambio de ideas.

–Sí, desde luego –contestó Bemj a Klarloth–, podría causarnos problemas. Dos clases de seres tan distintos como los hombres y los ratones no pueden convivir pacíficamente en un plano de igualdad. Pero ¿acaso esto no redundaría en beneficio nuestro? El progreso de la Tierra disminuiría, y nosotros disfrutaríamos de unos cuantos milenios más de paz antes de que los terrícolas descubrieran que estamos aquí, y alterasen las estrellas. Ya conoces a esos terrícolas.

–¿Acaso sugieres que les entreguemos las ondas X–19? Podrían...

–No, claro que no. Sin embargo, podemos explicar a Mitkey la forma de hacer una máquina muy primitiva para generarlas. Una máquina lo bastante tosca como para elevar el cociente de inteligencia de los ratones de 0001 a 2, para igualarlos a Mitkey y a los terrícolas.

–Es posible –respondió mentalmente Klarloth–. No hay duda de que tardarán muchos eones en comprender su principio básico.

–Pero ¿no podrían utilizar incluso una máquina tan tosca para elevar su propio nivel de inteligencia?

–Olvidas, Bemj, la limitación básica de los rayos X–19; que nadie puede diseñar un proyector capaz de elevar la inteligencia hasta un punto de la escala superior al propio. Ni siquiera nosotros.

Toda esta conversación se desarrolló, naturalmente, en silencio prxlano, sin que Mitkey interviniese para nada.

Las entrevistas prosiguieron.

Klarloth otra vez:

–Mitkey, debemos advertirte una cosa. Evita cualquier descuido con la electricidad. *Der* nuevo arreglo de tu centro cerebral... es inestable, *und*...

Bemj:

–Mitkey, ¿estás seguro de que tu *Herr Profesorr* es el más avanzado de todos los que egsperrimentan con *der* cohetes?

–En general, sí, Bemj. Hay otros que quizá seban más que él en un tema específico, como egsblosivos, matemáticas, astrofísica, y otros, berro no crreo que mucho más. *Und* barra combinarr estos conocimientos, él es el brrimerro.

–Está bien –repuso Bemj.

Un ratoncillo gris que se alzaba como un dinosaurio sobre unos minúsculos prxlianos de un centímetro. A pesar de ser una criatura apacible, Mitkey habría podido matar a cualquiera de ellos con un solo mordisco. Pero, naturalmente, jamás se le ocurrió hacerlo, ni a ellos temer que lo hiciera.

No dejaron ni un solo rincón de su mente sin explorar. También realizaron un buen trabajo en lo que respecta al estudio de su físico, pero esto se hizo a través de la dimensión J, y Mitkey ni siquiera se enteró de ello.

Descubrieron lo que le mantenía con vida, y descubrieron todo lo que sabía y algunas cosas que él ni siquiera creía saber. Y todos se encariñaron mucho con él.

–Mitkey –le dijo Klarloth un buen día–, todas *der* rrazas civilizadas de la Tierra van vestidas, ¿verrdad? Bueno, si tú biensas elevarr a los rratones hasta el nivel de los hombrres, ¿no serría conveniente que también vosotrrros llevarrais algo de rroba?

–Una egscelente idea, *Herr* Klarloth. *Und* yo sé que me gustarría. Una vez, *der Herr Professor* me enseñó un dibujo de un rratón bintado borr *der* artista Disney, *und der* rratón iba vestido. *Der* rratón no erra rreal, sino imaginarrío, *und der Brofessor* me bautizó igual que *der* rratón de Disney.

–¿Cómo iba vestido, Mitkey?

–Llevaba unos bantalones rrojos *mitt* dos grrandes botones amarillos delante *und* dos detrrás, *und* zapatos amarillos en los bies trraserros *und* un barr de guantes amarillos en los delanterros. Un agujerro en la barrte bosterrior de *der* bantalones barra la cola.

–De acuerrdo, Mitkey. Dentrrro de cinco minutos estarrá todo listo.

Esto tuvo lugar la víspera de la marcha de Mitkey. Primeramente, Bemj sugirió esperar el momento en que la órbita excéntrica de Prxl los llevara de nuevo a doscientos mil kilómetros de la Tierra. Sin embargo, tal como Klarloth hizo notar, esto sucedería al cabo de cincuenta y cinco años de la Tierra, y Mitkey no viviría tanto. A menos que ellos... y Bemj se mostró de acuerdo en no enviar a la Tierra un secreto como aquél.

De modo que se limitaron a abastecer el cohete de Mitkey con un combustible que le permitiría viajar los casi dos millones de kilómetros que le separaban de la Tierra. El posible descubrimiento de este secreto no les preocupó, ya que el combustible se habría agotado cuando el cohete aterrizase.

Llegó el día de la partida.

–Hemos hecho lo bosible, Mitkey, barra que tu cohete aterrice cerrca del sitio de la Tierra donde desbegaste. Sin embargo, no bodemos garrantizarrrte una egsactitud, tan grrande en un viaje de tantos kilómetros. El rresto es cosa tuya. Hemos equibado el cohete barra cualquier contingencia.

–Grracias, *Herr* Klarloth, *Herr* Bemj. Adiós.

–Adiós, Mitkey. Sentimos mucho verrrte parrrtir.

–Adiós, adiós...

Tratándose de casi dos millones de kilómetros, los cálculos fueron realmente excelentes. El cohete aterrizó en Long Island Sound, a quince kilómetros de Bridgeport, y a unos noventa kilómetros de la casa que el profesor Oberburger habitaba cerca de Hartford.

Naturalmente, dispusieron que el cohete cayera en el mar. El cohete se sumergió hasta el fondo, pero antes de que se hundiera más de cinco metros, Mitkey abrió la puerta –especialmente diseñada para abrirla desde dentro– y salió.

Encima de sus prendas normales, llevaba un traje de submarinista que le habría protegido a cualquier profundidad razonable y que, al ser más ligero que el agua, le llevó rápidamente a la superficie, donde pudo abrirse el casco.

Tenía comida suficiente para una semana pero, tal como se desarrollaron las cosas, no la necesitó. El trasbordador nocturno de Boston le llevó a Bridgeport, agarrado a la cadena del ancla y, en cuanto avistó la costa, se desembarazó del traje de submarinista y dejó que se hundiera hasta el fondo tras haber perforado el minúsculo compartimiento que lo hacía flotar, tal como prometió a Klarloth que haría.

Casi instintivamente, Mitkey sabía que lo mejor era evitar el encuentro con otros seres humanos hasta haber encontrado al profesor Oberburger y haberle explicado su historia. El mayor peligro con el que tuvo que enfrentarse lo constituyeron las ratas del muelle donde Mitkey desembarcó. Su tamaño era diez veces superior al de Mitkey y tenían unos dientes que habrían podido reducirle a dos mitades.

Pero la mente siempre ha triunfado sobre la materia. Mitkey alzó un imperioso guante amarillo y dijo: «¡Largaos!», y las ratas se largaron. Jamás habían visto nada parecido a Mitkey, y su aspecto les impresionó.

E igual impresión causó sobre el borracho al que preguntó por el camino de Hartford. Ya hemos mencionado este episodio. Esta fue la única vez que Mitkey intentó una comunicación directa con los seres humanos. Naturalmente, tomó toda clase de precauciones. Formuló la pregunta desde una posición estratégica situada a pocos centímetros de un agujero en el cual habría podido introducirse de un salto. Pero el que saltó fue el borracho, sin esperar siquiera a contestar la pregunta de Mitkey.

Pero, finalmente, llegó a su destino. Se dirigió, a pie, hasta la zona norte de la ciudad y se escondió detrás de una gasolinera hasta que oyó preguntar el camino de Hartford a un motorista que se había detenido a repostar. Y Mitkey se convirtió en polizón cuando el vehículo arrancó.

El resto no fue difícil. Los cálculos de los prxlianos demostraron que el punto de partida del cohete se encontraba a ocho kilómetros terrestres al noroeste de lo que en sus telescopomapas parecía ser una ciudad, y que, por las conversaciones del profesor, Mitkey sabía que era Harford.

Consiguió llegar.

–Hola, profesor.

El *Herr Professor* Oberburger alzó la mirada, estupefacto. No vio a nadie.

–¿Qué? –preguntó, asombrado–. ¿Quién es?

–Soy yo, profesor. Mitkey, *der* ratón que usted envió a *der* Luna. Berro no he estado allí. En cambio, he...

–¿Qué? Es imposible. Alguien me está gastando una broma. Berro..., berro nadie sabe nada acerca del cohete. Como fracasó, no se lo dije a nadie. Sólo yo sé...

–Y yo, profesor.

El *Herr Professor* suspiró profundamente.

–He trabajado demasiado. Debo estar un poco desequilibrado...

–No, profesor. Realmente soy yo, Mitkey. Ahorra puedo hablar. Igual que usted.

–Dices que buedes..., no lo creo. ¿Cómo es que no te veo, entonces? ¿Dónde estás? ¿Borr qué no...?

–Estoy escondido, profesor, en la pared que hay justo detrás del agujero grande. Querría asegurarme de que todo iba bien antes de dejarme verr. No querría que usted se egscitarra y me tirramra algo a la cabeza.

–¿Qué? ¡Berro, Mitkey, eres realmente tú y yo no estoy dormido ni loco...! ¡Berro, Mitkey, no bodías pensar que yo iba a hacer una cosa así!

–Está bien, profesor.

Mitkey salió del agujero de la pared, y el profesor le miró, se frotó los ojos, y volvió a mirarle, se frotó los ojos, y...

–Estoy loco – dijo finalmente –. Lleva pantalones rojos *und* guantes... No buede serr. Estoy loco.

–No, profesor. Escuche, se lo contaré todo.

Y Mitkey se lo contó.

Un atardecer gris, y un ratoncillo gris que seguía hablando seriamente.

–Berro, Mitkey...

–Sí, profesor. Sé lo que está pensando, biensa que una raza de ratones inteligentes y una raza de hombres inteligentes no buede convivir. Berro no serra necesario convivir; como le he dicho, en el bequeño continente de Australia hay muy boca gente. *Und* no costaría demasiado traerlos aquí y dejarr ese continente a los ratones. Lo llamaríamos Ratonstralia, en vez de Australia, *und* cambiaríamos el nombre de la capital, Sidney, porr Disney, en honor de...

–Berro, Mitkey...

–Berro, brofesor, considerre lo que ofrrecemos a cambio de ese continente. Todos los rratones se irrían allí. Civilizamos a unos cuantos y los civilizados nos ayudan a atrabarr a otros, nos los traen, y los sometemos a la acción de la máquina de rrayos, y otros atraban a más y nos ayudan a construirr más máquinas *und* serrá como una bola de nieve rrodando montaña abajo. *Und* firmamos un bacto de no agrresión *mitt* los humanos *und* nos quedamos en Ratonstralia *und* cultivamos nuestra brrobia comida *und*...

–Berro, Mitkey...

–*Und* mirre lo que le ofrrecemos a cambio, *herr* brofesor: egsterminarremos a su beorr enemigo... *der* rratas. A nosotros tamboco nos gustan. *Und* un batallón de mil matones, armados *mitt* máscaras de gas y bequeñas bombas de gas bodrría entrarr en todos los agujerros en bersecución de *der* rratas y egsterminarr a todas las rratas de la ciudad en uno o dos días. Bodrríamos egsterminarr a todas las rratas del mundo en el blazo de un año; *und* al mismo tiempo atrabarr y civilizarr a todos los rratones y embarrcarlos hacia Ratonstralia, *und*... *und*...

–Berro, Mitkey...

–¿Qué, brofesor?

–Bodrría darr rresultado, berro no darrá rresultado. Vosotrrros bodrríais egsterminarr *der* rratas, sí. Berro ¿cuánto tiempo transcurrirría antes de que los conflictos de intereses hicierran que *der* rratones intentarran egsterminarr a *der* berrsonas o *der* berrsonas intentarran egsterminarr *der*...

–¡No se atreverrian, brofesor! Bodemos fabricarr armas que...

–¿Lo ves, Mitkey?

–Berro no sucederrá. Si *der* hombres rrespetan nuestros derrechos, nosotros rrespetarremos...

El *Herr Professor* suspiró.

–Yo..., yo te harré de interrmediarrio, Mitkey, *und* egsbondrré tu brrobosición, *und*... Bueno, es verrdad que librrarse de *der* rratas serría una grran cosa barra *der* raza humana. Berro...

–Grracias, brofesor.

–Borr cierrto, Mitkey. Tengo a Minnie. Me imagino que es tu esbosa, aunque también había otros rratones porr aquí. Está en *der* otrra habitación; la puse allí justo antes de que tú llegarras, barra que estuvierra a obscurras y budierra dormirr. ¿Quierrres verla?

–¿Mi esbosa? –preguntó Mitkey. Había pasado tanto tiempo que realmente se había olvidado de la familia que tuvo que abandonar. Los recuerdos volvieron lentamente—. Bueno –dijo–, hum..., sí. Construirré rrápídamente un bequeño broyectorr de X–19 *und*... Sí, sus negociaciones serrán más fáciles si *der* gobierrnos ven que somos varrios, y de este modo no crreerrán que soy un monstruo.

No fue algo deliberado. No pudo serlo, porque el profesor no sabía nada sobre la advertencia de Klarloth acerca de posibles descuidos con la electricidad... *Der* nuevo arreglo molecular de tu centro cerebral... es inestable, *und*...

El profesor aún estaba en la habitación iluminada cuando Mitkey irrumpió en la estancia donde Minnie se hallaba en su jaula sin barrotes. Estaba dormida, y al verla... Los recuerdos de otros días volvieron en tropel y, de pronto, Mitkey se dio cuenta de lo solo que había estado.

–¡Minnie! –exclamó, olvidándose de que ella no podía comprenderle.

Y entró en la caja de madera donde dormía. Se produjo una descarga. La suave corriente eléctrica existente entre las dos tiras de papel de estaño le alcanzó de lleno.

Hubo un rato de silencio.

Después:

–Mitkey –llamó *Herr Professor*–, ven y hablarremos de todo esto...

Entró en la habitación y los vio, a la grisácea luz del amanecer, dos ratoncillos grises fuertemente abrazados. No habría podido decir cuál era cuál, porque los dientes de Mitkey habían rasgado las prendas rojas y amarillas que súbitamente se convirtieron en objetos extraños y molestos.

–¿Qué demonios...? –preguntó el profesor Oberburger. Entonces se acordó de la corriente, y adivinó lo sucedido–. ¡Mitkey! ¿Es que ya no puedes hablar? ¿Acaso *der*...?

Silencio.

Después, el profesor sonrió.

–Mitkey –dijo–, mi bequeño ratón estelar. Creeré que ahora eres más feliz.

Los contempló un momento, afectuosamente, y después accionó el interruptor que eliminaba la barrera eléctrica. Claro que ellos no sabían que eran libres, pero cuando el profesor los cogió y los depositó cuidadosamente en el suelo, uno de ellos echó a correr hacia el agujero de la pared. El otro le siguió, pero volvió la cabeza y miró hacia atrás, con algo de estupefacción en los ojillos negros, una estupefacción que se fue desvaneciendo.

–Adiós, Mitkey. Así serás más feliz. *Und* siempre tendrás queso en abundancia

El ratoncillo gris lanzó uno de sus característicos chillidos, y se introdujo en el agujero.

«Adiós»... podría, o no, haber querido decir.

Edición digital de Paul Atreides

Revisión de urijenny (odoniano@yahoo.com.ar)

2 - Mitkey cabalga de nuevo

Mitkey rides again, © 1950 (*Planet Stories*, Noviembre de 1950). Traducción de Kyo.

En la oscuridad tras la pared había movimiento, y Mitkey, que era de nuevo un simple ratoncillo gris, correteó hacia el agujero en el rodapié. Mitkey estaba hambriento, y justo fuera del agujero estaba la nevera del Profesor. Y debajo de la nevera, queso.

Mitkey era un ratón gordo y pequeño, casi tan gordo como Minnie, que había perdido su figura casi completamente gracias a la generosidad del Profesor.

–Siempre, Mitkey –había dicho el profesor Oberburger– habrá queso bajo la nevera. Siempre.

Y siempre lo había. Y no era siempre queso ordinario. Roquefort y queso trapense, y torta de queso y camembert, y a veces emmental suizo importado que parecía como si un ratón ya hubiera vivido en él, y que sabía a cielo para un ratón.

Y Minnie comía y Mitkey comía, y estaba bien que los agujeros en el rodapié fueran bastante grandes, o si no sus rechonchos cuerpecillos no podrían pasar ya.

Pero algo más estaba ocurriendo también. Algo que habría complacido y también preocupado al buen profesor si lo hubiera sabido.

En la oscuridad dentro de una mente diminuta había movimientos no muy diferentes a los correteos de un ratón por una pared. Movimientos de extraños recuerdos, recuerdos de palabras y significados, recuerdos de sonidos ensordecedores dentro del oscuro compartimento de un cohete, recuerdos de algo más importante que el queso y Minnie y la oscuridad.

Lentamente los recuerdos e inteligencia de Mitkey estaban volviendo.

Allí, bajo la sombra de la nevera, se detuvo y escuchó. En la habitación contigua el profesor Oberburger trabajaba. Y como siempre, hablaba consigo mismo.

–*Und* ahorra ponemos las aspas de aterrizaje. Mucho mejor así, *mit* aspas de aterrizaje, parra cuando lleguen a *der* Luna, aterrizará suavemente, si hay aire allí.

Casi, casi tenía sentido para Mitkey. Las palabras eran familiares, y le trajeron ideas e imágenes a su pequeña cabeza gris y sus bigotes temblaron por el esfuerzo por comprender.

Las pesadas pisadas del profesor sacudieron el suelo mientras caminaba hacia el umbral de la cocina y luego se paró allí mientras miraba al agujero en el rodapié.

–Mitkey, deberría ponerr otra vez *der* trampa *und*... Perro no. No, Mitkey, mi pequeño rratón estelarr. Te has ganado el descanso *und* la paz, *¿nein?* Paz *und* queso. *Der* segundo cohete parra *der* Luna, otro rratón estarrá en él, sí.

Cohete. Luna. Movimientos en la mente del pequeño ratón gris que se encogió junto al plato de queso bajo la nevera, invisible en la sombra. Casi, casi recordaba.

Los pasos del profesor se alejaron y Mitkey volvió al queso.

Pero aún siguió escuchando, con la intranquilidad que le daba no poder comprender.

Un clic. La voz del profesor pidiendo un número.

–¿Laborratorio Hardford, sí? Prrrofessorr Oberburger. Quierro rratones. Esperre, no, un rratón. Un rratón... *¿Qué?* Sí, un rratón blanco serrvirrá. *¿Colorr?*, no imporrrta. Incluso un rratón púrrpurra... *¿Nein?* No, sé que no tiene rratones púrrpurra. Erra lo que ustedes llaman una brroma, chis... *¿Cuándo?* No hay prrisa. No antes de una semana... No se prreocupe. Envíeme el rratón cuando le venga bien, *¿nein?*

Un clic.

Y hubo un clic en la mente de un ratón bajo la nevera. Mitkey dejó de mordisquear el queso y en vez de eso lo miró. Tenía una palabra para él. Queso.

Se dijo muy suavemente a sí mismo. «Queso». Era algo a medio camino entre un chillido y una palabra, pues las cuerdas vocales que Prxl le había dado estaban oxidadas. Pero la siguiente vez sonó mejor.

–Queso –dijo.

Y después las otras dos palabras surgieron sin que ni siquiera tuviera que pensarlas:

–Esto serr queso.

Y se asustó un poquito, así que se deslizo de nuevo hacia el agujero de la pared y hacia la reconfortante oscuridad. Luego aquello le dio también un poco de miedo, porque tenía también una palabra para ello.

–Parred. Detrrás de la parred.

Ya no era sólo una imagen en su mente. Hubo un sonido que lo significaba. Era confuso, y cuanto más recordaba más confuso se volvía.

La oscuridad de la noche en el exterior de la casa del profesor, oscuridad dentro de la pared. Pero había brillantes luces en el despacho del profesor, y una tenue luz en la mente de Mitkey mientras observaba desde una posición ventajosa en las sombras.

Ese brillante cilindro de metal sobre la mesa de trabajo... Mitkey había visto algo parecido antes. Y tenía una palabra para eso también, cohete.

Y la enorme y torpe criatura que trabajaba sobre él, hablando sin cesar consigo mismo mientras trabajaba....

Casi le llama en voz alta:

–¡Prrofesorr!

Pero la cautela típica de la raza de ratones lo mantuvo en silencio, escuchando.

Ahora la memoria de Mitkey creciendo era como una bola de nieve rodando colina abajo. Las palabras volvieron a toda velocidad mientras el profesor hablaba, palabras y significados.

Y recuerdos como formas erráticas de un rompecabezas cayendo una a una hasta formar una imagen coherente.

–*Und der* compartimento parra *der* rratón. Elementos hidrráulicos de absorrción de choque, parra que *der* rratón aterrice sano y salvo. *Und der* rradio de onda corrrta que me dirrá si vive en la atmósferra de la Luna después...

–Atmósferra –había satisfacción en la voz del profesor– Esos idiotas que dicen que *der* Luna no tiene atmósferra. Sólo porrrque el espectroscopio...

Pero la ligera amargura en la voz del profesor no era nada comparada con la creciente amargura en la pequeña mente de Mitkey.

Porque ahora Mitkey volvía a ser Mitkey. Con la memoria intacta, aunque un poco confusa y desigual. Sus sueños de Ratolandia, y demás.

Su primera visión de Minnie tras su regreso, y su entrada en la inconsciencia al caer en el papel de plata cargado con electricidad que acabó con todos sus sueños. ¡Una trampa! ¡Había sido una trampa!

El profesor le había traicionado, le había dado el shock deliberadamente para destruir su inteligencia, quizás incluso para matarle, ¡para proteger los intereses de la enorme, extraña y torpe raza de los hombres de los ratones inteligentes!

Oh, sí, el profesor había sido listo, pensó Mitkey amargamente. Y Mitkey se sintió contento ahora de no haber llamado en voz alta al profesor cuando antes le apeteció hacerlo. ¡El profesor era su enemigo!

Solo en la obscuridad, tendría que ponerse a trabajar. Primero Minnie, por supuesto. Crear una de las máquinas X–19 que los Prxlions le habían enseñado a construir, y aumentar el nivel de inteligencia de Minnie. Después ellos dos...

Sería duro, trabajar en secreto sin la ayuda del profesor, para hacer esa máquina. Pero quizás...

Un poco de alambre en el suelo bajo la mesa de trabajo. Mitkey lo vio y sus pequeños y brillantes ojos brillaron aun más y sus bigotes temblaron. Esperó hasta que el profesor Oberburger mirara hacia otro lado, después corrió suavemente hacia el alambre, y con él en la boca se deslizó por el agujero de la pared.

El profesor no le vio.

–Und parra el proyectorr de ultra-onda...

Mitkey estaba a salvo en la obscuridad con su trozo de alambre. ¡Era un comienzo! Necesitaría más alambre. Un condensador fijo.... seguro que el profesor tendría uno. Una pila de linterna... eso sería difícil de manejar. Tendría que hacerla rodar por el suelo mientras el profesor durmiera. Y otras cosas. Le llevaría varios días, pero, ¿importaba el tiempo?

El profesor trabajó hasta tarde aquella noche, hasta muy tarde.

Pero por fin se hizo la obscuridad en el taller de trabajo. La obscuridad y un pequeño ratón muy ocupado.

Y la brillante mañana, y el timbre de una puerta.

–Entrega para el profesor... uh, Oberburger.

–¿Sí? ¿Qué es?

–Ni idea. Viene de los laboratorios Hartford, y dice que hay que manejarlo con cuidado. La caja tiene agujeros.

–Der rratón.

El profesor firmó el recibo, y después lo llevó al taller y desembaló la caja de madera.

–Ah, *der* rratón blanco. Pequeño rratón, vas a hacerr un larrgo viaje. ¿Cómo te vamos llamarr? ¿Blanquito, no? ¿Quieres un poco de queso, Blanquito?

Sí, Blanquito quería queso. Era un pulcro y atildado ratoncito con ojos redondos, brillantes y muy juntos. Y si puede imaginarse un ratón altanero, Blanquito lo era. Era un ratón de ciudad. Un ratón de sangre azul de los laboratorios que nunca antes había probado el queso. Nada tan común y plebeyo como el queso había entrado en su dieta hipervitaminada.

Pero probó el queso, que era camembert, lo bastante bueno para alguien de sangre azul. Y quería mucho queso. Lo comió con delicadeza, con un mordisqueo de buena crianza. Y si los ratones pudieran sonreír, este ratón hubiera sonreído.

Porque uno puede sonreír y sonreír, y ser un canalla.

–Und ahorra, Blanquito. Te lo enseñarré. Pongo el rreceptorr junto a tu caja, parra verr si está ajustado parra captarr *der* leves sonidos que haces comiendo. Así. Lo ajusto...

Desde el altavoz en la esquina de la mesa se oyó un sonido monstruoso de masticar, la magnificación un millar de veces del ruido de un ratón comiendo queso.

–Sí, funciona. ¿Lo ves, Blanquito?, te lo explicarré... Cuando *der* cohete llegue a *der* Luna, *der* puerta del compartimento se abrirrá. Perro aun no podrrás salir. Habrrá barras de madera de balsa. Podrrás roerllas parra salir, *und* lo harrás,

para salir. Si sigues vivo, claro. *Und der* sonido al rroerr irrará por *der* onda ultracorta que estarré sintonizando, ¿lo ves? Así cuando el cohete alunice escucharré en mi rreceptor *und* si te oigo rroerr, sabrré que has aterrizado con vida.

Blanquito podría haberse inquietado si hubiera comprendido lo que el profesor decía, pero por supuesto no lo hizo. Siguió mordisqueando el camembert con indiferencia altanera y satisfecha.

–*Und* esto me dirrá si tengo rrazón sobre su atmósfera también, Blanquito. Cuando el cohete aterrice y la puerrta del comparrtimento se abra, el aire saldrá. A menos que haya aire en la Luna, sólo vivirás cinco minutos o menos. Si sigues royendo *der* maderra de balsa, serrá por que habrrá atmósfera en la Luna *und der* astrónomos *und der* espectroscopios se engañan a sí mismos. *Und* son tontos cuando rrestan *der* líneas de refracción de Liebnitz del espectro, ¿no?

Sobre el brillante diafragma del altavoz de radio se reflejaba el champ-chomp-chomp de masticar queso.

Sí, el micrófono funcionaba maravillosamente.

–*Und* ahorra, a instalarrlo en el cohete...

Un día. Una noche. Otro día. Otra noche.

Un hombre trabajando en un cohete, y dentro de la pared tras él un ratón trabajando aun más duramente para completar algo mucho más pequeño, pero casi igualmente complejo. El proyector X-19 para elevar la inteligencia de los ratones. Primero la de Minnie.

Un cabo de lápiz robado se convirtió en una bobina, una bobina con el interior de grafito. Atravesando ese interior, el condensador robado, mordisqueado para ajustarse a un microfaradio de la capacidad exacta, y desde el condensador un alambre... Pero ni siquiera Mitkey comprendía para que servía. Tenía un plano en su mente de cómo se hacía, pero no de por qué funcionaba.

–*Und* ahorra la pila seca de linterna que le robé...

Sí, Mitkey también hablaba incesantemente consigo mismo mientras trabajaba. Pero muy muy bajito para que el profesor no le oyera.

Y desde la pared, el ruido sordo de una voz más grave y gutural:

–*Und* ahorra ponemos el micrófono en *der* comparrtimento...

De ratones y hombres. Es difícil decir cuál de los dos estaba más ocupado.

Mitkey acabó primero. El pequeño proyector X-19 no era muy agradable a la vista; de hecho se parecía a un montón de chatarra de electricista.

Definitivamente no era tan aerodinámico y brillante como el cohete de la habitación al otro lado de la pared. Tenía un aspecto complicado y estrambótico.

Pero funcionaría. Mitkey había seguido las instrucciones que había recibido de los científicos prxlianos en cada detalle esencial.

Después el último cable.

–*Und* ahorra a traerr a mi Minnie...

Ella estaba escondida en la esquina más alejada de la casa. Lo más lejos posible de esas extrañas vibraciones neuronales que hacían cosas raras dentro de su cabeza.

Había pánico en sus ojos mientras Mitkey se aproximaba. Puro pánico.

–Mi Minnie, no tienes que tener miedo de nada. Debes venirr conmigo a *der* prroyectorr *und* después... *und* después serrás un rratón inteligente, mi Minnie. Hablarrás buen inglés, como yo ahorra.

Durante los días previos ella se había sentido confundida e inquieta. Las extrañas acciones de su pareja, los extraños sonidos que hacía, que no eran en absoluto los adecuados chillidos de ratón, la aterrorizaban. Y ahora le estaba haciendo esos raros ruidos a ella.

–Mi Minnie, no pasa nada. Debes acercarte a la máquina, *und* tú podrrás hablarr prrnto. Casi como yo, Minnie. Sí, *der* Prxls hicierron cosas en mis cuerrdas vocales parra que sonarran aun mejorr, perro incluso sin eso, podrrás...

Con suavidad Mitkey estaba intentando acercarse por detrás a ella, para empujarla fuera de la esquina y dirigirla en dirección a la máquina tras el muro de la habitación contigua.

Minnie chilló y luego corrió.

Pero, ¡ay!, sólo recorrió unos pocos pies hacia el proyector, y después se volvió a la derecha y salió por un agujero en el rodapié. Corrió por el suelo de la cocina y después a través de un agujero en el frente de la puerta de la cocina. Salió fuera, y se ocultó entre la alta hierba del jardín sin cortar.

–¡Minnie! ¡Mi Minnie! ¡Vuelve!

Y Mitkey echó a correr tras ella, demasiado tarde.

Entre la hierba y la maleza de un pie de alto la perdió completamente, no había ni rastro.

–¡Minnie! ¡Minnie!

¡Ay!, pobre Mitkey. Si hubiera recordado que ella era todavía sólo un ratón, y si hubiera chillado en vez de llamarla, quizás ella hubiera salido de su escondite.

Triste, él regresó y apagó el proyector X-19.

Más tarde, cuando ella volviera, si ella volvía, se las apañaría de algún modo. Posiblemente podría mover el proyector cerca de ella cuando estuviera dormida. Para asegurarse, podría atar sus pies primero, de modo que si la despertaban las vibraciones neuronales...

Era de noche y ni rastro de Minnie.

Mitkey suspiró y esperó.

Fuera del muro seguía el ruido sordo de la voz del profesor.

—Ach, incluso el pan ha desaparecido. No hay comida, *und* ahora debo salir *und* ir a la tienda. Comida, es un fastidio que la gente tenga que comerr cuando está trabajando en algo importante. Perro... ach, ¿dónde está mi sombrero?

La puerta se abrió y se cerró.

Mitkey salió sigilosamente por el agujero. Era su oportunidad de echar un vistazo al taller para encontrar un trozo de cuerda suave que sirviera para atar los delicados pies de Minnie.

Sí, la luz allí fuera estaba encendida, y el profesor se había ido. Mitkey correteó hasta la mitad del cuarto y miró a su alrededor.

Allí estaba el cohete, y estaba acabado, por lo que Mitkey veía. Probablemente ahora el profesor estaba esperando el momento adecuado para lanzarlo. Contra una pared estaba el equipo de radio que recogería la emisión automática desde el cohete cuando aterrizara.

Sobre la mesa estaba el cohete. Era un cilindro brillante y muy bello que, si los cálculos del profesor eran correctos, sería el primer objeto enviado desde la Tierra en llegar a la Luna.

Mirarlo le cortaba la respiración a Mitkey.

—¿No es herrmoso?

Mitkey saltó una pulgada en el aire. ¡Esa no había sido la voz del profesor! Era una voz extraña, chirriante, irritante, una octava más alta que la producida por una laringe humana.

Sonó una risa estridente y después,

—¿Te he asustado?

Y Mitkey se giró de nuevo, y esta vez localizó la procedencia de la voz. La caja de madera sobre la mesa. Había algo blanco dentro.

Una pata blanca se asomó a través de los barrotes de la puerta, se alzó el pasador, y un ratón blanco salió. Sus ojos redondos y brillantes miraron hacia abajo, con cierto desdén, al ratoncito gris que estaba en el suelo.

—Tú erres Mitkey, ¿no?, ¿del que el profesor habla?

–Sí, –respondió Mitkey sorprendido–. *Und* tú... ach, sí, ya veo lo que ha pasado. *Der* proyectorr X–19. Estaba en la pared justo al lado de tu jaula. *Und*, como yo, aprendiste a hablarr inglés del pprofesor. ¿Cómo te llamas?

–Blanquito, *der* pprofesor me lo ha puesto. A mí me vale. ¿Qué es el proyectorr X–19, Mitkey?

Mitkey se lo contó.

–Ummm, –dijo Blanquito–. Las posibilidades, veo muchas posibilidades. Mucho mejorr que viajarr a la Luna. ¿Qué planes tienes parra el proyectorr?

Mitkey se lo contó. Los redondos y brillantes ojos de Blanquito se hicieron aún más redondos y brillantes. Pero Mitkey no se dio cuenta.

–Si no vas a la Luna –dijo Mitkey– baja. Te enseñarré donde esconderrrte dentro de la pared.

–Todavía no, Mitkey. Mira, mañana al amanecer despega el cohete. No hay prrisa. Pr pronto *der* pprofesorr volverrá. Trrabaja un rrato *und* habla, *und* yo escucho. Aprendo más. *Und* dormirrá hasta el amanecerr, *und* entonces me escaparré. Es fácil.

Mitkey asintió.

–Erres muy listo. Pero no confíes en el pprofesor. Si se da cuenta de que erres inteligente, te matarrá o se asegurarrá de que no escapes. Le dan miedo los rratones inteligentes. Ach, pasos. Vuelve a meterrte en la jaula. *Und* ten cuidado.

Y Mitkey correteó hacia el agujero de la pared, después se acordó de la cuerda y volvió a salir a buscarlo. La punta de su cola estaba justo desapareciendo en el agujero cuando el profesor Oberburger entraba en la habitación.

–Queso, Blanquito. Te he trraído queso, *und* parra ponerrlo en el compartimento del cohete parra que puedas comérrtelo en el camino. Has sido un buen rratoncito. ¿Blanquito?

–Squick.

El profesor miró en la jaula.

–Casi parece que me hubierras contestado, Blanquito. Lo has hecho, ¿verrddad?

Silencio. Profundo silencio desde la jaula de madera...

Mitkey esperó y esperó.

Ni rastro de Minnie.

–Se esconde en el jarrdín –se dijo de nuevo a sí mismo–. Sabe que es peligroso entrarr cuando hay luz. Cuando llegue la obscuridad...

Y llegó la obscuridad.

Minnie no.

Ahora estaba tan oscuro fuera como dentro del muro. Mitkey se deslizó hasta la puerta de la cocina y se aseguró de que estuviera abierta y que todavía estuviera el agujero en la parte inferior.

Metió la cabeza por el agujero y empezó a llamarla:

–¡Minnie! ¡Mi Minnie!

Después recordó que ella no hablaba inglés, y continuó chillándola. Pero suavemente para que el profesor no le oyera desde la habitación contigua.

No hubo respuesta. Ni rastro de Minnie.

Mitkey suspiró y correteó de esquina oscura a esquina oscura de la cocina hasta llegar a salvo al agujero.

Dentro esperó y esperó.

Sus párpados se volvieron pesados y se le cerraron. Y se durmió profundamente.

Algo le tocó y Mitkey se despertó de un salto. Después vio que era Blanquito.

–Shh, –dijo el ratón blanco– *der* prrofesor está dormido. Casi está amaneciendo, *und* ha puesto su desperrtadorr parra salir en una horra. Entonces se darrá cuenta de que me he ido. Podrrá intentarr cazarr un rratón parra usar en vez de mí, así que debemos esconderrnos *und* no salirr fuerra.

Mitkey asintió,

–Erres muy listo, Blanquito. ¡Perro mi Minnie! Está...

–No podemos hacerr nada, Mitkey. Esperra, antes de esconderrnos, enséñame *der* X–19 *und* cómo funciona.

–Te lo enseñarré rápidamente, *und* luego buscarré a Minnie antes de que el prrofesor se despierrrte. Está aquí.

Y Mitkey se lo enseñó.

–*Und* ¿cómo reduces la enerrgía, Mitkey, parra no hacerr a un rratón tan inteligente como tú?

–Así –dijo Mitkey–, perro ¿porr qué?

Blanquito se encogió de hombros.

–Sólo erra una prregunta. Mitkey, el prrofesor me dio un queso muy especial. Algo nuevo, *und* te he trraído un poco parra que lo pruebes. Cómetelo, *und* luego te ayudarré a encontrarr a Minnie. Tenemos casi una horra.

Mitkey probó el queso.

–No es nuevo. Es Limburger. Perro tiene un saborr rraro, incluso parra serr Limburger.

–¿Cuál prefieres?

–No sé, Blanquito. Creo que no me gusta...

–Es un sabor que tienes que ir probando varias veces para que te guste. Es maravilloso. Cómetelo todo, *und* te gustará.

Así que para ser amable y evitar una discusión, Mitkey se lo comió todo.

–No es malo, –dijo–. *Und* ahorra buscarremos a Minnie.

Pero sus ojos le pesaban y bostezó. Llegó al borde del agujero.

–Blanquito, necesito descansar un minuto. ¿Me despertará en cinco minutos...?

Pero ya estaba dormido, profundamente dormido, más profundamente que nunca en su vida, antes de terminar la frase.

Blanquito sonrió, y se volvió un ratoncito muy ocupado.

Sonó un despertador.

El profesor Oberburger abrió sus ojos somnolientos y después recordó la ocasión, y salió a toda prisa de la cama. En media hora llegaría el momento.

Salió a la parte de atrás de la casa e inspeccionó la rejilla de lanzamiento. Estaba en orden y también el cohete. Excepto, por supuesto, la puerta del compartimento que estaba abierta. No había por qué meter el ratón hasta el último momento.

Volvió a entrar, y sacó el cohete hacia la rejilla. Lo colocó cuidadosamente en su sitio, e inspeccionó el botón de encendido. Estaba todo en orden.

Diez minutos. Lo mejor era coger el ratón.

El ratón blanco estaba profundamente dormido en su jaula de madera.

El profesor Oberburger lo sacó de la jaula con cuidado.

–Ach, Blanquito. Ahora partirás en un viaje muy, muy largo. Pobrecito ratoncito, no te despertaré si puedo evitarlo. Mejor que duermas hasta que el ruido de encendido te despierte.

Con cuidado, con muchísimo cuidado, llevó su dormida carga al jardín y lo puso en el compartimento.

Cerró las tres puertas. Primero la interior, después la rejilla de balsa, y después la exterior. Todas menos la de madera de balsa se abrirían automáticamente cuando el cohete aterrizara. Y el micrófono de la radio emitiría el sonido del ratón royéndola para salir.

Si había atmósfera en la Luna. Si el ratón...

El profesor clavó sus ojos en el minutero de su reloj, y esperó. Después miró el segundero. Ahora...

Sus dedos tocaron el botón de lanzamiento de efecto retardado y con temporizador, y después corrió a la casa.

¡WHOOOSH!

Una estela de fuego en el aire donde había estado el cohete.

–Adiós, Blanquito. Pobrecito ratoncito, perro algún día serás famoso. Casi tan famoso como mi ratón estelar Mitkey será algún día, cuando pueda publicarr... Ahora a incluir los datos del lanzamiento en el diario.

El profesor cogió su bolígrafo, y alcanzó a ver la palma de su mano, la mano que había sujetado al ratón.

Estaba blanca. Perplejo, la estudió más de cerca bajo la luz.

–Pinturra blanca. ¿Dónde me habré manchado de pintura blanca? Tengo alguna, pero no la he usado. No en *der* cohete, no en *der* habitación o en *der* jardín... ¿*Der* ratón? ¿Blanquito? También le cogí. Pero por qué iban *der* laboratorios a enviarme un ratón pintado de blanco? Les dije que serviría cualquier color...

Luego el profesor se encogió de hombros y fue a lavarse las manos. Era desconcertante, muy desconcertante, pero en realidad no importaba. ¿Pero por qué demonios habrían hecho eso en los laboratorios?

El oscuro compartimento del estruendoso cohete se elevaba. Se dirigía hacia la Luna y se sacudía.

Queso Limburger dopado.

Negra traición.

Blanca pintura.

¡Ay, pobre Mitkey! Dirigiéndose a la Luna sin billete de vuelta.

Noche, y había estado lloviendo en Hartford. El profesor no había podido seguir al cohete a través de su telescopio.

Pero estaba allí arriba y cada vez iba más rápido.

El micrófono de la radio se lo decía. Rugir de cohetes, tan alto que no podía decir si el ratón estaba o no vivo en su interior. Pero probablemente lo estaba, ¿no había sobrevivido Mitkey a su viaje a Prxl?

Finalmente apagó las luces para echar una siestecita en su sillón. Cuando se despertara quizás hubiera dejado de llover.

Agachó la cabeza y sus ojos se cerraron. Y después de un rato, soñó que los había abierto de nuevo. Sabía que estaba soñando por lo que vio.

Cuatro pequeñas manchas blancas moviéndose sobre el suelo desde la puerta.

Cuatro pequeñas manchas blancas que podrían haber sido ratones, pero no podían ser... a menos que fueran ratones de sueño, porque se movían con precisión militar, en un rectángulo exacto. Casi como soldados.

Y después un sonido, demasiado débil para que él lo distinguiera, y los cuatro puntos blancos se colocaron abruptamente en una sola fila y desaparecieron, uno a uno a intervalos precisos, a través del rodapié.

El profesor se despertó y se rió entre dientes.

—¡Menudo sueño! Me voy a dormir pensando en *der* ratón blanco *und* pintura blanca en mis manos *und* sueño...

Se estiró y bostezó, y se puso de pie.

Pero una pequeña mancha blanca, algo blanco había aparecido en el rodapié de la habitación de nuevo. Otra se unió a esta. El profesor parpadeó y las observó. ¿Podía estar soñando estando de pie?

Un sonido de arañazos, algo estaba siendo arrastrado por el suelo, y mientras las dos manchas blancas se apartaban de la pared, otras dos aparecieron. De nuevo en formación rectangular, empezaron a cruzar el suelo hacia la puerta.

Y el sonido de arañazos continuó. Casi como si los cuatro (¿podían ser ratones blancos?) estuvieran moviendo algo, dos de ellos tirando y otros dos empujando.

Pero eso era una tontería.

Estiró la mano detrás de él para alcanzar el interruptor de la luz, y lo pulsó. La luz le cegó momentáneamente.

—¡Alto! —sonó alto, agudo y autoritario.

El profesor podía ver de nuevo, y eran cuatro ratones blancos. Habían estado moviendo algo, un extraño objeto pequeño montado alrededor de lo que parecía una de las pilas de su propia linterna de tipo lápiz.

Y tres de los ratones seguían moviéndolo frenéticamente, mientras el cuarto había dado un paso interponiéndose entre él y el extraño objeto. Apuntó con lo que parecía un pequeño tubo a la cara del profesor.

—Si se mueve, le mato—. chilló el ratón con el tubo.

No fue exactamente la amenaza del tubo lo que mantuvo al profesor inmóvil. Simplemente estaba demasiado sorprendido para moverse. ¿Era Blanquito el ratón con el tubo? Se parecía a él, pero es que todos ellos se parecían a Blanquito, y de todos modos Blanquito iba de camino a la Luna.

—Perro, ¿qué... quién... por qué...?

Los tres ratones con su carga estaban desapareciendo por el agujero de la puerta. El cuarto ratón retrocedió tras ellos.

Justo dentro de la puerta, hizo una pausa.

–Erres un tonto, profesor –dijo–. Todos los hombres son unos tontos. Los ratones nos encargarremos de todo.

Y dejó caer el tubo y desapareció por el agujero.

Lentamente el profesor caminó hasta la puerta y cogió el arma que el ratón blanco había dejado caer. Era un palillo. No era un tubo ni un arma en absoluto, simplemente una cerilla quemada.

–Perro, ¿cómo... por qué...?

Dejó caer la cerilla como si le quemara, y sacó un gran pañuelo para secarse la frente.

–Perro, ¿cómo... und por qué...?

Se quedó allí durante lo que le pareció un largo tiempo, y después se volvió lentamente hacia la nevera y la abrió. Atrás en la esquina había una botella.

El profesor era prácticamente abstemio, pero hay ocasiones en las que incluso un abstemio necesita beber. Y esta era una de esas.

Se sirvió un vaso largo.

Noche, y estaba lloviendo en Hartford.

El viejo Mike Cleary, el vigilante de los laboratorios Hartford, también estaba tomando una copa. Con un tiempo como este, un hombre con reumatismo en sus huesos necesitaba una copa para calentarse por dentro después de una caminata por el patio bajo la lluvia.

–Una noche estupenda, para los patos, –dijo, y como esa copa no había sido la primera, se rió entre dientes por su ocurrencia.

Siguió hasta el edificio número tres, a través del almacén de los químicos, el cuarto de medición, y el cuarto de envíos. Su linterna, balaceándose a su lado, formaba grotescas sombras ante él.

Pero esas sombras no asustaban a Mike Cleary; las había perseguido por ese edificio todas las noches durante diez años.

Abrió la puerta a la habitación de los animales para echar un vistazo, y la dejó abierta tras él y entró.

–Vaya –dijo– ¿y cómo ha pasado esto?

Y es que las puertas de dos de las jaulas grandes de ratones blancos estaban abiertas, del todo. No estaban abiertas cuando hizo su primera ronda dos horas antes.

Sujetando su linterna en alto, miró dentro de las jaulas. Estaban ambas abiertas. Ni un ratón en ninguna.

Mike Clearly suspiró. Le echarían la culpa a él por esto, por supuesto.

Bueno, daba igual. Unos pocos ratones blancos no valían mucho, incluso si se lo descontaban del sueldo. Seguro, que se lo quitaran si querían si pensaban que era culpa suya.

–Señor Williams, –le diría a su jefe– esas puertas estaban cerradas cuando pasé la primera vez, y abiertas cuando pase la segunda, y yo ya dije que los pestillos de las jaulas eran inútiles y defectuosos, pero si quiere echarme la culpa, muy buen, simplemente descuénteme el valor de...

Un débil sonido tras él le hizo volverse.

Allí en una esquina de la habitación había un ratón blanco, o lo que parecía un ratón blanco. Pero vestía una camisa y pantalones, y...

–Dios –dijo Mike Cleary, y añadió casi con reverencia– es el delirium tremens...

Y otro pensamiento le golpeó.

–O puede ser que... que seas uno de esos pequeños seres... por favor...

Se quitó la gorra con mano temblorosa.

–¡Chorradas! –dijo el ratón blanco. Y, como un rayo, se largó.

Había sudor en la frente de Mike Cleary, y sudor bajando por su espalda y sus axilas.

–Los tengo –dijo– ¡los tengo!

Y bastante ilógicamente, dado lo que ahora era su firme creencia, sacó la botella de su bolsillo y se terminó el resto de su contenido de un trago.

Oscuridad y rugido.

Y fue el repentino detenerse del sonido rugiente lo que despertó a Mitkey. Le despertó a la profunda y estigia oscuridad de un espacio confinado. Le dolía la cabeza y el estómago.

Y después, de repente, supo dónde estaba. ¡El cohete!

Los propulsores se habían apagado, y eso significaba que estaba sobre la línea y cayendo, cayendo hacia la Luna.

¿Pero cómo...? ¿Por qué...?

Recordó el micrófono de la radio que estaría emitiendo los sonidos del cohete al receptor de onda ultra corta del profesor, y llamó desesperadamente:

–¡Prrrofesorr! ¡Prrrofesorr Oberburger! ¡Ayuda! Soy...

Y luego otro sonido le ahogó.

Un sonido silbante, un ruido muy agudo que sólo podía ser el roce del cohete con el aire, con una atmósfera.

¿La Luna? ¿Tenía razón el profesor y los astrónomos se equivocaban sobre la Luna, o es que el cohete estaba cayendo de vuelta a la Tierra?

De cualquier manera, las aspas estaban girando, y el cohete estaba frenando más que acelerando.

Un repentino frenazo le dejó sin aliento. El paracaídas se estaba abriendo. Si pudiera...

¡Crash!

Y de nuevo la obscuridad tanto detrás como delante de los ojos de Mitkey. Desmayo en la obscuridad, y cuando las dos puertas se abrieron para que entrara la luz a través de las barras de madera, Mitkey no las vio.

No al principio, y después se despertó y bostezó.

Sus ojos enfocaron primero las barras de madera y después a través de ellas.

—*Der* luna —musitó. Sacó la mano por la puerta de barras de madera y descorrió el pestillo. Con miedo, sacó su pequeña nariz gris por la puerta y miró a su alrededor.

No pasó nada.

Metió la cabeza de nuevo y volvió la cara al micrófono.

—¡*Prro*fesorr! ¿Puede oírme, *prro*fesorr? Soy yo, Mitkey. Ese Blanquito nos engañó a los dos. Tengo pinturra blanca sobre mí, así que sé qué ha pasado. No fue usted, o no habría pinturra blanca. ¡Fue una traición, *prro*fesorr! Por alguien de mi propia especie, un *rratón* me engañó. *Und* Blanquito... *prro*fesorr, ¡ahorra tiene el *prro*yectorr X-19! Tengo miedo de lo que pueda estarr planeando. Mirre, puedo *converrr*tir el *emisorr* en un *rreceptorr*, *crreo*. Deberría serr fácil; los *rreceptorres* son más simples, ¿*no*? *Und* usted puede *construurr* *rrápidamente* un *emisorr* de *ultra-onda corrrta* como este. Sí, *comenzarré* ahorra. Adiós, *prro*fesorr. *Cambiarrré der* conexiones.

—Mitkey, ¿puedes oírme, Mitkey? Mirra, Mitkey, te *darré* instrucciones ahorra *und* las *rrepetirrré* cada media horra durante un *rrato*, *porrr* si no puedes oírme la primera vez. *Prri*mero, cuando hayas oído las *intrrucciones*, *pr* paga el equipo *parra* ahorrar *enerrgía*. Necesitarrrás toda la *enerrgía* que queda en las *baterrías* para *arrancarr*. Así que no *emitas* de nuevo. No me contestes. Sobre *apuntarr und* *calcularr* hablarremos más *tarrde*. *Prri*mero, *comprru*eba el *combustible* que queda. Puse más del que necesitaba, *und* *crreo* que *habrrá* bastante *porrrque* *parra* *despegarr* de la Luna con su *gravedad* tan *ligerra* necesitarrrás mucha menos *enerrgía* que *parra* *despegarr* de la Tierra. *Und*...

Y el profesor lo repitió una y otra vez. Faltaban cosas, había cosas que él mismo no sabía cómo hacer sin estar allí, pero puede que Mitkey fuera capaz de encontrar las respuestas.

Repitió una y otra vez los ajustes, el ángulo de aproximación, el tiempo. Todo excepto cómo Mitkey podría mover el cohete para apuntar a su objetivo. Pero Mitkey era un ratón listo, el profesor lo sabía. Quizás haciendo palanca, de algún modo... si podía encontrar una palanca...

Una y otra vez hasta bien avanzada la noche, hasta que la voz del buen profesor estaba ronca por la fatiga, y hasta que al final, justo en mitad de la decimonovena explicación, se quedó profundamente dormido.

La brillante luz del sol le despertó, cuando el reloj de la repisa daba las once. Se levantó y estiró sus agarrotados músculos, se sentó de nuevo y cogió el micrófono.

—Mitkey, ¿puedes...?

Pero no, no servía para nada. A menos que Mitkey hubiera oído una de sus primeras emisiones la noche anterior, sería demasiado tarde. Las baterías de Mitkey, las baterías de los cohetes, se habrían agotado ahora, si todavía tenía el equipo conectado.

No podía hacer nada salvo esperar y tener esperanza.

Tener esperanza era duro, y esperar aun más.

Noche. Día. Noche. Y noches y días hasta que había pasado una semana. Ni rastro de Mitkey.

De nuevo, como la vez anterior, el profesor había colocado su trampa y atrapado a Minnie. De nuevo, como la vez anterior, se ocupó bien de ella.

—Mi Minnie, quizás pronto tu Mitkey estarrá de vuelta con nosotros. Perro Minnie, ¿por qué no puedes hablarr como él? Si hizo un proyectorr X-19, ¿por qué no lo usó en ti? No lo entiendo, ¿por qué?

Pero Minnie no le contó por qué, porque no sabía cómo. Le observaba suspicaz, y escuchaba, pero no hablaría. Hasta que Mitkey no volviera no descubrirían por qué. Y entonces, paradójicamente, sólo porque Mitkey aún no había tenido tiempo de quitarse la pintura blanca.

El aterrizaje de Mitkey fue bueno. Pudo alejarse a cuatro patas de él, y después de un rato, caminar.

Pero había sido en Pennsylvania, y le llevó dos días llegar a Hartford. No a pie, por supuesto. Se había escondido en una gasolinera hasta que llegó un camión con matrícula de Connecticut, y mientras repostaba, Mitkey se coló en él.

Después unas pocas millas a pie, y luego por fin...

—¡Pprofesorr! Soy yo, Mitkey.

–¡Mitkey! ¡Mi Mitkey! Casi había abandonado cualquier esperanza de verte. Dime cómo...

–Después, profesor. Le contaré todo después. Primero, ¿dónde está mi Minnie? ¿La tiene? Se había perdido cuando...

–En su jaula, Mitkey. La he mantenido a salvo para ti. Ahora puedo soltarla, ¿no?

Y abrió la puerta de la jaula de metal. Minnie salió fuera, dubitativa.

–Amo, –dijo. Y estaba mirando a Mitkey.

–¿Qué?

Ella repitió,

–Amo. Eres un ratón blanco. Soy tu esclava.

–¿Qué? –dijo Mitkey de nuevo, y miró al profesor–. ¿Qué es esto? Ella habla, perro...

Los ojos del profesor estaban abiertos como platos.

–No sé, Mitkey. Ella nunca me había hablado. No sabía que ella... Espera, ella ha dicho algo de un ratón blanco. Quizás ella.

–Minnie, –dijo Mitkey– ¿me conoces?

–Eres un ratón blanco, amo. Así que te he hablado. No podemos hablar a nadie excepto a los ratones blancos. Por eso no había hablado hasta ahora.

–¿Quiénes? Minnie, ¿quiénes no pueden hablar excepto a los ratones blancos?

–Nosotros, los ratones grises, amo.

Mitkey se volvió al profesor Oberburger.

–Profesor, creo que comienzo a comprender. Es peor de lo que yo... Minnie, ¿qué se supone que deben hacer los ratones grises por los blancos?

–Todo, amo. Somos vuestros esclavos, somos vuestros trabajadores, somos vuestros soldados. Obedecemos al Emperador, y a todos los demás ratones blancos. *Und* primero nos enseñarán a los ratones grises a trabajar *und* a luchar. *Und* después...

–Espera, Minnie. Tengo una idea. ¿Cuánto es dos *und* dos?

–Cuatro, amo.

–¿Cuánto es trece *und* doce?

–No lo sé, amo.

Mitkey asintió.

–Vuelve a tu jaula.

Se volvió al profesor.

—¿Lo ve? Ha aumentado un poco, no mucho, el nivel de inteligencia de los ratones grises. *Der* nivel cero-dos es el suyo, por lo que es un poco más listo que los otros ratones blancos, *und* mucho más que los ratones normales, a los que usa como soldados y trabajadores. Es diabólico, ¿no?

—Es diabólico, Mitkey. Yo... yo no creía que los ratones pudieran ser tan ruines, tan ruines como los hombres, Mitkey.

—Profesor, me da vergüenza de mi propia raza. Veo ahora mis ideas de Ratolandia, *und* hombres *und* ratones vivir en paz... eran sólo sueños. Estaba equivocado, profesor. Perro no hay tiempo de pensar en sueños... ¡debemos actuar!

—¿Cómo, Mitkey? Llamo a *der* policía *und* les pido que arresten...

—No. Los hombres no pueden detenerle, profesor. Los ratones pueden esconderse de los hombres. Se han escondido de los hombres toda la vida. Un millón de policías, un millón de soldados no podría encontrar a Blanquito Primerro. Debo hacerlo yo mismo.

—¿Tú, Mitkey? ¿Solo?

—Es por lo que he vuelto de la Luna, profesor. Soy tan listo como él... soy *der* único ratón tan listo como Blanquito.

—Perro él tiene a sus ratones blancos... *der* otros ratones blancos *mit* él. Tiene guardias, probablemente. ¿Qué puedes hacer tú solo?

—Podría encontrar la máquina. El proyector X-19 que elevó su inteligencia, ¿lo ve?

—Perro, ¿qué podrías hacer tú, Mitkey, *mit der* máquina? Ellos ya...

—Puedo cortocircuitarlo, profesor. Invertir sus terminales *und* cortocircuitarlo, *und* desaparecería en un flash... *und* hacer normales de nuevo a todos los ratones con mentes artificialmente más inteligentes en una milla alrededor.

—Perro, Mitkey, tú estarás allí también. Destruirá tu propia inteligencia, ¿lo harás?

—Lo haría y lo haré. Por el mundo, *und* por la paz. Perro tendré quizás un as en la manga. Quizás recupere mi inteligencia.

—¿Cómo, Mitkey?

—Me pintaré de nuevo de blanco. Para que pueda engañarles *und* pasar por delante de sus guardias. Estarán dentro o cerca de los laboratorios Hartford, creo... de dónde salió Blanquito, *und* donde habrá encontrado otros ratones blancos para trabajar *mit* él. *Und* después, también antes de salir para allí, haré otro proyector, ¿ve? *Und* elevaré el nivel de inteligencia de Minnie tanto como el mío, *und* la enseñaré cómo hacer funcionar el proyector, ¿lo ve? *Und* cuando yo pierda mi inteligencia al cortocircuitar *der* máquina en *der*

laboratorios, todavía tendré mi inteligencia normal *und* mi instinto... ¡*und* creo que me traerán a mi casa *und* a mi Minnie!

El profesor asintió.

–Excelente. *Und der* laboratorios están a tres millas de aquí, *und der* cortocircuito no afectará a Minnie. Entonces ella podrá recuperarte, ¿no?

–Sí, necesito alambre, el mejor alambre que tenga. *Und...*

Esta vez montaron rápidamente el proyector. Esta vez Mitkey tuvo ayuda, ayuda experta, y podía pedir lo que necesitaba en vez de tener que robarlo en la obscuridad.

Una vez mientras trabajaban, el profesor recordó algo.

–¡Mitkey!, –dijo de repente– ¡estabas en la Luna! Casi olvido preguntarte sobre ello. ¿Cómo fue?

–Profesor, estaba tan preocupado por regresar que no me di cuenta. ¡Olvidé mirarte!

Y después hicieron las conexiones finales, que Mitkey insistió en hacer él mismo.

–No es que no confíe en usted, profesor, –le explicó ansioso– pero fue una promesa, a los científicos Prxl que me enseñaron. *Und* incluso yo no sé cómo funciona tampoco. Está más allá de la ciencia de hombres y ratones. Pero lo prometí, así que haré las conexiones yo sólo.

–Comprendo, Mitkey. Está bien. Pero *der* otro proyector, el que cortocircuitará... ¿podría alguien encontrarlo *und* repararlo?

Mitkey sacudió la cabeza.

–No hay manera. Una vez roto, nadie podría hacer nada con él. Ni siquiera usted, profesor.

Se pusieron cerca de la jaula, ahora con la puerta cerrada de nuevo, en la que Minnie esperaba. El cable final y un clic.

Y gradualmente, los ojos de Minnie cambiaron.

Mitkey le hablaba rápidamente, explicándole cosas. Contándole los hechos y los planes...

Bajo el suelo del edificio principal de los laboratorios Hartford, estaba oscuro, pero había suficiente luz proveniente de unas cuantas rendijas para que los agudos ojos de Mitkey pudieran ver que el ratón que le había dado el alto era un ratón blanco, que llevaba una perra corta.

–¿Quién va?

–Soy yo –dijo Mitkey–. Acabo de escaparr de la jaula grande de arriba. ¿Qué pasa?

–Bien –dijo el ratón blanco–. Te llevaré ante *der* Emperradorr de los Ratones. Ante él, *und* ante la máquina que hizo, a la que debes tu inteligencia *und* tu lealtad.

–¿Quién es él? –preguntó Mitkey inocentemente.

–Blanquito Prrimerro, Emperradorr de los rratones blancos, que son los gobernantes de todos los rratones *und* líderr de los gobernantes de todos... Perro ya aprenderrás todo cuando hagas tu jurramento.

–Has hablado de una máquina –dijo Mitkey–. ¿Qué es, *und* dónde está?

–En los cuarteles generrales del parrtido, donde te llevo ahorra. Porr aquí.

Y Mitkey siguió al ratón blanco.

Mientras le seguía le preguntó:

–¿Cúantos rratones inteligentes como nosotros hay?

–Tú serrás el número veintiuno.

–¿*Und* los veinte están aquí?

–Sí, *und* estamos entrenando al batallón de esclavos de rratones grrises, que trrabajarrán *und* lucharrán porr nosotros. Tenemos ya cien. Viven en los barracones.

A diez, quizás doce yarrdas.

–Muy bien – dijo Mitkey.

Una última vuelta del pasillo, y allí estaba la máquina, y allí estaba Blanquito. Otros ratones blancos estaban sentados en semicírculo alrededor de él, escuchando.

–...*und der* prróximo movimiento serrá... ¿Qué es esto, guarrdia?

–Un nuevo rrecluta, Su Alteza. Acaba de escaparr, y se unirá a nosotros.

–Bien –dijo Blanquito–. Estamos discutiendo planes mundiales, perro esperrarremos hasta el jurramento. Ponte junto a *der* máquina, *mit* una mano sobre el cilíndrro *und* otra mano elevada hacia mí, con la palma hacia delante.

–Sí, Su Alteza –dijo Mitkey, y se dirigió alrededor del semicírculo de ratones hacia la máquina.

–Así –dijo Blanquito–. Más alta la mano. Eso es. Ahorra rrepite: *Der* rratones blancos gobierrnan el mundo.

–*Der* rratones blancos gobierrnan el mundo.

–Los ratones grises *und* otras criaturas incluidos los hombres, serán sus esclavos.

–Los ratones grises *und* otras criaturas incluidos los hombres, serán sus esclavos.

–Aquellos que se opongan serán torturados *und* ejecutados.

–Aquellos que se opongan serán torturados *und* ejecutados.

–*Und* Blanquito Primerro gobernará sobre todos.

–Eso es lo que tú te crees – dijo Mitkey, y alcanzó los cables del proyector X-19 y unió dos de ellos entre sí...

El profesor y Minnie estaban esperando. El profesor sentado en su silla, Minnie sobre la mesa junto al nuevo proyector que Mitkey construyó antes de irse.

–Tres horas y veinte minutos – dijo el profesor–. Minnie, ¿supones que algo ha ido mal?

–Espero que no, profesor... Profesor, ¿son los ratones más felices *mit* inteligencia? ¿No serán los ratones inteligentes infelices?

–¿Eres infeliz, *mein* Minnie?

–Y también Mitkey, profesor. Se lo aseguro. La inteligencia es preocupación *und* problemas... *und* en la pared *und mit* todo el queso que ponía bajo la nevera, éramos tan felices, profesor.

–Quizás, Minnie. Quizás el cerebro sólo trae problemas a los ratones. Igual que a los hombres, Minnie.

–Pero los hombres no pueden evitarlo, profesor. Han nacido así. Si los ratones tuvieran que ser listos, habrían nacido así, ¿no?

El profesor suspiró.

–Quizás seas un ratón más listo, incluso, más que Mitkey. *Und* estoy preocupado, Minnie, por... ¡Mirra, es él!

Había un pequeño ratón gris, al que se le había caído la mayor parte de la pintura, de manera que se veía su sucio pelo gris, caminando a hurtadillas junto a la pared.

Pop, entro por el agujero del rodapié.

–¡Minnie, es él! ¡Lo ha conseguido! Ahora pondré la trampa, para ponerle sobre la mesa junto a la máquina... O espera, no es necesario. Se proyectará hasta Mitkey tras la pared. Enciéndelo *und*...

–Adiós, profesor –dijo Minnie.

Se adelantó hacia la máquina, y demasiado tarde el profesor vio lo que iba a hacer.

–¡Squick!

Y sólo había un pequeño ratón gris sobre la mesa, corriendo frenéticamente en círculos buscando el modo de bajar. En el centro de la mesa había una pequeña y compleja máquina cortocircuitada que nunca volvería a funcionar.

–¡Squick!

El profesor la cogió con cuidado.

–¡Minnie, *mein* Minnie! Sí, tienes razón. Tú *und* Mitkey seréis más felices así. Perro desearría que hubierras esperrado... sólo un poco. Querría hablarr con él una vez más, Minnie, perro...

El profesor suspiró y puso el ratón gris sobre el suelo.

–Bueno, Minnie, ahorra tú y tu Mitkey podéis...

Pero las instrucciones llegaron tarde, y eran innecesarias, incluso si Minnie las hubiera entendido. El pequeño ratón gris era ahora una pequeña línea gris en dirección al agujero del rodapié.

Y después desde la profundidad de la protectora oscuridad dentro de la pared el profesor oyó dos pequeños y felices chillidos...

La jirafa azul

L. Sprague de Camp

The blue giraffe, © 1939 by Street & Smith Publications Inc.. Traducido por Augusto Martínez Torres en *Bestiario de ciencia ficción*, selección de Robert Silverberg, Ciencia Ficción 44, B 114, Ultramar Editores S. A., 1986.

El alto y distinguido Sprague de Camp, estudioso por naturaleza y de formidable porte, es uno de los pilares de la ciencia ficción. Forma parte del grupo de hombres jóvenes que comenzó a escribir sobre estos temas simultáneamente, al final de la década de los treinta, y que transformó el género, entonces melancólico, en la forma literaria llena de sugerencias que es hoy día. El grupo incluye a miembros tales como: Theodore Sturgeon, Isaac Asimov, Robert Heinlein, A. E. Van Vogt, y Lester del Rey. A través de las décadas sucesivas, de Camp mantuvo su puesto entre estos formidables competidores, y su forma característica de escribir, llena de erudición y cautivante interés, no ha perdido su popularidad. La jirafa azul, que data de 1939, es un buen ejemplo del tipo de cuento que hizo que de Camp ganara una reputación tan excelente.

Robert Silverberg

Athelstan Cuff vio con asombro, para decirlo suavemente, que su hijo estaba llorando. No era que tuviera ideas exageradas acerca del estoicismo de Peter, pero la verdad era que nunca lloraba. Es cierto que, para ser un chico de doce años, tenía un control de sí mismo que a veces podía llegar a confundirse con hosquedad. Y ahora estaba lloriqueando. Debía de estar sucediendo algo terrible. Cuff dejó a un lado el manuscrito que estaba leyendo. Era el editor de la Revista Biológica; su figura era la de un macizo inglés, con cabello prematuramente blanco, y una fuerza física que parecería corresponder a trabajos más pesados. Parecía un poco una langosta de mar, que ha sido ya hervida una vez y que no desea repetir la experiencia.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Peter se secó los ojos y miró a su padre con aire calculado. Cuff deseaba, a veces, que no fuera tan racional. Un poco de locura de niño hubiera venido bien en ciertas circunstancias.

—Vamos, vamos, amigo, ¿qué pasa? ¿De qué sirve tener padre si no se le dice lo que sucede?

Peter finalmente lo largó.

—Algunos tipos... —se interrumpió para sonarse la nariz.

Cuff pestañeó un poco molesto por el lenguaje. Su única objeción a la venida a Norteamérica lo constituía el lenguaje que su hijo comenzaba a adoptar. Como no

creía en la utilidad de estar permanentemente señalándosele a Peter, trataba de sufrir en silencio.

–Algunos tipos dicen que no eres mi padre...

Al fin lo había dicho, pensó Cuff, tal como iba a suceder tarde o temprano. No debía haber pospuesto la revelación al niño durante tanto tiempo.

–¿Qué quieres decir? –dijo enojado.

–Dicen –*sniff*– que me *adotaste*.

Cuff hizo un esfuerzo.

–¿Y qué hay con eso? –trató de que la situación estuviera cubierta por el desprecio que manifestaba hacia la mala pronunciación.

–No te entiendo. ¿Cómo «y qué hay con eso»?

–Por supuesto que me entiendes. No veo cuál es el problema. No hay un ápice de diferencia para tu madre o para mí, así que no veo por qué ha de haberla para ti.

Peter quedó un rato pensativo.

–¿Podrías mandarme lejos algún día, porque soy *adotado*?

–¿Así que eso es lo que te preocupa? Por supuesto que no. Legalmente eres tan hijo nuestro como... el que más. Pero ¿qué pudo darte la idea de que te íbamos a mandar lejos? Me gustaría encontrarme con alguien que quiera separarte de nosotros.

–No, simplemente me preguntaba.

–Bueno, uno siempre imagina cosas. No queremos mandarte lejos. Y, aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo. Todo está perfectamente bien, créeme. Muchas personas son adoptadas y a nadie le importa. No te molestaría si alguien tratara de gastarte bromas porque tienes una nariz, dos ojos y una boca, ¿verdad?

Peter había vuelto a recobrar la calma.

–¿Cómo sucedió?

–Es una larga historia. Te la contaré si lo deseas.

–Si.

–Ya te he contado –comenzó Athelstan Cuff– que, antes de venir a Norteamérica, trabajé durante varios años en Sudáfrica. También te conté cómo mis tareas se referían a los elefantes, leones y otros animales, y la manera en que llevé algunos rinocerontes de Swazilandia al Parque Kruger. Pero nunca te he hablado acerca de la jirafa azul.

Alrededor de 1940, varios gobiernos de Sudáfrica consideraban la creación de un parque que no fuera meramente una reserva para turistas, sino un área, mantenida en estado de completo salvajismo natural, para el uso exclusivo de científicos y otros estudiosos. Finalmente se eligió el delta del río Okavango, en Ngamilandia, puesto que era una zona suficientemente grande y poco poblada.

Las razones por las que tenía pocos habitantes eran bien simples: a nadie le gusta establecerse en un lugar en que no es nada raro encontrar la casa y la granja debajo de un metro de agua, de la noche a la mañana. Y también es irritante ir a pescar a un lago que uno conoce bien, para encontrarse con que se ha convertido en una extensión de césped, donde comienzan a brotar los árboles.

Por tales razones, los batawana, que era la tribu en cuyas tierras se hallaba el delta, dejaron lentamente esta caprichosa extensión de tierra pantanosa al elefante y al león. Los pocos batawana que vivían en y cerca del delta fueron indemnizados y adecuadamente trasladados. Las oficinas representantes del poder de la Corona en el Protectorado de Bechuanalandia dictaron las leyes que se requerían contra la enajenación de las tierras tribales permitiendo la ocupación del delta y territorios adyacentes, y denominaron al lugar Parque Jan Smuts...

Cuando Athelstan Cuff se bajó del tren en Francistown, en septiembre de 1976, la lluvia de primavera desprendía una nubecilla de humo de la plataforma. Un negro, vestido con ropas color kaki, apareció saliendo de la sombra y le dijo:

—¿Es usted Mr. Cuff, de Ciudad del Cabo, verdad? Yo soy George Mtengeni, el alcalde de Smuts. Mr. Opdyck me escribió avisándome de su llegada. El auto está al llegar.

Cuff le siguió. Había oído hablar de George Mtengeni. No era un chwana, sino que era un zulú de cerca de Durban. Cuando se había fundado el parque, los batawana habían considerado que el alcalde debería de elegirse entre los tawana. Pero los makoba, que estaban muy decididos a cuidar su independencia de sus amos previos, los batawana, insistieron en que fuera uno de los suyos. Finalmente, la oficina correspondiente había zanjado el pleito eligiendo a un hombre de otra tribu. Mtengeni tenía la piel renegrada y la nariz delgada que se hallaba en tantos miembros de los kaffir bantú. Cuff pensó que probablemente el alcalde tenía una mala opinión de los chwana en general y de los batawana en particular.

Subieron al auto. Mtengeni dijo:

—Espero que no le importe tener que viajar tanto. Lamento que no haya podido venir antes; ahora las tierras bajas están completamente anegadas.

—Ya veo —dijo Cuff—. ¿Cómo está el Mababe este año?

Se refería a la hondonada conocida como lago, pantano o depresión, dependiendo de la cantidad de agua que alojara en un momento dado.

–El Mababe es un lago ahora, un bello lago lleno de árboles sumergidos y de hipopótamos. Creo que el Okavango se desplaza nuevamente hacia el norte. Eso significa que el lago Ngami se volverá a secar.

–Indudablemente. Pero, dígame, ¿qué hay acerca de esa jirafa azul? La carta tenía muy pocos informes.

Mtengeni sonrió, mostrando sus blancos dientes.

–Apareció en el borde del bosque Mopane hace unos diecisiete meses. Ese fue el comienzo. Desde entonces han sucedido otras cosas raras. Si le hubiera escrito acerca de ellas, seguro que habría ido a la oficina de la Corona diciendo que el alcalde tenía una depresión nerviosa. Lamento tener que mezclarlo en esto, pero me han dicho que no pueden mandar a nadie a investigar.

–Oh, está bien –contestó Cuff–. Me alegré de irme de Ciudad del Cabo, de todas formas. Y no hemos tenido que investigar nada raro desde que Hickey desapareció.

–¿Desde que quién desapareció? Lo siento, no puedo estar al tanto de todo lo que pasa.

–Eso pasó hace mucho tiempo. Antes de su época e incluso de la mía. Hickey era un científico que se internó en el Kalahari con un camión y un guía xosa, y desapareció. Lo buscaron por toda la región, pero nunca pudieron hallar el más mínimo rastro y la arena cubrió las huellas del camión. Una desaparición verdaderamente rara.

La lluvia seguía mojándolos mientras se internaban en la carretera. Hacia delante, más allá de la cortina de lluvia, se hallaban las vastas praderas de la parte norte de Bechuanalandia, con sus grandes depresiones, y aún más lejos se suponía que existía una jirafa azul, entre otras cosas.

La estructura de acero de la torre vibró mientras subían. Cuando se hallaron arriba, Mtengeni dijo:

–Se puede ver... hacia allá... hacia el oeste... al otro lado del bosque. Eso es a unos treinta kilómetros.

Cuff esforzó la vista.

–Realmente tienen un buen panorama desde aquí. Pero hay demasiada niebla más allá del bosque para ver nada.

–Siempre sucede así, a menos que tengamos buen viento. Allí esta. el limite de las ciénagas.

–Estoy realmente asombrado de que pueda cuidar de una zona tan grande estando solo.

–¡Oh, bien! Los bechuana no dan mucho trabajo. Son honestos... Hasta yo tengo que admitir que tienen algunas buenas cualidades. De todas formas, es fácil internarse en el delta sin perderse en las ciénagas. Tal vez alguien pueda

perderse, claro. Le mostraré todo, pero será mejor que los bechuana no se enteren. Mire, Mr. Cuff, allí está nuestra jirafa azul.

Cuff se sobresaltó. Mtengeni era evidentemente el tipo de hombre que anunciaría un terremoto tan simplemente como si fuera la llegada del correo matutino.

A poca distancia de la torre, una media docena de jirafas se movían lentamente en el bosque, alimentándose de las hojas de los árboles. Cuff dirigió los prismáticos hacia ellas. En medio del pequeño rebaño se hallaba la jirafa azul. Cuff parpadeó y volvió a mirar. No había dudas: el animal era de un azul brillante, como si alguien lo hubiera pintado. Athelstan Cuff sospechó que eso era lo que había sucedido. Le comentó su idea a Mtengeni.

El alcalde se encogió de hombros.

–Eso sí que sería una forma rara de divertirse. Sin mencionar que también tendría sus riesgos. ¿Vio algún otro detalle raro en las otras?

Cuff miró nuevamente.

–Sí... ¡caramba!, una de ellas tiene una barba, como un chivo; sólo que de casi dos metros de largo, por lo menos. Dígame, George, ¿qué pasa aquí?

–Yo mismo no lo sé. Mañana, si quiere, le mostraré una de las formas de internarse en el delta. Pero eso queda bastante lejos, así que será mejor que llevemos provisiones para unos dos o tres días.

Mientras viajaban hacia el Tamalakane, pasaron cuatro hombres de los batawana, de aspecto triste y color marrón rojizo, con un atuendo mitad nativo y mitad europeo. Mtengeni hizo que el auto aminorara la marcha para poder mirarlos bien, pero no hallaron evidencias de que hubieran estado cazando ilegalmente.

Mtengeni dijo:

–Desde que los esclavos makoba se liberaron han entrado en... declinación, por así decir. Tienen demasiado orgullo para trabajar.

Se apearon cerca del río.

–No podemos cruzar con el vehículo el vado en esta época del año –explicó el alcalde, cerrando las puertas del auto–. Pero podremos vadear el curso de agua un poco más adelante.

Comenzaron a seguir el sendero, ajustándose las cargas. No había mucho que ver. La visión estaba impedida por las plantas del pantano, altas y de tallos carnosos. El único sonido que se escuchaba era el zumbido de los insectos. El aire ya se sentía caluroso y húmedo, a pesar de que el sol había salido hacía apenas media hora. Las moscas picaban, pero los hombres se habían acostumbrado. Simplemente daban un manotazo y esperaban a ser picados de nuevo.

Hacia delante se sentía un ruido gorgoteante, como si a una sirena le hubiera entrado agua en el mecanismo. Cuff dijo:

–¿Cómo andan los hipopótamos este año?

–Muy bien. Hay algunos en especial que quisiera que viera. ¡Ah!, aquí estamos.

Habían llegado a un lugar donde las aguas estaban tranquilas. Un hipopótamo repetía su bramido. Cuff vio que había otros, de los cuales se veían solamente las orejas y los hocicos. Uno de ellos se estaba moviendo; Cuff podía ver la pequeña estela en forma de V que surgía de su casi sumergida cabeza. Alcanzó la orilla y salió tambaleándose, chorreando estrepitosamente.

Cuff parpadeó.

–Debo de tener mal los ojos.

–No –dijo Mtengeni–. El hipopótamo... eso es lo que quería que viera.

Era verde y con manchas rosadas.

Miró a los hombres gruñendo con sospecha, y luego volvió a meterse en el agua.

–Todavía no puedo creerlo –dijo Cuff–. Vamos, hombre, esto es imposible.

–Verá más cosas –dijo Mtengeni–. ¿Seguimos?

Hallaron un lugar donde debían vadear; y lucharon con los rápidos hasta cruzar. Entonces comenzaron otra vez a seguir una senda casi borrada. No se oía otra cosa que sus pisadas, el zumbido de los insectos y el ocasional grito de un ave o el paso de un gamo a través de la vegetación.

Caminaron durante algunas horas. De repente, Mtengeni dijo:

–Cuidado. Hay un rinoceronte cerca.

Cuff se preguntó cómo haría el zulú para saberlo, pero de todas formas tuvo cuidado. Poco después llegaron a un claro, donde pudieron ver al animal.

No los distinguió a lo lejos, y no había brisa que pudiera hacerle llegar el olor. Tal vez los oyó, porque levantó la cabeza del pasto donde comía y gruñó una vez, con un ruido similar al de una locomotora. Tenía dos cabezas.

Trotó hacia donde estaban, olfateando.

Los hombres extrajeron los rifles.

–¡Dios mío! –dijo Athelstan Cuff–. Espero que no tengamos que matarlo. ¡Dios mío!

–No creo –dijo el alcalde–. Es Tweedle. Lo conozco bien. Si se acerca demasiado, apúntele a la base del cuerno. Saldrá corriendo en seguida.

–¿Tweedle?

–Sí. La cabeza de la derecha es Tweedledee –dijo Mtengeni solemnemente–; la de la izquierda, Tweedledam; a todo rinoceronte lo llamo Tweedle.

Las dos cabezas seguían acercándose. Mtengeni dijo:

–Observe –movió la mano y gritó–: ¡Fuera! ¡Bobo!

Tweedle se detuvo y volvió a bufar. Luego comenzó a dar vueltas en círculo, como un ratón que bailara el vals. Vueltas y vueltas.

–Mejor será que sigamos hacia adelante –dijo Mtengeni–. Va a seguir así durante horas. Verá, Tweedledee es pacífico, pero Tweedledam es peleador. Cuando le grito a Tweedle, Tweedledam quiere agredir, pero Tweedledee quiere escapar. Por tanto, las patas de la derecha van hacia adelante y las de la izquierda van hacia atrás. Tweedle, entonces, da vueltas. Le lleva bastante tiempo llegar a decidir qué va a hacer.

–¡Recórcholis! –dijo Athelstan Cuff–. Dígame, ¿tienen algunos animales más como éste en este lugar?

–¡Oh, sí, muchos! Por eso pienso que debe hacer algo. ¡Hacer algo acerca de esto! – Cuff se preguntó si esto era una conmovedora prueba de confianza en el hombre blanco, o de si Mtengeni lo había hecho venir para divertirse viéndolo correr en inútiles círculos. Mtengeni no daba señales de qué era lo que pensaba.

Cuff dijo:

–George, no puedo comprender por qué alguien no investigó todo esto antes.

Mtengeni se encogió de hombros.

–Traté de que alguien viniera, pero el gobierno no quiso mandar a nadie, y las expediciones científicas no han estado por aquí desde hace muchos años. No sé por qué.

–Yo creo que si lo sé –dijo Cuff–. Antiguamente, la gente, aun la de los países más civilizados, consideraba que un viaje era un proceso dificultoso, así que no le importaba afrontar una serie de problemas. Pero ahora, que se puede llegar a tantas partes en forma cómoda y descansada, a nadie se le ocurre plantearse un viaje a un lugar tan fuera de lo conocido y tan privado de comodidades como Ngamilandia.

Comenzó a sentirse, dominando el del pantano, un olor de carroña. Mtengeni señaló el esqueleto de una corza, a quien todavía no habían descubierto los buitres.

–Por esto es por lo que necesito que arregle esta situación –dijo el encargado. Había una nota de real preocupación en su voz.

–¿Qué quiere decir, George?

–Mire las patas.

Cuff miró. Las patas delanteras eran solamente la mitad de largas que las traseras.

–Ese animal... –dijo el zulú–. Era natural que no pudiera vivir mucho. En el parque los animales así no son raros. En diez o veinte años mis animales morirán por cosas como ésta. ¿Y entonces, qué?

Se detuvieron cuando anoecía. Cuff se alegró. Hacía largo tiempo que no recorría entre veintidós y veintitrés kilómetros en un día. Tenía miedo de encontrarse envarado al día siguiente. Miró el mapa, tratando de orientarse. Pero los cartógrafos jamás intentaron seguir las huellas de las multifacéticas alteraciones de las ramas del Okavango, y se habían limitado a llenar el delta con pequeños puntos azules y líneas segmentadas que querían decir terreno pantanoso. En todas direcciones se veía un monótono panorama de agua y tierra. Los dos elementos estaban íntimamente unidos.

El zulú buscaba un lugar seco en que no hubiera serpientes. Cuff oyó que de repente gritaba:

–¡Tonto! –y le tiraba un terrón duro a lo que parecía ser un tronco. El tronco abrió un enorme par de mandíbulas y se deslizó hacia el agua, silbando indignado.

–Es mejor que hagamos un gran fuego –dijo Mtengeni, mientras buscaba unos leños secos–. No queremos que un cocodrilo o un hipopótamo se nos meta equivocadamente en la tienda.

Luego de comer pusieron en marcha el eliminador de insectos automático, inflaron los colchones y se dispusieron a conciliar el sueño. Hacia el oeste se oyó el rugido de un león. Eso es algo que un habitante de África, nativo o no, no desea escuchar mientras se halla a pie. Pero los hombres no se preocuparon. Los leones no se internaban en las zonas pantanosas. Los mosquitos presentaban un problema más inmediato.

Muchas horas después, Athelstan Cuff oyó a Mtengeni levantarse.

El cuidador dijo:

–Recordé un lugar alto, a un kilómetro y medio, donde hay mucha leña. Voy a tratar de encontrarlo.

Cuff escuchó los pasos de Mtengeni, que se alejaba. Luego el ruido de su propia respiración, pero más tarde oyó algo más. Sonaba como si fuera un grito humano.

Se levantó y trató de ponerse las botas rápidamente. Buscó desesperadamente la linterna, pero Mtengeni se la había llevado.

Luego volvió a oír el grito.

Cuff tanteó hasta encontrar su rifle y su cartuchera en la oscuridad, y salió. Había suficiente luz como para hallar el camino, si se era cuidadoso. El fuego casi se había apagado. Los gritos parecían venir en dirección opuesta a la que había tomado Mtengeni. Eran agudos, como si fueran los de una mujer.

Caminó en esa dirección, encontrando en el camino irregularidades que le hicieron tropezar y finalmente caer en un hoyo de agua. Ahora oía mejor los gritos. No eran en idioma inglés. También se oía una especie de ronquido.

Halló el lugar. Había un pequeño árbol, en cuyas ramas alguien se había encaramado. Debajo del árbol se movía una figura voluminosa. Cuff pudo distinguir unos cuernos, y por tanto consideró que se tenía que enfrentar con un búfalo.

Odiaba tener que disparar. Para un oficial al cuidado del parque, esto era verdaderamente desagradable. Por otra parte, no veía como para apuntar a una zona vital, y no le parecía nada bien la idea de tener que buscar a un búfalo herido en la obscuridad. Podían moverse con la agilidad de los caballos de carreras, aun a pesar de lo intrincado del lugar.

Pero no podía abandonar en esa situación a un tonto, o a una indefensa mujer nativa. El búfalo, si estaba realmente furioso, esperaría durante días, hasta que su víctima se debilitara y cayera al suelo. O daría topetazos contra el árbol, hasta que se desprendiera quien se refugiaba. O trataría de trepar y clavar sus cuernos en la víctima.

Athelstan Cuff disparó sobre el búfalo. Este se tambaleó y cayó al suelo.

La víctima bajó rápidamente, dando una serie de expresivas gracias en idioma xosa. En un xosa aún peor que el del inglés que la había salvado. Cuff se preguntó qué hacía aquí, a casi mil quinientos kilómetros de la región de los maxosa. Presumió que era una nativa, si bien estaba demasiado obscuro como para ver. Le preguntó si hablaba inglés, pero no pareció entenderlo, así que pasó al dialecto bantú.

–*¿Uveli phi na?* –le preguntó seriamente–. *¿De dónde vienes? ¿No sabes que no se permite entrar en el parque sin un permiso especial?*

–*Izwe kamafene wabantu*– replicó ella.

–*¿Cómo dices? Nunca oí hablar de tal lugar. ¡Tierra de los babuinos! ¿A qué tribu perteneces?*

–*Ingwanza*.

–*¡Que eres una cigüeña blanca! ¿Esta es tu idea de una broma?*

–*No dije que fuera una cigüeña blanca. Ingwanza es mi nombre.*

–*No te pregunté tu nombre. Te pregunté a qué tribu perteneces.*

–*Umfene umfazi*.

Cuff controló su exasperación.

–*Bien, bien, eres una mujer babuino. No me interesa a qué clan perteneces. ¿Cuál es tu tribu? ¿Los batawana, los bamang-wato, los bangwaketese, los barolong, los herero, o cuáles? No trates de decirme que eres una xosa. Ningún xosa tiene un acento como el tuyo.*

–*Amafene abantu*.

–¿Pero quiénes son los hombres babuinos?

–Gente que vive en el parque.

Cuff tuvo que resistir el impulso de demostrar su furia.

–¡Te estoy diciendo que nadie vive en el parque! No está permitido. Ahora bien, ¿de dónde vienes y cuál es el lenguaje que realmente hablas? ¿Por qué estás tratando de hablar xosa?

–Ya te he explicado. Vivo en el parque, y hablo xosa porque los *amafene abantu* hablamos en esa lengua. Es la que nos enseñó Mqhavi.

–¿Y quién es Mqhavi?

–El hombre que nos enseñó a hablar en xosa.

Cuff desistió de su empresa.

–Bien, bien. Vamos a ver al encargado. Y más vale que tengas una buena razón para haber entrado aquí, o tendrás problemas. Especialmente porque todo esto significó que hubo que matar a un buen búfalo.

Se dirigió hacia el campamento, asegurándose de que Ingwanza lo seguía de cerca.

Lo primero que descubrió fue que no pudo determinar dónde estaba encendido el fuego, para guiarse. O bien había ido más lejos de lo que pensaba, o el fuego se había extinguido mientras Mtengeni había salido en busca de leños. Se mantuvo caminando durante un cuarto de hora en lo que pensó era la dirección correcta. Luego se detuvo. Ahora se daba cuenta de que no tenía la más mínima idea de dónde se hallaba.

Se dio la vuelta.

–¿*Sibaphi na?* –preguntó bruscamente–. ¿Dónde estamos?

–En el Parque.

Cuff comenzó a preguntarse si llegaría a entregar a Mtengeni esta intrusa antes de haberla estrangulado con sus propias manos.

–¡Ya sé que estamos en el Parque! Pero ¿en qué parte?

–No lo sé exactamente. Cerca de donde está mi gente.

–Con eso no soluciono nada. Mira: dejé el campamento del cuidador cuando te oí gritar. Quiero volver allí. ¿Cómo hago?

–¿Dónde está el campamento del cuidador?

–No lo sé, estúpida. Si supiera no te lo preguntaría.

–Si no sabes dónde está, ¿cómo esperas que te lleve allí? Yo tampoco lo sé.

Cuff dejó escapar unos bufidos ahogados. Tenía que admitir que la mujer tenía razón, y esto le hacía enfadarse todavía más. Finalmente dijo:

–Bien. No importa. Llévame hasta donde está tu gente. Tal vez allí alguien pueda ayudarme.

–Muy bien –dijo la mujer. Y comenzó a andar con un paso rápido. Cuff la siguió con dificultad. Comenzó a preguntarse si no tendría razón en lo que decía acerca de vivir en el Parque. Parecía saber adonde se dirigía.

–Espera un momento –le dijo. Pensó que tendría que dejarle una nota a Mtengeni, explicándole lo sucedido, y clavarla en un árbol para que el cuidador la encontrara, pero no tenía lápiz ni papel en los bolsillos. No tenía tampoco fósforos ni un encendedor. Todo esto lo había dejado en la tienda.

Siguieron hacia delante, mientras Cuff se preguntaba cómo ponerse en contacto con Mtengeni. No quería que pasaran una semana vagando por el delta, persiguiéndose uno a otro. Tal vez fuera mejor quedarse donde estaban y encender un fuego. Pero no tenía fósforos, y en esta zona húmeda, las posibilidades de encenderlo frotando dos ramas era muy difícil.

Ingwanza dijo:

–¡Cuidado! ¡Hay búfalos!

Cuff se detuvo a escuchar, y pudo oír el ruido de los tallos verdes al ser cortados por los animales que se alimentaban.

La mujer prosiguió:

–Hay que esperar hasta que se haga de día. Entonces tal vez se vayan. Si no, tendremos que rodearlos; pero no veo.

Hallaron el lugar más alto de la zona cercana, y se sentaron a esperar. Algo con patas se había metido dentro de la camisa de Cuff, quien lo aplastó de un manotazo.

Esforzó la vista, tratando de distinguir en la obscuridad. Era imposible decir a qué distancia estaban los búfalos. Encima de sus cabezas, un pájaro cerró las alas en un movimiento brusco; Cuff trató de que sus nervios se serenaran. Echaba de menos un buen cigarrillo.

El cielo comenzó a aclarar. Gradualmente, Cuff comenzó a distinguir las formas de los animales, que se movían entre la vegetación. Estaban a una buena distancia, y si bien Cuff hubiera deseado que se alargara al doble, por lo menos no habían topado directamente con ellos.

Cada vez estaba más claro. Cuff no quitaba los ojos de los búfalos. Había algo raro en el que estaba más cerca. Tenía seis patas.

Cuff se volvió hacia Ingwanza y comenzó a susurrar:

–¿Qué pasa con los búfalos?... –pero dio un grito de horror. Su rifle se disparó con su ademán de sobresalto, y se agujereó la bota.

Era la primera vez que realmente había visto a la mujer, en la desvaída luz del amanecer. La cabeza de Ingwanza era la de un babuino demasiado crecido.

Los búfalos huyeron en desesperada carrera. Cuff e Ingwanza se observaron mutuamente. Entonces Cuff se miró el pie. La sangre corría por el agujero abierto en el cuero.

–¿Qué sucede? ¿Por qué te heriste? –preguntó Ingwanza.

Cuff no supo qué contestar. Se sentó y se quitó la bota. El pie había perdido un pedazo de piel del tamaño de una moneda grande, pero aparte de cierta sensación de insensibilidad, no parecía haberse herido mucho. Sin embargo, había que cuidarse de las infecciones en esas terribles ciénagas. Se ató el pie con su pañuelo y se volvió a calzar la bota.

–Ha sido un accidente –dijo–. Sigamos, Ingwanza.

Ella fue delante, y Cuff cojeaba detrás. El sol estaría pronto en el horizonte. Estaba lo suficientemente claro como para distinguir los colores. Cuff se dio cuenta de que Ingwanza, al describirse como una mujer babuino, había dicho la verdad, a pesar de que su tamaño, la actitud y las proporciones generales eran las de un ser humano. Su cuerpo, si no fuera por el extraño vello que la cubría y por la corta cola, podría haber pasado por el de un ser humano, si no se detallaba demasiado. Pero su extraña cabeza, con su largo bigote azul, le daba el aspecto de un extraño dios egipcio, con cabeza de animal. Cuff se preguntó si los *fene abantu* serían una raza de híbridos entre el hombre y el mono. Esto era imposible, por supuesto, pero había visto tantas cosas imposibles en estos últimos días...

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

–Estaremos allí en una o dos horas. Tengo sueño –bostezó. Cuff reprimió un estremecimiento al ver los cuatro dientes caninos, lo bastante grandes como para pertenecer a un leopardo. Ingwanza podría desgarrarle la garganta a un hombre con esos dientes con la misma facilidad con que otro mordería un plátano. ¡Y pensar que había estado usando su tono más represivo con ella en la obscuridad! Se comprometió a no volver a hablar en forma áspera a nadie que no pudiera ver claramente.

Ingwanza señaló un baobab que se hallaba más adelante.

–*Izwe kamagene wabantu* –tenían que vadear un arroyo para llegar hasta allí. Un lagarto de casi dos metros de longitud cruzó el sendero, los vio y desapareció rápidamente.

Los *fene abantu* vivían en una aldea muy similar a la de los bantúes, pero las chozas, acumuladas en un círculo, eran más pequeñas y peor hechas. Los hombres babuinos corrieron al encuentro de Cuff, para tocar sus ropas. El se aferró a su rifle. No parecían tener intenciones hostiles, pero daba una extraña

impresión. Los machos eran más grandes que las hembras, con barbas más largas y colmillos más agudos y largos.

En el centro de la aldea se hallaba un corpulento *umfene umntu*, rascándose enfrente de la choza más importante. Ingwanza dijo:

–Este es mi padre, el jefe. Se llama Indlovu –le contó al hombre babuino la forma en que había sido rescatada.

El jefe era el único *umfene umntu* que Cuff hubiera visto que llevaba ropa. En realidad, lo que usaba era una corbata. Alguna vez, esa corbata había sido llamativa.

El jefe se puso de pie y comenzó a hablar. Cuff llegó a entender que había hecho una acción importante, y que podría considerarse huésped de la tribu hasta que su pie sanara. Pudo darse cuenta de las dificultades que los *fene abantu* demostraban tener con el idioma de los xosas. Toda su forma de pronunciar era trabajosa y llena de defectos. No se podía pretender otra cosa, con labios como los de ellos.

Pero su interés era superficial. La herida le dolía muchísimo. Se alegró cuando le llevaron dentro de una choza, y se pudo quitar la bota. La choza no tenía prácticamente mueble alguno. Cuff preguntó si podían darle algo de la paja que usaban para techar las chozas. Parecieron sorprendidos por su pregunta, pero accedieron, y de tal forma pudo armarse una especie de jergón. Le molestaba especialmente dormir en el suelo, sobre todo si se hallaba, como éste, infestado por insectos. Odiaba su ponzoña, y se daba cuenta de que pronto sería atacado.

No tenía nada para vendarse el pie, salvo su pañuelo, que ahora estaba completamente impregnado de sangre. Lo tendría que lavar y secar antes de que pudiera usarlo de nuevo. ¿Y dónde hallaría agua limpia en el delta del río Okavango? Por supuesto, siempre estaba el recurso de hervir el agua. Pero, ¿en qué? Quedó aliviado y maravillado cuando se enteró de que en la aldea había una gran vasija de hierro, obtenida sólo Dios sabe cómo.

La herida había coagulado satisfactoriamente, y fue despegando, con mucho cuidado, su pañuelo. Mientras se hacía hervir el agua, el jefe, Indlovu, vino a charlar con él. El dolor se había calmado, por el momento, y comenzó a darse cuenta de que había dado con un hecho verdaderamente extraordinario. Le prestó a Indlovu la más estricta atención. Le acosó con preguntas. Según decía, era el primero de la raza, y los otros eran sus descendientes. No sólo Ingwanza, sino los otros *amafene abafazi* eran sus hijos. Ingwanza era la menor. Ya se estaba volviendo viejo. No podía dar muchos datos sobre las fechas, pero a Cuff le pareció que estos seres tenían un lapso de vida menor que los seres humanos, y que maduraban mucho más rápido. Si en realidad eran babuinos, eso era muy lógico.

Indlovu no recordaba haber tenido padres. Sus primeros recuerdos eran de la época en que Mqhavi lo guiaba. Stanley H. Mqhavi fue un hombre de raza negra, que trabajaba para el hombre de la máquina. Este fue un hombre rosa, como Cuff. Tenía la máquina situada en la región del pantano de Chobe. Se llamaba Heeky.

Por supuesto, ¡Hickey!, pensó Cuff. Ahora sí que se daba cuenta. Hickey había desaparecido cuando se dirigió en su camión hacia Ngamilandia, sin dejar dicho a nadie dónde iba. Eso era en los tiempos previos al establecimiento del Parque; antes de que Cuff hubiera venido de Inglaterra. Mqhavi debe de haber sido el asistente xosa. Sus pensamientos se aceleraban ahora, gracias a lo que Indlovu le contaba.

Comenzó a relatarle cómo Heeky había muerto, y cómo Mqhavi, sin saber qué podía hacer para volver a la civilización, había tratado de hallar su camino con la ayuda de Indlovu y su numerosa progenie. Se había perdido en el delta. Luego se lastimó el pie y enfermó muy gravemente. Cuff había venido de Inglaterra. Mqhavi debía de haber venido de allí también.

Mqhavi había mejorado, pero estaba muy, muy débil. Así que se quedó con Indlovu y su familia. Ellos ya caminaban erguidos y hablaban en xosa. Mqhavi les había enseñado. Cuff sacó en conclusión que las relaciones familiares entre los fene abantu debían de haber implicado, al comienzo, una estrecha consanguinidad. Mqhavi les enseñó todo lo que sabía, antes de morir, y también les advirtió que no fueran a acercarse a menos de un kilómetro y medio de donde estaba la máquina. Esta, de acuerdo a lo que conocían del sitio, se hallaba todavía en el pantano Chobe.

Cuff comenzó a darse cuenta de que la máquina esa debía de ser un aparato electrónico que emitía radiaciones de onda corta, que seguramente afectaban a los genes. Probablemente Indlovu era uno de los primeros experimentos de Hickey. Entonces Hickey había muerto, dejando la máquina en funcionamiento. Se preguntó cómo seguiría andando. Tal vez algún sistema de energía solar.

Supongamos que Hickey hubiera muerto mientras la máquina estaba funcionando. Mqhavi podría haber arrastrado el cadáver fuera, dejando la puerta abierta. Tal vez tuvo miedo de apagar la cosa, o tal vez ni siquiera se le ocurrió hacerlo. de tal manera, los animales que pasaban por esa puerta abierta recibían una dosis de rayos y engendraban descendientes monstruosos. Estos superbabuinos eran un ejemplo. Ya fuese como consecuencia de un accidente, o por una mutación controlada, su origen quedaría en el misterio.

Para cada mutación favorable se producen muchísimas desfavorables. Mtengeni tenía razón. Se debería impedir que la máquina siguiera funcionando mientras hubiera animales sanos en el Parque. Una vez más, Cuff se preguntó qué podría hacer para ponerse en contacto con el cuidador. Le parecía completamente improbable que nada, salvo el riesgo de muerte, pudiera hacerlo caminar con ese pie herido, por lo menos durante los próximos días.

Ingwanza entró con un plato de madera, lleno de algo que parecía ser comida. Athelstan Cuff llegó a la conclusión de que se esperaba que comiera. No pudo decidir, a la primera ojeada, si se trataba de algo de origen animal o vegetal. Cuando lo probó, estaba seguro de que no era ni una cosa ni la otra. Nada proveniente de los reinos animales o vegetales podría saber tan mal. ¡Qué pena que Mqhavi no fue un bamangwato! Ellos sabían cocinar, y les hubieran podido enseñar a estos monos. Pero, de todas maneras, debía de comer algo para mantenerse con vida. Se puso a disponer del contenido del plato gracias a la cuchara de madera, tratando de reprimir una ocasional muestra de asco y

mirando recelosamente las partículas sólidas. Lamentablemente, tuvo que golpear a dos de ellas para que no salieran andando del plato.

–¿Qué tal? –preguntó Ingwanza. Indlovu había salido.

–Bien, bien –mintió Cuff. Estaba persiguiendo un pedazo de tripa alrededor del plato.

–Me alegro. Te daremos mucho de esto. ¿Te gustan los escorpiones?

–¿Para comer?

–Por supuesto. ¿Para qué otra cosa van a servir?

Tragó con dificultad.

–No.

–Entonces no te voy a dar. ¿Sabes?, quiero saber qué es lo que le gusta a mi futuro esposo.

Athelstan Cuff no dijo nada durante los siguientes cincuenta segundos. Sus ojos, ya de por sí prominentes, parecía que iban a salirse de las órbitas. Finalmente, habló.

–*Gluk* –dijo.

–¿Qué dices?

–*Gug. Gah.* ¡Dios mío! ¡Tienes que dejarme ir! –su voz se alzó con desesperación, y trató de levantarse. Ingwanza lo tomó de los hombros, y lo empujó suavemente, pero con firmeza, hacia su jergón. Cuff luchó para liberarse, pero sin esfuerzo visible, la *fene umfazi* lo retuvo.

–No puedes irte –le dijo–. Si tratas de andar con ese pie enfermarás.

Su cara rosa se tornaba púrpura.

–¡Déjame levantar! ¡Déjame levantar! ¡No puedo más!

–¿Me prometes que no tratarás de irte? Mi padre se pondrá furioso si te dejas hacer algo que te perjudique.

Lo prometió, tratando de controlarse. Se sentía un poco tonto por haber demostrado tanto pánico. Estaba metido en un verdadero lío, es verdad, pero un oficial de Su Majestad no se comportaba como una colegiala en los momentos de crisis.

–¿Qué está pasando? –preguntó.

–Mi padre está tan agradecido y contento por mi salvación que ha decidido que nos casemos, sin pedir una dote.

–Pero... ya estoy casado –mintió.

–¿Y qué importa? No tengo miedo a tus otras esposas; si se llegan a querer propasar conmigo las destrozaré en pedazos –dijo. Sacó los colmillos e hizo demostración de la forma en que pensaba arreglar cuentas con las mujeres de Cuff. Athelstan cerró los ojos frente a la horrible idea.

–Entre mi gente –le dijo– se permite tener solamente una esposa.

–Entonces eso significará que no vas a poder volver junto a tu gente luego que te hayas casado conmigo, ¿verdad?

Cuff suspiró. Estas *fene abantu* combinaban la falta de cultura de un xosa sin educación, con un poder físico que haría que un león lo pensara dos veces antes de atacarla. Miró a su alrededor. Era posible que tuviera que abrirse camino a tiros. Escudriñó hábilmente la choza. No vio su rifle, y pensó que preguntar por él en esos momentos podría despertar sospechas.

–¿Tu padre está decidido a llevar esto a cabo?

–¡Oh, sí! Completamente decidido. Mi padre es un buen *unmtu*, pero cuando se le mete una idea en la cabeza, no es posible convencerlo de lo contrario. Tiene un genio terrible. Si lo contradices puede llegar a destrozarte. En *muy pequeños pedacitos* –la frase pareció encantarla.

–¿Y tú qué piensas, Ingwanza?

–¡Oh!, obedezco en todo a mi padre. Sabe mucho más que cualquiera de nosotros.

–Sí, pero te pregunto personalmente. Olvídate de tu padre por un momento.

En el primer instante ella no comprendió lo que le quería decir, pero después de que le explicara nuevamente la pregunta, le contestó:

–No me importa. Para nuestro pueblo será algo muy importante si uno de nosotros se casa con un hombre.

Cuff pensó, silenciosamente, que eso lo remataba.

Indlovu entró con dos *amafene abantu*.

–Sal de aquí, Ingwanza –dijo. Los otros tres hombres babuinos comenzaron a interrogar a Athelstan Cuff acerca de los hombres y del mundo que quedaba más allá del delta.

Cuando Cuff no pudo armar bien una frase, uno de los interrogadores, llamado Sondio, le preguntó por qué tenía dificultades. Cuff le explicó que el xosa no era su lenguaje habitual.

–¿Los hombres hablan otras lenguas? –preguntó Indlovu–. Ahora recuerdo que el gran Mqhavi una vez me dijo algo de eso. Pero nunca me enseñó a hablarlas. Tal vez él y Hickey hablaron una de esas otras lenguas, pero yo era demasiado pequeño cuando murió Hickey como para recordarlo.

Cuff explicó algo acerca de la lingüística. Se le pidió, inmediatamente, que dijera algo en inglés. Cuando lo hizo, le comunicaron que querían tratar de aprender algo en inglés, en ese momento. Esa misma tarde.

Cuff terminó su comida de la noche, y pensó sin entusiasmo en lo que le rodeaba. No había luz de ningún tipo, de modo tal que esa gente tenía que levantarse con el sol, y acostarse cuando caía la noche. Se desperezó, sintiendo que su jergón crujía. Trató de levantarse, sin recordar que su pie estaba herido. El dolor le hizo maldecir, y se tocó el vendaje. Sí, había comenzado a sangrar otra vez. ¡Oh, al diablo! Rebuscó en el jergón, encontrando un ratón, seis cucarachas y numerosísimos insectos pequeños. Luego volvió a acostarse. Un insecto miriápodo, de más de veinte centímetros de largo, buscaba su presa metódicamente, cabeza abajo en el techo. Si llegaba a perder pie cuando se encontraba sobre él... Se desabrochó la camisa y se tapó con ella la cara. Los mosquitos comenzaron a picarlo en la zona diafragmática. Su pie le latía dolorosamente.

El ruido de unos pasos le despertó. Era Ingwanza.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—*Ndiya Kuhlaha apha* —fue la respuesta.

—¡Oh, no! No te vas a quedar aquí. No estamos... Bueno, de todas formas las cosas no se hacen así entre nuestra gente.

—Pero, Esselten, alguien tiene que cuidarte en caso de que enfermes. Mi padre...

—No; lo siento, pero es mi última palabra. Si te vas a casar conmigo tienes que aprender cómo se comportan los hombres. Y debes comenzar inmediatamente.

Para su sorpresa y alivio, ella se fue sin objetar nada, si bien lo hizo aparentemente ofendida. No se hubiera atrevido a sacarla por la fuerza.

Cuando se fue, se acercó a la entrada de la choza. El sol se había puesto, y la luna lo seguiría en un par de horas. La mayoría de los *fene abantu* se habían retirado. Sin embargo, un par de ellos estaban montando guardia cerca de donde él se hallaba.

Así es la cosa, pensó. No corren riesgos. Tal vez el viejo está agradecido en serio, pero la verdad es que a mi prometida se le fue la lengua cuando admitió que sería muy deseable, para toda la tribu, que uno de ellos se uniera a un ser humano. Por puesto que los pobres no tienen ni idea de que esto en absoluto posee valor legal. Pero esa verdad no me salvaría de una muy desagradable experiencia mientras tanto. Supongamos que no haya logrado escapar para el momento en que se realice la ceremonia. ¿Me atreveré a seguir hacia adelante? ¡Brrr! Por supuesto que no. Soy inglés, y oficial de la Corona, por añadidura. Claro, claro, si estuviera en riesgo mi vida... No sé. Demonios, no tengo idea de qué es lo que debo de hacer. Tal vez pueda convencerlos de que no lo hagan... tratando de que no se enfaden mientras tanto.

Se hallaba atado a su jergón, con la compañía de enormes miriápodos que caían desde el techo a su cara. Luego se vio corriendo por la ciénaga, con Ingwanza y su airado padre en su persecución. Sus pies se habían enterrado de tal forma en el barro que no se podía mover, y una luz le dio de pleno en la cara.

El bueno de George Mtengeni estaba montando un rinoceronte de dos cabezas. Pero en vez de correr a su rescate, el cuidador le dijo:

–Mr. Cuff, debe de hacer algo al respecto. Estos bechuana cazan mis animales y los pintan de rojo con rayas verdes.

Y se despertó.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que la luz provenía de la luna poniente, y no del sol, como creía. Había dormido menos de dos horas. Y un segundo más tarde se dio cuenta de lo que le había despertado. La cortinilla de paja de la choza se había apartado, y alguien de los *fene umntu* entraba arrastrándose. Mientras Cuff pensaba por qué uno de sus aprehensores, o anfitriones, usaría este peculiar modo de introducirse, un hombre babuino se puso de pie. Parecía muy corpulento en esa luz tan débil.

–¿Qué sucede? –le preguntó Cuff.

–Si llegar a hacer ruido –le dijo el recién llegado– te mataré.

–¿Y por qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué has de querer matarme?

–Me has robado a Ingwanza.

–Pero... pero –Cuff no sabía qué decir. Había aparecido un rival. Si no se casaba con ella, el padre le iba a destrozarse en pedazos. En muy pequeños pedazos. Por otra parte, si lo hacía, este otro hombre le mataría–. Hablemos seriamente –le dijo en lo que esperó sería un tono normal–. Dime primero quién eres.

–Mi nombre es Cukata. Tenía prometido casarme con Ingwanza el mes que viene, y luego apareciste tú.

–¿Qué... qué...?

–No te voy a matar, si no haces ruido. Solamente me voy a asegurar de que, gracias a la forma en que te voy a dejar, no te puedas casar con Ingwanza –se movió hacia el jergón.

Cuff no perdió el tiempo tratando de averiguar los horribles detalles del asunto.

–¡Espera un poco! –le dijo, mientras el sudor le bañaba no solamente la frente, sino todo su torso–. Mi querido amigo, este matrimonio no ha sido idea mía. Todo esto es cosa de Indlovu. No tengo ningún deseo de robarte la novia. Simplemente me han informado que tenía que casarme con ella, sin preguntarme nada. Es lo que menos quiero hacer en el mundo.

El *fene umntu* se quedó inmóvil durante unos segundos, pensando. Luego dijo suavemente.

–¿Quieres decir que no te casarías con mi Ingwanza por nada del mundo?
¿Piensas que es fea, acaso?

–Bbbueno...

–¡Por u-Qamata! Eso sí que es un insulto. Nadie piensa esas cosas de mi Ingwanza. Ahora sí que te voy a matar.

–¡Espera! ¡Espera! –la voz de Cuff, agradablemente abaritonada habitualmente, se tomó en chillido–. ¡No es eso! Es bella, e inteligente, es trabajadora, es todo, en suma, lo que un *umntu* requiere para ser feliz. Pero no me puedo casar –había recibido el soplo de la inspiración. Nunca pudo hablar tan fluidamente en xosa–. Sabes que si el león se une al leopardo, no habrá descendencia –Cuff no estaba demasiado seguro de esto, pero había que arriesgarse–. Lo mismo sucede con mi gente y vosotros. Somos demasiado diferentes. No va a haber fruto de nuestro matrimonio, e Indlovu no va a tener nietos que alegren su vejez.

Cukata, después de pensarlo un rato, comprendió. O por lo menos creyó comprender.

–Pero –respondió– ¿cómo puedo evitar el matrimonio si no te mato?

–Podrías ayudarme a escapar.

–Buena idea. ¿Adónde quieres ir?

–¿Sabes dónde está la máquina de Hickey?

–Sí. pero nunca me he acercado a ella. Está prohibido. A unos veinte kilómetros al norte de aquí, en el límite de la ciénaga Chobe, hay una roca. En esa roca hay tres baobabs, muy cerca uno del otro. Entre los árboles y la ciénaga hay dos chozas. La máquina está en una de ellas.

Otra vez guardó silencio.

–No puedes viajar deprisa con ese pie herido. Te apresarán. Tal vez Indlovu te haga pedazos, o tal vez te vuelvan a traer. Si te trae, habremos fallado. Si te hace pedazos lo voy a sentir mucho, porque me gustas, a pesar de que eres sólo un débil *isipham-pham* –Cuff rogaba porque su simiesco cerebro se decidiera ir al grano–. Se me ocurre una idea. Dentro de diez minutos me oirás silbar. Entonces sal de la choza por este agujero de la pared, sin hacer ruido. ¿Me entiendes?

Cuando Athelstan Cuff salió se encontró con Cukata en la estrecha senda entre las dos hileras de chozas. En el aire se notaba un fuerte olor a reptil. Detrás del hombre-babuino pudo ver algo grande y negro. Se movía con lentos pasos. Se rozó con Cuff, y éste casi lanza un grito al sentir el cuero frío y viscoso.

–Este es el más grande –dijo Cukata–. Tal vez algún día podamos tener todo un rebaño. Son muy buenos para viajar por las ciénagas, porque pueden nadar y correr. Y crecen mucho más rápido que los cocodrilos comunes.

Cukata estaba refiriéndose, por supuesto, a un cocodrilo. Pero, ¡qué cocodrilo! Si bien no tenía más de cinco metros de largo, sus patas eran poderosísimas, y elevaban el cuerpo a un metro o más del suelo, dándole un aspecto de dinosaurio. Se frotó contra Cuff, y pensó que verdaderamente la mutación debería haber sido asombrosa para darle a un reptil de cerebro tan primitivo un raro afecto por los seres humanos.

Cukata le dio a Cuff una rama y le dijo:

–Silba lo más fuerte que puedas para que venga. Para hacerlo andar, golpéalo con esta rama en la cola; para que pare, golpéalo en la nariz. Si quieres que vaya hacia la izquierda, golpéalo en el lado derecho del cuello, no demasiado fuerte. Si quieres que vaya hacia la derecha...

–Lo golpeo del lado izquierdo del cuello, pero no demasiado fuerte –terminó el mismo Cuff–. ¿Qué come?

–Cualquier cosa que sea carne. Pero no necesitas darle nada durante los próximos tres días. Le han dado de comer recientemente.

–¿No usáis silla?

–¿Silla? ¿Qué es eso?

–No importa –Cuff se subió sobre el animal, hallándose tremendamente incómodo al notar las protuberancias duras que tenía en el dorso.

–¡Espera! –le dijo Cukata–. La luna se habrá ocultado completamente dentro de unos instantes. Recuerda que si te descubren diré que no sabía nada de tu fuga. Dirás que lo has robado. Su nombre es Soga.

Encontró los baobabs, y las casas. También vio una docena de elefantes, que se enfrentaron al extraño caballero de la extraña montura, desplegando sus inmensas orejas. Athelstan Cuff se estaba acostumbrando tanto a las cosas raras que casi no prestó atención al hecho de que dos de los elefantes tenían dos trompas cada uno; que otro tenía unos colores que lo asemejaban a un tartán escocés; que otro más allá poseía unas patas cortas, más apropiadas para un hipopótamo, de forma tal que parecía surgido de una pesadilla propia de un criador de dachshunds.

Los elefantes. por otra parte, parecían muy poco decididos acerca de si huir o atacar, y finalmente llegaron a la conclusión de que era mejor no hacer nada. Cuff se dio cuenta que había sido muy arriesgado el haberse enfrentado a ellos sin llevar otra arma que su inútil rama. Pero de todas formas no podía preocuparse demasiado acerca de elefantes. Durante las últimas cuarenta y ocho horas su vida parecía haberse convertido en una pesadilla. O tal vez era víctima de un encantamiento. Si bien no tenía nada de onírico el dolor que sentía en su pie o los calambres que padecía en sus glúteos mayores.

Soga, siendo como era un cocodrilo, se bamboleaba a cada paso. Primero, la cabeza y la cola iban hacia la derecha, y el cuerpo a la izquierda. Luego el proceso se invertía. Esto era de lo más desagradable para quien lo montaba.

Cuff estaba dispuesto a jurar que había recorrido por lo menos setenta kilómetros en lugar de los veinte que había dicho Cukata, puesto que no pudo dirigirse en línea recta, sino que tuvo que guiarse pobremente por las estrellas, primero, y luego por el sol. Un buen trecho del camino lo había tenido que recorrer abrazado al cuerpazo de Soga, mientras que el gran cocodrilo se impulsaba con la cola. No habían sido molestados por ningún cocodrilo, ni tampoco por ningún hipopótamo. Evidentemente, los animales sabían lo que les convenía.

Athelstan Cuff se deslizó, o mejor dicho, casi cayó, del lomo del animal, dirigiéndose hacia la entrada de una de las casuchas. Su ojo, práctico, distinguió rápidamente la cisterna del techo, el horno solar, la planta eléctrica y de vapor, y finalmente la maquinaria que se hallaba en el interior. Entró. Sí, raro como pareciera, allí estaba la máquina, en actividad a pesar de todos estos años. Hickey debía haber sido algo grande. Cuff halló el conmutador principal fácilmente, y desconectó la máquina. Todo lo que se vio fue que se apagó un resplandor anaranjado dentro del tubo.

La casa estaba tan silenciosa que hizo que Cuff se sintiera incómodo, excepto por el débil zumbido de las baterías solares. Tal vez hubiera algunas notas o apuntes que valieran la pena conservar. Pronto descubrió que los había habido, pero que las termitas se habían comido hasta la última muestra de papel, incluyendo las cubiertas de imitación cuero, y dejando solamente los aros sujetadores y los marcos metálicos. Lo mismo había sucedido con los libros.

Algo blanco le llamó la atención. Era una cantidad de hojas de papel, apoyadas sobre un soporte de patas de metal, que los insectos no lograron trepar. Pero era solamente un periódico. *Umlindi we Nyanga* –El Vigía Mensual–, publicado en Londres. Evidentemente, Stanley H. Mqhavi se había suscripto. Se deshizo cuando Cuff quiso cogerlo en la mano.

«Oh, bien –pensó–, no puedo esperar mucho. Será mejor que me vaya y luego algún biofísico podrá venir a recoger los aparatos científicos.»

Salió, llamó a Soga y se dirigió hacia el este. Pensaba que tal vez pudiera encontrar un sendero que lo llevara al norte del Mababem y llegar a la estación principal de Mtengeni de esa manera.

¿Eran voces humanas lo que oía? Cuff se desplazó, inquieto, en su asiento de fakir. Había recorrido unos seis kilómetros después de haber dejado la cabaña de Hickey. Eran voces, sí, pero no humanas. Pertenecían a una docena de *fene abantu*, que venían a su encuentro con Indlovu a la cabeza.

Cuff le dio un golpe a Soga en la cola. Si podía hacer que el animal se desplazara más rápido, tal vez le fuera posible burlar a sus perseguidores. Soga no era tan rápido como un caballo, pero era capaz de mantenerse en un trotcito. Cuff se tranquilizó al ver que no habían traído su rifle. Estaban armados con lanzas, tal como los *abantu* más salvajes. Tal vez el temor de lastimar a su mascota los haría vacilar antes de tirarle algo. Por lo menos, así esperaba.

Una voz familiar dio un grito agudo –Soga–. El cocodrilo aminó el paso, pero Cuff le dio varios varazos. Otra vez se oyó el grito de Indlovu, seguido de un

silbido. Ahora el cocodrilo no iba a responderle más. Los esfuerzos de Cuff para mantenerlo alejado de sus verdaderos amos resultaron en un andar zigzagueante. Las órdenes contradictorias lo confundieron e irritaron. Abrió sus mandíbulas y bufó. Los hombres babuinos se acercaban rápidamente.

«Así –pensó Cuff– que éste es el final. Me disgusta tremendamente tener que morir antes de haber notificado mi informe. Pero no debo demostrarlo. Un inglés jamás debe comportarse inadecuadamente. ¿Qué pensará el pobre Mtengeni?»

Algo silbó en el aire y pasó cerca de él. Inmediatamente, llegó hasta él el ruido familiar de un rifle para caza mayor. Vio levantarse unas nubecillas de polvo delante de los hombres babuinos. Se apartaron como si lo mortal fuera el polvo que se levantaba, y no la bala que causaba la conmoción. George Mtengeni apareció saliendo de unos arbustos y les gritó:

–¡Quietos, o les voy a volar las cabezas! –los *fene abantu* no entenderían el inglés, pero no hay duda de que captaron la intención.

Cuff pensó vagamente: «El bueno de George podría haberlos matado con facilidad, pero tiene el suficiente sentido de tratar de averiguar antes lo que pasa.» Cuff se deslizó, bajándose su cabalgadura, y casi cae al suelo.

El cuidador se le acercó.

–¿Qué le ha sucedido, Mr. Cuff, y quiénes son esos? –dijo señalando a los hombres babuinos.

–Una broma –dijo riendo entre dientes Cuff–. Una buena broma para ti, ¿verdad? Has vivido en tu bendito Parque durante años sin que lo supieras. Espera un poco. Tengo algo que explicarles a estos muchachos. Dime, Indlovu... ¡Oh!, no habla inglés. Tengo que hablar en xosa. Tú sabes xosa, ¿verdad, George? –dio otras risitas incontroladas.

–Bueno... yo... yo algo hablo. Es parecido al zulú. ¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado a sus pantalones?

Cuff amonestó con el dedo la espalda desigual de Soga.

–¡Pobrecito! Si tan sólo hubiera tenido una silla de montar. Es realmente un ultraje no proveer de una silla de montar al representante de su Majestad.

–¡Pero parece que lo hubieran desollado vivo! Tengo que llevarlo a un hospital. ¿Y qué le pasó a su pie?

–¡Al diablo con el pie! Otra broma. ¡No puedo estar parado, no puedo estar sentado! ¿Qué diablos puedo hacer? Siento haberme tenido que escapar. ¡Este Indlovu! Pero, realmente, no me podía casar con Ingwanza. Realmente, porque, porque... –Cuff se tambaleó y terminó cayendo desmayado cuan largo era.

Los ojos de Peter Cuff se habían agrandado por la sorpresa. inevitablemente, surgió la pregunta del niño.

–¿Y qué pasó después?

Athelstan Cuff estaba llenando la pipa.

–¡Oh! Como es lógico, Indlovu, si bien se sentía muy vejado, no se atrevió a hacer nada, puesto que George estaba allí con la escopeta. Se calmó después, cuando comprendió lo que yo había estado haciendo y nos hicimos amigos. Cuando murió, Cukata fue nombrado jefe. Todavía recibo tarjetas de felicitación para las Navidades.

–¿Tarjetas de Navidad de un babuino?

–Ya lo creo. Cuando reciba una te la mostraré. Es siempre la misma. Es un tipo muy económico, y cuando vio que podía conseguir descuento, compró cien tarjetas con el mismo dibujo.

–¿Te recuperaste después?

–Sí, pero pasé un mes en el hospital. Todavía no sé cómo no terminé con dieciséis tipos distintos de envenenamiento de la sangre. La tradicional suerte de los tontos.

–¿Pero qué tiene que ver esta historia con que yo sea adoptado?

–¡Peter! –exclamó Cuff bastante airado–. ¿No te das cuenta? El tubo de Hickey funcionaba cuando me acerqué a la casa. Recibí una dosis masiva de radiaciones. El efecto de las mismas es el de producir violentas mutaciones en el plasma germinal. Tú sabes lo que significa eso, ¿verdad? Nunca me atreví a tener hijos propios después de eso, por temor a que resultaran alguna especie de monstruo. La idea no se me ocurrió hasta pasado un tiempo, y te diré que me preocupó y molestó bastante. Realmente, me sentí tan apesadumbrado que llegué a perder mi empleo en Sudáfrica. Pero ahora te tengo a ti y a tu madre, así que ya no lo considero tan importante.

–Papá... –dijo Peter, vacilante.

–Sí, hijo.

–Si hubieras pensado en el efecto de los rayos antes de entrar en la casa, ¿te hubieras animado igualmente a desenchufar el aparato?

Cuff encendió su pipa, mirando a lo lejos.

–A menudo me pregunto lo mismo, y realmente no sé qué pensar. Tal vez... No sé, no sé.

La mosca

George Langelaan

The fly, © 1957 (*Playboy*, Junio de 1957). Traducido por ? en ? .

Esta aterradora mezcla de ciencia ficción y horror fue un éxito sin precedentes entre los lectores cuando apareció por primera vez en el número de Junio de 1957 de Playboy. Ganó el premio al Mejor Relato de Ficción y fue seleccionado para ser incluido en La mejor ciencia ficción del año. No es extraño pues que La mosca fuera inmediatamente atrapada por la Twentieth Century-Fox y ésta hiciera de ella una película de gran éxito con el mismo nombre.

El director Kurt Newmann, que previamente había filmado uno de los primeros grandes éxitos de ciencia ficción, Cohete X-M, infundió en el filme exactamente el equilibrio necesario de terror y humor negro. Gracias a la creíble interpretación, y el soberbio maquillaje y efectos, los ánimos quedan en suspenso cuando el científico André Delambre revela su obra y entra en su teletransportador de materia de fabricación casera. Desafortunadamente, no se da cuenta del pequeño insecto que ha penetrado volando en la cámara junto con él. Y ahí empieza la historia.

La horrible visión de Langelaan produjo su impacto en las pantallas de cinematógrafo un año después (1958) de la primera aparición en revista. Fuera de los cines, en carteles y marquesinas, los productores ofrecían la suma de mil dólares a cualquiera que pudiera probar «que realmente no podía ocurrir». Considerando que otros competidores del género tales como: Ello, el terror de más allá del espacio, y El hombre de la cuarta dimensión, estaban dispuestos a pagar cincuenta mil y un millón respectivamente por la misma razón, esa parece más bien una suma ridícula. Pero no importa... ningún espectador consiguió ni un centavo durante la explotación de la película en los años 50.

Y tampoco les importaba, puesto que el filme proporcionaba la exacta dosificación de estremecimientos y excitación. La mosca era un éxito en ambos aspectos. El Times de New York la calificó como: «el más originalmente sugestivo erizacabellos desde El enigma de otro mundo». Variety la etiquetó como: «sorprendentemente creíble».

Incluso el autor, el malogrado periodista George Langelaan, se sintió complacido con la traslación de letra impresa a pantalla luminosa. Por una vez, ningún hecho de la historia había sido alterado para complacer los deseos de un productor, una estrella, o un director. Incluso los nombres originales de los personajes –hasta el gato de la casa Dandelo– fueron retenidos en el guión cinematográfico por James Clavell (Tai Pan, Shogún).

Desgraciadamente, el ímpetu se perdió en dos secuelas inferiores: El regreso de la mosca (1959), y La maldición de la mosca (1965), las que fueron pálidos refritos de la primera versión. La fuerza y el impacto del original siguen imbatidos. Lean y vean.

«A Jean Rostand, que un día me habló largamente de mutaciones»

Siempre me han dado horror los timbres. Incluso durante el día, cuando trabajo en mi despacho, contesto al teléfono con cierto malestar. Pero por la noche, especialmente cuando me sorprende en pleno sueño, el timbre del teléfono desencadena en mí un verdadero pánico animal, que debo dominar antes de coordinar lo suficiente mis movimientos para encender la luz, levantarme e ir a descolgar el aparato. Y aun entonces, necesito hacer un verdadero esfuerzo para anunciar con voz tranquila: «Arthur Browning al habla». Con todo, no recupero mi estado normal hasta que reconozco la voz que se dirige a mí desde el otro extremo del hilo y no me siento absolutamente tranquilizado hasta que sé por fin de qué se trata.

En aquella ocasión, sin embargo, pregunté con mucha calma a mi cuñada cómo y por qué había matado a mi hermano, cuando me despertó a las dos de la mañana para anunciarme el atroz asesinato y para pedirme por favor que avisara a la policía.

—No puedo explicártelo por teléfono, Arthur. Llama al cuartelillo y ven después.

—¿No sería mejor que te viera antes?

—No. Es preferible prevenir a la policía sin perder un minuto. De no hacerlo así, van a imaginarse demasiadas cosas y a hacer demasiadas preguntas... Les va a costar bastante trabajo creer que lo he hecho yo sola. En realidad, convendría decirles que el cuerpo de Bob está en la fábrica. Tal vez quieran pasarse por allí antes de venir a buscarme.

—¿Dices que Bob está en la fábrica?

—Sí, debajo del martillo-pilón.

—¿Del martillo-pilón?

—Sí, pero no preguntes tanto. Ven, ven de prisa, antes de que mis nervios se nieguen a sostenerme. Tengo miedo, Arthur. ¡Compréndelo, tengo miedo!

Y, cuando colgó, también yo tenía miedo. Hasta aquel momento había escuchado y respondido como si se tratara de un simple asunto de negocios, y sólo entonces empecé a comprender el verdadero significado de las palabras de mi cuñada.

Estupefacto, tiré el cigarrillo que había debido encender mientras hablaba con ella y marqué, dando diente con diente, el número de la policía.

¿Han intentado alguna vez explicar a un soñoliento sargento de guardia que acaban de recibir una llamada telefónica de su cuñada para anunciarles el asesinato de su hermano a golpes de martillo-pilón?

—Sí, señor, le comprendo muy bien. ¿Pero quién es usted? ¿Su nombre? ¿Su dirección?

En aquel momento, al otro lado del hilo, el inspector Twinker se hizo cargo del aparato y de la dirección de las operaciones. Él, por lo menos, pareció comprenderlo todo y me rogó que le esperara para que fuéramos juntos a casa de mi hermano.

Tuve el tiempo justo de ponerme un pantalón y un jersey, y de coger al pasar una vieja chaqueta y una gorra, antes de que un coche de la policía se detuviera frente a mi puerta.

—¿Tiene usted un vigilante nocturno en la fábrica, mister Browning? —preguntó el inspector mientras arrancaba—. ¿No le ha telefoneado?

—Sí... No. Efectivamente, es curioso. Aunque mi hermano ha podido pasar a la fábrica desde el laboratorio, donde generalmente se queda hasta muy tarde, a veces durante toda la noche.

—¿Entonces Sir Robert Browning no trabaja con usted?

—No. Mi hermano realiza investigaciones por cuenta del Ministerio del Aire. Como necesitaba tranquilidad y un laboratorio cercano a un lugar donde pudiera encontrar en cualquier momento toda clase de piezas, pequeñas y grandes, se instaló hace algún tiempo en la primera casa que hizo construir nuestro abuelo, sobre la colina, cerca de la fábrica. Yo le cedí uno de los talleres antiguos, que ya no utilizamos, y mis obreros, trabajando bajo sus órdenes, lo transformaron en laboratorio.

—¿Sabe usted con exactitud en que consisten las investigaciones de Sir Robert?

—Casi nunca habla de sus trabajos, que son secretos. Pero supongo que el Ministerio del Aire está al corriente. Yo sólo sé que se encontraba a punto de terminar una experiencia en la que llevaba varios años trabajando y por la que demostraba un gran interés. Algo relativo a desintegración y reintegración de la materia.

Frenando a duras penas, el inspector viró en el patio de la fábrica y detuvo el coche al lado de un agente uniformado, que parecía esperarle.

Por mi parte, no necesitaba escuchar la confirmación de labios del policía. Era como si supiera, desde mucho tiempo atrás, que mi hermano estaba muerto. Al bajar del coche, me temblaban las piernas como a un convaleciente en su primera salida.

Otro policía, salido de la sombra, vino a nuestro encuentro y nos condujo hasta un taller brillantemente iluminado. Alrededor del martillo-pilón montaban guardia varios agentes, mientras tres individuos vestidos de paisano se dedicaban a la instalación de pequeños proyectores. Vi la cámara fotográfica dirigida hacia el suelo y tuve que haber un violento esfuerzo para apartar los ojos de él.

Sin embargo, era menos espantoso de lo que había pensado. Mi hermano parecía dormir boca abajo, con el cuerpo ligeramente atravesado sobre los raíles que servían para la conducción de piezas hasta el martillo. Como si su cabeza y su brazo estuviesen hundidos en la masa metálica del instrumento. Casi resultaba increíble que hubieran sido aplastados por él.

Después de cambiar unas palabras con sus colegas, el inspector Twinker regresó junto a mí.

—¿Cómo puede levantarse el martillo, mister Browning?

—Yo mismo haré la maniobra.

—¿Quiere que vayamos a buscar a uno de sus obreros?

—No, no hace falta. Mire: el cuadro de mandos está ahí. Fíjese, inspector. El martillo ha sido regulado para desarrollar una potencia de cincuenta toneladas y su índice de descenso es de cero.

—¿De cero?

—Sí. O a ras del suelo, hablando más claro. Por otra parte, se le ha puesto en funcionamiento intermitentemente. Lo cual quiere decir que es preciso volverlo a subir después de cada golpe. No sé aún la versión de Lady Anne, pero estoy seguro de que ella no habría sabido regular con tanta precisión la caída del martillo.

—Tal vez se quedó así ayer por la tarde.

—Imposible. En la práctica, jamás se utiliza el descenso a cero.

—¿Puede alzarse suavemente?

—No. No existe ningún mando para regular la velocidad de subida. Tal como está, sin embargo, es más lenta que cuando actúa de modo continuado.

—Bueno. Hágame ver lo que es preciso ver. Sin duda, no resultará un espectáculo agradable.

—No, inspector. Allá va.

—¿Todos dispuestos? —preguntó Twinker a los demás—. Cuando quiera, mister Browning.

Con los ojos clavados en la espalda de mi hermano, apreté a fondo el voluminoso botón negro que ponía en marcha el mecanismo de subida del martillo.

Al prolongado silbido, que siempre me hacía pensar en un gigante jadeando después de un esfuerzo, siguió la ascensión ligera y elástica de la masa de acero. Pude oír, sin embargo, la succión del desprendimiento y reprimí un movimiento de pánico al ver cómo el cuerpo de mi hermano se movía hacia delante, mientras un borbotón de sangre inundaba el amasijo oscuro descubierto por la ascensión del martillo.

—¿Hay algún peligro de que vuelva a caer, mister Browning?

—Ninguno —dije echando el cerrojo de seguridad.

Y, volviéndome de espaldas, vomité toda la cena a los pies de un joven policía que acababa de hacer lo mismo.

Durante varias semanas y después, en sus ratos perdidos, durante varios meses, el inspector Twinker se entregó en cuerpo y alma al esclarecimiento de la muerte de mi hermano. Más tarde me confesó que yo era uno de sus principales sospechosos, aunque jamás pudo encontrar la menor prueba, motivo o detalle revelador.

Anne, a pesar de su increíble tranquilidad, fue declarada loca y no hubo proceso.

Mi cuñada se confesó única culpable del asesinato de su marido y demostró que conocía perfectamente el funcionamiento del martillo-pilón. Se negó, sin embargo, a explicar la causa de este asesinato y la razón de que mi hermano viniera a colocarse, por su propia voluntad, bajo el martillo.

El vigilante nocturno oyó funcionar el aparato; lo oyó, para ser exacto, dos veces. Y el contador, que siempre se ponía a cero después de cada operación, indicaba que el martillo había llevado a cabo dos golpes. A pesar de todo, mi cuñada se obstinó en afirmar que sólo se había servido de él una vez.

El inspector Twinker empezó dudando de que la víctima fuera realmente mi hermano pero varias cicatrices, una herida de guerra en el muslo y las huellas digitales de su mano izquierda, terminaron por disipar todas sus dudas.

Finalmente, la autopsia reveló que no había ingerido ninguna droga antes de su muerte.

En cuanto a su trabajo, los expertos del Ministerio del Aire vinieron a hojear sus papeles y se llevaron varios instrumentos del laboratorio. Todos ellos celebraron largos conciliábulos con el inspector Twinker y le convencieron de que mi hermano había destruido sus documentos y aparatos más interesantes.

Los técnicos del laboratorio de la policía, por su parte, declararon que Bob había tenido la cabeza envuelta en algo hasta el momento de su muerte y Twinker me enseñó cierto día un andrajo desgarrado, que yo reconocí inmediatamente como el paño de una mesa del laboratorio.

Anne fue trasladada al instituto de Broadmoore, donde se encierra a todos los locos criminales. Las autoridades me confiaron a su hijo Harry, que contaba seis años de edad, y se decidió que su educación y mantenimiento corrieran a mi cargo.

Yo podía visitar a Anne todos los días. En dos o tres ocasiones, el inspector Twinker me acompañó y pude comprobar que se había visto con ella otras veces. Pero jamás consiguió sacarle una palabra del cuerpo. Mi cuñada se había convertido, aparentemente, en un ser al que todo le era indiferente. Rara vez respondía a mis preguntas y casi nunca a las de Twinker. Empleaba parte de su tiempo en la costura, pero su entretenimiento favorito parecía ser la caza de moscas, que examinaba cuidadosamente antes de dejarlas en libertad.

Sólo tuvo una crisis –una crisis de nervios, mejor que una crisis de locura–, el día en que vio cómo una enfermera mataba uno de estos animales. Para tranquilizarla, hubo que recurrir a la morfina.

En varias ocasiones le llevamos a su hijo. Anne le trató con amabilidad, pero sin demostrar el menor afecto hacia él. Le interesaba como podía interesarle cualquier niño desconocido.

El día en que tuvo la crisis por culpa de la mosca muerta, el inspector Twinker vino a verme.

—Estoy convencido de que ahí reside la clave del misterio.

—Yo no veo la menor relación. Creo que mi pobre cuñada lo mismo hubiera podido coger otra manía. Las moscas son una simple fijación de su locura.

—¿Cree que está verdaderamente loca?

—¿Cómo puedo dudar de ello, Twinker?

—A pesar de todo lo que dicen los médicos, tengo la impresión, muy clara, de que Lady Browning es absolutamente dueña de sus facultades mentales, incluso cuando ve una mosca.

—De admitir esa hipótesis, ¿cómo explica usted su actitud con relación a Harry?

—De dos formas: o pretende protegerlo o le teme. Tal vez, incluso, lo deteste.

—No le comprendo.

—¿Se ha fijado en que jamás caza moscas cuando él está delante?

—Es cierto... Resulta bastante curioso. Pero confieso que sigo sin comprender nada.

—Yo tampoco, mister Browning. Y seguramente seguiremos igual hasta que Lady Browning se cure.

—Los médicos no tienen la menor esperanza...

—Estoy al corriente de eso. ¿Sabe si su hermano hizo alguna vez experimentos con moscas?

—No lo creo. ¿Se lo ha preguntado a los expertos del Ministerio del Aire?

—Sí. Y se han reído en mis barbas.

—Lo comprendo.

—Tiene usted suerte, mister Browning. Yo, en cambio, no comprendo nada, pero espero comprender algún día.

—Dime, tío Arthur, ¿viven mucho tiempo las moscas?

Estábamos desayunando y mi sobrino, con sus palabras, acababa de romper un prolongado silencio. Le miré por encima del *Times*, que había apoyado en la tetera. Harry, como la mayor parte de los niños de su edad, tenía la costumbre, o más bien el talento, de plantear cuestiones que los adultos no suelen hallarse en

condiciones de responder con precisión. Harry me preguntaba a menudo, siempre de forma inesperada, y cuando tenía la mala suerte de poder aclararle alguna duda, ésta era inmediatamente seguida de otra, después de otra y así sucesivamente, hasta que yo me confesaba vencido, reconociendo que no lo sabía. Entonces, como un campeón de tenis que lanzara su pelota definitiva, la que le convertía en ganador de juego y de partida, decía:

«¿Por qué no lo sabes, tío?»

Era, sin embargo, la primera vez que me hablaba de moscas, y me estremecí ante la idea de que el inspector Twinker pudiera haberle oído. Imaginaba perfectamente la mirada con que el infatigable sabueso me obsequiaría y la pregunta que, a renglón seguido, dirigiría a mi sobrino. E intuía, al mismo tiempo, cuál habría sido –de hallarse en mi caso– su respuesta. Respuesta que, textualmente y no sin cierto malestar, tuve que repetir en voz alta.

–No lo sé, Harry. ¿Por qué me haces esa pregunta?

–Porque he vuelto a ver la mosca que mamá busca.

–¿Mamá busca una mosca?

–Sí. Ha crecido mucho, pero a pesar de todo la he reconocido.

–¿Dónde has vuelto a verla y qué tiene de particular?

–Sobre tu despacho, tío Arthur. Su cabeza es blanca en lugar de negra y su pata muy graciosa.

–¿Cuándo viste esa mosca por primera vez, Harry?

–El día que se fue papá. Estaba en su cuarto y la cacé, pero mamá llegó en ese momento y me obligó a dejarla en libertad. Unas horas después, me pidió que la encontrara. Creo que había cambiado de idea y que quería verla.

–En mi opinión debe estar muerta hace mucho tiempo –dije levantándome y yendo sin prisa hacia la puerta.

Pero en cuanto la cerré, di un salto hasta mi despacho y busqué en vano alguna huella de moscas.

Las confesiones de mi sobrino y la seguridad del inspector Twinker sobre la relación existente entre las moscas y la muerte de mi hermano me turbaron hasta el desconcierto.

Por primera vez, admití que el inspector tal vez supiera más de lo que daba a entender. Y, también por vez primera, me pregunté si mi cuñada estaba verdaderamente loca. Un sentimiento extraño, incluso terrible, empezó a crecer en mí y, cuanto más reflexionaba sobre ello, más me convencía de la cordura de Anne.

Un drama originado por la locura podía ser inexplicable y horroroso, pero su horror, por grande que fuera, resultaba, a fin de cuentas, admisible. Sin embargo, la idea de que mi cuñada hubiera sido capaz de asesinar tan atrozmente a mi

hermano en plena posesión de sus facultades mentales, con o sin su consentimiento, me daba escalofríos. ¿Cuál podía ser la explicación de un crimen tan monstruoso? ¿Cómo se había llevado a cabo?

Pasé una y otra vez revista a todas las respuestas de Anne al inspector Twinker. Éste le había hecho centenares de preguntas. Y mi cuñada contestó con perfecta lucidez a las cuestiones relativas a su vida con mi hermano. Una vida, al parecer, feliz y sin historia.

Twinker, además de ser un psicólogo muy fino, tenía una gran experiencia y estaba acostumbrado a sentir, a adivinar –por decirlo de alguna forma– el engaño. También él estaba convencido de que Anne había contestado honestamente a las preguntas que se había dignado contestar. Pero estaban las otras, aquellas ante las que siempre reaccionó de idéntica manera, repitiendo hasta la saciedad las mismas palabras.

–No puedo aclararle esa cuestión –decía lisa y llanamente, sin perder nunca la calma.

Ni siquiera la acumulación de preguntas de este tipo parecía molestarle. Una sola vez, en el curso de los numerosos interrogatorios, le hizo notar al inspector que ya le había preguntado anteriormente lo mismo. En las restantes ocasiones, siempre contestó de igual forma: «No puedo aclararle esa cuestión».

Su estribillo se convirtió en un muro formidable, contra el cual se estrelló una y otra vez la tenacidad de Twinker. Cuando el inspector cambiaba el rumbo de sus interrogatorios y se interesaba por temas que no guardaban relación directa con el drama, Anne respondía con lucidez y amabilidad. Pero en cuanto la conversación se orientaba, por algún resquicio, hacia el asesinato de Bob, mi cuñada se escondía nuevamente tras la muralla del «no puedo aclararle esta cuestión».

Deseosa de que no recayeran sospechas sobre ninguna otra persona, Anne demostró prácticamente cómo había manejado el martillo-pilón. Nos hizo ver, sin lugar a dudas, que conocía su funcionamiento y la forma de regular la fuerza y la altura del golpe, y como el inspector adujera que todo aquello no probaba su intervención en el asesinato de Bob, nos enseñó el lugar donde se había apoyado con la mano izquierda, contra un montante del cuadro de mandos, mientras manipulaba los botones con la mano derecha.

–Sus técnicos encontrarán aquí mis huellas digitales –añadió con sencillez.

Y sus huellas, efectivamente, fueron encontradas.

Twinker sólo pudo descubrir una mentira en sus declaraciones. Anne afirmaba haber maniobrado el martillo una sola vez, mientras el vigilante nocturno juraba y perjuraba haberlo oído dos. El contador, que siempre se ponía a cero al terminar cada jornada, le daba la razón.

Durante algún tiempo, Twinker confió en forzar el mutismo de mi cuñada gracias a este error. Pero un buen día, Anne, con la mayor tranquilidad del mundo, echó por tierra sus esperanzas, declarando:

–Sí, he mentido, pero no puedo explicarle los motivos de mi mentira.

–¿Sólo me ha engañado en eso? –preguntó inmediatamente Twinker, con el propósito de desconcertarla y de adquirir así alguna ventaja sobre ella.

Con gran sorpresa por su parte –pues esperaba el estribillo habitual–, Anne respondió:

–Sí. Ha sido mi único engaño.

Y Twinker comprendió que Anne había reparado con creces la única fisura de su muro defensivo.

A la luz de las revelaciones de Harry, creció en mí un progresivo sentimiento de horror hacia mi cuñada, porque, si no estaba loca, simulaba estarlo para escapar a un castigo que merecía cien veces. En ese caso Twinker tenía razón y la llave del drama residía en las moscas, a no ser que la obsesión de Anne formara parte de su engaño. Y si, por el contrario, no estaba en sus cabales, entonces Twinker seguía teniendo razón, porque tal vez a través de las moscas pudiera un psiquiatra descubrir la causa del asesinato.

Diciéndome que Twinker seguramente sabría resolver aquel rompecabezas mejor que yo, estuve a punto de ir a contárselo todo. Pero el pensamiento de que atosigaría a Harry con mil preguntas, me retuvo. Existía también otra razón para no acudir a él: me daba miedo que buscara y encontrara la mosca mencionada por mi sobrino. Y ese miedo era, por incomprensible, profundamente turbador.

Pasé revista a todas las novelas policíacas que había leído en mi vida. Este género literario no carece de lógica, incluso cuando presenta casos muy complicados. En la historia de las moscas, por el contrario, no había nada lógico, nada que pudiese encajar. Todo era sorprendentemente sencillo y, al mismo tiempo, misterioso. No existía culpable alguno que desenmascarar: Anne había asesinado a su marido, se había declarado autora del hecho e incluso había reconstruido la escena.

Desde luego, no podía esperarse lógica en un drama provocado por la locura, pero aún admitiendo que fuera así, ¿cómo explicar la extraña pasividad de la víctima?

Mi hermano era el típico sabio partidario de la prueba del nueve. Sentía horror por la intuición y por los golpes de genio. Algunos científicos elaboran teorías que después se esfuerzan en apoyar con hechos; trabajan a saltos en lo desconocido y no tienen inconveniente en abandonar una posición avanzada si las experiencias acumuladas a continuación no bastan para consolidar sus suposiciones. Mi hermano pertenecía, al contrario y –cabe decir– por excelencia, al tipo del investigador receloso, que se guarda siempre las espaldas con un sólido punto de apoyo, probado y archiprobado. Rara vez se traía entre manos más de un experimento y no participaba de ninguna de las características del sabio distraído, que se deja calar por la lluvia con un paraguas cerrado en la mano. Era, en cambio, profundamente humano. Adoraba a los niños y a los animales, y jamás titubeaba en dejar su trabajo para ir al circo con los hijos de su vecino. Le gustaban los juegos de lógica y precisión, como el billar, el tenis, el bridge y el ajedrez.

¿Cómo, entonces, explicar su muerte? ¿Por qué se había colocado debajo del martillo-pilón? En modo alguno podía tratarse de una estúpida jactancia, de un desafío a su propio valor. Jamás se jactaba de nada y no soportaba a las personas aficionadas a apostar. Para vejarlas, siempre decía que una apuesta es un simple negocio concluido entre un imbécil y un ladrón.

Sólo existían dos explicaciones posibles: o se había vuelto loco o tenía una razón para hacerse matar por su mujer de tan extraña manera.

Tras largas reflexiones, decidí no poner al inspector Twinker al corriente de mi conversación con Harry e intentar una nueva gestión personal con mi cuñada. Era sábado, día de visita, y como Anne pasaba por ser una enferma muy tranquila, me permitían llevarla a dar una vuelta al gran jardín, donde le habían concedido una pequeña parcela para que la cultivara a su antojo. Anne había trasplantado allí varios rosales de mi jardín.

Sin duda esperaba mi visita, porque llegó al locutorio en seguida. Empezaba a hacer frío y, en previsión de nuestro paseo habitual, se había puesto el abrigo.

Me pidió noticias de su hijo y después me condujo hasta la parcela, donde me hizo sentarme a su lado sobre un banco rústico, fabricado en la carpintería del asilo por un enfermo aficionado a las actividades manuales.

Yo trazaba vagos dibujos en la arena con la contera de mi paraguas, buscando la forma de llevar la conversación al tema de la muerte de mi hermano. Pero fue ella quien primero se refirió al asunto.

—Arthur, quería preguntarte una cosa...

—Te escucho, Anne.

—¿Sabes si las moscas viven mucho tiempo?

La miré estupefacto y estuve a punto de confesarle que su hijo me había preguntado lo mismo unas horas antes, pero repentinamente comprendí que por fin se me brindaba la posibilidad de asestar un duro golpe a sus defensas, conscientes o subconscientes. Anne, entretanto, parecía esperar con tranquilidad la respuesta, creyendo sin duda que me esforzaba en resucitar mis recuerdos de escuela sobre la duración de la vida de las moscas.

Sin apartar los ojos de ella, repuse:

—No lo sé con precisión, pero tu mosca estaba hoy por la mañana en mi despacho.

El golpe había alcanzado su objetivo. Anne volvió bruscamente la cabeza hacia mí y abrió la boca como si fuera a gritar, pero sólo en sus inmensos ojos se dibujó un auténtico alarido de terror.

Yo conseguí mantener la impasibilidad. Me daba cuenta de que por fin había adquirido alguna ventaja sobre ella y que sólo podría conservarla adoptando la

actitud de un hombre al tanto de todo, que no experimenta rencor o piedad y que ni siquiera se permite emitir un juicio sobre los hechos.

Ella, finalmente, respiró y se tapó la cara con las manos.

–Arthur... ¿la has matado? –murmuró suavemente.

–No.

–¡Pero la tienes! –gritó alzando la cabeza –¡La tienes ahí! ¡Dámela!

Un poco más y se hubiera atrevido a registrarme los bolsillos.

–No, Anne, no la tengo aquí.

–¡Lo sabes todo! ¿Cómo has podido adivinarlo?

–No, Anne, no sé nada, excepto que tú no estás loca. Pero voy a averiguar la verdad de una u otra manera. O me lo dices todo, y entonces decidiré sobre el mejor modo de resolver este asunto, o...

–¿O qué? ¡Habla de una vez!

–Iba a hacerlo, Anne... O te juro que el inspector Twinker tendrá esa mosca antes de veinticuatro horas.

Mi cuñada permaneció inmóvil un momento, con los ojos clavados en las palmas de sus blancas y afiladas manos. Después, sin alzar la mirada, dijo:

–Si te lo digo todo, ¿me prometes que destruirás esa mosca antes de tomar ninguna otra decisión?

–No, Anne. No puedo prometértelo antes de saber el verdadero significado de esta historia.

–Arthur, compréndelo... Le prometí a Bob que esa mosca sería destruida... Tengo que mantener mi promesa... De otra forma, no te diré nada.

Comprendí que me estaba metiendo en un callejón sin salida; Anne se recuperaba. Era absolutamente necesario encontrar un nuevo argumento, un argumento que la empujara hasta sus últimos baluartes y que la hiciera capitular.

A la desesperada, confiando en un golpe de suerte, dije:

–Anne, debes darte cuenta de que cuando esa mosca sea examinada en los laboratorios de la policía, el inspector Twinker tendrá la prueba de que no estás loca y...

–¡Arthur, no! No lo hagas, por Harry, no lo hagas... Llevo mucho tiempo esperando esta mosca, convencida de que terminaría por encontrarme. Al parecer no ha sido capaz y te ha buscado a ti.

Yo observaba atentamente a mi cuñada, preguntándome si fingía aún estar loca o si, a fin de cuentas, lo estaba. A pesar de todo, loca o no, daba la impresión de

sentirse acorralada. Era preciso violentar aún su última resistencia y como, al parecer, temía por su hijo, dije:

–Cuéntamelo todo, Anne. Así podré proteger mejor a Harry.

–¿De qué quieres protegerle? ¿No comprendes que si yo estoy aquí, es únicamente para evitar que Harry se convierta en el hijo de una condenada a muerte, ejecutada por el asesinato de su esposo? Créeme, preferiría cien veces la horca a la muerte lenta de este manicomio.

–Anne, estoy tan interesado como tú en proteger al hijo de mi hermano. Te prometo que, si me lo cuentas todo, haré lo imposible por defender a Harry. Pero si te niegas a hablar, el inspector Twinker tendrá la mosca. De todas formas intentaré velar por el niño, pero tú misma debes hacerte cargo de que entonces ya no tendré las riendas de la situación.

–¿Por qué estás tan empeñado en saber? –dijo lanzándome una curiosa mirada de rencor.

–Anne, es la suerte de tu hijo lo que está en tus manos. ¿Qué decides?

–Vamos dentro. Voy a entregarte el relato de la muerte del pobre Bob.

–¡Lo has escrito!

–Sí. Lo tenía preparado, no para ti, sino para tu maldito inspector. Suponía que, antes o después, terminaría por dar con parte de la verdad.

–En este caso, ¿puedo enseñárselo?

–Haz lo que te parezca.

Me quedé en el locutorio mientras ella subía a su habitación. Al volver, traía un abultado sobre amarillo, que me tendió diciendo:

–Procura leerlo a solas y sin que nadie te moleste.

–De acuerdo, Anne. Lo haré en cuanto llegue y mañana vendré a verte.

–Muy bien.

Y salió del locutorio sin despedirse.

Hasta que algunas horas más tarde empecé la lectura, no descubrí la advertencia escrita en el exterior del sobre:

A quien corresponda - Probablemente al inspector Twinker

Tras dar órdenes rigurosas de que no se me molestara bajo ninguna excusa, hice saber que no cenaría y pedí té con bizcochos. Después subí rápidamente a mi despacho.

Una vez en él, examiné cuidadosamente las paredes, las tapicerías y los muebles, sin encontrar el menor rastro de moscas. Luego, cuando la criada me subió el té y añadió leña al fuego, cerré las ventanas y corrí las cortinas.

Finalmente eché el cerrojo de la puerta, descolgué el teléfono –lo hacía todas las noches desde la muerte de mi hermano– apagué las luces, excepto la de mi mesa de trabajo, y abrí el grueso sobre amarillo.

Tras servirme una taza de té, comencé la lectura del manuscrito:

«Esto no es una confesión, porque nunca he intentado ocultar la responsabilidad que me incumbe en el trágico fin de mi marido y también porque, a pesar de declararme única autora de su muerte, no soy una criminal. Al actuar como lo hice, me limitaba a ejecutar fielmente las últimas voluntades de Robert Browning, aplastándole la cabeza y el antebrazo derecho con el martillo-pilón de la fábrica de su hermano.»

Sin haber probado una sola gota de té, volví la página.

«Con alguna anterioridad a su desaparición, mi marido me había puesto al corriente de sus experimentos. Ya entonces comprendía perfectamente que el Ministerio se los hubiera prohibido como demasiado peligrosos, pero confiaba en obtener resultados positivos antes de informar sobre ellos.

»Aunque hasta el momento la ciencia sólo ha conseguido transmitir a través del espacio el sonido y la imagen, gracias a la radio y la televisión, Bob aseguraba haber encontrado el medio de transmitir la propia materia. La materia –es decir, un cuerpo sólido– colocada en un aparato emisor, se desintegraba y reintegraba instantáneamente en un aparato receptor.

»Bob consideraba que su descubrimiento podía ser de tanta trascendencia como el de la rueda. Creía que la transmisión de la materia por desintegración-reintegración instantánea, significaba una revolución sin precedentes, de radical importancia para la evolución del hombre. La difusión de su invento equivaldría al fin de los transportes mecanizados, no sólo para los productos y mercancías que pudieran corromperse, sino también para los propios seres humanos. Bob, hombre eminentemente práctico, que jamás se dejaba llevar por la fantasía, vislumbraba ya un mundo desprovisto de aviones, trenes, coches, carreteras y vías férreas. Todo esto sería reemplazado por estaciones emisoras-receptoras, repartidas por toda la superficie de la Tierra. Bastaría con situar a los viajeros y a las mercancías en el interior de una cabina emisora, para que fueran desintegrados y casi instantáneamente reintegrados en la cabina receptora del punto de destino.

»Mi marido tropezó con algunas dificultades al principio. Su aparato receptor sólo estaba separado de su aparato emisor por una pared. Como sujeto de su primera experiencia, eligió un viejo cenicero, recuerdo de un viaje que habíamos hecho a Francia.

»Cuando me trajo triunfalmente el cenicero, aún no estaba al corriente de sus investigaciones y tardé un poco en comprender el significado de sus palabras.

»–¡Mira, Anne! –dijo–. Este cenicero ha permanecido totalmente desintegrado durante una diezmillonésima de segundo. Por un momento, ha dejado de existir. Era sólo un conjunto de átomos viajando a la velocidad de la luz entre dos aparatos. Y un instante después, los átomos se han unido de nuevo para volver a formar este cenicero.

»—Bob, por favor... ¿de qué hablas? Explícate.

»Entonces me reveló el objetivo de sus experiencias y, al ver que no le comprendía, empezó a esgrimir dibujos y a manejar cifras. Tras lo cual, naturalmente, aún entendí menos sus explicaciones.

»—Perdóname, Anne —dijo al darse cuenta, riéndose de buena gana—. ¿Te acuerdas de aquel artículo sobre los misteriosos vuelos de ciertas piedras, que irrumpen sin causa aparente en algunas casas de la India a pesar de que las puertas y las ventanas están cerradas?

»—Sí, me acuerdo muy bien. El profesor Downing, que había venido a pasar el fin de semana con nosotros, dijo que —si no había algún truco— el fenómeno sólo podía explicarse por la desintegración de las piedras en la calle y su reintegración en el interior de la casa, antes de su caída.

»—Exactamente. Y añadió: A menos que el fenómeno se produzca por una desintegración parcial y momentánea de la pared atravesada por las piedras.

»—Todo eso es muy bonito, pero sigo sin comprender ¿Cómo puede pasar una piedra, por muy desintegrada que esté, a través de una pared o de una puerta?

»—Puede, Anne, porque entonces los átomos que componen la materia no se tocan. Están separados entre sí por espacios inmensos.

»—¿Espacios inmensos entre los átomos que componen, por ejemplo, una simple puerta?

»—Entendámonos: los espacios entre átomos son relativamente inmensos. Es decir, inmensos con relación al tamaño de los átomos. Tú pesas cien libras y mides cinco pies y tres pulgadas... Si todos los átomos que componen tu cuerpo fueran comprimidos unos contra otros, sin que quedara el menor espacio entre ellos, tú seguirías pesando lo mismo, pero no abultarías más que una cabeza de alfiler.

»—Entonces, si no he comprendido mal, ¿tu pretendes haber reducido este cenicero al tamaño de una cabeza de alfiler?

»—No, Anne. En primer lugar, si los átomos de este cenicero, que apenas pesa dos onzas, fueran comprimidos, el conjunto resultante sólo sería visible al microscopio. En segundo lugar, todo esto era una simple imagen. Lo que intento explicarte pertenece a otro orden de fenómenos. Este cenicero, una vez desintegrado, puede atravesar cualquier cuerpo opaco y sólido, a ti misma, por ejemplo, sin la menor dificultad, porque entonces sus átomos separados no encuentran obstáculo alguno en la masa de tus átomos, que también están separados.

»—¿Y tú has desintegrado este cenicero y lo has reintegrado un poco más allá, después de hacerlo pasar a través de otro cuerpo?

»—A través, para ser exacto, de la pared que separaba mi aparato emisor de mi aparato receptor.

»—¿Y puede saberse qué utilidad tiene enviar ceniceros a través del espacio?

»Bob inició entonces un gesto de malhumor, pero al darse cuenta de que sólo le estaba gastando una broma, se dedicó a explicarme algunas de las posibilidades de su descubrimiento.

»-¡Bueno! Espero que nunca me obligues a viajar así, Bob. No me gustaría terminar como tu dichoso cenicero.

»-¿Cómo ha terminado?

»-Te acuerdas de lo que había escrito en él?

»-Sí, claro. La inscripción «Made in France», que ahí sigue.

»-Pero, ¿te has fijado cómo?

»Cogió el cenicero con una sonrisa y palideció al darse cuenta de lo que yo quería decir. Las tres palabras seguían, efectivamente allí, pero invertidas, de forma que sólo podía leerse: «ecnarF ni edaM».

»-Es inaudito –murmuró.

»Y, sin terminar el té, se precipitó hacia el laboratorio, del cual ya no volvió a salir hasta el día siguiente por la mañana, tras una noche entera de trabajo.

»Algunos días más tarde, Bob sufrió un nuevo revés, que le puso de malhumor durante varias semanas. Después de muchas preguntas, terminó por confesar que su primera experiencia con un ser vivo había resultado un completo fracaso.

»-Bob, ¿ha sido Dandelo?

»-Sí –reconoció a duras penas-. Se desintegró perfectamente, pero no volvió a reintegrarse en el aparato receptor.

»-¿Y entonces...?

»-Entonces ya no existe Dandelo. Sólo existen sus átomos dispersos, que se pasean por alguna parte, Dios sabe cuál, del Universo.

»Dandelo era un gato blanco que la cocinera había encontrado en el jardín. Una buena mañana desapareció sin saberse cómo. Bob acababa de aclararme lo sucedido.

»Tras una serie de nuevas experiencias y largas horas de vigilia, Bob me anunció que su aparato funcionaba ya perfectamente y me invitó a que lo viera.

»Hice preparar una bandeja con una botella de champagne y dos copas para festejar dignamente su éxito, porque yo sabía que mi marido, de no estar a punto el aparato, no me hubiera llevado a verlo.

»-Excelente idea –exclamó quitándome la bandeja de las manos-. ¡Vamos a celebrarlo con champagne reintegrado!

»-Espero que sabrá tan bien como antes de su desintegración, Bob.

»-No temas, Anne. Ven aquí.

»Abrió la puerta de un compartimento cuadrangular, que era una simple cabina telefónica, debidamente transformada.

»—Ahí tienes el aparato de desintegración —transmisión— me explicó mientras ponía la bandeja sobre un taburete colocado en su interior.

»Cerró con cuidado, me tendió unas gafas de Sol y me hizo situarme ante la puerta de cristales de la cabina.

»Tras ponerse él mismo las gafas negras, manipuló varios botones en el exterior de la cabina, y de ésta se elevó el dulce ronroneo de un motor eléctrico.

»—¿Dispuesta? —preguntó apagando la luz y haciendo girar otro conmutador, que llenó el aparato de un resplandor azulado—. ¡Entonces, fíjate bien!

»Bajó una palanca y todo el laboratorio se iluminó violentamente con un cegador destello anaranjado. Vislumbré, en el interior de la cabina, una especie de bola de fuego, que crepitó un instante, y sentí un repentino calor en la cara y en el cuello. Después sólo pude ver dos agujeros negros bordeados de verde, como cuando se mira durante cierto tiempo al Sol.

»—Puedes quitarte las gafas, Anne. La operación ha terminado.

»Con un gesto teatral, mi marido abrió la puerta de la cabina y, a pesar de que lo esperaba, fingí una gran sorpresa al comprobar que el taburete, la bandeja, las copas y la botella habían desaparecido.

»Después me hizo pasar ceremoniosamente a la habitación contigua, donde se encontraba una cabina idéntica a la que servía de aparato emisor. Abrió la puerta y sacó triunfalmente la bandeja y el champagne que descorchó al instante. El tapón saltó alegremente y el líquido burbujeó en las copas.

»—¿Estás seguro de que se puede beber sin peligro?

»—Absolutamente —dijo Bob tendiéndome una copa—. Y ahora vamos a intentar una nueva experiencia. ¿Quieres asistir a ella?

»Pasamos a la sala donde estaba el aparato de desintegración

»—¡Oh, Bob! ¡Acuérdate del pobre Danelo!

»—Es sólo un cobaya, Anne. Pero estoy convencido de que ahora saldrá bien.

»Colocó al animal en el suelo metálico de la cabina y me obligó a ponerme las gafas de sol. Oí el ronroneo del motor, presencié de nuevo el estallido de luz y, sin esperar a que Bob abriera el emisor, me precipité a la habitación contigua. A través de la puerta de cristal pude ver al cobaya corriendo de un lado a otro.

»—¡Bob, amor mío! ¡Está aquí! ¡Lo has conseguido!

»—Un poco de paciencia, Anne. No lo sabremos con seguridad hasta dentro de algún tiempo.

»—Pero está tan vivo como antes.

»—Es preciso comprobar que todos sus órganos siguen intactos. Si continúa así durante un mes, podremos intentar otras experiencias.

»Ese mes me pareció un siglo. Todos los días iba a ver al cobaya, que parecía portarse de maravilla.

»Cuando Bob se convenció de su buena salud, puso a Pickles, nuestro perro, en la cabina. No me avisó, porque jamás hubiera consentido que Pickles pasara por una experiencia semejante. Al animal, sin embargo, pareció gustarle. En una sola tarde fue desintegrado y reintegrado diez o doce veces y en cuanto salía de la cabina receptora, se precipitaba al aparato emisor para repetir el juego.

»Suponía que Bob iba a convocar una reunión de científicos y especialistas del Ministerio como solía hacer cuando terminaba un trabajo, para comunicar sus conclusiones y llevar a cabo algunas demostraciones prácticas. Al cabo de algunos días, yo misma se lo hice notar.

»—No, Anne. Este descubrimiento es demasiado importante para anunciarlo sin más ni más. Hay algunas fases de la operación que ni yo mismo he llegado a comprender todavía. No puedo abandonarlo ahora en otras manos.

»A veces, aunque no siempre, me hablaba de la marcha de su trabajo. Desde luego, en ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de que fuera a intentar una primera experiencia humana con su propia persona y sólo después de la catástrofe descubrí que un segundo cuadro de mandos había sido instalado en el interior de la cabina emisora.

»La mañana en que intentó su terrible experiencia, Bob no vino a comer. Encontré una nota clavada en la puerta de su laboratorio:

»Sobre todo, que nadie me moleste. Estoy trabajando.

»Ya en otras ocasiones había hecho lo mismo. Por otra parte, no concedí importancia a la extraña y deforme escritura del mensaje.

»Y fue precisamente algo más tarde, a la hora de la comida, cuando Harry vino corriendo a decirme que había cazado una mosca con la cabeza blanca. Yo, sin querer verla, le dije que la soltara inmediatamente. Ni Bob ni yo soportábamos que se le hiciera el menor daño a un animal. Yo sabía que Harry había atrapado aquella mosca sólo porque era rara, pero también sabía que su padre no vería en ello disculpa alguna.

»A la hora del té, Bob continuaba encerrado en su laboratorio y el mensaje clavado en la puerta. A la hora de la cena, las cosas seguían igual y por fin, vagamente inquieta, me decidí a llamarle.

»Le oí moverse por la habitación y un momento después apareció un segundo mensaje por debajo de la puerta. Lo desplegué y leí:

»"Anne: he tenido algunas complicaciones. Acuesta al niño y vuelve dentro de una hora. B."

»Golpeé de nuevo y llamé varias veces a Bob, sin recibir respuesta. Al cabo de un instante le oí teclear en la máquina de escribir y, tranquilizada por ese ruido familiar, regresé a la casa.

»Después de acostar a Harry, volví al laboratorio y encontré una nueva hoja de papel, que Bob había deslizado, como la anterior, por debajo de la puerta. Esta vez, leí con espanto:

»Anne:

»Cuento con tu firmeza de espíritu para que no pierdas la cabeza, porque sólo tú puedes ayudarme. Me ha sucedido un grave accidente. Mi vida no corre peligro por el momento, pero se trata, a pesar de ello, de una cuestión de vida o muerte. Me es imposible hablar: nada se consigue, por lo tanto, llamándome o haciéndome preguntas a través de la puerta. Tienes que obedecer mis instrucciones al pie de la letra. Después de dar tres golpes, para indicarme que estás de acuerdo, vete a buscar una taza de leche y añádele una copa colmada de ron. No he comido ni bebido nada desde anoche y tengo necesidad de hacerlo. Confío en ti.

B.

»Con el corazón acelerado, di los tres golpes convenidos y me precipité hacia la casa para satisfacer su petición.

»De regreso al laboratorio encontré un nuevo mensaje en el suelo:

»Anne, sigue fielmente mis instrucciones:

»Cuando llames, abriré la puerta. Pon la taza de leche sobre mi mesa de trabajo, sin hacer ninguna pregunta, y pasa después a la habitación donde se encuentra la cabina receptora. Una vez allí, mira bien por todas partes. Es absolutamente necesario que encuentres una mosca. Aunque no puede andar muy lejos, yo me he pasado horas buscándola en vano. Ahora tengo un serio handicap y veo mal las cosas pequeñas.

»Pero antes de nada, júrame que me obedecerás en todo y que bajo ninguna excusa intentarás verme. Me es imposible discutir. Tres golpes en la puerta me demostrarán que estás nuevamente de acuerdo. Mi vida depende de tu ayuda.

»Sobreponiéndome a la emoción, di tres golpes espaciados.

»Entonces oí que Bob venía hacia ella. Un instante después, su mano buscaba y descorría el cerrojo.

»Al entrar, comprendí que se había quedado detrás de la puerta. Resistiendo el deseo de volverme, dije:

»—Puedes contar conmigo, querido.

»Después de poner la taza en la mesa, bajo la única luz encendida, me dirigí hacia la otra habitación, que estaba, por el contrario, brillantemente iluminada. En ella reinaba el más absoluto desorden: había una gran cantidad de fichas y probetas rotas por el suelo, entre taburetes y sillas patas arriba. De una especie

de enorme balde se desprendía un olor acre, originado por la combustión de unos papeles que acababan de consumirse.

»Antes de empezar, sabía yo que mi búsqueda no daría resultado. El instinto me decía que la mosca deseada por Bob era la misma que Harry había atrapado y puesto en libertad, por orden mía, aquella misma mañana.

»Oí que Bob, en la habitación de al lado, se acercaba a la mesa y de ella se elevó, al cabo de un instante, una especie de succión, como si le costara trabajo beber.

»—Bob, no hay ninguna mosca. ¿No podrías ayudarme algo? Si no puedes hablar, recurre a los golpes en la mesa. Ya sabes: uno para el sí y dos para el no.

»Aunque había intentado dar una entonación normal a mi voz, tuve que hacer un esfuerzo terrible, cuando oí dos golpes secos en su escritorio, para reprimir un sollozo.

»—¿Puedo entrar en esa habitación, Bob? No comprendo nada de lo que pasa, pero sea lo que sea sabré enfrentarme a ello con valor.

»Hubo un momento de silencio y, por fin, un solo golpe.

»Al llegar a la puerta me quedé paralizada de estupor. Bob se había echado por la cabeza el paño de terciopelo dorado que generalmente se encontraba sobre la mesa donde comía, cuando por cualquier motivo no quería salir del laboratorio.

»—Bob, seguiremos buscando mañana, a la luz del Sol. ¿No podrías ir a acostarte? Si quieres, te llevaré a la habitación de los huéspedes y cuidaré de que nadie te vea.

»Su mano izquierda surgió repentinamente del paño, que le tapaba hasta la cintura, y dio dos golpes en la mesa.

»—¿Necesitas un médico?

»"No", dijo con dos nuevos golpes.

»—¿Quieres que telefonee al profesor Moore? Te sería más útil que yo.

»La respuesta fue, una vez más, negativa. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Algo, sin embargo, me daba vueltas en la cabeza. Por fin dije:

»—Harry encontró esta mañana una mosca muy extraña, que yo le obligué a dejar en libertad. ¿No podría ser la que buscas? El niño me dijo que tenía la cabeza blanca.

»Bob emitió un extraño suspiro, ronco y metálico. Y en aquel momento tuve que mordirme la mano hasta que brotó sangre para no gritar. Mi marido había dejado caer su brazo derecho a lo largo del cuerpo y tenía, en vez de mano y muñeca, una especie de artejo gris con ganchos, que le asomaban por debajo de la manga.

»—Bob, amor mío, explícame lo que ha pasado... Seguramente podría ayudarte mejor si supiera de lo que se trata... ¡Oh, Bob, es espantoso! —dije tratando vanamente de ahogar los sollozos.

»Sacó la mano izquierda y, tras golpear una vez en la mesa, me indicó la puerta.

»Salí por ella, la cerré y me desplomé en el suelo. Bob echó el cerrojo, anduvo un poco por la habitación y finalmente se puso a escribir a máquina. Al poco tiempo, una nueva hoja apareció bajo la puerta:

»Vuelve mañana. Para entonces te tendré preparada una explicación. Toma un somnífero y duerme. Voy a necesitar todas tus fuerzas.

B.

»—¿No querrás nada durante la noche, Bob? —grité a través de la puerta en cuanto conseguí dominar el temblor de mi voz.

»Dio dos golpes rápidos y nuevamente se oyó el tecleo de la máquina.

»El Sol me hizo abrir los ojos. Había puesto el despertador a las cinco, pero no lo había oído por culpa del somnífero. Eran casi las siete y me levanté enloquecida. Había dormido sin un solo sueño, como si alguien me hubiera arrojado al fondo de un oscuro pozo. Pero entonces, al regresar a la pesadilla de la vida real y acordarme del brazo de Bob, rompí nuevamente a llorar.

»Luego me precipité a la cocina y preparé, ante la sorpresa de las criadas, una bandeja de té con tostadas, que llevé al laboratorio sin perder un minuto.

»Bob me abrió al cabo de unos segundos y cerró a puerta tras de mí. Aún llevaba el paño sobre la cabeza. Por el lecho improvisado y por las arrugas de su traje gris, comprendí que había intentado descansar un poco. Una hoja mecanografiada me esperaba sobre la mesa. Bob se encontraba junto a la puerta de la otra habitación y comprendí que quería estar solo. Llevé, pues, el mensaje a ella y, mientras lo leía, le oí servirse una taza de té. A continuación, reproduzco sus palabras:

»¿Te acuerdas del cenicero? Me ha pasado un accidente similar, aunque por desgracia mucho más grave. Me he desintegrado y reintegrado yo mismo, una vez, con éxito. Pero, al intentar una segunda experiencia, no me he dado cuenta de que había una mosca en la cabina de transmisión.

»Mi única esperanza se cifra en encontrar esa mosca y en volver a "pasar" con ella. Búscala por todas partes. Si no la encuentras, será preciso que idee un procedimiento, para desaparecer sin dejar rastro.

»Yo hubiera preferido una explicación más detallada, pero Bob debía tener alguna poderosa razón para no dármele. "Seguramente está desfigurado", pensé. E intenté imaginarme su rostro invertido, como la inscripción del cenicero, con los ojos en el sitio de la boca o las orejas.

»Pero era preciso conservar la calma y tratar de salvarle. Ante todo, debía cumplir sus órdenes y esforzarme por encontrar aquella dichosa mosca a cualquier precio.

»—¿Puedo entrar ya?

»Bob abrió la puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones.

»—No desesperes. Voy a traerte esa mosca. Aunque no se la ve por parte alguna del laboratorio, tiene que andar cerca... Supongo que estás desfigurado y que por eso pretendes desaparecer sin dejar huellas. Pero yo no lo permitiré. Si fuera necesario, te haría una máscara o una capucha y continuarías tus investigaciones hasta que consiguieras volver a la normalidad. Incluso, si no hubiera otro remedio, avisaría al profesor Moore y a otros sabios amigos tuyos y entre todos te salvaríamos.

»Bob golpeó con violencia la mesa, y emitió el suspiro ronco y metálico de la noche anterior.

»—No te irrites, Bob. No haré nada sin prevenirte, te lo prometo. Ten confianza en mí y déjame ayudarte. Estás desfigurado, ¿no es cierto? Seguramente, de un modo terrible. ¿Quieres enseñarme la cara? No me darías asco. ¡Soy tu mujer, Bob!

»Dio dos rabiosos golpes, para indicarme su total negativa, y me ordenó con la mano que saliera.

»—Bueno. Voy a buscar esa mosca, pero júrame antes que no harás ninguna tontería y que no tomaras la menor iniciativa sin consultarme.

»Extendió lentamente la mano izquierda y comprendí que ese gesto equivalía a una promesa.

»Jamás olvidaré aquella espantosa jornada dedicada íntegramente a la caza de moscas. Puse la casa patas arriba, obligando a las criadas a participar en mi búsqueda. Aunque les expliqué que se trataba de una mosca, escapada del laboratorio de mi marido, sobre la cual se había llevado a cabo un importante experimento y que a toda costa era preciso recuperar viva, creo que en más de un momento me creyeron loca. Eso fue, por otra parte, lo que más tarde me salvó de la vergüenza de la horca.

»Interrogué a Harry. No comprendió inmediatamente y le sacudí hasta que empezó a llorar. Entonces tuve que armarme de paciencia. Sí, se acordaba. Había encontrado la mosca en el reborde de la ventana de la cocina, pero la había soltado, obedeciendo mis órdenes.

»A pesar de encontrarnos en pleno verano, en nuestra casa apenas había moscas, porque vivíamos en lo alto de una colina donde siempre hacía viento. De todos modos, atrapé varios centenares. Hice poner jícaras de leche, confituras y azúcar en los rebordes de las ventanas y en varios sitios del jardín. Ninguno de los insectos cazados, sin embargo, respondió a la descripción dada por Harry. Los examiné personalmente con una lupa y todos parecían iguales.

»A la hora de comer, llevé al laboratorio leche y puré de patatas. Por si acaso, dejé también algunas moscas, cogidas al azar. Pero mi marido me dio a entender que no le servían para nada.

»—Si de aquí a la noche no aparece la mosca, estudiaremos el procedimiento a seguir. Mi idea es ésta: me instalaré en la habitación de al lado, con la puerta cerrada y te haré preguntas. Cuando no puedas contestar con un sí o un no, escribirás la contestación a máquina y me la echarás por debajo de la puerta... ¿Te parece bien?

»"Sí", golpeó Bob con su mano útil.

»Al ponerse el Sol, seguíamos sin encontrar la mosca. Antes de llevarle la cena a Bob, titubeé un momento ante el teléfono. Sin duda alguna, todo aquello era una cuestión de vida o muerte para mi marido. ¿Tendría yo fuerza suficiente para oponerme a su voluntad e impedirle que pusiera fin a sus días? Seguramente jamás me perdonaría que faltara a mi promesa, pero pensé que su resentimiento era, a fin de cuentas, preferible a su desaparición y, febrilmente, me decidí a descolgar el aparato y a marcar el número del profesor Moore, su más íntimo amigo.

»—El profesor está de viaje y no volverá hasta finales de semana —me explicó cortésmente una voz neutra.

»La suerte estaba echada. Tendría que luchar sola y sola —decidí—salvaría a Bob.

»Cuando unos minutos después entré en el laboratorio, casi había recuperado la tranquilidad y me instalé, como habíamos convenido, en la habitación vecina para comenzar aquella penosa discusión, llamada a durar buena parte de la noche.

»—Bob, ¿podrías decirme con exactitud lo que ha pasado?

»Oí el tecleo de su máquina durante varios minutos. Después apareció una hoja de papel bajo la puerta.

»Anne:

»Prefiero que me recuerdes con mi aspecto anterior. No va a quedar más remedio que destruirme. He reflexionado largamente sobre el asunto y sólo se me ocurre un procedimiento, para el cual necesito tu ayuda. Al principio pensé en una sencilla desintegración por medio de mi aparato emisor, pero se trata de una idea descabellada porque algún sabio podría reintegrarme en un futuro más o menos lejano y no quiero que eso suceda a ningún precio.

»Por un momento llegué a preguntarme si Bob se había vuelto loco.

»—No quiero saber cuál es tu procedimiento, porque jamás aceptaré esa solución, Bob. Por terrible que sea el resultado de tu experiencia, estás vivo, eres un hombre, con un alma y una inteligencia. ¡No tienes derecho a destruir todo eso!

»La respuesta fue de nuevo mecanográfica.

»Estoy vivo, pero no soy ya un hombre. En cuanto a mi inteligencia, puede desaparecer de un momento a otro. Ni siquiera sigue intacta. Y no puede haber alma sin inteligencia.

»—Tienes que poner a los otros sabios al corriente de tus experiencias y trabajos. Ellos terminarán por salvarte.

»Casi me asusté al oír los golpes de Bob sobre la puerta.

»—¿Por qué no? ¿Por qué te niegas a recibir una ayuda que todos te prestarían de corazón?

»Mi marido aporreó entonces la puerta con una docena. de furiosos golpes, y yo comprendí que por ese camino no iba a ninguna parte.

»Entonces le hablé de mí, de su hijo, de su familia. No me contestó. Cada vez me sentía más desconcertada. Por fin me aventuré a lanzar un tímido:

»—Bob..., ¿me escuchas?

» Esta vez se oyó un solo golpe, mucho más suave.

»—En una de tus cartas te referías al cenicero de tu primera experiencia. ¿Crees que si lo hubieras metido otra vez en el aparato, las letras habrían podido recuperar su primitivo orden?

»Unos instantes más tarde, leí en la nueva hoja que acababa de ser deslizada bajo la puerta:

»Veo donde vas a parar, Anne. He pensado en ello y esa, precisamente, es la razón de que tenga tanto interés en recuperar la mosca. Si no nos transmitimos juntos, no hay esperanza alguna.

»—Inténtalo al azar. Nunca se sabe.

»“Ya lo he intentado”, fue esta vez su respuesta.

»—¡Prueba una vez más!

» La respuesta de Bob me animó un poco, porque ninguna mujer ha comprendido ni comprenderá jamás que un condenado a muerte se dedique a gastar bromas. Un minuto más tarde, efectivamente, pude leer:

»Admiro tu deliciosa lógica femenina. Podríamos repetir la experiencia un millar de veces... Pero para darte ese placer, sin duda el último, voy a hacerlo. En el caso de que no encuentres las gafas negras, vuelvete de espaldas a la cabina receptora y tápate los ojos con las manos. Avísame cuando estés dispuesta.

»—¡Ya, Bob!

»Sin molestarme en buscar las gafas, obedecí sus instrucciones. Le oí mover varias cosas y cerrar la puerta de la cabina de transmisión. Tras un momento de espera, que me pareció interminable, se escuchó un ruido violento y pude percibir un brillante resplandor a través de mis párpados cerrados y de mis manos.

»Me di la vuelta y miré.

»Bob, siempre con su paño de terciopelo sobre la cabeza, salió lentamente de la cabina receptora.

»—¿Ningún cambio? —pregunté dulcemente, tocándole en el brazo.

»Al sentir el contacto, retrocedió rápidamente y tropezó con un taburete volcado. Entonces hizo un violento esfuerzo para no perder el equilibrio y el paño de terciopelo dorado resbaló lentamente por su cabeza y cayó al suelo tras él.

»Jamás olvidaré aquella visión. Grité de miedo y cuanto más gritaba, más miedo tenía. Me metí los dedos en la boca, como si fueran una mordaza, para ahogar los gritos y, tras sacarlos empapados en sangre, grité aun con más fuerza. Sabía, me daba cuenta de que sólo apartando la mirada de él y cerrando los ojos, podría dominarme.

»Sin prisa, el monstruo en que se había convertido Bob volvió a taparse la cabeza y se dirigió a tientas hacia la puerta. Por fin pude cerrar los ojos.

»Yo, antes de aquello, creía en la posibilidad de una vida mejor y nunca había sentido miedo de la muerte. Ahora sólo me queda una esperanza: la nada total de los materialistas, porque ni siquiera en otro mundo podría olvidar. No, jamás olvidaré aquel cráneo aplastado, aquella cabeza de pesadilla, blanca, velluda, con puntiagudas orejas de gato y ojos protegidos por grandes placas oscuras. La nariz rosada y palpitante, era también la de un gato, pero la boca había sido sustituida por una especie de hendidura vertical cubierta de largos pelos rojos y prolongada por una trompa negra y viscosa, que se abocinaba en su extremo.

»Debí desmayarme, porque me desperté, algún tiempo más tarde, tendida sobre las frías baldosas del laboratorio y con los ojos clavados en la puerta, tras la cual se oía, una vez más, el tecleo de la máquina de escribir de Bob.

»Estaba atontada, como esas personas que –tras un accidente grave– no se dan cabal cuenta de lo sucedido. Me acordaba de un hombre, perfectamente lúcido, al que había visto cierta vez en una estación, sentado al borde del andén, mirando con una especie de indiferente estupor su pierna, aun sobre la vía por donde acababa de pasar el ferrocarril.

»La garganta me dolía atrocemente y temí haber arruinado mis cuerdas vocales a fuerza de gritar.

»Al otro lado de la pared cesó el ruido de la máquina y una nueva hoja apareció bajo la puerta. Estremecida, la cogí con la punta de los dedos y leí:

»Ahora ya lo comprendes. Esta experiencia ha sido un último desastre, querida Anne. Sin duda habrás reconocido una parte de la cabeza de Dandelo. Antes de la transmisión, mi cabeza era, simplemente, la de una mosca. Ahora sólo tengo de ésta los ojos y la boca. El resto ha sido reemplazado por una reintegración parcial de la cabeza del gato desaparecido.

»Supongo que hasta tú misma te das cuenta de que sólo existe una solución. Debo desaparecer, como te decía, sin dejar rastro. Da tres golpes en la puerta si estás de acuerdo. En ese caso, te explicaré el procedimiento que considero más adecuado.

»Sí, Bob tenía razón. Era preciso que nadie supiera de él ni de su triste destino. Comprendía mi error al proponerle una nueva desintegración y, confusamente, me daba cuenta de que nuevas tentativas sólo conducirían a transformaciones aun más horribles.

»Me acerqué a la puerta e intenté hablar, pero ningún sonido salió de mi garganta abrasada. Entonces di los tres golpes convenidos.

»El resto puede adivinarse. Bob me explicó su plan por medio de mensajes mecanografiados y yo lo aprobé.

»Helada, temblorosa, con la cabeza a punto de estallar, como un autómata, le seguí de lejos hasta la fábrica. Llevaba en la mano un papel con todas las instrucciones relativas al funcionamiento del martillo-pilón.

»La cosa fue más fácil de lo que parece, porque no tenía la sensación de estar matando a mi marido, sino a un monstruo. El verdadero Bob había dejado de existir muchas horas antes. Yo me limitaba simplemente a ejecutar sus últimas voluntades.

»Con los ojos clavados en su cuerpo, tendido en el suelo e inmóvil, pulsé el botón de descenso. La masa metálica bajó silenciosamente, aunque menos deprisa de lo que yo había supuesto. El golpe sordo de su llegada al suelo se confundió con un crujido seco. El cuerpo de mi... del monstruo fue recorrido por un estremecimiento y después ya no volvió a moverse.

»Entonces me acerqué y vi que se había olvidado de meter el brazo derecho, la pata de mosca, bajo el martillo.

»Sobreponiéndome al asco y al miedo, y con prisa, porque temía que el ruido del martillo atrajera al vigilante nocturno, puse en marcha el mecanismo de ascensión de la máquina.

» Después, dando diente con diente y llorando de terror, me vi nuevamente obligada a superar el asco y a levantar y empujar hacia delante su brazo derecho, extrañamente ligero.

»Hice caer nuevamente el martillo y eché a correr.

»Ahora lo sabe todo. Haga lo que mejor le parezca. «

Al día siguiente, el inspector Twinker vino a tomar el té conmigo.

–Me enteré inmediatamente de la muerte de Lady Browning y, como me había ocupado de la muerte de su marido, me encargaron también de este asunto.

–Cuáles son sus conclusiones, inspector?

–La medicina no admite réplicas. Lady Browning, según el diagnóstico del forense, se ha suicidado con una cápsula de cianuro. Debía llevarla encima desde hace tiempo.

–Venga a mi despacho, inspector. Quiero enseñarle un curioso documento, antes de destruirlo.

Twinker se sentó ante mi mesa y leyó, al parecer sin alterarse, la larga «confesión» de mi cuñada, mientras yo fumaba mi pipa al lado de la chimenea.

Cuando volvió la última página, reunió cuidadosamente, todas las hojas y me las tendió.

–¿Qué le parece? –pregunté mientras las arrojaba con cierta delectación a la chimenea.

En lugar de responder inmediatamente, esperó a que el fuego devorara por completo las blancas hojas, que se retorcían y adquirían extrañas formas.

–En mi opinión, este manuscrito prueba definitivamente, que Lady Browning estaba loca de atar –dijo clavando en mí sus ojos claros.

–Sin duda –asentí yo mientras encendía la pipa.

Permanecimos un buen rato mirando el fuego.

–Esta mañana me ha pasado algo muy curioso, inspector. Fui al cementerio, al sitio donde está enterado mi hermano. No había nadie.

–Sí, había alguien, mister Browning. Yo estaba allí. No quise molestarle en sus... trabajos.

–¿Entonces me vio...?

–Sí. Le vi enterrar una caja de cerillas.

–¿Sabe lo que había dentro?

–Supongo que una mosca.

–Sí. La encontré en la mañana en el jardín. Había caído en una tela de araña.

–¿Estaba muerta?

–No del todo. Tuve que acabar con ella... La aplasté entre dos piedras. Tenía la cabeza blanca..., completamente blanca.

La orden

L. Sprague de Camp

The command, © 1938 by Street & Smith Publications Inc. (*Astounding Science Fiction*, Octubre de 1938). Traducción de M. Blanco en *Obras maestras de la ciencia ficción*, presentadas por Sam Moskowitz, Ediciones Dronte, 1974.

Lyon Sprague de Camp nació el 27 de noviembre de 1907, en el seno de una familia no demasiado bien situada. De niño tuvo un carácter difícil, testarudo y decidido a salirse siempre con la suya. Como estudiante su pasión fueron los insectos, deseando lograr ser paleontólogo, si bien se graduó como ingeniero aeronáutico. Ya en 1936 comenzó a escribir relatos, aunque hasta 1941 no le sería publicado ninguno. Entre sus relatos más conocidos se cuentan: Que no caigan las estrellas, Divide and rule, The incomplete enchanter, y ensayos tales como: Lands beyond, escrito en colaboración con Willy Ley, y Lost continents. Entre los aficionados al género de Espadas y Brujería, de Camp es bien conocido por la novela The dragon of Ishtar gate y por sus relatos sobre Conan, algunos de ellos realizados en colaboración con el autor sueco Björn Nyberg.

La orden no tiene una inspiración especial, a menos que se considere como tal a las visitas al Central Park Zoo. Este relato es el primero de una serie de cuatro. Aprendí, por el camino duro, que cada historia de una serie debe superar a su predecesora, o se verá menos buena. En este caso, la serie declina: Johnny Black comienza salvando al mundo y termina salvando el trabajo de su dueño. Debería haber sido al revés, pero habría significado planear la serie completa por anticipado. Este es el modo correcto, pero entonces no lo sabía.

L. Sprague de Camp

Johnny Black extrajo de la estantería de la biblioteca el tomo V de la Enciclopedia Británica y lo abrió en la sección de «Química». Ajustó la cinta elástica que sujetaba sus lentes y encontró la página en cuya lectura se había interrumpido la última vez.

Se afanó en hallarle el sentido a unas fórmulas y luego meditó melancólicamente que era inútil; necesitaría que el profesor Methuen le enseñara un poco más antes de que pudiera proseguir el estudio de aquella materia.

Y ansiaba verdaderamente saber todo lo posible tocante a la química que le había hecho ser lo que era, además de capacitarle para poder leer una enciclopedia.

Porque Johnny Black no era un ser humano.

Era, en realidad, un excelente ejemplar de oso negro, *euarctos americanus*, en cuyo cerebro Methuen había inyectado un producto químico que aminoró la resistencia de la idiosincrasia funcional entre sus células cerebrales, haciendo que

el complicado proceso eléctrico llamado pensamiento fuera casi tan fácil para el pequeño seso de Johnny como lo es para el más voluminoso del hombre y Johnny. cuya pasión predominante era la curiosidad. estaba decidido a averiguar todo lo referente a aquel proceso.

Hojeaba cuidadosamente las páginas con su zarpa. En cierta ocasión había intentado hacerlo con la lengua. pero se la cortó levemente con el recio papel. y luego había venido Methuen a darle la gran bronca por humedecer las páginas, tanto más cuanto que Johnny en aquel momento estaba deleitándose en su vicio secreto, y el profesor tuvo visiones fantásticas de chorros de jugo de tabaco babeados por Johnny sobre sus libros más caros.

Johnny leyó los artículos sobre «Quimo» y «Quinario». Satisfecha su sed de sabiduría por el momento, volvió a dejar el libro en su sitio, encerró sus lentes en el estuche prendido en su collar y emprendió su ambladura hacia el exterior .

Fuera, la isla de Santa Cruz se achicharraba bajo el sol del Caribe. El azulado del cielo y el verdor de las colinas eran matices inexistentes para Johnny que, como todos los osos, era daltoniano. Pero hubiera deseado que el alcance de su vista de oso fuera lo suficientemente aguzado para divisar los barcos en el puerto de Frederiksted. El profesor Methuen podía verlos fácilmente desde la Estación Biológica, hasta sin lentes. Los principales motivos de queja de Johnny contra las cosas en general, eran la cortedad de su vista, la carencia de dedos para manipular y de órganos bucales para articular palabras.

Algunas veces deseaba que, si tenía que ser un animal con un cerebro humanoide. fuera por lo menos un simio. Como McGinty. el chimpancé. alojado en las jaulas cercanas.

Johnny se sorprendió por el comportamiento de McGinty. No le había oído ni chistar en toda la mañana, siendo así que el viejo simio tenía la costumbre de chillarle y arrojarle cosas a cualquiera que pasase. Excitada su curiosidad, el oso se ladeó hacia las jaulas.

Los monos rechinaron de dientes, como de costumbre, pero ningún sonido brotó de la jaula de McGinty. Incorporándose, Johnny vio que el chimpancé estaba sentado, apoyado el lomo en la pared y los ojos en blanco.

Johnny se preguntó si estaría muerto, hasta que comprobó que McGinty respiraba. Johnny hizo la prueba de gruñir un poco; los ojos del simio se dirigieron hacia el ruido, y sus miembros se agitaron algo, pero no se levantó.

Debía estar muy enfermo, pensó Johnny, cavilando sobre si iba a ser necesario que arrastrase por el codo y hacia la jaula, a uno de los científicos. Pero entonces su pequeña alma más bien. concentrada en sí mismo se tranquilizó con el pensamiento de que Pablo no tardaría en venir con el almuerzo del mono y se cuidaría de informar sobre el comportamiento de McGinty.

Pensar en el almuerzo le recordó a Johnny que ya era tiempo sobrado de oír la campanilla de Honoria convocando para comer a los biólogos de la Estación. Pero no se oían campanillazos. El lugar parecía anormal mente silencioso. Los únicos

sonidos eran los procedentes de las jaulas de monos y pájaros, y el «put-put-put» de la máquina fija, propiedad de Bemis, allá al otro lado del lindero del terreno de la Estación.

Johnny trató de imaginarse qué era lo que el excéntrico botánico estaba tramando. Sabía que los otros biólogos no simpatizaban con Bemis; había oído a Methuen hacer comentarios sobre hombres –especialmente hombrecillos rechonchos– que iban fanfarroneando por los contornos calzando botas de montar cuando no había un solo caballo por las cercanías.

En realidad, Bemis no pertenecía al personal de la Estación, pero sus alicientes monetarios habían inducido tal tesorero a permitirle construir su casa y laboratorio en la vecindad. Para Johnny imaginar o preguntarse algo equivalía a investigar y se disponía a dirigirse hacia el lugar, cuando recordó a tiempo al alboroto que formó Bemis la última vez que recibió su inesperada visita.

Bueno, nada le impedía investigar el motivo de la negligencia, casi delictiva, de Honoria. Trotó hacia la cocina y asomó su amarillento hocico por la puerta. No avanzó más, recordando la irracional actitud de la cocinera ante la presencia de osos en su cocina.

Flotaba un olor a guisos quemados y en una silla junto a la ventana estaba instalada Honoria, negra y montañosa como siempre, ojos en blanco. El leve «¡woof!» emitido por Johnny no aportó más reacción que la misma obtenida con McGinty.

Todo esto era definitivamente alarmante. Johnny se dedicó a la búsqueda de Methuen. El profesor no estaba en la sala común, pero otros sí que estaban. El doctor Breuker, autoridad mundialmente famosa en la psicología del lenguaje, se hallaba en un sillón con un periódico en el regazo. No se movió cuando Johnny le resopló junto a la pierna, y, cuando el oso mordisqueó su tobillo, se limitó a retraer un poco la pierna. Había dejado caer un cigarrillo encendido en la alfombra donde formó un amplio agujero chamuscado antes de apagarse.

Los doctores Markush y Ryerson y la esposa de Ryerson también estaban allí... todos sentados como otras tantas estatuas. Mrs. Ryerson sostenía un disco, probablemente una de aquellas melodías de baile que le gustaban.

Johnny persistió un poco más en la caza de su patrón, y finalmente encontró al larguirucho Methuen, en ropas menores, tendido en su cama y mirando fijamente el techo. No parecía enfermo –su respiración era regular– pero no se movió salvo cuando fue hociado o mordisqueado.

Los esfuerzos de Johnny para despertarle le impulsaron finalmente a abandonar la cama y errar como un sonámbulo por la habitación hasta sentarse y contemplar fijamente el indefinible espacio.

Una hora más tarde abandonó Johnny sus intentos de conseguir alguna acción sensata de los diversos científicos de la Estación Biológica y salió al aire libre para pensar.

De costumbre disfrutaba pensando, pero esta vez no parecían existir los suficientes datos ni hechos que le permitiesen un avance progresivo en sus

reflexiones. ¿Qué era lo que debía hacer? Podía alzar el teléfono de su soporte, pero no podía hablar por el aparato solicitando un médico.

Si bajaba a Frederiksted para llevarse a rastras a un médico por su único recurso, la fuerza, probablemente lo único que conseguiría por sus afanes y fatigas, sería que le acribillasen a balazos.

Al mirar casualmente hacia los terrenos de Bemis, le sorprendió ver algo redondo elevarse, menguar lentamente y desvanecerse en el cielo. Por sus lecturas dedujo que aquello era un globo pequeño; había oído que Bemis se dedicaba a una especie de experimento botánico que implicaba el uso de globos. Otra esfera siguió a la primera, y luego otra. hasta que formaron una constante procesión menguando hasta desaparecer en la nada.

Aquello ya era excesivo para Johnny; era preciso que averiguase por qué alguien podía querer llenar los cielos con globos de un metro de diámetro. Además, tal vez conseguiría convencer a Bemis para que viniese a la Estación y resolviera algo concreto sobre el personal hechizado.

A un lado de la casa de Bemis encontró un camión, un montón de maquinaria y dos hombres desconocidos. Había una alta pila de globos deshinchados. y los hombres estaban cogiéndolos uno por uno, inflándolos con una boquilla de manguera que sobresalía de la maquinaria, y soltándolos. En la parte inferior de cada globo estaba atada una cajita.

Uno de los hombres vio a Johnny, exclamó «¡Canastos!» y manoseó su funda pistolera. Johnny se incorporó y gravemente extendió su zarpa derecha. Había comprobado que era un buen ademán para tranquilizar a la gente que estaba alarmada por su súbita aparición. No porque a Johnny le importase si estaban o no alarmados, sino porque a veces llevaban armas, y resultaban peligrosos si se sentían acorralados o sobrecogidos.

El hombre gritó:

—¡Lárgate de aquí, tú!

Johnny, perplejo ante aquel farfullar, abrió las fauces y dijo:

—¿«Qué»?

Sus amigos sabían que esto quería decir:

—¿Qué dijiste? —y también—: ¿Qué pasa aquí?

Pero el hombre en vez de explicar las cosas sensatamente, desenfundó bruscamente su pistola y disparó.

Johnny sintió un golpe entontecedor y vio chispas cuando el plomo de calibre nueve corto se desvió al chocar contra su compacto cráneo. Al segundo siguiente, la gravilla de la calzada revoloteaba mientras galopaba con suma rapidez hacia el portón de salida. En carrera corta podía alcanzar los sesenta kilómetros por hora

y mantener un promedio de cincuenta durante media hora, y en el momento actual estaba sacando el máximo de velocidad.

De regreso a la Estación, encontró el espejo de un cuarto de baño y se inspeccionó la incisión de cuatro centímetros en su frente. No era una herida grave, si bien el impacto le había producido un ligero dolor de cabeza. No podía vendarse. Pero sí podía hacer girar la llave del grifo y poner la cabeza bajo el chorro, secar la herida con una toalla, coger el frasquito de yodo, extraer el tapón con los dientes y, sosteniendo el frasco entre sus zarpas, verter unas pocas gotas en la herida. El escozor le hizo respingar, y derramar parte del líquido en el suelo donde, meditó, lo encontraría Methuen y le daría la gran bronca.

Luego salió fuera, escrutando vigilante por si aparecían los rudos individuos que estaban en la zona de Bemis, y se puso a pensar un poco más. Sospechaba que de alguna manera aquellos hombres, los globos, y el estado hipnótico del personal de la Estación, se hallaban relacionados.

¿Se encontraba también Bemis sumido en aquel arrobamiento? ¿O bien era el real autor de aquellos acontecimientos? A Johnny le habría gustado mucho investigar un poco más, pero sentía la mayor de las aversiones hacia el estado de blanco para disparos.

Se le ocurrió que si quería beneficiarse de la paralizante dolencia de los científicos era mejor que lo hiciera mientras no había peligro en hacerlo, y emprendió su ambladura hacia la cocina. Allí lo pasó en grande, ya que disponía de cinco abrelatas naturales en cada zarpa.

Estaba echándose garganta abajo el contenido de una lata de melocotones cuando un ruido al exterior le atrajo hacia la ventana. Vio el camión que estuvo en el sector de Bemis detenerse y apearse a los dos individuos rudos.

Johnny se deslizó sigilosamente hacia el comedor y escuchó a través de la puerta, tenso y dispuesto a echar el pestillo, si los intrusos pretendían entrar.

Oyó crujir la puerta exterior de la cocina y la voz del hombre que le había disparado:

—¿Cómo te llamas, eh?

—La inerte Honoria, todavía inmóvil en su silla, contestaba sin entonación concreta:

—Honorita Vélez.

—Muy bien, Honoria, vas a ayudarnos a transportar parte de estas provisiones al camión, ¿comprendes? ¡Canastos! Fíjate en todo este revoltijo, Smoke. El oso ha estado por aquí. Si le echas la vista encima, lárgale un taponazo. Los filetes de oso son sabrosos, según tengo oído.

El otro tipo farfulló algo y Johnny pudo oír el chancleteo de las zapatillas de Honoria al moverse y, poco después, la apertura de la puerta exterior de la cocina. Estremeciéndose todavía ante la idea de convertirse en filetes, empujó un poco su puerta.

A través de la mampara de tela metálica de la puerta exterior pudo ver a Honoria, llenos los brazos de provisiones, obedeciendo dócilmente las órdenes y apilando las latas y bolsas en el camión. Los dos hombres se sentaban en el estribo y fumaban mientras Honoria, como hipnotizada, efectuaba varios viajes a la cocina. Cuando ellos dijeron: –Ya basta–, ella se sentó en el escalón de la cocina y se relajó volviendo a su primer estado de Inercia.

El camión se fue.

Johnny se apresuró a dirigirse al grupo de árboles en el límite de la propiedad de la Estación con la casa de Bemis. La arboleda coronaba una pequeña colina, convirtiéndola a la vez en un buen escondite y en una posición ventajosa para atisbar.

Pensó que resultaba evidente que la Estación no era lo suficientemente grande para él y los dos forasteros, si se iban a dedicar a acaparar las reservas de comida y matarle tan pronto como lo vislumbrasen.

Luego meditó en las acciones de Honoria. La negra, normalmente de espíritu vigoroso y de una terquedad granítica, había cumplido todas las órdenes sin rechistar.

Evidentemente, la enfermedad o lo que fuese, no afectaba a una persona mental o físicamente, excepto que privaba a la víctima de toda iniciativa y fuerza de voluntad.

Honoria había recordado perfectamente su propio nombre y había comprendido las órdenes. Johnny se preguntó la causa de que él no resultara afectado por aquella rara dolencia; luego, recordando al chimpancé, sacó la conclusión de que era probablemente algo específico que sólo afectaba a los antropoides superiores. Contempló cómo se elevaban más globitos, y vio a dos hombres salir de la casa de campo y hablar con los Infladores. Johnny tuvo la certeza de que una de las siluetas, la rechoncha, era Bemis.

Si era así, el botánico debía ser el cerebro reactor de la banda y Johnny tenía por lo menos cuatro enemigos contra quienes tendría que bregar. ¿Cómo? No lo sabía. Bueno, por lo menos podrá disponer de las provisiones que quedaban en la cocina de la Estación antes de que la saquearan los fieros repartidores de taponazos.

Emprendió el descenso y se preparó un litro de café, lo cual le resultó fácil ya que la llama piloto de la cocinilla de gas había quedado encendida. Lo vertió en una sartén para enfriarlo y fue engulléndolo a lametones, tragándose a la vez toda una hogaza de pan.

De nuevo en su escondite tuvo ciertas dificultades en coger el sueño; el café estimulaba su mente, y a ella acudían en oleadas planes para atacar la casa de campo, hasta que casi se sintió dispuesto a efectuar una incursión.

Pero no lo hizo sabiendo que su visibilidad era especialmente débil de noche, y sospechando que los cuatro enemigos estarían allá.

Se despertó con el alba, y escrutó la casa hasta ver a los dos matones salir para continuar en su tarea con los globos, y oyó la pequeña máquina iniciar su «put-put-put». Dando un largo rodeo, reptó hacia arriba por el lado opuesto y se deslizó bajo la casa que, como la mayoría de las casas de campo de las islas Vírgenes, no tenía sótano.

Reptó en torno hasta que un restregar de pies en el delgado suelo encima de su cabeza le reveló que estaba debajo de los hombres que ocupaban la invisible estancia.

Oyó la voz de Bemis:

–Al y Shorty y ahora aquellos majaderos, están retenidos en La Habana sin medio alguno de poder venir aquí. porque los transportes estarán ahora paralizados por todo el Caribe.

Otra voz, de acento británico contestó:

–Supongo que en su debido momento se les ocurrirá a ellos llegarse al propietario de una lancha o de una avioneta, y decirle simplemente al fulano que los traiga aquí. Esto es lo único que puede hacer todo el mundo en Cuba bajo la Influencia de los moldes en estos momentos, ¿no es así? ¿Cuántos globos más tenemos que lanzar?

–Todos los que tenemos –replicó Bemis.

–Pero digo yo, ¿no crees que deberíamos guardar algunos de reserva? No sería conveniente tener que pasarnos el resto de nuestra vida enviando esporas a la estratosfera, en la esperanza de que los rayos cósmicos nos diesen otra mutación como ésta...

–Dije todos los globos, no todas las esporas, Forney.

Tengo muchas en reserva, y estoy cultivando más, constantemente, en mis moldes. De todos modos, aún suponiendo que nos quedásemos totalmente desprovistos de ello antes de que el mundo entero estuviera afectado, lo que sucederá dentro de pocas semanas, ¿y qué?... No parecía haber ni una sola posibilidad sobre un millón para aquella primera mutación... y sin embargo ocurrió. Esta es la razón por la que sé que era una señal de arriba, indicando que yo fui elegido para dominar el mundo y desviarle de sus errores y confusiones ¡Cosa que haré! ¡Dios me concedió este poder sobre el mundo y El no me abandonará!

O sea. pensó Johnny. con su mente trabajando furiosamente ¡éste era el plan! Sabía que Bemis era un experto en mohos, mantillos, y cultivos similares. llamados moldes. El botánico debió enviar toda una carga a la estratosfera donde los rayos cósmicos pudieran actuar sobre ellos, y una de las mutaciones así producidas tenía la propiedad de atacar el cerebro humano. cuando los gérmenes o esporas eran inhalados y llegaban a los terminales de los nervios olfatorios. en forma tal que destruían toda fuerza de voluntad.

Y ahora Bemis estaba diseminando aquellos gérmenes por todo el mundo. tras lo cual tomaría posesión de la Tierra, dando órdenes a sus habitantes para que hiciesen todo lo que él desease.

Puesto que él y sus auxiliares no habían sido afectados, tenía que existir un antídoto o preventivo de alguna clase. Probablemente Bemis guardaba un surtido a mano.

Si hubiese algún modo de obligar a Bemis a revelar dónde lo guardaba, si, por ejemplo, él pudiera atarle y escribir un mensaje exigiendo la información...

Pero eso no sería práctico. Primero tendría que acabar con la banda. y confiar en la suerte para encontrar el antídoto.

Uno de los hombres atareados con los globos manifestó:

–Las diez, Bert. Hora de ir a recoger el correo.

–No habrá correo. tarugo. Todo el mundo en Frederiksted está sentado y quieto tal como él esperaba.

–Ah, claro, así es. Pero deberíamos empezar a organizarles, antes que todos ellos revienten de hambre. Tenemos que disponer de gente que trabaje para nosotros.

–De acuerdo. tío listo, adelante y organiza. Yo me tomaré unos minutos de descanso para fumar un pitillo.

Supongamos que, mientras tanto, intentas poner de nuevo en funcionamiento el servicio telefónico ¿eh?

Johnny vigiló el par de piernas con botas desapareciendo dentro del camión, que al poco emprendía la marcha abandonando el lugar. El otro par de piernas acudió hacia los peldaños frontales sentándose en ellos. Johnny recordó un árbol. al otro lado de la casa, cuyo tronco se erguía cerca del alero.

Cuatro minutos después, pisaba silenciosamente de un lado a otro del tejado hasta detenerse y mirar hacia abajo, al fumador. Bert arrojó a lo lejos su colilla y se puso en pie.

Instantáneamente los 235 kilos de músculos acerados de Johnny aterrizaron sobre su espalda dejándolo en posición prona. Antes que pudiera llenar sus pulmones para gritar, la zarpa del oso percutió con un «pop» sonoro sobre un lado de su cabeza. Bert se estremeció y se apaciguó, al adquirir su cráneo un aspecto mucho más abultado de un lado que del otro.

Johnny tendió el oído. La casa estaba silenciosa. Pero el hombre llamado Smoke regresaría con el camión... Johnny arrastró rápidamente el cadáver bajo la casa.

Luego abrió cautelosamente la mampara frontal con sus zarpas y se coló al interior, manteniendo las garras enhiestas para que no rechinasen contra el suelo. Localizó la habitación desde la cual había salido la voz de Bemis. Podía oír aquella voz, con su exagerada resonancia oratoria, venir por el aire a través de la puerta en aquel momento.

Empujó la puerta, abriéndola lentamente. La sala era el laboratorio del botánico y estaba lleno de macetas, cajas encristaladas con plantas, y aparatos químicos. Bemis y un joven, evidentemente el británico, se hallaban sentados al fondo

charlando animadamente. Johnny estaba ya a medio camino dentro del laboratorio antes que ellos le viesen. Saltaron en pie. Forney gritó:

—¡Por Júpiter!

Bemis emitió un tremendo chillido cuando la zarpa derecha de Johnny, con un veloz movimiento en forma de paletada, actuó en su abdomen de modo bastante similar a cómo un cucharón recoge una buena porción de helado dentro del recipiente normal.

Bemis, convertido ahora en un espectáculo horrible, intentó caminar, luego arrastrarse y por fin, lentamente, se abatió en un charco de su propia sangre.

Forney, mirando desorbitado los colgantes intestinos de Bemis, alzó apresuradamente una silla para esgrimirla hacia Johnny, como había visto hacer a los tipos del circo con los leones. Johnny, sin embargo, no era un león.

Johnny se alzó sobre sus patas traseras y despidió la silla a través de la estancia donde fue a estrellarse entre un estrépito de cristales.

Forney se abalanzó hacia la puerta pero Johnny ya estaba sobre su espalda antes que hubiera dado tres pasos...

Johnny meditó la manera de acabar con Smoke cuando regresase. Tal vez, si se ocultase detrás de la puerta y le saltase encima al entrar, podría terminar con él antes que el hombre pudiera airear su pistola.

Entonces vio los cuatro rifles automáticos en el paragüero.

Johnny era buen tirador con un rifle, o por lo menos todo lo bueno que el alcance de su vista le permitía. Abrió parcialmente la recámara de uno de los rifles para asegurarse de que estaba cargado, y encontró una ventana desde donde dominaba la carretera y la vía de acceso a la casa.

Cuando Smoke regresó y se apeó del camión, se quedó definitivamente sin enterarse de lo que le había golpeado.

Johnny se dedicó entonces a encontrar el antídoto. Bemis debió haberlo guardado en algún sitio cercano, quizás en su despacho. La mesa estaba cerrada, pero, aunque fabricada en láminas de acero, no estaba diseñada para resistir a un oso decidido y mañoso.

Johnny hincó sus garras bajo el cajón Inferior, y se afianzó izando .con fuerza. El acero se combó, y el cajón salió hacia fuera con un sonido lacerante. Los otros reaccionaron del mismo modo.

En el último encontró una botella grandota y cuadrada con una etiqueta, Se puso los lentes y leyó: «Yoduro de potasio». Había también dos jeringas con aguja hipodérmica.

Probablemente aquel era el antídoto, y funcionaba por inyección, Pero ¿cómo iba él a hacerlo funcionar? Extrajo cuidadosamente el tapón de la botella con los dientes, y se concentró en el intento de llenar una de las jeringas. A base de

sostener el cilindro de cristal entre sus zarpas y atrayendo el émbolo con la boca, por fin lo consiguió.

Llevando la jeringa en la boca trotó de regreso a la estación, Halló a Methuen en paños menores, en la cocina, comiendo con expresión soñadora los restos que habían quedado tras las Incursiones suyas y de los fieros repartidores de taponazos.

Breuker, el psicólogo, y el doctor Bouvet, el bacteriólogo negro haitiano, estaban también atareados en lo mismo. Evidentemente los tormentos del hambre les habían incitado a andar por la casa hasta que encontraron algo comestible, y sus debilitados instintos les capacitaron para comer sin necesidad de recibir órdenes.

Allende de esto, se hallaban totalmente desvalidos, si no les daban órdenes, y volverían a sentarse permaneciendo como vegetales hasta morirse de hambre.

Johnny intentó inyectar la solución en la pantorrilla de Methuen, sosteniendo la jeringa atravesada en la boca y empujando el émbolo con una zarpa. Pero al pinchazo de la aguja el hombre instintivamente respingó apartándose, Johnny lo intentó una y otra vez. Finalmente agarró a Methuen y lo mantuvo boca abajo mientras aplicaba la aguja, pero el hombre se retorció con lo cual la jeringa se rompió.

Un desalentado oso negro recogió los trozos de cristal. Excepto posiblemente los ausentes Al y Shorty, pronto iba a ser el único ente pensante que habían dejado en la Tierra con alguna iniciativa.

Deseó con fervor que Al y Shorty siguieran en Cuba y –preferentemente– a dos metros bajo tierra. No es que le importase mucho lo que pudiera sucederle a la raza humana que contenía tantos ejemplares malignos.

Pero sentía cierto afecto por su caprichoso y cadavérico patrón, Methuen. Y, lo que era más importante desde su punto de vista, no le agradaba la idea de pasarse el resto de su vida hurtando y cazando su comida como un oso silvestre. Tal clase de existencia resultaría excesivamente estúpida para un oso de su inteligencia. Tendría, naturalmente, acceso a la biblioteca de la Estación, pero no habría nadie para explicarle las partes difíciles de la química y las otras ciencias cuando se atascase.

Regresó al laboratorio de Bemis y se trajo consigo la botella y la hipodérmica restante que rellenó como hizo con la anterior. Intentó insertar muy suavemente la aguja en el profesor Methuen, pero el biólogo de nuevo se apartó.

Johnny no se atrevía a recurrir a la fuerza por temor a romper la única jeringa que quedaba. Probó la misma táctica con Breuker y Bouvet, sin mejores resultados. Lo intentó en Honoria que dormitaba en los peldaños de la cocina. Pero ella se despertó instantáneamente y se apartó, frotándose el sitio donde había sido pinchada.

Johnny se preguntó qué diablos podía ya probar. Consideró la posibilidad de golpear a uno de los hombres para dejarle sin sentido e inyectarle; pero, no, ya que no sabía hasta qué punto podía golpear para entontecer sin matar. Le

constaba que si le atizaba a uno de ellos podría cascarle el cráneo como si fuera un huevo.

Anadeó hacia el garaje y agarró un rollo de cuerda con la cual intentó atar a la nuevamente adormilada Honoria. Disponiendo solamente de zarpas y dientes para apañárselas, se encontró él mismo más liado en la cuerda que la cocinera. que, despertándose, se libertó sin dificultad de los lazos.

Se sentó a meditar. No parecía existir ningún medio que le permitiese inyectar la solución. Pero en su presente estado los seres humanos harían cualquier cosa que se les ordenase. Si alguien ordenase a alguno de ellos que cogiese la jeringa y se inyectase a sí mismo. lo haría...

Johnny depositó la jeringa frente a Methuen, y trató de decirle lo que tenía que hacer. Pero no podía modular; sus intentos de decir: «Recoge la jeringa». Brotaban de su garganta más o menos como: «Rec-rec-jerg».

El Profesor miraba fija e inexpresivamente y posó la mirada en otro sitio. El lenguaje por signos tampoco dio resultado.

Johnny desistió y fue a colocar la botella y la jeringa en un estante alto donde los hombres no pudieran alcanzarlas. Vagabundó por las dependencias con la esperanza de que algo pudiera darle una idea.

En la habitación de Ryerson vio una máquina de escribir, y pensó que ya tenía la solución. No podía manejar un lápiz. pero podía hacer funcionar una de aquellas máquinas, a su modo. La silla crujió alarmantemente bajo su peso. pero se mantuvo firme.

Johnny cogió una hoja de papel entre sus labios. La hizo oscilar sobre la máquina, y giró el rodillo con ambas zarpas hasta que atrapó el papel en el cilindro giratorio. El papel quedó torcido pero esto no se podía evitar.

Hubiese preferido escribir en español porque era más fácil de deletrear. Pero el español no era la lengua nativa de ninguno de los hombres de la Estación, y él no quería someter a grandes esfuerzos las facultades humanas.

Por consiguiente tendría que redactar en inglés. Empleando una uña por turno. tecleando lentamente:

RECOGE JERINGA Y TE INYECTAS SOLUCION

EN PARTE SUPERIOR DE TU BRAZO

La ortografía de jeringa no tenía aspecto de estar correcta, pero no iba ahora a preocuparse por aquel detalle.

Llevando el papel en la boca pataleó de regreso a la cocina. Esta vez colocó la jeringa frente a Methuen, berreó para atraer su atención y agitó el papel ante sus

ojos. Pero el biólogo echó únicamente un breve vistazo al papel y desvió la mirada.

Gruñendo por el vejamen, Johnny empujó la jeringa para apartarla de cualquier daño y trató de obligar a Methuen a leer. Pero el científico meramente se retorció bajo su empuñadura y no prestó la menor atención al papel. Cuanto más le agarraba, tanto más intentaba escapar. Cuando el oso le soltó, caminó por la habitación y volvió a quedarse en estado de arrobamiento.

Renunciando por el momento, Johnny colocó la jeringa en sitio seguro y se preparó otro litro de café. Era un brebaje flojo, ya que no quedaba mucho de la materia prima. Pero quizá le daría alguna idea.

Luego salió fuera y caminó por los alrededores, en el crepúsculo, pensando furiosamente. Parecía absurdo –hasta su pequeño sentido de oso del humor se daba cuenta– que el hechizo podía ser roto por una simple orden, que él, sólo él en el mundo entero conocía la orden, y que no disponía de medios para darla.

Se puso a rumiar lo que sucedería si no hallase nunca el medio. ¿Perecería simplemente la totalidad de la raza humana, quedando solamente él como única criatura inteligente en el Mundo? Lógicamente tal acontecimiento tendría sus ventajas, pero temía que resultase una existencia aburrida.

Podía coger una lancha del puerto y poner proa hacia el continente, y luego darse una caminata al norte de Méjico donde encontraría a otros de su especie. Pero no estaba seguro de que fuesen una compañía con la cual congeniase; podían, presintiendo su rareza, hasta intentar matarle. No, esta idea no servía, todavía no.

Los animales de la Estación, sin alimentarse durante dos jornadas, alborotaban en sus jaulas. Johnny durmió mal, y despertó mucho antes de la aurora. Pensaba que había tenido una idea, pero no podía recordarla...

¡Un momento! Tenía algo que ver con Breuker. Era un especialista de la psicología del lenguaje ¿no? El hacía cosas con un fonógrafo portátil grabador de sonidos; Johnny le había visto captar los alaridos belicosos de McGinty

Se encaminó hacia la habitación de Breuker. En efecto, allí estaba la máquina. Johnny la abrió y consumió las siguientes dos horas en calcular cómo funcionaba. Podía poner en marcha el motor con bastante facilidad, y con alguna paciencia aprendió a poner en marcha los conmutadores. Ajustó finalmente el aparato para que grabase. puso en funcionamiento el motor y vociferó:

–¡Uuá-á-á-á!

Paró el mecanismo, tocó el conmutador de retroceso, colocó la aguja en el surco exterior del disco de aluminio, y volvió a poner en marcha el aparato.

Durante unos segundos transmitió un leve arañazo y de pronto vociferó:

–¡Uuá-á-á-á!

Johnny lanzó varios chillidos de complacencia.

Estaba sobre la pista de algo. pero no sabía del todo qué era aquel algo. Un disco fonográfico de su grito no sería más efectivo para darles órdenes a los hombres que el original del grito.

Bien, Breuker, debía tener una colección de discos. Después de unas exploraciones. Johnny los encontró en un juego de cajas que parecían archivadores de cartas. Fue leyendo las etiquetas.

«Piar de pájaros. Periquito Rojiverde. Cacatúa.»

Aquello no le servía para nada.

«Baluceo infantil: 6 a 9 meses.»

Fuera también.

«Dialecto del Lancashire.»

Probó este disco y escuchó un monólogo acerca de un muchachito que era deglutido por un león. Por su experiencia con muchachitos, Johnny pensó que era una excelente idea, pero no había nada en el disco que pudiera serle útil.

El siguiente estaba etiquetado:

«Lenguaje Americano. Serie nº 72-8, Condado de Lincoln, Missouri»

La grabación empezó:

Érase una vez un ratoncito que nunca lograba tomar una decisión. Siempre. que los demás ratones le preguntaban si le gustaría salir a pasear con ellos, el contestaba:

"No lo sé".

Y cuando le decían:

"¿No te agradaría pasar unas horas en casa?", él no decía que sí ni que no; siempre se negaba a elegir. Un día su tío le dijo:

"¡Oye, mira! Nadie te hará nunca caso si sigues portándote así..."

El disco siguió adelante, pero la mente de Johnny estaba concentrándose en su idea. Si pudiese lograr que el aparato le dijese: «¡Oye, mira!» a Methuen, su problema debería quedar solucionado. No serviría de nada poner todo el disco, ya que aquellas dos palabras no sobresalían del resto del cuento. Si consiguiese hacer un disco con sólo aquellas palabras...

Pero ¿cómo iba a poder hacerlo si solamente había un aparato? Necesitaba dos, uno para poner el disco y otro para grabar las palabras deseadas. Chilló con exasperación. ¡Ser derrotado después de haber llegado tan lejos! Sintió impulsos de tirar el aparato por la ventana; por lo menos produciría un bonito estrépito.

Como un fogonazo la solución acudió. Cerró el grabador y lo llevó a la sala común, donde había un pequeño tocadiscos empleado por los científicos para su diversión.

Colocó el disco de Lenguaje Americano en aquel aparato, colocó un disco virgen en el grabador, y puso en marcha el tocadiscos, con una uña en el conmutador de la grabadora para pulsarlo en el momento adecuado.

Dos horas y varios discos estropeados después, ya tenía lo que quería. Llevó la grabadora a la cocina, la instaló convenientemente, depositó la jeringa frente a Methuen y puso en marcha el aparato.

Ronroneó y arañó unos diez segundos, y luego exclamó severamente:

—«¡Oye, mira! ¡Oye, mira! ¡Oye, mira!»

Los ojos de Methuen chispearon de pronto al enfocar sus pupilas y mirar con intensidad ante él a la hoja de papel con las palabras en mayúsculas mecanografiadas que Johnny mantenía colgante ante sus ojos.

Leyó las palabras y, sin un pestañeo .de emoción, cogió la jeringa, hincando la aguja en su biceps.

Johnny ya había cerrado la grabadora. Ahora tendría que esperar para ver si la solución química hacía efecto.

Al ir transcurriendo los minutos tuvo la atroz sensación de que a lo mejor no se trataba de un antídoto ni mucho menos.

Media hora después, Methuen se pasó una mano por la frente. Sus primeras palabras fueron audibles, pero crecieron en volumen progresivamente como un aparato de radio al ir calentándose:

—En el nombre de Dios... ¿qué nos ha ocurrido. Johnny? Recuerdo todo lo que ha ido sucediendo en estos últimos tres días. pero durante todo ese tiempo. al parecer yo no tenía el menor deseo de hacer nada... Ni siquiera tenía la suficiente fuerza de voluntad para hablar.

Johnny hacía ademanes con la zarpa y le precedió hacia la habitación de Ryerson y la máquina de escribir.

Methuen que conocía bien a su Johnny, le insertó para su uso una hoja de papel en el rodillo de la máquina.

Pasó algún tiempo y dijo Methuen:

—Ya comprendo ahora. ¡Qué magnífico plan para un aspirante a dictador! El mundo entero obedece sus órdenes implícitamente; todo cuanto ha de hacer es seleccionar subordinados y decirles lo que han de ordenar a los demás que hagan. Naturalmente, el antídoto era yoduro de potasio; es el fungicida clásico, y disipó el germen anulándolo rápidamente en mi cerebro.

Dio una cariñosa palmada en el hombro peludo de Johnny.

—¡Vamos, viejo compinche! Tenemos trabajo pendiente. Lo primero es hacer que los demás en la casa se inyecten a sí mismos. ¿Has pensado... ? ¡Piensa en ello, Johnny! ¡Un oso salvando a la humanidad! Muchacho. después de esto, ya puedes mascar todo el tabaco que quieras. Hasta voy a intentar conseguirte una

hembra oso para ti, inyectándole su cerebro como hice con el tuyo, de modo que así tengas una compañera digna de ti

Una semana después todo el mundo en Santa Cruz había sido tratado, y fueron enviados hombres al continente y a las otras islas del Caribe para proseguir con la tarea.

Johnny Black, al no encontrar nada que suscitase su curiosidad por los contornos de la casi desértica Estación Biológica, se ladeó hacia la biblioteca.

Extrajo del estante el tomo V de la Enciclopedia Británica, lo abrió por la sección de «Química» y nuevamente se dispuso a empollar.

Esperaba que Methuen regresase dentro de un mes aproximadamente, y pudiera disponer de algún tiempo para explicarle las partes difíciles; pero, mientras tanto, tendría que apañárselas lo mejor que pudiese, ya que en definitiva, no era más que un oso negro, terco y curioso.

Raquel enamorada

Pat Murphy

Rachel in love, © 1987. Traducido por ? en Axxón 82, Agosto de 1996.

Este cuento fue ganador del premio Nebula en 1987 en la categoría novelette, con todo derecho y justicia, ya que es ese tipo de historia maravillosa que cualquiera de nosotros quisiera poder escribir. Pat Murphy logra contarla con una habilidad increíble, con absoluta sencillez de palabras, y con una gran sensibilidad humana, algo que parece estar faltando en algunos autores más nuevos, que escriben fríamente, como si fueran máquinas. Disfrútenlo.

Domingo por la mañana, en verano. Una chimpancé menuda y parda, llamada Rachel, está sentada en el piso de la sala de la casa de una estancia al borde del Desierto Pintado. Mira una película de Tarzán en la televisión. Se ciñe las rodillas con los brazos velludos y se mece con contenida excitación. Sabe que su padre diría que es grande para esas diversiones pueriles, pero como Aaron todavía duerme, no puede reprenderla.

En la televisión, un grupo de malvados pigmeos ha encerrado a Tarzán en una jaula de bambú. Rachel teme que no escape a tiempo para salvar a Jane de los contrabandistas de marfil que la tienen cautiva. La película pasa a Jane, que está amarrada a la parte trasera de un jeep, y Rachel gime en voz baja. Sabe que no debe aullar; espió antes el dormitorio de su padre, y todavía estaba acostado. A Aaron no le gusta que ella aülle mientras él duerme.

Cuando interrumpen la película con un corte publicitario, Rachel entra en el cuarto del padre. Desea desayunar y quiere que él se levante. Se acerca de puntillas a la cama para ver si está despierto.

Él tiene los ojos abiertos y mira al vacío, la cara pálida y los labios rojizos. El doctor Aaron Jacobs, el hombre a quien Rachel llama padre, no está durmiendo. Está muerto, pues tuvo un ataque cardíaco durante la noche.

Cuando Rachel lo sacude, la cabeza se bambolea rítmicamente, pero los ojos no pestañean y él no respira. Rachel le apoya la mano en la cabeza, codeándole para que despierte y la acaricie. Él no se mueve. Cuando ella se inclina hacia él, la mano cae flojamente sobre el borde de la cama.

Con la brisa que entra por la ventana abierta, los finos mechones de pelo gris con que él se cubría la calva cada mañana ondean exponiendo la coronilla desnuda. En el otro cuarto, los elefantes braman cruzando la selva para rescatar a Tarzán. Rachel gime, pero su padre no se mueve.

Rachel se aleja del cuerpo del padre; en la sala de estar Tarzán acude al rescate de Jane saltando de liana en liana. Rachel no presta atención al televisor. Recorre la casa como buscando consuelo: entra en su pequeño dormitorio, vagabundea

por el laboratorio de su padre. Desde las cajas que bordean las paredes, las ratas blancas la miran con ojos rojos e intensos. Un conejo brinca en su jaula, haciendo ruidos lentos y blandos, como una almohada rodando escalera abajo.

Piensa que tal vez se haya equivocado. Quizá su padre sólo está durmiendo. Regresa al dormitorio, pero nada ha cambiado. Su padre está en la cama con los ojos abiertos. Por largo tiempo se le acurruca al lado, aferrándole la mano.

Él es la única persona que ella ha conocido. Es su padre, su maestro, su amigo. No puede dejarlo solo.

El ardiente sol de la tarde atraviesa la ventana, pero Aaron no se mueve. El cuarto se oscurece, pero Rachel no enciende las luces. Espera a que Aaron despierte. Cuando despunta la luna, la luz plateada atraviesa la ventana trazando un rectángulo brillante en la pared.

Afuera, en la tierra yerma y rocosa que rodea la casa, un coyote yergue la cabeza hacia la luna y aúlla, un gañido solitario como un tren atravesando una estación abandonada. Rachel también suelta un desconsolado aullido de soledad y pesadumbre. Aaron no se mueve y Rachel sabe que está muerto.

Cuando Rachel era más joven, tenía un cuento favorito.

¿De dónde vine?, preguntaba a Aaron usando las breves señas del LAS o Lenguaje Americano de Signos. *Dímelo otra vez.*

—Eres demasiado grande para que te cuente cuentos para dormir —decía Aaron.

Por favor, suplicaba ella. Cuéntame.

Al final él cedía y le contaba.

—Había una vez una niñita llamada Rachel. Era una niñita bonita, de cabello largo y dorado como una princesa de cuento. Vivía con su padre y su madre y todos eran muy felices.

Rachel tiritaba de placer bajo las sábanas. El cuento, como todo buen cuento de hadas, tenía elementos trágicos. El padre de Rachel trabajaba en una universidad estudiando el funcionamiento del cerebro y registrando los campos eléctricos producidos por los impulsos nerviosos de un cerebro activo. Pero los otros investigadores de la universidad no entendían al padre de Rachel; desconfiaban de su investigación y le cortaban los fondos. (En esta parte de la historia, la voz de Aaron cobraba un tono sombrío.) Así que él se iba de la universidad y llevaba a su esposa y a su hija al desierto, donde podría trabajar en paz.

Continuaba con sus investigaciones y determinaba que cada cerebro producía su patrón único de campos, tan característico como una huella dactilar. (Esta parte de la historia aburría a Rachel, pero Aaron insistía en incluirla.) La forma de esta "mente eléctrica", como él la llamaba, estaba determinada por los patrones habituales de los pensamientos y las emociones. Si se registra la mente eléctrica, postulaba, se podía capturar la personalidad de un individuo.

Un día de verano, la esposa y la bella hija del doctor habían salido en coche. Un camión que bajaba por un sinuoso camino de montaña tuvo problemas con los

frenos y chocó de frente con el coche, matando a la niña y a la madre. (En esta parte de la historia Rachel aferraba la mano de Aaron, turbada por el repentino vuelco de la suerte.)

Pero aunque el cuerpo de Rachel había muerto, no todo estaba perdido. En su laboratorio del desierto, el doctor había registrado los patrones eléctricos producidos por el cerebro de su hija. El médico había experimentado con el uso de campos magnéticos externos para implantar los patrones de un animal en el cerebro de otro. Compraba una pequeña chimpancé. Usaba una mezcla de substancias transmisoras con base de norepinefrina para acelerar el procesamiento neural en el cerebro de la chimpancé, y luego implantaba el patrón mental de su hija en el cerebro de la joven chimpancé, combinando ambos a su modo, salvando a su hija a su manera. En el cerebro de la chimpancé estaba todo lo que quedaba de Rachel Jacobs.

El doctor llamaba Rachel a la chimpancé, y la criaba como a una hija. Como las limitaciones de la laringe de la chimpancé dificultaban el habla, le enseñaba LAS. Le enseñaba a leer y escribir. Eran buenos amigos, magníficos compañeros.

A estas alturas del cuento Rachel solía estar dormida. Pero no importaba, pues sabía el final. El doctor llamado Aaron Jacobs y la chimpancé llamada Rachel vivían felices para siempre.

A Rachel le gustan los cuentos de hadas y los finales felices. Tiene la mente de una muchacha adolescente, pero el corazón inocente de una joven chimpancé.

A veces, cuando Rachel se mira los dedos nudosos y pardos, los encuentra ajenos, raros, fuera de lugar. Recuerda manos menudas, pálidas y delicadas. Los recuerdos se superponen a los recuerdos, capa sobre capa, como las rocas sedimentarias de los promontorios del desierto.

Rachel recuerda a una mujer rubia de tez clara que olía dulcemente a perfume. Hace mucho tiempo, en Halloween, esta mujer (que en estos recuerdos era la madre de Rachel) pintaba de rojo las uñas de Rachel porque Rachel estaba vestida de gitana y a los gitanos les gustaba el rojo. Rachel recuerda las manos de la mujer: manos blancas con venas azuladas justo bajo la piel, uñas pulcramente cortadas y pintadas de rosa.

Pero Rachel también recuerda a otra madre y otro tiempo. Su madre era oscura y velluda y olía dulcemente a fruta madura. Ella y Rachel vivían en una jaula de alambre en una habitación llena de chimpancés, y ella apretaba a Rachel contra su pecho velludo cuando alguien entraba en la habitación. La madre de Rachel cepillaba constantemente a Rachel, revisándole el pelaje en busca de piojos que nunca encontraba.

Recuerdos sobre recuerdos: caóticos y confusos, como fotos recortadas al azar de las revistas, un collage brillante e incoherente. Rachel recuerda jaulas: la fría malla de alambre bajo los pies, el olor del miedo alrededor.

Un hombre con chaqueta blanca de laboratorio la arrebató de los brazos de su madre velluda y la pinchó con agujas. Oía el aullido de su madre, pero no podía escapar del hombre.

Rachel recuerda un baile escolar en el que usó un vestido nuevo: pasó horas en un oscuro rincón del gimnasio, fingiendo admirar los decorados de papel porque sentía demasiada timidez para buscar a sus amigos en la multitud.

Recuerda cuando era una joven chimpancé: se acurrucaba con otros cinco chimpancés adolescentes en el maloliente compartimento de carga de un tren, asustada por los olores y los ruidos extraños.

Recuerda la clase de gimnasia: armarios grises y feos trajes de gimnasia que exponían sus piernas flacas. El profesor mandó a todos a jugar al béisbol, incluso a Rachel, que era enclenque y tímida. Rachel, de pie en la base, temía ser el centro de atención.

—Calma —dijo la catcher, una muchacha ruda que andaba en malas compañías y siempre apestaba a cigarrillo. Cuando Rachel quiso batear y falló, los espectadores rieron maliciosamente.

Los recuerdos de Rachel son tan delicados y elusivos como las polvorientas polillas y mariposas que bailan entre los arbustos del desierto. Los recuerdos de su niñez son inestables; se posan un instante y echan a volar, dejando a Rachel sola y desamparada.

Rachel deja el cuerpo de Aaron donde está, pero le cierra los ojos y le cubre la cabeza con la sábana. No sabe qué otra cosa hacer. Riega el jardín todos los días y recoge hortalizas para los conejos. Todos los días cuida de las ratas y los conejos, llevándoles comida y llenando sus frascos de agua. El tiempo está fresco y el cuerpo de Aaron no huele demasiado mal, aunque al cabo de una semana una ancha fila de hormigas va de la cama a la ventana abierta.

Al fin de la primera semana, en una noche de luna, Rachel decide liberar a los animales. Suelta a los conejos uno por uno, trepando por una escalerilla hasta la jaula para sacarlos. Los lleva uno por uno a la puerta trasera, los sostiene un instante y les acaricia el pelaje suave y tibio. Luego pone al conejo en el suelo y lo impulsa hacia la verde hierba que crece alrededor del perímetro del jardín cercado.

Con las ratas es más difícil.

Logra sacar la gran jaula de ratas del estante, pero es más pesada de lo que creía. Aunque ella amortigua la caída, aterriza en el piso con estrépito, y las ratas corretean adentro. Empuja la jaula por el piso de linóleo, la desliza por el vestíbulo, atraviesa el umbral y la deja en el patio trasero. Abre la puerta de la jaula y las ratas brincan como palomitas de maíz, blancas en el claro de luna, y corren hacia todas partes.

Una vez, mientras Aaron dormía, Rachel caminó por el sendero de tierra que conducía a la carretera principal. No se proponía ir lejos. Sólo quería ver la carretera, tal vez ocultarse cerca del buzón y mirar los coches.

El mundo externo le despertaba curiosidad, y sus recuerdos fugaces y fragmentarios no satisfacían esa curiosidad.

Estaba cerca del buzón cuando Aaron apareció en su Jeep viejo y repugnante.

–Sube –le gritó–. ¡Rápido!

Rachel nunca lo había visto tan furioso. Se encogió en el asiento, sucia de polvo del camino, lamentando que Aaron estuviera tan contrariado. Él no habló hasta que regresaron a la casa.

–No vayas allá afuera –murmuró entonces, la voz tensa de amargura y furia contenida–. No te gustaría estar allá afuera. El mundo está lleno de gente mezquina, estúpida y corta de entendederas. No te comprenderían. Y si no te comprenden, quieren lastimarte. Odian a los que son diferentes. Si saben que eres diferente, te castigan y te lastiman. Te encerrarían y no te dejarían marchar.

Miraba hacia delante, los ojos clavados en el parabrisas mugriento.

–No es como en los programas de TV, Rachel –dijo con voz más suave, volviéndose hacia ella–. No es como los cuentos de los libros.

Lo lamento, lo lamento, gesticuló ella frenéticamente.

–Allá afuera no puedo protegerte –dijo él–. No puedo darte seguridad.

Rachel le tomó la mano entre las suyas. Él se calmó y le acarició la cabeza.

–Nunca vuelvas a hacerlo –dijo–. Nunca.

El temor de Aaron era contagioso. Rachel nunca volvió a recorrer el sendero de tierra, y a veces soñaba con gente mala que quería encerrarla en una jaula.

Dos semanas después de la muerte de Aaron, un coche de policía blanco y negro se acerca despacio a la casa. Cuando los policías llaman a la puerta, Rachel se oculta detrás del diván de la sala de estar. Golpean de nuevo, mueven el picaporte y al fin abren la puerta, que ella ha dejado sin llave.

Sobresaltada, Rachel abandona su escondite y brinca hacia la puerta trasera. A sus espaldas oye un grito:

–¡Cielos, un gorila!

Cuando el hombre desenfunda la pistola, Rachel ya se ha escabullido por la puerta trasera para perderse en las colinas. Desde las colinas observa cuándo llega una ambulancia y dos hombres de blanco se llevan el cuerpo de Aaron. Aun después de que la ambulancia y el coche de policía se han alejado, Rachel teme volver a la casa. Sólo regresa después del ocaso.

Poco antes del alba siguiente, despierta al oír el traqueteo de un camión en el sendero de tierra. Atisba por la ventana y ve una furgoneta verde. Lleva las palabras CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE PRIMATES trazadas muy torpemente con pintura blanca en la portezuela. Rachel titubea cuando la furgoneta frena frente a la casa. Cuando al fin resuelve huir, dos hombres bajan del vehículo. Uno de ellos porta un rifle.

Rachel se va por la puerta trasera con rumbo a las colinas, pero cuando corre hacia su escondrijo oye un ruido semejante a un jadeo y siente una dolorosa mordedura en el hombro. De pronto se le aflojan las patas y rueda cuesta abajo

por la arena. El polvo le cubre el pelaje rojizo, su aullido se convierte en gemido y al final cesa. Cae en la negrura del sueño.

Ha salido el sol. Rachel está en una jaula en la parte trasera de la furgoneta semidescubierta. Al recobrar la conciencia siente un cosquilleo en las manos y los pies. La náusea le aprieta el estómago y las vísceras. Le duele el cuerpo.

Puede pestañear, pero no puede hacer otros movimientos. Desde donde está, sólo ve la malla de alambre de la jaula y el flanco del vehículo. Cuando intenta volver la cabeza, se intensifica el ardor de su piel. Se queda quieta, ansiando gritar pero incapaz de emitir sonidos. En su afán de ahuyentar el dolor, sólo puede pestañear despacio. Pero el ardor y la náusea persisten.

El vehículo entra en un camino de tierra, se detiene. Se balancea cuando bajan los hombres. Se oyen portazos. Rachel oye que abren la portezuela trasera. Una voz de mujer.

–¿Es ése el animal que el sheriff pidió que recogiéramos?

Una mujer mira la jaula. Usa una chaqueta blanca, y tiene el cabello castaño recogido en una trenza. Rachel le ve arrugas alrededor de los ojos, trazadas por años de vida en el desierto. La mujer no parece mala. Rachel espera que ella la salve de los hombres del camión.

–Sí. Estará aturdido al menos media hora más. ¿Dónde quiere que lo llevemos?

–Al laboratorio donde estaban los macacos. Lo mantendré allí hasta que tenga una jaula vacía en el criadero.

La jaula de Rachel raspa el piso del camión. Siente cada vaivén y rasguño como un nuevo dolor. El hombre pone la jaula en un carrito, y la mujer empuja el carrito por un corredor de cemento. Rachel mira las paredes que pasan a pocos centímetros de su nariz.

El laboratorio contiene dos hileras de jaulas donde pequeños animales se mueven con somnolencia. A la cruda luz de los fluorescentes se ve el fulgor rojo de los ojillos de las ratas blancas.

Con la ayuda de uno de los hombres del camión, la mujer acomoda a Rachel en una mesa de laboratorio. La superficie metálica es fría y dura y hace doler la piel de Rachel. No controla su cuerpo; sus miembros no le responden. Aún está paralizada por el tranquilizante, y puede ver, pero nada más. No puede protestar ni suplicar.

Rachel observa con creciente terror cómo la mujer se calza guantes de goma y llena una hipodérmica con una solución clara.

–Anota que le estoy haciendo la prueba estándar de la tuberculosis. Hay que revisarle este párpado antes de mudarla con los demás. Añadiré thiabendazole a su alimentación durante estos días, para limpiarla de parásitos intestinales. Y supongo que también conviene despulgarla –dice la mujer.

El hombre aprueba con un gruñido.

Diestramente, la mujer cierra un ojo de Rachel. Con el ojo abierto, Rachel ve cómo se acerca la aguja hipodérmica. Siente un dolor agudo en el párpado. Mentalmente está aullando, pero sólo puede emitir un ruidoso suspiro.

La mujer deja la hipodérmica y rocía metódicamente el pelaje de Rachel con un líquido frío y pestilente. Una gota cae en el ojo de Rachel y le escuece. Rachel parpadea, pero no puede alzar la mano para frotarse el ojo. La mujer trata a Rachel con distancia, charlando con el hombre mientras abre las patas de Rachel y le rocía los genitales.

–Parece bastante sana. Buena raza.

Rachel gime, pero nadie lo nota. Al fin terminan de torturarla, la ponen en una jaula y se marchan. Ella cierra los ojos, y vuelve la obscuridad.

Rachel sueña. Está de vuelta en la casa. Es de noche y está sola. Afuera aúllan los coyotes. El coyote es la voz del desierto y gime como el viento al atravesar una fisura en la roca. Los nativos de la comarca cuentan historias sobre Coyote, un dios que era un embaucador: embustero, voluble, mercurial.

Rachel está inquieta, ansiosa, entristecida por el aullido de los coyotes. Está buscando a Aaron. En el sueño sabe que no está muerto, y lo busca por toda la casa, yendo desde su atestado dormitorio hasta su pequeño cuarto y el laboratorio con piso de linóleo.

Está en el laboratorio cuando oye unos golpes: un rasguño seco como una rama movida por el viento raspando una ventana, pero no hay árboles junto a la casa y es una noche serena. Cautelosamente, levanta la cortina para mirar.

Ve su propio reflejo: una cara pálida y oval, pelo rubio y largo. La mano que sostiene la cortina es tersa y blanca, con uñas pulcramente cortadas. Pero algo está mal. Superpuesta sobre el reflejo hay otra cara que mira a través del cristal: un par de ojos oscuros y castaños, una cara de chimpancé con pelo parduzco y orejas curvas. Ve su propio reflejo y ve a esa extraña; las dos imágenes se funden y se desdibujan. Tiene miedo, pero no puede soltar la cortina y deshacerse del simio.

Es una chimpancé mirando a través del cristal frío y brillante; es una niña mirando hacia fuera; es una niña mirando hacia dentro; es un simio mirando hacia fuera. Tiene miedo y los coyotes aúllan alrededor.

Rachel abre los ojos y parpadea hasta focalizar el mundo. El dolor y el cosquilleo han cesado, pero todavía siente náusea. Le duele el ojo izquierdo. Cuando se lo frota, siente una hinchazón donde la mujer le pinchó el párpado. Está tendida en el piso de la jaula de malla de alambre. En la habitación hace calor y en el aire flota el olor de los animales.

En la jaula vecina hay otro chimpancé, un animal viejo con pelaje andrajoso color castaño oscuro. Está sentado con los brazos alrededor de las rodillas, meciéndose. Tiene la cabeza ancha. Al mecerse, murmura para sí mismo, un arrullo incesante. Rachel le ve un destello metálico en la coronilla: un electrodo insertado en el cráneo sobresale de una zona rasurada. Rachel emite un sonido inquisitivo, pero el otro chimpancé no alza los ojos.

La jaula de Rachel es pequeña. En un rincón hay un cuenco con bizcochos. Un frasco de agua cuelga de un costado. Rachel no toca la comida, pero bebe ávidamente.

La luz del sol entra por las ventanas, cortada en lonchas por la malla de alambre que cubre el cristal. Ella tantea la puerta de la jaula, sacudiéndola suavemente al principio, luego con más fuerza. Tiene cerrojo. Los agujeros del alambre son demasiado pequeños para que pase su mano. No puede sacarla para mover el pestillo.

El otro chimpancé continúa meciéndose. Cuando Rachel sacude su jaula y aúlla, él levanta la cabeza fatigosamente y la mira. Sus irritados ojos parecen extraviados. Ella no está segura de que él la vea.

Hola, gesticula tentativamente. *¿Qué ocurre?*

Él pestañea en la luz turbia. *Lastimado*, responde en LAS.

Alza la mano hacia el electrodo, señalando la piel irritada de tanto frotarla.

¿Quién te lastimó?, pregunta ella. Él la mira inexpresivamente y Rachel repite la pregunta. *¿Quién?*

Los hombres, responde él. Como si los hubiera llamado, se oye un chasquido, se abre la puerta de laboratorio y entra un hombre barbudo, de chaqueta blanca, con un hombre bien afeitado y de traje. El hombre barbudo parece mostrarle al otro el laboratorio.

—... sólo pruebas preliminares, por ahora —dice el hombre barbudo—. La escasez de chimpancés que dominen el LAS ha sido un obstáculo. —Los dos se detienen frente a la jaula del chimpancé mayor—. Este amigo es del Centro de Oregón. Se recortaron los fondos para el programa de lenguaje, y algunos animales terminaron en otros programas.

El viejo chimpancé se acurruca en el fondo de la jaula, mirando recelosamente al hombre barbudo.

¿Hambre?, pregunta el hombre barbudo al chimpancé. Le muestra una naranja.

Dame naranja, responde el chimpancé. Extiende la mano, pero sólo lo suficiente para alcanzar la naranja. Con la fruta en la mano, retrocede al fondo de la jaula.

—Este proyecto nos brindará los primeros datos firmes sobre la actividad neural durante el uso del lenguaje de señas —continúa el hombre barbudo—. Pero necesitamos más chimpancés con destreza lingüística avanzada. La gente protege tanto a sus animales.

—¿Este ejemplar es suyo? —pregunta el hombre afeitado, señalando a Rachel.

Ella se acurruca en el fondo de la jaula, alejándose de la malla de alambre.

—No, no es mío. Parece que esta chimpancé era un animal doméstico. El sheriff nos pidió que la recogiéramos. —El hombre barbudo echa un vistazo a la jaula. Rachel no se mueve; le aterra que él se entere de que domina el LAS. Le mira las

manos y piensa en esas manos introduciéndole un electrodo en el cráneo—. Creo que la pondrán en el criadero —dice el hombre mientras se aleja.

Rachel los observa, pensando cuán terrible es esta gente. Aaron tenía razón: quieren castigarla, ponerle un electrodo en la cabeza.

Cuando los hombres se han ido, trata de entablar conversación con el chimpancé viejo, pero él no responde. La ignora mientras come su naranja. Luego vuelve a su postura anterior, ocultando la cabeza y meciéndose.

Rachel, hambrienta a su pesar, prueba un bizcocho. Tiene un raro gusto medicinal, y lo pone de vuelta en el cuenco. Necesita orinar, pero no hay cuarto de baño y no puede escapar de la jaula. Al fin, sin poder contenerse, orina en un rincón de la jaula. La orina gotea por la malla de alambre y empapa el piso inferior. Humillada, asustada, la cabeza dolorida, la piel irritada por el líquido contra pulgas, Rachel mira cómo el sol se desplaza por la habitación.

Pasa el día. Rachel prueba de nuevo la comida, pero la rechaza, prefiriendo el hambre a ese gusto extraño. Un hombre negro entra a limpiar las jaulas de los conejos y las ratas. Rachel se acurruca en su jaula y lo mira cautelosamente, temiendo que también él pueda lastimarla.

Cuando llega la noche, no está cansada. Afuera aúllan los coyotes. La luz de la luna se filtra por las altas ventanas. Ella encoge las patas y descansa con los brazos alrededor de las rodillas. Su padre está muerto, y está cautiva en un lugar extraño. Gime suavemente, esperando despertar de esta pesadilla y encontrarse en casa, en una cama. Cuando oye el chasquido de una llave en la puerta de la habitación, se abraza con más fuerza.

El hombre con ropa de trabajo verde empuja un carro lleno de artículos de limpieza. Coge una escoba y se pone a barrer el piso de cemento. Sobre las hileras de jaulas, ella ve su coronilla meciéndose al ritmo de su tarea. El hombre trabaja lenta y rítmicamente agachándose para barrer debajo de cada hilera de jaulas, formando una pulcra pila de polvo, excrementos y restos de comida en el centro del pasillo.

El nombre del ordenanza es Jake. Es un hombre sordo y maduro que trabaja para el Centro de Investigación de Primates desde hace siete años. Está en el turno de noche. El director de personal del centro emplea a Jake porque cubre el cupo federal de empleados minusválidos, y porque no ha pedido aumento en cinco años. Ha habido quejas sobre Jake —su trabajo a menudo es insatisfactorio—, pero no tantas como para despedirlo.

Jake es un hombre de poco seso y pocas ambiciones. Le gusta el Centro de Investigación de Primates porque trabaja a solas y entonces puede beber. Es un hombre tranquilo, y le gustan los animales. A veces les trae regalos. Una vez, un asistente de laboratorio le sorprendió dándole una manzana a una hembra de macaco preñada. La mona formaba parte de un experimento sobre el efecto de las restricciones dietéticas en el desarrollo del cerebro fetal, y el asistente le advirtió a Jake que lo despedirían si volvían a sorprenderle inmiscuyéndose con los animales. Jake sigue dando comida a los animales, pero ahora tiene más cuidado y no han vuelto a reprenderle.

Mientras Rachel mira, el viejo chimpancé le hace gestos a Jake.

Dame una banana, dice el chimpancé. *Por favor, banana*. Jake deja de barrer y estira el brazo hacia el estante inferior del carro de limpieza. Regresa con una banana y se la ofrece al chimpancé. El chimpancé la acepta y se apoya en el alambre mientras Jake le rasca el pelaje.

Cuando Jake vuelve a su tarea, repara en Rachel y ve que ella le está observando. Alentado por la amabilidad del hombre hacia el chimpancé, Rachel gesticula tímidamente. *Ayúdame*.

Jake titubea y la mira con mayor atención. Tiene los ojos inflamados. Su nariz exhibe las ventanillas rotas de alguien que ha sido amigo de la botella durante muchos años. Necesita una afeitada. Pero cuando se acerca, Rachel percibe el olor del whisky y del tabaco. Esos olores le recuerdan a Aaron y la alientan.

Por favor, ayúdame, dice Rachel. *Yo no soy de aquí*.

Jake ha estado bebiendo desde hace una hora. Su visión del mundo es un poco borrosa. La mira con ojos empañados.

De pronto Rachel siente más miedo del encierro y la soledad que de la posibilidad de que él la lastime. Gesticula desesperadamente.

Por favor por favor por favor. Ayúdame. No soy de aquí. Por favor, ayúdame a ir a casa.

Él la mira, estudiando la situación. Rachel no se mueve. Teme que cualquier movimiento lo ahuyente. Con pesadez dictada por la ebriedad, Jake apoya la escoba en la hilera de jaulas de atrás y se acerca de nuevo a la jaula de Rachel.

¿Hablas?, pregunta. *Hablo*, responde ella.

¿De dónde vienes?

De la casa de mi padre, explica Rachel. *Dos hombres vinieron, me dispararon y me pusieron aquí. No sé por qué. No sé por qué me encerraron en la cárcel*.

Jake mira en torno tratando de entender, asombrado por la alusión a la cárcel.

Esto no es una cárcel, dice. *Es un sitio donde los científicos crían monos*.

Rachel se indigna.

No soy un mono, replica. *Soy una niña*.

Jake le estudia el cuerpo velludo y también las orejas curvas.

Pareces un mono.

Rachel meneaba la cabeza.

No. Soy una niña.

Rachel se lleva las manos a la cabeza, un humanísimo gesto de fastidio y desdicha. Gesticula con tristeza.

No soy de aquí. Por favor, déjame salir.

Jake mece el cuerpo preguntándose qué hacer.

No puedo dejarte salir. Me crearía problemas.

Sólo un rato. Por favor. Jake mira su carro de provisiones. Tiene que terminar esta habitación y dos corredores de oficinas antes de ponerse a descansar.

No te vayas, suplica Rachel, adivinándole los pensamientos.

Tengo que trabajar.

Ella mira el carro y sugiere:

Déjame salir y te ayudaré.

Si te dejas salir, escaparás, responde Jake con mal talante.

No, no escaparé. Ayudaré. Por favor, déjame salir.

¿Prometes regresar?

Rachel asiente

Él abre la jaula con cautela.

Rachel sale de un brinco, coge una escoba y barre hacendosamente los restos de comida y excrementos que hay debajo de las jaulas.

Vamos, le dice a Jake desde el extremo del corredor. *Te ayudaré.*

Cuando Jake empuja el carro desde el cuarto lleno de jaulas, Rachel le sigue de cerca. Las ruedas de goma del carro susurran en el piso de linóleo. Pasan por una puerta de metal a un corredor donde el piso está alfombrado y el aire huele a polvo de tiza y papel.

Hay oficinas en el corredor. Son cuartos pequeños amueblados con un escritorio, anaqueles y una pizarra. Jake le enseña a Rachel cómo vaciar los cestos en una bolsa de basura. Mientras él limpia las pizarras, ella va de oficina en oficina arrastrando la bolsa llena de desperdicios.

Al principio Jake vigila a Rachel. Después de limpiar cada pizarra, bebe whisky de un vaso de papel. Al final del corredor, llena el vaso con la botella que guarda entre un bidón y el limpiador de ventanas. Cuando va por el segundo vaso, ya la trata como a una vieja amiga, y le dice que se apresure para que puedan cenar.

Rachel trabaja deprisa, pero a veces se detiene para mirar por las ventanas de la oficina. Afuera, el claro de luna brilla sobre una planicie arenosa moteada de arbustos.

Al final del corredor hay una habitación más amplia con varios escritorios y máquinas de escribir. En uno de los cestos encuentra una revista enterrada bajo memorandums y envoltorios de golosinas. Se llama *Confesiones Amorosas*, y la

tapa muestra a un hombre y a una mujer besándose. Rachel estudia la tapa, toma la revista y la oculta en el estante inferior del carro.

Jake se sirve otro vaso de whisky y empuja el carro hacia otro corredor. Jake trabaja ahora más despacio, y mientras trabaja tararea sonidos sin melodía, que él siente como vibraciones agradables. Borra chapuceramente las últimas pizarras, y Rachel, que ha terminado con los cestos, limpia los lugares que Jake pasó por alto.

Comen en el cuarto de los ordenanzas, una maloliente habitación sin ventanas, amueblada con un diván viejo manchado de grasa, un maltrecho televisor de blanco y negro, y estantes con artículos de limpieza; Jake toma de un estante la bolsa con su comida: un sandwich de embutido, una bolsa de papas fritas, una caja de barquillos de vainilla. Toma una revista que está detrás de las jarras de limpiador líquido. Enciende un cigarrillo, se sirve más whisky y se tiende en el diván. Al cabo de un instante de vacilación, ofrece un trago a Rachel, echando una medida de whisky en una desconchada taza de loza.

Aaron nunca le permitió a Rachel que bebiera whisky, y ella lo prueba con cautela. Al principio el olor la hace estornudar, pero la fascina la tibieza del líquido en la garganta, y bebe un poco más.

Mientras beben, Rachel le habla a Jake de los hombres que le dispararon y la mujer que la pinchó con una aguja, y él cabecea.

Esta gente está loca, dice Jake por señas.

Lo sé, contesta ella, pensando en el viejo chimpancé con el electrodo en la cabeza. *No contarás que sé hablar, ¿verdad?* Jake meneaba la cabeza.

No contaré nada.

Me tratan como si yo no fuera real, dice Rachel con tristeza. Se abraza las rodillas, asustada ante la idea de ser prisionera de gente loca. Piensa en planear su fuga: está fuera de la jaula y está segura de ser más veloz que Jake. Mientras piensa en ello, termina el whisky. El alcohol le quita el miedo. Se sienta junto a Jake en el diván, y el olor del humo del cigarrillo le evoca a Aaron. Por primera vez desde la muerte de Aaron se siente cómoda y feliz.

Comparte con Jake los bizcochos y las papas fritas, y mira el número de *Confesiones Amorosas* que tomó de la basura. La primera nota que lee es sobre una mujer llamada Alice. El titular dice: "Me convertí en bailarina *go-gó* para pagar las deudas de juego de mi esposo, y ahora quiere que venda mi cuerpo."

Rachel comprende la soledad y el sufrimiento de Alice. Alice, como Rachel, se siente aislada e incomprendida. Mientras Rachel lee, bebe su segunda taza de whisky. La nota le recuerda un cuento de hadas: el buen hombre que libera a Alice de su horrible esposo reemplaza al apuesto príncipe que rescataba a la princesa. Rachel mira de soslayo a Jake y se pregunta si él la rescatará de la gente mala que la encerró en la Jaula.

Ha terminado la segunda taza de whisky y ha comido la mitad de los bizcochos de Jake, cuando Jake le dice que vuelva a la jaula. Ella obedece a regañadientes,

llevándose la revista. Él promete que irá a buscarla a la noche siguiente y Rachel debe conformarse con eso. Deja la revista en un rincón de la jaula y se acurruca para dormirse.

Despierta durante la tarde. Un hombre con chaqueta blanca mete un carro en el laboratorio.

Rachel siente jaqueca y náusea por el alcohol. Está encogida en una esquina de la jaula cuando el hombre detiene el carro y traba las ruedas.

—Quédate quieta, dice, y pone la jaula en el carro.

El hombre la lleva por largos corredores con paredes de cemento pintadas de verde militar. Rachel se acurruca en la jaula, intimidada, preguntándose adónde va y si Jake podrá encontrarla.

Al final de un largo corredor, el hombre abre una gruesa puerta de metal y Rachel siente una bocanada de aire caliente. A ambos lados del corredor hay rejas metálicas y malla de alambre. Rachel ve sombras oscuras y velludas detrás del alambre. En una jaula, cinco chimpancés adolescentes se mecen y juegan. El hombre se detiene ante una jaula donde un macho grande golpea el alambre con el puño, haciéndolo vibrar y crujir.

—Vamos, Johnson —dice el hombre—, cálmate. Sé bueno. Te traigo una nueva amiga.

Con una serie de ganchos, el hombre une la jaula de Rachel a la jaula contigua a la de Johnson y abre las puertas.

—Vamos, muchacha —dice—. Mira la linda fruta.

En la nueva jaula hay un cuenco de manzanas cortadas rodeadas por un enjambre de moscas.

Rachel se resiste a entrar en la nueva jaula. Se acurruca en la jaula del carro, esperando que el hombre decida llevarla de vuelta al laboratorio. Ve que toma una manguera y la conecta a un grifo. Pero no entiende sus intenciones hasta que él apunta el agua hacia ella. Un chorro helado le da en la espalda y grita, metiéndose en la nueva jaula para eludir el agua fría. El hombre cierra las puertas, desengancha la jaula y se marcha deprisa.

El piso es de cemento. Su jaula está en el extremo del corredor, y dos de las paredes son de cemento. La puerta de una de las paredes de cemento conduce a un cuarto externo. Las otras dos paredes son de malla de alambre: una da al corredor; la otra a la jaula de Johnson.

Johnson, tranquilo ahora que el hombre se ha ido, olisquea la puerta de la pared de alambre que une ambas jaulas. Rachel lo mira con ansiedad. Sus recuerdos de otros chimpancés son imprecisos y borrosos. Recuerda a su madre; recuerda vagamente que jugó con otros chimpancés de su edad. Pero no sabe cómo reaccionar ante Johnson cuando él la mira intensamente y suelta un gruñido. Le gesticula en LAS, pero él sólo la mira con mayor intensidad y gruñe de nuevo. Más allá de Johnson hay otras jaulas y otros chimpancés, tantos que la malla de alambre le enturbia la visión y no puede ver el otro extremo del corredor.

Para escapar de la mirada de Johnson, atraviesa la puerta que da al cuarto externo, una jaula de malla de alambre con piso de cemento blanco. Afuera hay un terreno yermo y arbustos. Hace calor bajo el sol de la tarde, y todos los demás cuartos externos están vacíos hasta que Johnson aparece en el contiguo. Su presencia perturba a Rachel, que regresa adentro.

Se retira al costado de la jaula más alejado de Johnson. Una tosca plataforma de madera le ofrece un sitio donde sentarse. Abrazándose las rodillas, trata de relajarse e ignorar a Johnson. Dormita un rato, pero despierta ante una conmoción en el pasillo.

En la jaula de enfrente hay una hembra de chimpancé en celo. Rachel reconoce el olor por sus propias épocas de celo. Dos guardianes abren la puerta que separa la jaula de la hembra de la jaula contigua, donde hay un macho que la observa con gran interés. Johnson sacude el alambre y aúlla.

—Mike es virgen, pero Susie sabe lo que se hace —le dice un guardián al otro—. No debería haber problemas. Pero ten preparada la manguera.

—¿Sí?

—A veces riñen. Sólo usamos la manguera para separarlos si la situación se agrava. En general funcionan bien.

Mike entra en la jaula de Susie. Los guardianes bajan la puerta, dejando a ambos chimpancés encerrados en la misma Jaula. Susie no parece alarmada. Sigue comiendo una tajada de naranja mientras Mike le huele los genitales con gran interés. Ella se agacha para permitir que Mike le toque el trasero rosado, señal del celo.

Rachel se sorprende estando de pie ante la malla de alambre, soltando gemidos suaves. Ve la erección de Mike, oye sus gruñidos. Él está agazapado en el piso de la Jaula de Susie y le hace señas a la hembra. Los sentimientos de Rachel son ambiguos: está fascinada, intimidada, confundida. Sigue pensando en las descripciones sexuales de la nota de *Confesiones Amorosas*: cuando Alice siente los labios de Danny, es arrebatada por la pasión. Danny la toma en sus brazos y la piel de Alice vibra como si la consumiera un fuego interior.

Susie se arquea y Mike la penetra con un gruñido y contonea las caderas. Susie suelta un grito estridente y de pronto da un brinco, zafándose de Mike.

Rachel observa fascinada. Mike, con el pene ahora flácido, sigue a Susie hasta el rincón de la jaula y la acaricia lentamente. Rachel descubre que la malla de alambre le ha cortado las manos porque la aferraba con demasiada fuerza.

Es de noche, y la puerta del extremo del corredor se abre con un crujido.

Rachel se pone alerta y atisba por la malla de alambre tratando de distinguir el extremo del corredor. Golpea la malla de alambre. Cuando Jake se acerca, lo saluda con los brazos.

Cuando Jake tiende el brazo hacia la palanca que abre la puerta de la jaula de Rachel, Johnson embiste contra él, protestando y agitando los brazos sobre la

cabeza. Golpea la malla de alambre con los puños, aullando y haciendo muecas. Rachel ignora a Johnson y sigue a Jake.

De nuevo Rachel ayuda a Jake a limpiar. En el laboratorio saluda al chimpancé viejo, pero el animal está más interesado en la banana que le ha traído Jake que en conversar. El chimpancé no responde a sus preguntas, y Rachel desiste al cabo de varios intentos.

Mientras Jake pasa la aspiradora por los pasillos alfombrados, Rachel vacía la basura y encuentra una revista llamada *Romance Moderno* en el mismo cesto en el que estaba *Confesiones Amorosas*.

Luego, en el cuarto de los ordenanzas, Jake fuma un cigarrillo, bebe whisky y hojea una de sus revistas. Rachel lee historias de amor en *Romance Moderno*.

De vez en cuando mira por encima del hombro de Jake y ve granuladas fotos de mujeres desnudas con las piernas abiertas. Jake mira largo rato la foto de una rubia con pechos grandes, uñas rojas y párpados pintados de púrpura. La mujer está tendida boca arriba y sonríe mientras se acaricia la parte rosada entre las piernas. La foto de la página siguiente la muestra acariciándose los senos, pellizcándose los pezones oscuros. La última foto la muestra mirando por encima del hombro. Está en la misma posición que adoptó Susie para que la montaran.

Rachel mira la revista por encima del hombro de Jake, pero no hace preguntas. El olor de Jake empezó a cambiar en cuanto abrió la revista; el olor del sudor nervioso se mezcla con el aroma del tabaco y del whisky. Rachel sospecha que las preguntas lo fastidiarían.

A requerimiento de Jake, regresa a la jaula antes del alba.

Durante la semana siguiente escucha las charlas de los hombres que van y vienen, trayendo comida y limpiando las jaulas con las mangueras. Por esas conversaciones se entera de que el Centro de Investigación de Primates es ante todo un criadero que ofrece a los investigadores diversas especies de simios y monos de origen doméstico. También mantiene su propio personal de investigación. Con tono indiferente, los hombres hablan de cosas horribles. Los chimpancés adolescentes del extremo del corredor reciben una dieta con mucho colesterol para determinar el efecto del colesterol en el sistema circulatorio. Se les inyectan hormonas masculinas a un grupo de hembras preñadas para determinar cómo afectan a la prole femenina. Un grupo de bebés recibe una dieta baja en proteínas para determinar efectos adversos en su desarrollo cerebral.

Los hombres miran a través de ella como si no fuera real, como si ella formara parte de la pared, como si ni siquiera estuviera allí. Ella no puede hablarles; no puede confiar en ellos.

Todas las noches Jake la saca de la jaula y ella le ayuda a limpiar. Él le trae obsequios: papas fritas ahumadas, fruta fresca, barras de chocolate, bizcochos. La trata con afecto, como se trataría a un niño precoz. Y le habla.

De noche, cuando está con Jake, Rachel casi olvida el terror de la jaula, la angustia de ver los movimientos inquietos de Johnson, la sensación de irrealidad que acompaña a cada acto.

Se conformaría con quedarse para siempre con Jake, comiendo bocadillos y leyendo revistas con historias románticas. Él parece gustar de su compañía. Pero todas las mañanas Jake insiste en que vuelva a la jaula y al terror. Al final de la primera semana, Rachel empieza a planear su fuga.

Cuando Jake se duerme por efecto del whisky, algo que ocurre tres noches de cada cinco, Rachel recorre el centro a solas, recogiendo subrepticamente cosas que necesitará para sobrevivir en el desierto: un recipiente de plástico lleno de agua, una bolsa de bizcochos, una gran toalla que le servirá como manta en las frías noches del desierto, un bolso de plástico donde podrá llevar las otras cosas. Su mejor hallazgo es un mapa de carreteras en el que el Centro de Investigación de Primates está marcado en rojo. Conoce la dirección de la casa de Aaron y la encuentra en el mapa. Estudia las carreteras y planea un itinerario. A campo traviesa, si no se pierde, tendrá que viajar unos setenta kilómetros para llegar. Oculta estas cosas detrás de un estante del cuarto de los ordenanzas.

Sus planes para escapar son perturbados por la sospecha de que está enamorada de Jake, una idea que se le ocurre poco a poco, alimentada por las notas de las revistas. Cuando Jake la acaricia distraídamente, siente una extraña sensación. Ahora su compañía y lo echa de menos los fines de semana, cuando él no viene. Sólo es feliz estando con él, siguiéndolo por los pasillos del centro, olisqueando el olor a tabaco y whisky que es el perfume de Jake. Le roba un cigarrillo del paquete y lo oculta en su jaula, donde pueda saborear el olor a placer.

Lo ama, pero no sabe cómo lograr que él le corresponda. Rachel sabe poco acerca del amor: recuerda que en la escuela secundaria se prendió de un chico que usaba el armario contiguo al suyo, pero eso quedó en nada. Lee las revistas, y la columna de Ann Landers en el diario que Jake trae todas las noches, y en estas fuentes aprende acerca del amor. Una noche cuando Jake está dormido, dactilografía una carta para Ann, con mala puntuación y peor sintaxis. En la carta explica su situación y pide consejo para lograr que Jake la ame. Mete la carta en un saco con la etiqueta Correo Saliente, y durante la próxima semana lee la columna de Ann con creciente interés. Pero su carta no se publica.

Rachel busca respuestas en las fotos de las revistas que parecen fascinar a Jake. Estudia a las mujeres desnudas, especialmente a esa mujer de pechos grandes con borrones purpúreos alrededor de los ojos.

Una noche, en el escritorio de una secretaria, encuentra una caja de sombra para ojos. La roba y la lleva a su jaula. La noche siguiente, en cuanto hay silencio, vacía el cuenco metálico de comida y mira su reflejo en el fondo brillante. En cuclillas, sostiene la caja de sombra en una rodilla y examina el contenido: un pincel maquillador y tres colores de sombra para ojos: índigo, verde bosque, violeta silvestre. Rachel escoge el color violeta silvestre.

Cerrándose el ojo derecho con un dedo, se retoca el párpado con el pincel, dejando un borrón color orquídea en la piel pardusca. Estudia el borrón críticamente, luego lo retoca, extendiendo el color más allá de la comisura hasta que

desaparece en su pelaje pardo. El color da a su ojo un brillo carnavalesco, una alegría lunática. Trabajando con cuidado, repite el efecto en el otro lado, y se sonríe en el espejo, parpadeando coquetamente.

En la otra jaula, Johnson desnuda los dientes y sacude la alambrada. Ella lo ignora.

Cuando Jake viene a soltarla, le mira los ojos con preocupación.

¿Te lastimaste?, pregunta.

No, dice ella. Luego, al cabo de una pausa: *¿No te gusta?*

Jake se acucilla junto a Rachel y le mira los ojos. Rachel le apoya una mano en la rodilla y su corazón palpita ante su propio atrevimiento.

Eres una mona muy rara, dice él.

Rachel tiene miedo de moverse. Cierra la mano sobre la rodilla de Jake; contrae la cara, creando arrugas alrededor de sus ojos.

Tus ojos me gustaban más antes, dice él, irguiéndose.

Entonces le gustan sus ojos.

Ella asiente sin dejar de mirarlo. Luego se lava la cara en el cuarto de baño, dejando oscuras manchas del color de las magulladuras en las toallas de papel.

Rachel sueña. Camina por el Desierto Pintado con su madre velluda, siguiendo un cañón de roca roja que la llevará hacia el Centro de Investigación de Primates. Su madre se rezaga: no quiere ir al centro, tiene miedo. En la sombra de una saliente rocosa, Rachel se detiene para explicar a la madre que deben ir al centro porque allí está Jake.

La madre de Rachel no entiende LAS. Mira a Rachel con ojos afligidos y trepa por la pared del cañón, dejando a Rachel atrás. Rachel sigue a su madre, y cuando asoma por el borde la ve alejándose a brincos en la roja roca volcánica y la arena arremolinada.

Rachel la persigue aullando como un bebé chimpancé abandonado, gimiendo de desesperación. La figura de la madre tiembla en la distancia, titilando en el calor que se eleva de la arena. La figura cambia. Por las arenas rojas corre una mujer rubia que usa un traje de gimnasia rojo y zapatos de gimnasia. Es esa madre de olor dulzón que Rachel recuerda. La mujer mira hacia atrás y le sonríe.

—No aúlles como un simio, hija —le dice—. Di "mamá". Rachel corre en silencio, una carrera en sueños que no lleva a ninguna parte. La arena le quema los pies y el sol le pega en la cabeza. La mujer rubia desaparece en la distancia, y Rachel queda sola. Se desploma en la arena, gimiendo de miedo y soledad.

Siente el suave contacto de unos dedos que le acarician el pelaje, y por un instante, aún medio dormida, cree que su madre velluda ha regresado. En el sueño, abre los ojos y descubre un par de ojos castaños, separados de ella por

una malla de alambre. Johnson. Él ha metido la mano por un hueco del alambre para acariciarla. Mientras le toca el pelaje, la arrulla con sonidos confortantes y suaves.

Aún medio dormida, lo mira y se pregunta por qué le tenía tanto miedo. No parece tan malo.

La acaricia un rato, y luego se queda sentado y la observa a través del alambre. Ella toma una rodaja de manzana de su plato de comida y se la ofrece. Con la mano libre, hace el signo de manzana. Cuando él la toma, ella repite el signo: manzana. Él no es muy rápido para aprender, pero ella tiene tiempo y muchas rodajas de manzana.

Rachel ha terminado sus preparativos, pero se resiste a abandonar el centro. Abandonar el centro significa abandonar a Jake, abandonar las papas fritas, el whisky, la seguridad. Para Rachel, la idea del amor siempre va acompañada por el tibio sabor del whisky y las papas fritas.

Algunas noches, mientras Jake duerme, Rachel va hacia las grandes puertas de vidrio que conducen al exterior. Abre las puertas y se queda de pie en la escalinata, mirando el desierto. A veces un conejo se sienta en los rectángulos de luz que proyectan las puertas de vidrio. A veces ve ratas canguro brincando en el claro de luna como pelotas de goma rebotando en una acera. Una vez pasa un coyote, dirigiéndole una mirada desdeñosa.

El desierto es un lugar solitario. Vacío. Frío. Piensa en Jake, que ronca suavemente en su cuarto. Y siempre cierra la puerta y regresa.

Rachel lleva una doble vida: asistente del ordenanza durante la noche, prisionera y maestra de día. Pasa la tarde dormitando al sol y enseñándole nuevas señas a Johnson.

En una tarde calurosa, Rachel está sentada en el cuarto externo, gozando del sol. Johnson está adentro, y los otros chimpancés callan. Casi imagina que está de vuelta en casa de Aaron, sentada en su patio. Se adormila y sueña con Jake.

Sueña que está sentada en su regazo en el maltrecho diván. Le apoya la mano en el pecho: una mano tersa y clara con uñas pintadas de rojo. Cuando mira la oscura pantalla del televisor, ve su reflejo. Es una delgada adolescente con cabello rubio y ojos azules. Está desnuda.

Jake la mira y sonrío. La pasa la mano por la espalda y ella cierra los ojos extasiada.

Pero algo cambia cuando cierra los ojos. Jake la acaricia como la acariciaba su madre, entreabriéndole el pelaje para despulgarla. Abre los ojos y ve a Johnson recorriéndole el pelaje con dedos diligentes, observándola con ojos atentos. El reflejo de la pantalla del televisor muestra dos chimpancés abrazados.

Rachel despierta descubriendo que está en celo por primera vez desde que llegó al centro. La piel que rodea sus genitales está hinchada y rosada.

Pasa inquieta el resto del día, paseándose en la jaula. Del otro lado de la pared de alambre, Johnson también está inquieto. La sigue cuando ella sale, olisqueando la barrera que los separa.

Esa noche, Rachel sale ávidamente para ayudar a Jake a limpiar. Lo sigue de cerca, sin permitir que se aleje. Cuando él barre, ella trota detrás con la pala y él casi tropieza con ella dos veces. Ella sigue esperando que él repare en su estado, pero él no parece notarlo.

Mientras trabaja, Rachel bebe un buen sorbo de whisky. Excitada, bebe más que de costumbre y empina dos tazas. El alcohol la deja un poco desorientada, y se tambalea cuando sigue a Jake al cuarto de los ordenanzas. Se acurruca junto a él en el diván. Él se distiende con los brazos apoyados en el diván, las piernas estiradas. Ella se aprieta contra él.

Él se estira, bosteza y se frota la nuca como tratando de combatir la rigidez. Rachel tiende la mano y le frota suavemente el cuello, regodeándose en sentir esa piel, ese pelo contra el dorso de la mano. Los pensamientos que le recorren la mente son confusos. A veces le parece que el pelo que le hace cosquillar las manos es de Johnson; a veces sabe que es el de Jake. Y a veces no parece importar. ¿Son de veras tan diferentes? No, no lo son.

Le frota el cuello sin saber qué hacer a continuación. En las revistas, aquí es donde el hombre toma en brazos a la mujer. Rachel salta al regazo de Jake y lo estrecha, esperando que él la tome en sus brazos. Él parpadea con aire somnoliento. Medio dormido, la acaricia, y le acerca la mano a los genitales. Ella se aprieta contra él emitiendo un suave sonido gutural. Frota la cadera contra la entrepierna de Jake, notando un ligero cambio en su olor, en el ritmo de su respiración. Él parpadea de nuevo, y ahora un poco más despierto. Ella desnuda los dientes en una sonrisa y ladea la cabeza para lamerle el cuello. Él le apoya las manos en los hombros para apartarla, y ella sabe lo que quiere. Se desliza y se vuelve, presentándole los genitales rosados, lista para que la monten, lista para que él la penetre. Gime de excitación, un sonido suave e invitante.

Él no se acerca. Ella vuelve la cabeza y lo ve sentado en el diván, mirándola con los ojos entornados. Jake toma una revista con fotos de mujeres desnudas. Con la otra mano se toca la entrepierna y se pierde en su propio mundo.

Rachel gime como un bebé que ha perdido a la madre, pero él no la mira a ella. Mira la foto de la mujerzuela.

Rachel corre por los oscuros pasillos hacia su jaula, el único hogar que tiene. Cuando llega al corredor, jadea y suelta gemidos tristes. En el corredor mal iluminado, titubea un instante, mirando la jaula de Johnson. El chimpancé está dormido. Ella recuerda el contacto de sus manos cuando la acariciaba. Desde el corredor, alza la puerta que conduce a la jaula de Johnson y entra. Él despierta al oír el ruido y olisquea el aire. Cuando ve a Rachel, camina hacia ella, olfateando ávidamente. Ella le permite tocar sus genitales, inhalar profundamente su olor. Él tiene el pene erecto y gruñe de excitación. Ella se vuelve para entregarse y él la monta, entrando muy profundamente. Mientras él penetra, Rachel piensa por un instante en Jake y en la rubia y delgada adolescente llamada Rachel, pero ese

momento pasa. Casi contra su voluntad, suelta un estridente grito de bienvenida y de pérdida.

Tras retirar el pene, Johnson la acaricia dulcemente, oliéndole los genitales y acariciándole el pelaje. Ella siente sueño y satisfacción, pero sabe que no pueden demorarse.

Johnson se resiste a abandonar su jaula, pero Rachel lo toma de la mano y lo conduce al cuarto de los ordenanzas. La presencia de Johnson le da valor. Yergue las orejas y oye la suave respiración de Jake. Deja a Johnson en el pasillo y entra con sigilo en el cuarto. Jake está tendido en el diván, la revista abierta sobre las piernas. Rachel recoge el equipo que ha preparado y se queda un instante mirando al hombre dormido. Su gorra de béisbol cuelga del brazo de un sillón roto, y ella se la lleva como recuerdo.

Rachel guía a Johnson por los pasillos vacíos. Una rata canguro que junta semillas en la hierba seca, cerca de las puertas de vidrio, alza los ojos con curiosidad cuando Rachel guía a Johnson escalera abajo. Rachel lleva el bolso de plástico colgado del hombro. A lo lejos aúlla un coyote, un gemido largo y ululante. Otros se suman al grito, un coro en el claro de luna.

Rachel toma la mano de Johnson y lo conduce hacia el desierto.

Una camarera que trabaja en Flagstaff y regresa a su hogar de Winslow ve dos simios atravesando la carretera, huyendo de los brillantes haces de sus faros. Tras luchar con su conciencia (no quiere que la acusen de beber en el trabajo), lo notifica al sheriff del condado.

El reportero de un periódico local, un joven ambicioso recién salido de la escuela de periodismo, se entera por el informe policial y entrevista a la camarera. Halagada por tanto entusiasmo y feliz de encontrar alguien que la escucha, ella revela detalles que no mencionó a la policía: uno de los simios usaba una gorra de béisbol y llevaba lo que parecía ser una bolsa de compras.

El reportero redacta una nota rápida y humorística para la edición matinal, y comienza a investigar para un artículo que se publicará durante la semana. Sabe que el periódico, ávido de noticias en una temporada tediosa, dará importancia a una nota de interés humano, una especie de historia de Lassie pero con chimpancés.

Poco antes del alba cae una llovizna, la primera lluvia de la primavera. Rachel busca refugio y encuentra una pequeña cueva formada por tres rocas desmoronadas. Los guarecerá de la lluvia y los ocultará de los curiosos. Comparte con Johnson el agua y la comida. Él la ha seguido de cerca toda la noche, un poco intimidado por la obscuridad y el aullido distante de los coyotes. Ella lo trata protectoramente. Al mismo tiempo, su compañía le da coraje. Él conoce sólo unos pocos gestos en LAS, pero no es preciso que hable. Su presencia es suficiente.

Johnson se acurruca en el fondo de la cueva y pronto se duerme. Rachel se queda sentada en la abertura mirando cómo el alba limpia el cielo de estrellas. La lluvia repiquetea en la arena, un ruido confortante. Ella piensa en Jake. La gorra de béisbol que lleva en la cabeza aún huele a cigarrillo, pero Rachel no lo echa de menos. Palpa la gorra y se pregunta por qué creyó que amaba a Jake.

Cesa la lluvia. Las nubes se elevan como castillos mágicos a lo lejos y el sol naciente las tiñe de rosa y oro y las adorna con estandartes rojos y llameantes.

Rachel recuerda que cuando era pequeña Aaron le había leído la historia de Pinocho, el títere que quería ser niño. Al final de sus aventuras, Pinocho, que ha sido valiente y amable, ve cumplido su deseo. Se convierte en un niño de verdad.

Rachel había llorado al final de aquella historia. Cuando Aaron le había preguntado por qué, ella se había frotado los ojos con el dorso de las mallos velludas.

Quiero ser una niña de verdad, había dicho por señas. *Una niña de verdad*.

–Tú eres una niña de verdad –había dicho Aaron, pero por alguna razón ella no le había creído.

El sol trepa en el cielo alumbrando las rotas torrecillas rocosas del desierto. Hay magia en este páramo de modesto esplendor. Algunas culturas envían a los jóvenes al desierto para que busquen visiones y esclarecimiento, pensamientos verdaderos engendrados por la inmensidad, la soledad, la belleza del vacío.

Rachel dormita al sol y sueña una visión que tiene la nitidez de la verdad. En el sueño su padre viene a ella.

–Rachel –le dice–, no importa lo que los demás piensen de ti. Eres mi hija.

Quiero ser una niña de verdad, responde ella.

–Tú eres de verdad –dice su padre–. Y no necesitas que te lo demuestre un ordenanza borracho.

Rachel sabe que está soñando, pero también sabe que su padre dice la verdad. Está contenta y feliz y no necesita a Jake. El sol la entibia y un lagarto que la observa desde una roca se escabulle cuando ella se mueve. Rachel recoge una piedra del suelo de la cueva. Raspa la roja pared de piedra arenisca de la cueva. Una forma de corazón. Adentro, escrito con torpeza: *Rachel* y *Johnson*. Entre ellos, el signo más. Repasa las letras una y otra vez, horadando la lisa superficie de piedra. A media mañana, aplastada por el calor del día, se duerme.

Poco después del anochecer, un viejo estanciero ve dos simios desde el camión en una zona de su propiedad. Ellos escapan y se pierden entre las rocas pero no sin que él les haya echado una buena ojeada. Llama a la policía, al periódico y al Centro de Investigación de Primates.

El reportero llega a primera hora de la mañana siguiente, entrevista al estanciero y sigue a los hombres del Centro de Investigación de Primates mientras buscan rastros de los chimpancés. Encuentran excrementos de simio cerca de la cueva, lo cual confirma que los fugitivos estaban cerca. El reportero, un joven ambicioso y curioso, logra meterse en la cueva y encuentra los nombres tallados en la pared. Examina la inscripción. La desecharía como garabatos de chicos, pero los nombres concuerdan con los de los chimpancés fugitivos.

–Oye –dice al fotógrafo–, echa un vistazo a esto.

El diario de la mañana siguiente muestra la tosca inscripción de Rachel. En una breve entrevista, el rancharo ha mencionado que los chimpancés llevaban bolsos.

–Parecían provisiones –dijo–. Parecían dispuestos a emprender una larga marcha.

Al tercer día, Rachel se queda sin agua. Se dirige hacia un pueblo marcado en el mapa. Llegan de madrugada. La sed los obliga a viajar de día. Junto a una casa aislada, encuentra un grifo. Está llenando el recipiente cuando Johnson gruñe alarmado.

Una mujer de pelo oscuro observa desde el porche de la casa. No avanza hacia los simios, y Rachel sigue llenando el recipiente.

–Está bien, Rachel –dice la mujer, que ha seguido la historia en los periódicos–. Bebe cuanto quieras.

Sorprendida pero recelosa, Rachel tapa el recipiente y, sin quitar los ojos de encima de la mujer, bebe del grifo. La mujer regresa a la casa. Rachel indica a Johnson que haga lo mismo, y él bebe deprisa. Ella cierra el grifo cuando Johnson termina.

Se disponen a irse cuando la mujer sale de la casa con una bandeja llena de tortillas y un cuenco de manzanas. Los deja en el porche y dice:

–Esto es para vosotros.

La mujer mira por la ventana mientras Rachel guarda la comida en el bolso. Rachel guarda la última manzana, y por señas da las gracias a la mujer. Como la mujer no responde al lenguaje de señas, Rachel toma un palo y escribe en la arena del patio: "Gracias." Luego se despide y se dirige hacia el desierto. Está desconcertada pero feliz.

El periódico de la mañana siguiente incluye una entrevista con la mujer de pelo oscuro. Ella cuenta que Rachel abrió el grifo y lo cerró al terminar, que guardó las manzanas en el bolso y escribió en la arena con un palo.

El reportero también entrevista al director del Centro de Investigación de Primates.

–Estos son animales –le explica malhumoradamente el director–. Pero la gente quiere tratarlos como a personitas velludas.

Describe el centro como una institución "dedicada principalmente a la crianza, con algunas instalaciones para investigación médica". El reportero hace algunas preguntas mordaces acerca de cómo consiguieron a Rachel.

Pero la nota más impactante es una pieza de investigación. El reportero revela que ha hallado al abogado de Aaron Jacobs y ha averiguado que Jacobs dejó un testamento por el cual lega todos sus bienes –incluida la casa y las tierras circundantes– a "Rachel, la chimpancé que reconozco como mi hija".

El reportero traba amistad con una de las jóvenes dactilógrafas del Centro de Investigación y ella le cuenta el chisme de la oficina: la gente sospecha que un ordenanza sordo y ebrio, a quien han despedido por negligencia, ha soltado a los chimpancés. El reportero, acompañado por un amigo que se puede comunicar con lenguaje de señas, encuentra a Jake en su apartamento de Flagstaff.

Jake, que no ha cesado de beber desde su despido, se siente traicionado por Rachel, por el Centro de Investigación, por el mundo. Presenta una retahíla de quejas contra Rachel: eran amigos, ella le arrebató la gorra de béisbol y escapó. No comprende por qué huyó de ese modo.

—¿Quiere usted decir que ella hablaba? —pregunta el reportero a través del intérprete.

Claro que habla, responde Jake con señas impacientes. *Es una mona lista*.

Los titulares rezan: "Chimpancé inteligente hereda fortuna". Desde luego, el legado de Aaron no es realmente una fortuna ni ella es realmente una chimpancé, pero está bastante cerca. Los activistas por los derechos de los animales se levantan en defensa de Rachel. El caso se comenta en los noticiarios nacionales. Ann Landers informa que ha recibido una carta de una chimpancé llamada Rachel; había pensado que era un fraude perpetrado por los muchachos de Yale.

La Unión de Libertades Civiles de Estados Unidos asigna un abogado al caso.

De día, Rachel y Johnson duermen en los escondrijos que encuentran: una cueva, un refugio para ganado, el oxidado chasis de un coche abandonado hace años en una garganta del desierto. A veces Rachel sueña con la obscuridad de la selva, y los coyotes se transforman en parte de sus sueños, y sus aullidos se transforman en los gritos de otros simios.

El desierto y el viaje la han cambiado. Es más sabia, pues no ha pasado por el apasionado amor de la adolescencia y ha emergido del otro lado. Un día sueña con su casa. En el sueño tiene pelo rubio y largo, y tez clara. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto y recorre la casa con inquietud, buscando algo que ha perdido. Cuando oye el aullido de los coyotes, mira la obscuridad por la ventana. La cara que la mira tiene orejas curvas y pelo desgredado. Cuando ve la cara, suelta un grito de reconocimiento y abre la ventana para dejarse entrar a sí misma.

De noche viajan. Las rocas y la arena están frías bajo los pies de Rachel cuando camina hacia su casa. En televisión, científicos y políticos comentan las ramificaciones del caso, describen la tecnología revelada por la investigación de los archivos de Aaron Jacobs. Sus debates no afectan el avance de Rachel hacia el rancho ni las estrellas que constelan el cielo.

Es de noche cuando Rachel y Johnson llegan a la casa. Rachel olisquea el viento y huele gases de automóviles y humanos extraños. Desde las colinas ve un pequeño campamento junto a un camión blanco con el nombre de una emisora local de televisión. Titubea, pensando en volver a la seguridad del desierto. Luego toma a Johnson de la mano y echa a andar colina abajo. Rachel regresa a casa.

Los cangrejos caminan sobre la isla

Anatoli Dneprov

Traducción de Uribes-Vento-Kantoróvskaia en *Seis fósforos Cuentos de ciencia ficción*, de Anatoli Dneprov y otros, Ediciones Cosmos, 1970.

–¡Eh! ¡Vayan con cuidado! –les gritó Cookling a los marineros. Estos estaban con el agua hasta la cintura, y después de haber metido por la borda de la barca un pequeño cajón de madera, intentaban arrastrarlo a lo largo de la borda.

Era el último cajón de los diez que había traído el ingeniero a la isla.

–¡Vaya calor! Es un infierno –se lamentó Cookling secándose el rollizo y rojo cuello con un pañuelo de colores. Después se quitó la camisa empapada de sudor y la echó sobre la arena–. Desnúdese, Bad, aquí no hay ninguna civilización.

Yo miré melancólicamente la ligera goleta, que se mecía lentamente en las olas a unos dos kilómetros de la costa. Debería volver por nosotros al cabo de veinte días.

–¿Para qué demonios nos hemos metido con sus máquinas en este infierno solar? –le dije a Cookling cuando me quitaba la ropa–. Con este sol, mañana se podrá liar tabaco con su piel.

–No importa. El sol nos hará mucha falta. A propósito, mire, ahora es exactamente mediodía y lo tenemos verticalmente sobre la cabeza.

–En el ecuador siempre es así –mascullé sin apartar los ojos de la «Paloma»–, según lo describen todos los libros de geografía.

Se acercaron los marineros y se pararon en silencio ante el ingeniero. Este, pausadamente, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un fajo de billetes.

–¿Suficiente? –preguntó alargándoles unos cuantos.

Uno de ellos asintió con la cabeza.

–En este caso, están libres. Pueden regresar a la nave. Recuérdense al capitán Gale que lo esperamos dentro de veinte días.

–Manos a la obra, Bad –me dijo Cookling–. Estoy muy impaciente por empezar.

Yo lo miré fijamente.

–Hablando claramente, no sé para qué hemos venido aquí. Comprendo que allá en el Almirantazgo usted quizá tuviese ciertos reparos en decírmelo todo. Ahora creo que lo puede hacer.

El rostro de Cookling se contrajo en una mueca y miró al suelo.

–Claro que se puede... Y allá se lo habría dicho, de tener tiempo.

Presentí que mentía, pero no dije nada. Mientras tanto Cookling, de pie, se frotaba el cuello rojo púrpura con la rolliza palma de la mano.

Sabía que cuando él iba a mentir, siempre hacía esto.

Ahora me lo confirmaba.

–Vea usted, Bad, se trata de un divertido experimento para verificar la teoría de ese, cómo se llama... –se interrumpió y clavó sus ojos en los míos con mirada penetrante.

–¿De quién?

–De ese sabio inglés... Caramba, se me ha ido de la cabeza su apellido... ¡Ah, lo recuerdo! Charles Darwin.

Me acerqué a él hasta tocarlo y le puse la mano en el hombro desnudo.

–Oiga, Cookling. Usted seguramente cree que soy un idiota de remate y que no sé quién es Charles Darwin. Déjese de mentiras y dígame claramente para qué hemos desembarcado en esta parcela de arena ardiente en medio del océano. Y le ruego que no me mencione más a Darwin.

Cookling soltó una carcajada, abriendo la boca y mostrando sus dientes postizos. Se separó unos cinco pasos y dijo:

–Y a pesar de todo usted es un estúpido, Bad. Precisamente vamos a comprobar aquí la teoría de Darwin.

–¿Y para ello ha traído aquí diez cajones llenos de hierro? –le pregunté acercándome de nuevo a él. Me quemaba la sangre el odio hacia este gordiflón reluciente de sudor.

–Sí –dijo cesando de sonreír–. Y en lo que se refiere a sus obligaciones, antes que nada tiene que abrir el cajón número uno y sacar la tienda de campaña, el agua, las conservas y los instrumentos necesarios para abrir los demás cajones.

Cookling me habló como lo hizo en el polígono cuando me presentaron a él. Entonces iba de uniforme militar y yo también.

–Está bien –musité entre dientes y me acerqué al cajón número uno.

En dos horas levantamos allí mismo, a la orilla, la tienda de campaña. Introdujimos en ella la pala, la barra, el martillo, varios destornilladores, un punzón y otros instrumentos de herrería. Allí mismo colocamos cerca de un centenar de latas de diferentes conservas y los recipientes con agua dulce.

A pesar de ser jefe, Cookling trabajaba como un buey. En verdad estaba impaciente por empezar. Trabajando no advertimos cómo la «Paloma» levó anclas y desapareció tras el horizonte.

Después de cenar la emprendimos con el cajón número dos. En él había una carretilla común de dos ruedas parecida a las que se usan en los andenes de las estaciones ferroviarias para transportar el equipaje.

Me acerqué al tercer cajón, pero Cookling me detuvo:

–Examinemos primeramente el mapa. Tendremos que distribuir y llevar a diferentes sitios el resto de la carga.

Yo lo miré con asombro.

–Es necesario para el experimento –me explicó.

La isla era circular, como un plato vuelto hacia abajo, con una pequeña bahía en el norte, precisamente donde desembarcamos. La bordeaba una playa de arena de unos cincuenta metros de ancho. A continuación de la franja de arena empezaba una meseta de poca altura con un matorral bajo y reseco por el calor.

El diámetro de la isla no pasaba de tres kilómetros.

En el mapa había unas señales con lápiz rojo: unas a lo largo de la playa, otras en el interior.

–Lo que vamos a sacar ahora tenemos que distribuirlo por estos lugares –dijo Cookling.

–¿Qué es esto? ¿Instrumentos de medición?

–No –dijo el ingeniero y se echó a reír. Tenía la exasperante costumbre de reírse cuando alguien ignoraba lo que él sabía.

El tercer cajón pesaba terriblemente. Supuse que contenía una maciza máquina. Cuando saltaron las primeras tablas, poco me faltó para gritar de asombro. Del mismo se deslizaron y cayeron planchas y barras metálicas de diversas dimensiones y formas. El cajón estaba repleto de piezas metálicas.

–¡Como si tuviéramos que jugar al rompecabezas de cubos! –exclamé sacando los pesados lingotes: paralelepípedicos, cúbicos, circulares y esféricos.

–¡Quiá! –contestó Cookling y la emprendió con el siguiente cajón.

El cajón número cuatro y todos los siguientes, hasta el noveno inclusive, estaban llenos de lo mismo: piezas metálicas.

Estas piezas eran de tres clases: grises, rojas y plateadas. Sin dificultad determiné que eran de hierro, cobre y zinc.

Cuando iba a emprenderla con el décimo y último cajón Cookling dijo:

–Este lo abriremos cuando hayamos distribuido las piezas por la isla.

Los tres días siguientes los invertimos en distribuir el metal por la isla. Las piezas las poníamos en pequeños montones. Unos, sobre la arena, otros, por indicación del ingeniero, los enterrábamos. En unos montones había barras metálicas de todas clases, en otros, sólo de una clase.

Cuando terminamos con todo esto, volvimos a la tienda de campaña y nos acercamos al cajón número diez.

–Ábralo, pero con cuidado –ordenó Cookling.

Este cajón era mucho más ligero que los otros y de menor dimensión.

En él había aserrín bien apisonado y, en medio, un paquete envuelto en fieltro y en papel encerado. Desenvolvimos el paquete.

Lo que apareció ante nosotros era un aparato de forma rara.

A primera vista parecía un gran juguete metálico para niños, semejante a un cangrejo de mar. Sin embargo esto no era un cangrejo común y corriente. Además de las seis patas articuladas, llevaba delante dos pares más de finos brazos-tentáculos, cuyos extremos estaban escondidos en el entreabierto «hocico» del horroroso animal. En una concavidad del dorso del cangrejo brillaba un pequeño espejo parabólico de metal pulido con un cristal rojo oscuro en el centro. A diferencia de los cangrejos, éste tenía dos pares de ojos, uno delante y otro detrás.

Durante largo rato estuve mirando perplejo este bicho.

–¿Le gusta? –me preguntó Cookling después de un largo silencio.

Yo me encogí de hombros.

–Parece que en realidad no hemos venido aquí más que a jugar con rompecabezas de cubos y juguetes de niños.

–Esto es un juguete peligroso –pronunció con presunción Cookling–. Ahora lo va a ver. Levántelo y póngalo en la arena.

El cangrejo resultó ligero, de no más de tres kilogramos.

En la arena se mantuvo con bastante estabilidad.

–Bueno, ¿y qué más? –le pregunté irónicamente al ingeniero.

–Esperemos un poco, que se caliente.

Nos sentamos en la arena y nos pusimos a observar el monstruo metálico. Al cabo de unos dos minutos observé que el espejito de la espalda giraba lentamente hacia el sol.

–¡Oh, parece que se anima! –exclamé y me levanté. Cuando me puse de pie, mi sombra cayó casualmente en el mecanismo y el cangrejo, de súbito, empezó a caminar con sus patas y salió otra vez al sol. De lo inesperado que fue, di un enorme brinco echándome a un lado.

–¡Vaya con el juguete! –rió a carcajadas Cookling–. ¿Qué, se ha asustado?

Yo me sequé el sudor de la frente.

–Dígame, por favor, Cookling, ¿qué vamos a hacer aquí? ¿Para qué hemos venido?

Cookling también se levantó y acercándoseme dijo, ya seriamente:

–A comprobar la teoría de Darwin.

–Pero, si eso es una teoría biológica, teoría de la selección natural, de la evolución, etc... –musité.

–Precisamente. A propósito, mire, nuestro héroe va a beber agua.

Yo estaba anonadado. El juguete se acercó a la orilla y dejando caer una pequeña trampa absorbía agua. Una vez saciado, volvió otra vez al sol y se quedó inmóvil.

Miré esta pequeña máquina y sentí una mezcla de repugnancia y miedo hacia ella. Por un instante me pareció que el torpe cangrejo recordaba en algo al mismo Cookling.

Después de cierta pausa le pregunté al ingeniero:

–¿Esto lo ha inventado usted?

–Ajá –casi mugió asintiendo, y se echó en la arena.

Yo también me eché y, callado, clavé la mirada en el extraño aparato, que parecía inanimado.

Me arrastré de bruces hacia el aparato y empecé a observarlo.

El dorso del cangrejo era la superficie de un semicilindro de bases planas, por delante y por detrás. En cada una de estas había dos agujeros de lejano parecido con los ojos. Esta impresión la acentuaba el brillo de unos cristales que había en el interior del cuerpo. Debajo del cuerpo se veía una plataforma plana: la panza. Un poco más arriba del nivel de la plataforma, y del interior del cuerpo, salían tres pares grandes y dos pares pequeños de tentáculos con pinzas.

El interior del cangrejo no se podía ver.

Mirando este juguete, yo intentaba comprender por qué el Almirantazgo le concedía tanta importancia, hasta el extremo de equipar una nave especial para su traslado a la isla.

Cookling y yo seguimos echados en la arena hasta que el sol hubo bajado tanto en el horizonte que la sombra de los arbustos que crecían a lo lejos llegó a cubrir un poco el cangrejo metálico. En cuanto esto sucedió, éste empezó a moverse ligeramente y de nuevo se puso al sol. Pero la sombra lo alcanzó allí también. Entonces el cangrejo se arrastró a lo largo de la costa, acercándose cada vez más agua, que aún seguía iluminada por el sol. Parecía que el calor de los rayos solares le era imprescindible.

Nosotros nos levantamos y lentamente fuimos tras la máquina.

Así, poco a poco, fuimos dando la vuelta a la isla hasta que aparecimos en la parte occidental de la misma.

Aquí, junto a la orilla, había uno de los montones de barras metálicas. Cuando el cangrejo se halló a unos diez metros del montón, de súbito, y olvidándose del sol,

se lanzó precipitadamente hacia aquél y se quedó inmóvil junto a una de las barras de cobre.

Cookling me dio en el brazo y dijo:

—Ahora vamos a la tienda de campaña. Lo interesante será mañana por la mañana.

En la tienda de campaña cenamos callados y nos envolvimos cada uno en una ligera manta de franela. Me pareció que Cookling estaba satisfecho de que yo no le hiciera preguntas. Antes de dormirme oí que se volvía de un costado a otro, y a veces se reía. El sabía algo que nadie conocía.

Al día siguiente, por la mañana temprano, fui a bañarme. El agua estaba templada y nadé largo rato en el mar, contemplando cómo en el oriente, sobre la llanura de agua apenas alterada por las olas, se encendía la purpúrea aurora. Cuando volví a nuestro refugio y entré en la tienda, el ingeniero militar ya no estaba allí.

«Se habrá marchado a contemplar a su monstruo mecánico», pensé y abrí una lata de piña.

No bien me hube comido tres trocitos, cuando se oyó a lo lejos, débilmente al principio, y después cada vez más potente, la voz del ingeniero:

—¡Teniente, venga corriendo! ¡De prisa! ¡Ha empezado! ¡Corra aquí!

Salí de la tienda y vi a Cookling que, de pie, entre las matas, agitaba la mano.

—¡Vamos! —me dijo resollando como una locomotora—. Vamos de prisa.

—¿Adónde, ingeniero?

—Adonde dejamos ayer a nuestro buen mozo.

El sol ya estaba bastante alto cuando llegamos al montón de las barras metálicas. Estas resplandecían vivamente y al principio no pude percibir nada.

Sólo cuando no faltaban más de dos pasos para llegar junto al montón, percibí hilillos finos de humo azulado que se elevaban, Y después... Me detuve como paralizado. Me restregué los ojos, pero la visión no desapareció.

Junto al montón de metal había dos cangrejos exactamente iguales al que sacamos el día anterior del cajón.

—¿Será posible que uno de ellos estuviese enterrado en la chatarra metálica?— exclamé.

Cookling se puso varias veces en cuclillas y se rió frotándose las manos.

—¡Deje ya de una vez de hacerse el idiota! —le grité—. ¿De dónde ha surgido el segundo cangrejo?

—¡Ha nacido! ¡Ha nacido esta noche!

Yo me mordí el labio y sin decir palabra me acerqué a los cangrejos de cuyos dorsos se elevaban finos hilos de humo. Al Principio me pareció que tenía alucinaciones: ¡los dos cangrejos trabajaban con celo!

Sí, trabajaban, así como se dice, eligiendo el material con movimientos rápidos de sus finos tentáculos anteriores. Los tentáculos anteriores tocaban las barras metálicas Y, creando en sus superficies un arco voltaico, como en la soldadura eléctrica, fundían trozos de metal. Los cangrejos se metían el metal en sus anchas bocas. En el interior de estos bichos metálicos ronroneaba algo. A veces salía crepitando de las fauces un haz de chispas, después, el segundo par de tentáculos sacaba del interior las piezas elaboradas.

Estas piezas, en determinado orden, se montaban en la pequeña plataforma que iba saliendo poco a poco por debajo del cangrejo.

En la plataforma de uno de los cangrejos ya estaba casi montada la copia acabada del tercer cangrejo, mientras que en la del segundo cangrejo apenas empezaban a perfilarse los contornos del mecanismo. Estaba terriblemente asombrado ante lo que veía.

—¡Pero si estos bichos construyen otros semejantes a sí mismos! —exclamé.

—Exactamente. El único objetivo de esta máquina es construir otras semejantes — dijo Cookling.

—Pero, ¿es posible eso? —pregunté sin poder comprender ya nada.

—¿Por qué no? Cualquier máquina, por ejemplo el torno, puede elaborar piezas para otro torno igual que él. Y se me ha ocurrido hacer una máquina-autómata que pueda reconstruirse desde el principio hasta el fin. El modelo de esta máquina es mi cangrejo.

Yo me quedé pensativo, procurando comprender lo que me había dicho el ingeniero. En este momento, las fauces del primer cangrejo se abrieron y de allí se deslizó una cinta metálica ancha. Esta cinta envolvió todo el mecanismo montado en la plataforma, formando de tal manera el dorso del tercer autómata. Cuando el dorso estuvo montado, las rápidas patas anteriores soldaron las paredes anterior y posterior con los orificios y el nuevo cangrejo ya estaba listo. Como en sus hermanos, en una oquedad de la espalda brillaba el espejo metálico con el cristal rojo en el centro.

El cangrejo productor retiró la plataforma bajo la panza y su «hijo» se plantó con sus patas en la arena. Yo noté que el espejo del dorso empezó a girar lentamente en busca del sol. Un poco después, el cangrejo se fue a la orilla y sació su sed. Luego se puso al sol, inmóvil, a calentarse.

Pensé que todo era un sueño.

Estaba yo observando al recién nacido cuando Cookling dijo:

—Ya está listo el cuarto.

Torné la cabeza y vi que «había nacido» el cuarto cangrejo.

Mientras tanto, los dos primeros seguían como si tal cosa en el montón de metal, cortándolo y tragándose, repitiendo lo que ya habían hecho antes.

El cuarto cangrejo también fue a beber agua.

–¿Para qué demonios beben agua? –pregunté.

–Para cargar de electrólitos el acumulador. Mientras alumbra el sol, su energía se transforma en electricidad mediante el espejo del dorso y la batería de silicio. Con esta energía basta para el trabajo del día y para recargar el acumulador. De noche el autómatas se alimenta de la energía almacenada en el acumulador durante el día.

–Entonces, ¿estos bichos trabajan día y noche?

–Sí, día y noche, sin descansar.

El tercer cangrejo empezó a agitarse y también se arrastró al montón de metal. Trabajaban ya tres autómatas, mientras el cuarto se cargaba de energía solar.

–Pero si no hay material para las baterías de silicio en estos montones de metal...

–le objeté procurando llegar a comprender la tecnología de esta monstruosa autoproducción de mecanismos.

–Ni falta que hace. Aquí hay cuanto se quiera –Cookling lanzó torpemente con el pie un poco de arena–. La arena es un óxido de silicio. En el interior del cangrejo, debido a la acción del arco eléctrico, se consigue obtener silicio puro.

Regresamos por la tarde a la tienda de campaña, cuando en el montón del metal ya estaban trabajando seis autómatas y dos se calentaban al sol.

–¿Para qué todo esto? –le pregunté a Cookling durante la cena.

–Para la guerra. Estos cangrejos son una horrible arma de sabotaje –me dijo sinceramente.

–No comprendo, ingeniero.

Cookling terminó de masticar el estofado y, sin prisa explicó:

–Figúrese usted qué ocurriría si estos aparatos se dejaran subrepticamente en territorio enemigo.

–Bueno, ¿qué? –pregunté dejando de comer.

–¿Sabe usted lo que es progresión?

–Supongamos que lo sé.

–Nosotros empezamos ayer con un cangrejo, ahora ya hay ocho. Mañana habrá sesenta y cuatro, pasado mañana, quinientos doce, y así sucesivamente. Dentro de diez días habrá más de diez millones. Para ello hacen falta treinta mil toneladas de metal.

Al oír estas cifras quedé mudo de asombro.

–Sí, pero...

–Estos cangrejos en un corto espacio de tiempo pueden comerse todo el metal del enemigo, todos sus carros blindados, cañones, aviones, etc. Todas las máquinas, mecanismos, instalaciones. Todo el metal de su territorio. Al cabo de un mes no queda ni un gramo de metal en toda la esfera terrestre. Todo el metal se invierte en la producción de estos cangrejos. Tenga en cuenta que, durante la guerra, el metal es el material estratégico más importante.

–¡Ahora comprendo por qué el Almirantazgo está tan interesado en su juguete!...
–murmuré.

–Exactamente. Pero éste es solamente el primer modelo. Quiero simplificarlo considerablemente y con ello acelerar el proceso de reproducción de autómatas. Aceleralo, digamos, en dos o tres veces. Hacer una construcción más estable y rígida. Hacerlos más móviles. Elevar la sensibilidad de los localizadores del metal. Entonces, durante la guerra, mis autómatas serán peor que la peste. Quiero que el enemigo pierda todo el potencial metálico en dos o tres días.

–Bien, pero cuando estos autómatas se traguen todo el metal del territorio enemigo, ¿se arrastrarán hacia nuestro propio territorio! –exclamé.

–Esto ya es otra cuestión. El trabajo de los autómatas se puede codificar y, sabiendo la clave, interrumpirlo en cuanto aparezcan en nuestro territorio. A propósito, de esta manera se pueden traer a nuestro territorio todas las reservas de metal del enemigo.

...Esa noche yo tuve unos sueños horribles. Avanzaban arrastrándose hacia mí legiones de cangrejos metálicos, haciendo ruido con sus tentáculos y con finas columnas de humo azul elevándose de sus cuerpos.

Los autómatas del ingeniero Cookling, al cabo de cuatro días, poblaron toda la isla.

De creer en sus cálculos, había más de cuatro mil.

Sus cuerpos relucientes al sol se veían por doquier. Cuando se terminaba el metal de un montón, empezaban a buscar por la isla y encontraban nuevos montones.

Al quinto día, ante la puesta del sol, fui testigo de una horrorosa escena: dos cangrejos riñeron por un trozo de cinc.

Esto fue en la parte sur de la isla, donde habíamos enterrado unas cuantas barras de cinc. Los cangrejos, que trabajaban en distintos lugares, iban periódicamente allí para elaborar la pieza de cinc correspondiente. Y ocurrió que acudieron al hoyo de cinc al mismo tiempo unas docenas de cangrejos y empezó un verdadero tumulto. Los mecanismos se arremetían mutuamente. Sobre todos se destacó un cangrejo más ágil que los otros y, según me pareció, más agresivo y fuerte.

Empujando a sus hermanos y arrastrándose por encima de ellos, intentaba coger del fondo del hoyo un trozo de metal. Cuando ya había alcanzado la meta, otro

cangrejo se agarró del mismo trozo con sus pinzas. Ambos mecanismos tiraban para su lado. El que, según me pareció, era más ágil, le arrancó por fin el trozo a su adversario; sin embargo éste no se avino a ceder su trofeo y, corriendo detrás del otro, se sentó encima y le metió sus finos tentáculos en la boca.

Los tentáculos del primero y del segundo autómatas se enredaron y con descomunal fuerza empezaron a destrozarse.

Ningún mecanismo de alrededor prestó atención a aquello. Sin embargo, entre estos dos se libró una lucha a muerte. Vi que el cangrejo que estaba encima de repente cayó de espaldas y la plataforma de hierro se deslizó hacia abajo dejando al descubierto las entrañas. En este momento su enemigo empezó a cortar el cuerpo con el arco eléctrico. Cuando el cuerpo de la víctima se deshizo en partes, el vencedor empezó a arrancarle las palancas, piñones, conductores y a metérselos rápidamente en la boca.

A medida que las piezas conseguidas de esta manera iban a parar al interior del rapiñador, su plataforma empezó a desplazarse rápidamente hacia adelante, realizándose en ella un febril montaje de un nuevo mecanismo.

Unos minutos después se deslizó de la plataforma a la arena el nuevo cangrejo.

Cuando le relaté a Cookling todo lo que había visto, éste se limitó a soltar su risita.

—Esto es precisamente lo que hace falta —dijo.

—¿Para qué?

—Ya le he dicho que quiero perfeccionar mis autómatas.

—Bueno, ¿y qué? Coja los planos y piense cómo rehacerlos. ¿Para qué esta guerra civil? Así, van a comerse unos a otros.

—¡Eso es! Y sobrevivirán los más perfectos.

Después de pensarlo objeté:

—¿Qué quiere decir con los más perfectos? Si todos son iguales. Según tengo entendido, se reproducen a sí mismos.

—¿Qué piensa usted? ¿Que se puede elaborar una copia absolutamente igual al original? Usted, seguramente debe saber que incluso en la producción de bolas para los cojinetes no se pueden hacer dos bolas exactamente iguales. Sin embargo, allí es más fácil de conseguirlo. Aquí el autómata productor tiene un sistema comparador, el cual compara la copia a hacer con su propia construcción. ¿Usted se figura qué va a resultar si cada copia siguiente se elabora según la copia anterior y no según el original? Al fin y al cabo puede resultar un mecanismo distinto del original.

—Pero si no se parece al original, no cumplirá su función fundamental de reproducirse —le repuse.

–Bueno, ¿y qué? de su cadáver otro autómatas hará copias más acertadas. Las copias acertadas serán precisamente aquellas en que, de manera estrictamente casual, se acumulen las particularidades constructivas que las hagan más vitales. Así deben surgir las copias más fuertes, más rápidas y más simples. He aquí por qué no pienso romperme la cabeza con los planos. Sólo me queda esperar a que los autómatas se traguen todo el metal y empiecen la guerra entre ellos, tragándose mutuamente y reproduciéndose. Así surgirán los autómatas que me hacen falta.

Esa noche estuve largo rato sentado en la arena ante la tienda, mirando al mar y fumando. ¿Será posible que Cookling realmente haya acometido una empresa de graves consecuencias para la humanidad? ¿Será posible que en esta pequeña isla perdida en el océano hayamos cultivado una terrible peste capaz de tragarse todo el metal de la esfera terrestre?

Mientras yo estaba sentado pensando en todo este pasaron junto a mí varios bichos metálicos. Caminaban, sin cesar de trabajar incansablemente con el chirriar de los mecanismos. Uno de los cangrejos tropezó conmigo, y yo, con repugnancia, le di un puntapié. El cangrejo volcó y quedó impotente panza arriba. Casi instantáneamente se lanzaron sobre él otros dos cangrejos, y en la oscuridad relucieron cegadoras chispas eléctricas.

¡Al infeliz lo cortaban en trozos eléctricamente! Para mí aquello era el colmo. Me dirigí rápidamente a la tienda de campaña y saqué una barra del cajón. Cookling ya estaba roncando. Me acerqué cautelosamente al grupo de cangrejos y con todas mis fuerzas le di con la barra a uno de ellos. No sé por qué me había figurado que esto espantaría a los demás pero no ocurrió nada parecido. Sobre el cangrejo que yo había destrozado se lanzaron otros, y de nuevo refulgieron las chispas.

Yo repartí unos cuantos golpes más, pero eso sólo aumentó la cantidad de chispas eléctricas. Del interior de la isla acudieron unos cuantos bichos más.

En la oscuridad sólo veía los contornos de los mecanismos y en este tumulto me pareció que uno de ellos era de dimensiones particularmente grandes.

Lo hice mi blanco. Sin embargo, cuando mi barra tocó su espalda, di un grito y salté a un lado: ¡había recibido una descarga eléctrica a través de la barra! El cuerpo de este bicho no sé de qué manera tenía un potencial eléctrico. «Protección originada por la evolución», cruzó por mi mente.

Con el cuerpo temblando me acerqué al ruidoso grupo de mecanismos para recobrar mi barra. ¡Eso era lo que yo pensaba! En la oscuridad, a la luz irregular de muchos arcos eléctricos, vi como cortaban en partes mi barra. El que con más porfía lo hacía era el autómatas más grande, el que yo quería destruir.

Regresé a la tienda de campana y me eché en la cama.

Durante cierto tiempo logré caer en un pesado sueño. Esto, al parecer, no duró mucho. El despertar fue repentino: sentía que por mi cuerpo se arrastraba algo frío y pesado. Me levanté de un salto. El cangrejo (en el primer momento no había caído en ello) desapareció en el interior de la tienda. Al cabo de unos segundos vi una deslumbrante chispa eléctrica. El maldito cangrejo había venido adonde

estábamos nosotros en busca de metal. Su electrodo estaba cortando la lata de agua dulce.

Sacudiendo rápidamente a Cookling lo desperté, y le expliqué desconcertadamente el caso.

–¡Todas las latas al mar! ¡Las provisiones y el agua al mar! –ordenó.

Empezamos a transportar las latas al mar y a colocarlas en el fondo arenoso donde el agua nos llegaba a la cintura. Allá llevamos también todos nuestros instrumentos.

Empapados y sin fuerzas, permanecimos sentados a la orilla, sin dormir hasta el amanecer. Cookling resollaba con dificultad, y yo, para mis adentros, me alegré de que a él le hubiese tocado sufrir las consecuencias de su empresa. En aquel momento yo lo odiaba y le deseaba con ansia un castigo mayor.

No recuerdo cuánto tiempo había pasado desde que llegamos a la isla, sólo sé que un magnífico día Cookling declaró solemnemente:

–Lo más interesante empieza ahora. Todo el metal se ha consumido.

Efectivamente, recorrimos todos los sitios donde antes estaba el material metálico y allí no quedaba nada. A lo largo de la costa y entre los matorrales se veían los hoyos vacíos.

Los cubos, lingotes y barras metálicas se habían convertido en mecanismos que en gran cantidad corrían de un lado a otro de la isla. Sus movimientos ya eran rápidos e impetuosos; los acumuladores estaban cargados a más no poder, y ya no gastaban energía en el trabajo. Estúpidamente corrían buscando por la costa, se arrastraban entre los matorrales de la meseta, chocaban unos con otros y, frecuentemente, con nosotros.

Observándolos me convencí de que Cookling tenía razón. Los cangrejos efectivamente eran diferentes. Se diferenciaban por sus dimensiones, por la magnitud de las pinzas, por el volumen de su boca-taller. Unos eran más ágiles, otros menos. Por lo visto había grandes diferencias en el mecanismo interno.

–Bueno, pues –dijo Cookling– ya es hora de que empiecen a luchar.

–¿Lo dice en serio? –le pregunté.

–Claro. Para ello es suficiente darles a probar un trozo de cobalto. El mecanismo está construido de tal manera que si se introduce en él aunque sea una cantidad insignificante de este metal, aplasta, si se puede decir así, el respeto mutuo.

A la mañana siguiente Cookling y yo nos dirigimos a nuestro «almacén marino». Del fondo sacamos la correspondiente porción de conservas, agua y cuatro barras grises y pesadas de cobalto, reservadas especialmente por el ingeniero para la etapa decisiva del experimento.

Cuando Cookling salió a la playa, llevando en alto las barras de cobalto, lo rodearon inmediatamente varios cangrejos. Estos no pasaban el límite de la sombra del ingeniero, pero se notaba que la aparición del nuevo metal los había

intranquilizado. Yo estaba a unos pasos del ingeniero y observaba con asombro cómo algunos mecanismos intentaban torpemente saltar.

—¡Vea usted qué variedad de movimientos! Cómo no se parecen unos a otros. Y en esta guerra civil a que los vamos a obligar, van a sobrevivir los más fuertes y aptos. Estos darán una generación más perfecta.

Con estas palabras, Cookling lanzó uno tras otro los trozos de cobalto hacia los arbustos.

Lo que siguió a ello es difícil de describir.

Sobre el metal cayeron al mismo tiempo varios mecanismos y, empujándose mutuamente, empezaron a cortarlos eléctricamente. Otros se agolpaban inútilmente detrás, intentando atrapar un trozo de metal. Varios se encaramaron sobre las espaldas de sus compañeros y se arrastraron intentando llegar al centro.

—¡Mire, ahí tiene la primera batalla! —exclamó alegremente el ingeniero militar, aplaudiendo.

Al cabo de unos minutos, el lugar adonde había echado Cookling las barras metálicas se convirtió en arena de una horrible batalla, hacia la cual acudían corriendo nuevos y nuevos autómatas.

A medida que las partes cortadas de los mecanismos y el cobalto iban a parar a las tragaderas de nuevas y nuevas máquinas, éstas se iban transformando en salvajes e intrépidas fieras e inmediatamente se arrojaban sobre sus «parientes».

En la primera fase de esta batalla, los atacantes fueron los que habían probado el cobalto. Estos cortaban en partes a los autómatas que acudieron de todas partes con la esperanza de adquirir el metal necesario. Sin embargo, a medida que el cobalto lo probaban más y más cangrejos, la batalla se hacía más feroz. En este momento empezaron a tomar parte en el juego los recién «nacidos», creados en esta reyerta.

¡Era una generación de autómatas asombrosa! Eran de menor tamaño y poseían una velocidad colosal. Me asombró que no necesitasen cargar el acumulador.

Les era suficiente la energía solar captada por los espejos del dorso, mucho mayores que los corrientes. Su acometividad era sorprendente. Atacaban al mismo tiempo a varios cangrejos y cortaban a dos o tres a la vez.

Cookling estaba de pie en el agua y su fisonomía expresaba una satisfacción sin límites. Se frotaba las manos y profería:

—¡Bien, muy bien! ¡Me figuro lo que viene detrás!

En lo que se refiere a mí, miraba esta lucha de mecanismos con gran repugnancia y horror. ¿Qué va surgir como resultado de esta lucha?

Hacia el mediodía, la zona de la playa junto a nuestra tienda de campaña se había convertido en un enorme campo de batalla. Aquí habían acudido los autómatas de toda la isla. La guerra transcurría en silencio, sin gritos ni gemidos,

sin estruendos ni estampidos de cañones. El chisporroteo de los numerosos electrodos, zumbido y chirrido de los cuerpos metálicos de las máquinas acompañaban a esta matanza descomunal.

La mayor parte de la generación que había surgido entonces era de poca estatura y muy ágil, pero ya empezaban a surgir nuevas especies de autómatas. Estos superaban considerablemente a los demás, por sus dimensiones. Sus movimientos eran lentos, pero se percibía una gran fuerza en ellos, y se defendían con éxito de los autómatas enanos.

Cuando el sol empezó a declinar, en los movimientos de los mecanismos pequeños se inició de repente un brusco cambio: todos se agruparon en la parte occidental y empezaron a moverse con más lentitud.

—¡Caramba, toda esta compañía está sentenciada! —dijo Cookling con voz ronca—. ¡Pero si no tienen acumuladores! En cuanto se ponga el sol, sucumbirán.

Efectivamente, en cuanto la sombra de los arbustos se alargó lo suficiente para cubrir la gran multitud de los pequeños autómatas, se quedaron inmóviles en el acto. Ya no era un ejército de pequeños rapiñadores agresivos, sino un enorme almacén de trastos metálicos.

Sin apresurarse se acercaron a ellos los enormes cangrejos, de más de medio metro de altura, y empezaron a tragárselos uno tras otro. En las plataformas de los gigantes se vislumbraban los contornos de una generación de dimensiones todavía mayores.

Cookling frunció el ceño. Estaba claro que esa evolución no le sentaba bien. Lentos cangrejos autómatas de gran tamaño eran un instrumento muy deficiente para el sabotaje en la retaguardia enemiga.

Mientras los cangrejos gigantes deshacían a la pequeña generación, en la playa se restableció temporalmente la tranquilidad.

Salí del agua y me siguió, callado, el ingeniero. Fuimos a la parte oriental de la isla para descansar un poco.

Yo estaba muy cansado y me dormí casi inmediatamente de echarme cuan largo era en la caliente y blanda arena.

A media noche me despertó un grito escalofriante. Cuando me puse en pie de un salto, no vi nada más que la franja gris de la playa arenosa y el mar que se unía al cielo negro sembrado de estrellas.

El grito se repitió por el lado de los matorrales, pero más débil. Sólo entonces me di cuenta de que Cookling no estaba a mi lado. Eché a correr hacia donde me parecía haber oído su voz.

El mar, como siempre, estaba muy tranquilo, y las pequeñas olas solamente de tarde en tarde, con un chapoteo apenas perceptible, se deslizaban por la arena. Sin embargo me pareció que la superficie del mar en donde habíamos dejado en

el fondo las reservas de víveres y los recipientes de agua dulce, se agitaba. Algo se chapuzaba y chapoteaba allí.

Decidí que allí estaba Cookling ocupado en algo.

–Señor ingeniero, ¿qué hace ahí? –grité, acercándome a nuestro almacén submarino.

–¡Yo estoy aquí! –oí inesperadamente que la voz venía de la derecha.

–¡Dios mío!, ¿dónde está usted?

–Aquí –oí de nuevo la voz del ingeniero–. Estoy en el agua hasta el cuello, venga aquí.

Me metí en el agua y tropecé con algo duro. Era un enorme cangrejo que se había adentrado bastante en el agua y estaba de pie en sus largas patas.

–¿Por qué se ha metido tan adentro? ¿Qué hace ahí? –le pregunté.

–Me perseguían y me han obligado a meterme aquí –chilló lastimosamente el gordiflón.

–¿Lo perseguían? ¿Quiénes?

–Los cangrejos.

–¡No puede ser! Pero si a mí no me persiguen.

De nuevo tropecé en el agua con un autómatas, di un pequeño rodeo evitándolo y por fin me puse junto al ingeniero. Efectivamente estaba con el agua al cuello.

–Dígame qué ha pasado.

–Ni yo mismo lo entiendo –pronunció con voz temblorosa–. Cuando estaba durmiendo, uno de los autómatas, inesperadamente, me atacó. Yo creía que había sido una casualidad, y me aparté, pero de nuevo empezó a acercarse y me tocó la cara con su pinza... Entonces me levanté y aparté a un lado. El detrás... Eché a correr... El cangrejo, detrás. Se le unió otro... después otro... Un pelotón... Y me han acorralado aquí...

–Es raro. Hasta ahora no ha habido nada parecido –dije–. En todo caso, si como resultado de la evolución se les ha elaborado el instinto antihumano, no me perdonarían a mí.

–No sé –gimió Cookling–. Pero temo salir a la orilla...

–Tonterías –le dije cogiéndolo de la mano–. Vamos hacia oriente paralelamente a la costa. Yo lo defenderé.

–¿Cómo?

–Ahora nos acercamos al almacén y yo cojo cualquier objeto pesado, por ejemplo, un martillo...

–¡Guárdese de que sea metálico! –gimió el ingeniero–. Es mejor que coja una tabla de un cajón o algo de madera.

Nos deslizamos lentamente a lo largo de la costa. Cuando llegamos al almacén, dejé al ingeniero solo y me acerqué a la orilla.

Se oía un gran chapoteo en el agua y el conocido chirriar de los mecanismos.

Los bichos metálicos habían despachurrado las latas de conserva. Habían alcanzado nuestro almacén submarino.

–¡Cookling, estamos perdidos! –grité–. Se han tragado todas nuestras latas de conserva.

–¿Sí? –pronunció lastimosamente–. ¿Qué vamos a hacer ahora?

–Eso corre de su cuenta. Toda la culpa la tiene su necia empresa. Usted ha sacado el tipo de arma de sabotaje que le gusta. Ahora deshaga el entuerto.

Yo di la vuelta rodeando a los autómatas y salí a la playa.

Allí, en la obscuridad, arrastrándome entre los cangrejos, recogí, palpando por la arena, trozos de carne, piñas en conserva, manzanas y algunos otros manjares, y los trasladé a la meseta arenosa. A juzgar por la cantidad que había desparramada por la playa, estos bichos habían trabajado de lo lindo mientras dormíamos. No encontré ni una lata entera.

Mientras estaba ocupado en recoger los restos de nuestras provisiones, Cookling estaba a unos veinte pasos de la orilla, metido en el agua hasta el cuello.

Estaba tan ocupado en recoger los restos, y tan disgustado, que me olvidé de su existencia. Sin embargo, pronto me lo recordó con un agudo grito.

–¡Dios mío, Bad, ayúdeme, se me acercan!

Me eché al agua y, tropezando con los monstruos metálicos, me dirigí hacia donde estaba Cookling. Y allí, a unos cinco pasos de él, tropecé con un cangrejo.

El cangrejo no me hizo el más mínimo caso.

–¡Vaya diablos!, ¿por qué lo odian tanto a usted? ¡Si usted, como quien dice, es su progenitor!

–No sé –con estertores y medio ahogándose, gimió el ingeniero–. Haga algo, Bad, para ahuyentarlos. Si sale un cangrejo más alto que éste, estoy perdido...

–Vaya, hombre, con la evolución. A propósito, ¿qué lugar de estos cangrejos es el más vulnerable? ¿Cómo se les puede estropear el mecanismo?

–Antes había que romperles el espejo parabólico o sacarles el acumulador del interior. Ahora no sé... Aquí hace falta una investigación especial...

–¡Maldito sea usted con sus investigaciones! –dije entre dientes y agarré el delgado brazo anterior del cangrejo extendido hacia la cara del ingeniero.

El autómata reculó. Le cogí el segundo brazo y también se lo doblé. Estos tentáculos se doblaron fácilmente, como un hilo de cobre.

Claramente se notó que al bicho metálico no le gustó esta operación y empezó lentamente a salir del agua. El ingeniero y yo nos fuimos a lo largo de la costa.

Cuando salió el sol, todos los autómatas salieron del agua y durante cierto tiempo se calentaron. Durante este tiempo pude romper a pedradas los espejos parabólicos del dorso de lo menos cincuenta monstruos. Todos dejaron de moverse.

Pero, por desgracia, esto no mejoró la situación: fueron víctimas de los otros con asombrosa velocidad, y empezaron a salir nuevos autómatas. Romper las baterías de silicio del dorso de todas las máquinas era superior a mis fuerzas. Varias veces tropecé con autómatas bajo potencial eléctrico, lo cual debilitó mi decisión de luchar contra ellos.

Todo este tiempo Cookling seguía en el mar.

Muy pronto se enardeció de nuevo la lucha entre los monstruos y parecía que se habían olvidado por completo del ingeniero.

Dejamos el campo de batalla y nos trasladamos al lado opuesto de la isla. El ingeniero estaba tan aterido de frío de las largas horas de baño de mar que, dando diente con diente, se echó de bruces y me pidió que le cubriese de arena caliente.

Después regresé a nuestro primitivo refugio para coger la ropa y lo que quedaba de nuestros víveres. Sólo entonces observé que la tienda de campaña estaba destrozada: habían desaparecido las estacas de hierro clavadas en la arena y los anillos metálicos con que se fijaba la tienda a las cuerdas.

Debajo de la lona encontré la ropa de Cookling y la mía. Allí también se podían observar huellas del trabajo de los cangrejos buscando metal. Habían desaparecido los ganchos, botones y hebillas de metal. En su lugar se veían huellas de tela quemada.

Mientras tanto, la batalla de los autómatas se había trasladado de la orilla al interior de la isla. Cuando subí a la meseta, vi que casi en el centro de la isla, entre los arbustos, se elevaban unos cuantos monstruos, casi de la altura de un hombre: patas con pinzas. Por parejas se separaban a diferentes lados y después se embestían a gran velocidad.

Al chocar, se oían sonoros golpes metálicos. En los lentos movimientos de estos gigantes se sentía una enorme fuerza y gran peso.

Ante mis ojos se derribaron varios mecanismos, algunos de ellos fueron destrozados inmediatamente.

Pero ya estaba hasta la coronilla de estos cuadros de batalla entre las locas máquinas; por ello, cargando con todo lo que había conseguido recoger de nuestro antiguo refugio, me marché lentamente adonde estaba Cookling.

El sol quemaba sin compasión y antes de llegar al lugar donde había enterrado en la arena al ingeniero, me metí varias veces en el agua.

Ya me acercaba al montículo de arena bajo el cual estaba Cookling durmiendo sin fuerzas, después de los baños nocturnos, cuando del lado de la meseta apareció de entre los arbustos un enorme cangrejo.

Era de mayor estatura que yo, y sus patas eran altas y macizas. Se desplazaba a saltos irregulares, encorvando de manera extraña su cuerpo. Los tentáculos anteriores, de trabajo, eran enormemente largos y se arrastraban por la arena. La boca-taller estaba hipertrofiada de manera excepcional, la cual representaba casi la mitad del cuerpo.

El «ictiosauro», así lo bauticé, descendía torpemente hacia la orilla y volvía el cuerpo hacia todos lados, como si reconociese el terreno. Maquinalmente agité en su dirección la lona de la tienda, como se hace cuando se quiere espantar a un animal que se haya interpuesto en el camino. No me hizo ni el menor caso, y de manera extraña, desplazándose de lado y describiendo un gran arco, empezó a acercarse al montículo de arena donde dormía Cookling.

Si yo hubiese supuesto que el monstruo se dirigía contra el ingeniero, habría acudido enseguida en su ayuda. Pero la trayectoria que seguía el mecanismo era tan indeterminada que al principio creía que se dirigía hacia el mar: y solamente cuando tocó el agua con los tentáculos y de repente se volvió y se fue rápidamente hacia el ingeniero, tiré la carga a un lado y corrí hacia allí.

El «ictiosauro» se paró junto a Cookling y se agachó un poco.

Observé que los extremos de los largos tentáculos se movieron en la arena frente a la cara del ingeniero.

A renglón seguido, donde había habido un montículo se elevó una nube de arena. Era Cookling que, como picado por una avispa, se había puesto en pie de un salto y lleno de pánico intentaba huir del monstruo.

Pero era ya tarde...

Los finos tentáculos rodearon fuertemente el gordo cuello del ingeniero y tirando hacia arriba se lo llevaron a la boca del mecanismo. Cookling quedó impotente en el aire, agitando los brazos y las piernas.

Aunque yo odiaba al ingeniero con toda mi alma, no podía permitir que muriese en lucha con un bicho metálico cualquiera.

Sin pensarlo un segundo me cogí a las altas patas del cangrejo y tiré de ellas con todas mis fuerzas: pero esto era lo mismo que derribar un tubo de acero profundamente clavado en el suelo. El «ictiosauro» ni se movió.

Me subí a pulso a su espalda. Por un momento mi cara estuvo a la altura de la desfigurada faz de Cookling. “¡Los dientes –me cruzó por la mente–! ¡Cookling tenía dientes de acero!...”

Con todas las fuerzas de mi puño le di al espejo parabólico que brillaba al sol.

El cangrejo giró sobre el mismo lugar. La cara azulada de Cookling con los ojos saltándosele de las órbitas estaba a la altura de la boca-taller. En ese momento ocurrió algo horroroso. Una chispa eléctrica saltó a la frente del ingeniero, a su sien. Después los tentáculos del cangrejo aflojaron y el pesado cuerpo del creador de la peste de hierro cayó a la arena sin sentido.

Cuando enterraba a Cookling, por la isla corrían, persiguiéndose, varios cangrejos enormes, sin prestarnos la menor atención.

Envolví a Cookling en la lona de la tienda y lo enterré en el centro de la isla en un profundo hoyo. Lo enterré sin sentir la menor compasión. En mi boca reseca crujía la arena y mentalmente maldecía al muerto por su ruin empresa. Según la moral cristiana, yo cometía un gran pecado.

Después, me pasé varios días seguidos acostado en la playa, mirando al horizonte hacia el lado de donde debía aparecer la «Paloma». El tiempo transcurría terriblemente despacio y el implacable sol parecía que se había parado encima de mi cabeza. A veces me arrastraba hasta el agua y sumergía en ella mi tostada cara.

Para olvidar el hambre y la ardiente sed, procuraba pensar en algo abstracto. Pensaba en que en nuestros tiempos, multitud de personas inteligentes malgastaban sus energías intelectuales en causar perjuicios a otras personas. Por ejemplo, el invento de Cookling, yo estaba seguro de que se podía utilizar para fines nobles, por ejemplo, para extraer metal. Se podía haber dirigido la evolución de estos bichos de tal manera que cumplieran esta tarea con el mayor rendimiento. Llegué a la conclusión de que con el correspondiente perfeccionamiento del mecanismo, éste no se transformaría en una torpe y gigantesca mole.

Una vez cayó sobre mí una enorme sombra circular. Con dificultad levanté la cabeza y miré lo que me tapaba el sol. Resultó que estaba acostado entre las patas de un cangrejo de dimensiones monstruosas. Se acercó a la orilla y parecía que miraba el horizonte y esperaba algo.

Después empecé a ver alucinaciones. En mi excitado cerebro, el cangrejo gigante se transformó en un depósito de agua dulce, elevado a gran altura, al cual yo no podía llegar...

Me desperté a bordo de la goleta, y cuando el capitán Gale, me preguntó si había que cargar en el buque el enorme y extraño mecanismo que había en la playa, yo le dije que por el momento ninguna falta hacía.

Volpla

Wyman Guin

Volpla, © 1952 by Galaxy Publishing Corporation, para *Galaxy Science Fiction*, Mayo de 1956. Traducción de Murciano-Claramunda-Moreno-Díaz-de los Ríos-Baca-Benavides, en *Los mejores relatos de ciencia ficción*, presentados por Narciso Ibáñez Serrador, selección de Groff Conklin, Libro Amigo 43, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Septiembre de 1967.

Vivían tres de ellos. Docenas de débiles y pequeños mutantes que habrían vuelto histérico a un zoólogo convencional yacían allí, en el acelerador metabólico. Sin embargo, vivían tres de ellos. Mi corazón dio un vuelco.

Escuché el rumor de los pies de mi hija en las salas de los animales y los golpes de sus patines. Cerré el acelerador y me dirigí hacia la puerta del laboratorio. La niña giró el tirador violentamente, intentando encontrar una combinación que la abriese.

Abrí la cerradura de la puerta, la sostuve contra su empuje y me deslicé fuera, de modo que, pese a su curiosidad, no pudiese ver nada. Bajé la vista hacia ella con indulgencia.

—¿No puedes ajustar tus patines? —pregunté de nuevo.

—Papi, lo he intentado una y otra vez y no puedo ajustar esta vieja llave lo suficiente.

Continué observándola.

—¡Papi, no puedo!

—Ajústala lo suficiente.

—¿Qué?

—No puedes ajustar la vieja llave lo suficiente.

— Eso es lo que he dicho.

— Muy bien, pequeña. Siéntate en esa silla.

Me incliné y empujé un zapato dentro de un patín. Encajó perfectamente. Anudé las correas al tobillo e intenté utilizar la llave para apretar la grapa.

Al fin tenía volplas. Tres de ellos. Estuve siempre tan seguro que podría crearlos, que durante diez años los había estado llamando volplas. No, doce. Eché una ojeada hacia la sala de animales, donde el viejo Nijinsky asomaba su grisácea cabeza por una jaula. Les llamaba volplas desde el día en que los prolongados brazos del viejo Nijinsky y los pliegues laterales de la piel de su primo me habían sugerido la idea de un mutante volador.

Cuando Nijinsky advirtió que lo miraba, inició una pequeña tarantela alrededor de su jaula. Sonreí con nostalgia cuando los quintos dedos de sus manos, cuatro veces tan largos como los otros, se desenroscaron mientras daba vueltas.

Me volví para encajar el otro patín de mi hija.

–¿Papi?

–¿Sí?

–Mamá dice que eres un excéntrico. ¿Es verdad?

– Le hablaré acerca de ello.

–¿No lo *sabes*?

–¿Entiendes lo que quiere decir esa palabra?

–No.

La alcé de la silla y la puse de pie sobre sus patines.

–Dile a tu madre que éste es mi desquite: yo digo que *ella* es guapa.

La niña patinó torpemente entre las hileras de jaulas desde las cuales los mutantes con piel parda y piel azul –demasiada y demasiado poca piel, brazos enormemente largos y ridículamente cortos–, la miraron con rostros simiescos, caninos o roedores. En la puerta que daba al exterior, giró peligrosamente y me saludó.

Otra vez en el laboratorio, ingresé en el acelerador metabólico y retiré las agujas intravenosas de mis primeros volpas. Llevé sus débiles y pequeños cuerpos fuera hasta un colchón de laboratorio, dos hembras y un macho. El acelerador les había empujado casi hasta la edad adulta en menos de un mes. Transcurrirían varias horas antes que empezaran a moverse, a aprender a alimentarse y a jugar, quizá a volar.

Estaba claro que no existía ninguna lucha de mutaciones dominantes. Los alelos modulantes habían convertido algo monstruoso en un hermoso ejemplar. Los volpas no eran monstruos agostados por el control de las radiaciones. Eran preciosas y perfectas criaturas.

Mi esposa intentó también abrir la puerta, pero de forma más sutil, como si casualmente tocara el tirador mientras llamaba.

–La comida, querido.

–No te muevas de allí.

También ella atisbó, como lo hacía desde unos quince años, pero obstruí su campo de visión al deslizarme fuera.

–Vamos, viejo ermitaño. Tengo un ambigú en la terraza.

–Nuestra hija dice que soy un excéntrico. Lo que me asombra es cómo diablos lo descubrió.

–Sin duda gracias a mí.

–Pero me quieres exactamente lo mismo.

–Te adoro.

–Se puso de puntillas, apoyó sus brazos sobre mis hombros y me besó.

Mi esposa tenía un ambigü de aspecto realmente delicioso dispuesto en la terraza. La criada se disponía a colocar en el suelo un calentador lleno de hamburguesas. Le di un pellizco diciendo:

–Hola, nena.

Mi esposa me miró con desconcertada sonrisa.

–¿Se puede saber qué te pasa?

La criada se refugió dentro de la casa.

Puse una hamburguesa y una rodaja de cebolla sobre un plato, tomé la salsa y afirmé:

–He llegado a la edad peligrosa.

–¡Oh, válgame Dios!

Unté de salsa la hamburguesa, eché la cebolla encima y la cerré. Abrí una botella de cerveza y bebí un largo trago. Suspiré, mientras miraba a través de las onduladas colinas y los robledales de nuestro rancho hacia el Pacífico. Pensé: «Todo esto y además tres volplas».

Me limpié la boca con el dorso de la mano y exclamé:

–Sí, señor, la edad peligrosa. Y voy a divertirme, señora.

Mi esposa suspiró pacientemente.

Me encaminé hacia ella, puse el brazo que sostenía la botella de cerveza alrededor de su hombro y levanté su barbilla con la otra mano. El dorado sol danzó en sus ojos azules. Observé una luz conocida en ellos y dije:

–Pero tú eres la única que me pone peligroso. La besé hasta que oí los patines atravesando la terraza y, por el lado contrario, un galope de caballo hacia la terraza.

–Tus labios son deliciosos –murmuré.

–Gracias. También tu eres un perfecto hombre de tu casa.

Nuestro hijo encabritó el nuevo caballo que le acababa de regalar al cumplir los catorce años y gritó:

–¡Suelta a esa doncella, malvado, o te llenaré de plomo!

Me reí, tomé mi plato y me senté en la silla. Mi esposa me trajo un poco de ensalada y empecé a comer a dos carrillos mientras miraba al chico desensillar el caballo y enviarlo con una palmada hacia el prado.

Pensé: «¡Cielos, le daría un ataque si supiese lo que tengo allí, en el laboratorio! ¡Y a todos ellos!»

El muchacho llevó la silla hasta la terraza y la dejó caer.

–Mamá, me gustaría nadar antes de comer –y comenzó a desnudarse.

–Me parece que te conviene, un poco de agua salada te sentará bien –convino ella, sentándose junto a mí con su plato.

La niña se quitó de un tirón sus patines.

–También yo quiero nadar.

–Muy bien. Pero entra en la casa y ponte el traje de baño.

–¡Oh, mamá! ¿Por qué?

–Porque yo lo digo, querida.

El chico había cruzado ya la terraza y se arrojó dentro de la piscina. El refrescante ruido de la zambullida hizo que la niña echara a correr en busca de su traje de baño.

Miré a mi esposa.

–¿Ocurre algo en particular?

–Pronto será una mujer.

–¿Es esa una razón para llevar ropa? Míralo a él. Ya es un hombre.

–Bien, si esa es tu opinión, los dos tendrán que empezar a ir vestidos.

Engullí los restos de mi hamburguesa y los hice bajar con la cerveza.

–Este lugar se va al infierno – me lamenté–. Al viejo no se le permite pellizcar a la criada y los niños no pueden andar desnudos.

Me incliné hacia ella y deposité un sonoro beso en su mejilla.

–Pese a todo, la comida y la vieja son todavía lo mejor.

–Dime, ¿qué te pasa? Has estado sonriendo como un mico satisfecho desde que saliste del laboratorio.

–Te lo expliqué...

–¡Oh, otra vez no! Tú fuiste peligroso a cualquier edad.

Me levanté, eché mi plato a un lado y me incliné sobre ella.

–Exactamente. Y voy a tener una nueva clase de diversión.

Extendió la mano para tomar mi oreja. Contrajo sus ojos e hizo una mueca de horror fingido.

–Es una broma –le aseguré–. Voy a gastarle una tremenda broma al mundo entero. Antes tenía la sensación de haberme equivocado, pero siempre he...

Retorció mi oreja y contrajo aún más sus ojos.

–¿Cómo?

–Bueno, cuando mi padre comenzaba a extraer su fortuna de algunos pozos de petróleo de Oklahoma, estuvimos allí. En las afueras encontré una vez un lecho de piedras planas que escondía una camada de serpientes negruzcas. Llené un cubo con ellas, lo llevé a la ciudad y lo vertí en la acera frente a un cine justamente cuando salían los asistentes a la función de la tarde de Theda Bara. Lo grande fue que nadie me había visto. No podían comprender cómo tantas serpientes llegaron allí. Aprendí que lo mejor es permanecer tranquilamente a la expectativa y observar cómo reacciona la gente ante la sorpresa que se le ha preparado.

Ella soltó mi oreja.

–¿Es esa tu diversión?

–Sí.

Meneó la cabeza.

–¿Dije que eras *excéntrico*?

Sonreí burlonamente.

–Perdóname si como y me marchó, querida. Algo en el laboratorio no puede esperar.

El hecho es que guardaba en el laboratorio más de lo que había pretendido. Había buscado únicamente un mamífero planeador algo más eficiente que el Planeador Polvoriento de Australia, un marsupial. Pese a la importancia de las mutaciones, en los últimos años mis animales tenían decidida apariencia simiesca, una considerable evolución desde las ratas de vertedero con las que empecé. Sin embargo, mis primeros volplás eran asombrosamente humanoides.

También habían sido infinitamente más rápidos que sus predecesores en organizar su actividad nerviosa, después de su tranquila explosión de crecimiento en el acelerador metabólico. Cuando regresé al laboratorio, ya estaban dando vueltas sobre el colchón y el macho intentaba ponerse en pie. Era, con escasa diferencia, el más grande y tenía sesenta y cinco centímetros de alto.

Exceptuando el rostro, el pecho y el vientre, estaban cubiertos por un vello suave y casi dorado. Donde no existía ese dorado pelaje, la piel era rosada. Sobre sus cabezas, y a lo largo de los hombros del macho, se hallaba un mechón de piel tan suave como la de la chinchilla. Los rostros eran manifiestamente humanoides,

aunque los ojos eran grandes y nocturnales. La proporción entre el cráneo y el cuerpo era similar a la humana.

Cuando el macho extendía los brazos, abarcaba el espacio de un metro. Extendí sus brazos e intenté provocar que se abriesen los mástiles. No eran nuevos. Durante años los mástiles habían sido comunes a la colonia básica y eran el resultado de mutaciones sucesivas, produciendo aquellos prolongados quintos dedos que aparecieron primero en Nijinsky. Ya no unido como un dedo, el mástil giraba vivamente hacia atrás y corría a lo largo de la muñeca casi hasta el codo. Los poderosos músculos de la muñeca podían lanzarlo hacia afuera y hacia adelante, lo que ocurrió súbitamente cuando excitaba al volplá macho.

Los mástiles aumentaban su envergadura en veinticuatro centímetros. Mientras giraban hacia fuera y hacia delante, su piel lateral – hasta entonces recogida en holgados pliegues – se estiraba en una dorada superficie, que se extendía desde la punta del mástil hasta su cintura y continuaba con un ancho de nueve centímetros sus extremidades, en donde se aseguraba al dedo meñique del pie.

Aquella era, con mucho, la más impresionante superficie obtenida hasta entonces. Se trataba de una verdadera superficie planeadora, quizá incluso voladora. Sentí correr un estremecimiento a lo largo de mi espalda.

A eso de las cuatro de la tarde, comencé a suministrarles alimento sólido y, con los mástiles cerrados, formaban pequeños recipientes y bebían en ellos de un modo muy parecido al humano. Eran activos, curiosos, juguetones y decididamente encantadores.

Sus cualidades humanoides parecían en aumento. Existía una curvatura lumbar y nalgas. La zona del hombro y los músculos pectorales eran fuertes y fuera de proporción, por supuesto, mientras que las hembras sólo tenían un par de pechos. La barbilla y la mandíbula eran iguales a las humanas, en vez de simiescas, y el aparato dental resultaba apropiado a su estructura. Lo que eso presagiaba me produjo una conmoción.

Estaba arrodillado sobre el colchón, sopapeando al macho como si fuera un pequeño perro, cuando una de las hembras trepó juguetonamente sobre mi espalda. Extendí la mano, la puse sobre mi hombro y la senté. La acaricié diciendo:

–Hola, bonita. Hola.

El macho me observó y, sonriendo burlescamente, dijo:

–Hola, hola.

Mientras ingresaba en la cocina, aturdido por el acontecimiento, mi esposa dijo:

–Guy y Em vuelan hacia aquí para cenar. Ese cohete de Guy que lanzaron en el desierto ayer resultó un éxito. Arrastró a Guy hasta la Nube Nueve y quiere celebrarlo.

Bailé una jiga como sólo el viejo Nijinsky hubiese podido hacerlo... ¡Oh, grande!
¡Oh, maravilloso! ¡Estupendo, Guy! Todo el mundo alcanza el éxito. ¡Éxito sobre éxito!

Bailé junto a la mesa de la cocina hasta que la criada salió precipitada en busca de otro lugar donde refugiarse.

Mi esposa me miró con asombro.

—¿Has estado bebiendo alcohol del laboratorio?

—He estado bebiendo el néctar de los dioses. Hera mía, estás casada con el mismísimo Zeus. He concebido a unos pequeños griegos descendientes de Ícaro.

Ella simuló un desesperanzado hundimiento de sus bonitos hombros.

—¿No te sosegarías con un terrenal martini?

—Me sosegaré, sí. Pero primero un beso divino.

Sorbí mi martini y me repantiqué en una silla de la terraza observando el áureo declinar de la tarde a través de las hermosas colinas de nuestro rancho. Soñé. Idearía una eufórica serie de palabras equiparables al vocabulario inglés básico y vivirían en pequeñas casas de árboles.

Les enseñaría leyendas: que habían venido de las estrellas, que observaron a los primeros hombres rojos y luego a los primeros hombres blancos penetrar en esas colinas.

Cuando pudieran valerse por sí mismos, los dejaría en libertad. Existirían colonias volplas a un lado y a otro de la costa antes que nadie pudiese sospechar nada. Un día, alguien vería un volpla. Los periódicos se reírían.

Más tarde una persona autorizada encontraría una colonia y la observaría, hasta concluir: « Estoy convencido que tienen un lenguaje y hablan inteligentemente».

El Gobierno lo desmentiría. Los periodistas «fieles a la verdad» preguntarían: «¿De dónde han venido esos extraños seres?» El Gobierno admitiría los hechos de mala gana. Los lingüistas estudiarían cuidadosamente y aprenderían el sencillo lenguaje volpla. Después llegarían las leyendas.

La sabiduría volpla llegaría a ser un culto, y de todas las formas de comedia, en mi opinión, los cultos son la más divertida.

—Querido, ¿estás escuchándome? —preguntó mi esposa con inquieta paciencia.

—¿Qué? Sin duda alguna. Desde luego.

—No oíste una palabra. Te limitas a sentarte ahí y a sonreír burlonamente al vacío.

Se levantó y me sirvió otro martini.

—Toma, quizá esto te tranquilice.

—Esos son probablemente Guy y Em.

Un helicóptero apareció sobre la loma, para luego enfilarse los robledales hacia nosotros. Guy lo posó suavemente sobre el espacio reservado para el aterrizaje y descendimos para salir a su encuentro.

Ayudé a salir a Em y la abracé. Guy saltó fuera, preguntando:

–¿Está funcionando tu televisor?

–No –contesté–. ¿Debería estarlo?

–Es casi la hora de la emisión. Temía que nos la perderíamos.

–¿Qué emisión?

–La del cohete.

–¿Cohete?

–Por favor, querido –se lamentó mi esposa–. Te expliqué lo del cohete de Guy. Los periódicos no hablan de otra cosa.

Mientras subíamos a la terraza, se volvió hacia Guy y Em.

–Hoy está completamente ido. Cree que es Zeus.

Pedí a nuestro hijo que empujase el pequeño carro del televisor a la terraza, mientras yo preparaba martinis para nuestros amigos. Luego nos sentamos, nos bebimos los combinados, los niños tomaron zumo de frutas y miramos el programa que Guy había sintonizado.

Un bufón del Tecnológico de California estaba explicando diagramas de un cohete multifase. Tras una pausa me levanté y dije:

–Tengo algo en el laboratorio que necesito revisar.

–¡Eh! Espera un minuto –objetó Guy–. Va a salir el lanzamiento en seguida. Mi esposa me dirigió una mirada; conozco la clase. Me senté. Luego me levanté, me serví otro martini y renové también el de Em. Volví a sentarme.

La pantalla mostraba ahora una plataforma de lanzamiento en el desierto. El propio Guy explicaba que, al oprimir el botón enfrente de él, la compuerta de la tercera sección del gran cohete se cerraría y, cinco minutos más tarde, la nave se lanzaría al espacio.

Apreté el botón, y oí a Guy, junto a mí, exhalar un pequeño suspiro. Observamos cómo se cerraba lentamente la compuerta.

–Tienes un magnífico aspecto –dije–. Un atildado miembro de las fuerzas de asalto al espacio. ¿A qué estás disparando?

–Querido, ¿te estarás... quieto, por favor?

En la pantalla, el enorme rostro de Guy estaba explicando, con absoluta seriedad, otros detalles del proyecto y de súbito comprendí que se trataba de un cohete dotado de instrumentos que pensaban enviar a la Luna. Emitiría desde allí.

Bueno, no estaba nada mal. Comencé a sentirme un poco avergonzado por el modo en que me había estado portando, tendí la mano y le di una palmada al viejo Guy sobre el hombro. Durante un segundo, pensé en hablarle de mis volplas. Fue únicamente un segundo.

Una bola de fuego apareció en la base del cohete. Milagrosamente, la pesada torre se elevó, por un instante pareció reposar sobre una llameante columna, luego desapareció.

La emisión volvió a un estudio, donde un locutor explicó que la película que acababan de mostrar había sido tomada dos días antes. Por el momento, se sabía que la tercera sección del cohete había alunizado felizmente en la orilla sur del Mare Serenitatis. Indicó la localización sobre un gran mapa lunar detrás de él.

—Desde esta posición, el telémetro denominado Cohete Charlie estará emitiendo datos científicos durante varios meses. Ahora, damas y caballeros, conectaremos. Atentos al Cohete Charlie.

Un cronómetro apareció en la pantalla y, durante varios segundos, reinó el silencio.

Escuché murmurar a mi hijo:

—¡Tío Guy, eso es formidable!

Mi esposa dijo:

—Em, creo que voy a desmayarme. De repente surgió un paisaje lunar en la pantalla, con la misma apariencia con que siempre han sido descriptos. Una voz mecánica intervino.

—Aquí el Cohete Charlie diciendo «Hola, Tierra» desde mi posición en el Mare Serenitatis. En primer lugar observaré las montañas Menelaus durante quince segundos. Luego enfocaré mi cámara sobre la Tierra durante cinco segundos.

La cámara comenzó a moverse y aparecieron las montañas, muertas y terriblemente salvajes. Hacia el final del movimiento, la sombra vertical de la tercera sección brotó en primer término.

Bruscamente la cámara describió una vertiginosa panorámica, enfocó un momento, y allí estaba la Tierra. Ahora no existía ninguna Luna sobre California. Eran África y Europa lo que estábamos contemplando.

— Aquí el Cohete Charlie diciendo «Adiós, Tierra».

Al terminar la emisión, se desencadenó un pandemónium en nuestra terraza. El viejo Guy, en el colmo de la felicidad, se secaba las lágrimas. Las mujeres le besaban y le abrazaban. Todo el mundo hablaba a la vez.

Utilicé el acelerador metabólico para reducir la gestación de los volplas a una semana. Luego conseguí que los cachorros llegaran a la madurez en un mes.

Tuve suerte. Por absoluta casualidad, la mayoría de los primeros cachorros fueron hembras, lo que aceleró las cosas en forma considerable.

La primavera siguiente disponía ya de una colonia de más de cien volplás y detuve el acelerador. De ahora en adelante podrían tener niños a su propia manera.

Había creado un lenguaje para ellos, utilizando el inglés básico como modelo y, durante los meses en que cada hembra estuvo ocupada en el acelerador metabólico, se lo enseñé a los machos. Lo hablaban lentamente, en voz alta, pero las ochocientas palabras que lo componían no parecían abrumar ni un ápice sus pequeños cerebros.

Mi esposa y los niños se fueron a Santa Bárbara para pasar una semana y aproveché la oportunidad para soltar al más viejo de los machos y a sus dos hembras fuera del laboratorio.

Los instalé en el jeep junto a mí y los conduje hasta un pequeño valle alejado casi una milla detrás del rancho.

Los tres contemplaban asombrados el paisaje y parloteaban continuamente. Estuve ocupado relacionando sus palabras para «árbol», «roca», «cielo», con los objetos. Tuvieron una pequeña dificultad con «cielo».

Hasta que no los saqué al aire, no pude apreciar lo encantadores que eran. Armonizaban perfectamente con el paisaje de California. Ocasionalmente, cuando levantaban los brazos, los mástiles se abrían y extendían sus estupendos planeadores.

Casi dos horas pasaron antes que el macho consiguiera elevarse en el aire. Su juguetona curiosidad acerca del mundo había sido olvidada momentáneamente y perseguía a una de las muchachas. Como suele ocurrir, ella estaba ansiosa por ser atrapada y se detuvo bruscamente al pie de una pequeña loma.

Probablemente pensó en lanzarse hacia ella. Pero cuando extendió sus brazos, los mástiles se soltaron hacia fuera y sus dorados planeadores se agitaron en el aire. Se deslizó sobre la hembra en un vuelo sorprendente. Luego se elevó más y más hasta balancearse en la brisa durante un largo rato, a diez metros sobre el suelo.

Volvió un rostro implorante hacia mí, profundamente preocupado, y se deslizó directamente hacia un arbusto. Se inclinó instintivamente, giró hacia nosotros con un áureo fulgor y se estrelló con brusquedad sobre la hierba.

Las dos hembras le alcanzaron antes que yo lo hiciese y le acariciaron y se agitaron sobre él de suerte que no pude acercarme. De repente profirió una aguda y pequeña carcajada. Desde entonces todo fue muy divertido.

Aprendieron rápida y brillantemente. No eran voladores, pero sabían planear y remontarse. No tardaron en trepar ágilmente a los árboles para lanzarse en bellos planeos durante centenares de metros, inclinándose, girando y moviéndose en espiral hasta una loma suave.

Me desternillé por anticipado pensando en lo que sucedería cuando la primera pareja de volplas fuese llevada ante un comisario de policía o cuando los periodistas del Chronicle se lanzaran a las colinas para atestiguar su existencia.

Como es lógico, los volplas no deseaban volver al laboratorio. Existía un pequeño manantial en el lugar que, en un punto determinado, formaba un estanque. Chapotearon con sus largos brazos dentro de él y se restregaron mutuamente. Luego salieron, se tumbaron de espalda con los planeadores extendidos para que se secaran.

Los observé afectuosamente y pensé en la conveniencia de dejarlos allí. Alguna vez tendrían que valerse por sí mismos. Nada de lo que pudiese explicarles acerca de la supervivencia les ayudaría tanto como una pequeña experiencia personal. Llamé al macho para que se acercara.

Vino y se agachó, atentamente, con los codos apoyados sobre el suelo, las muñecas cruzadas ante su pecho. Fue el primero en hablar.

—Antes que llegase el hombre rojo, ¿vivíamos aquí?

—Vivíais en lugares como éste a todo lo largo de estas montañas. Ahora quedan muy pocos de vosotros. Como habéis permanecido mucho tiempo en mi finca, es natural que hayáis olvidado la vida al aire libre.

—Podemos aprender otra vez. Deseamos permanecer aquí. —Su pequeño rostro era tan solemne y pensativo que alargué la mano para acariciarle la cabeza tranquilizadamente.

Ambos oímos un batir de alas sobre nuestras cabezas. Dos tórtolas remontaron la corriente y se posaron en un roble en el lado opuesto de la colina.

—Ahí está tu alimento, si puedes atraparlo —indiqué.

Me miró:

—¿Cómo?

—No creo que puedas alcanzarlas en el árbol. Tendrás que elevarte y atrapar a una de ellas al vuelo cuando se alejen. ¿Crees que lo conseguirás?

Miró lentamente a su alrededor, mientras la brisa jugaba con las ramas y danzaba a través de la hierba junto a la colina. Parecía como si el volpla hubiese volado mil años con una ancestral sabiduría.

—Puedo llegar allá arriba. Puedo estar un rato. ¿Cuánto tiempo permanecerán en el árbol?

—Es probable que no permanezcan mucho tiempo. Mantén tu vista en el árbol, por si acaso se van mientras subes.

Corrió hacia un roble cercano y trepó hasta la copa. Luego se lanzó, dirigiéndose hacia la parte inferior del valle, y alcanzó en la colina una cálida corriente de aire ascendente. En un abrir y cerrar de ojos se elevó aproximadamente a cuarenta y

seis metros. Comenzó a cruzar la loma, abriéndose de nuevo camino hasta nosotros.

Las dos hembras observaban atentamente. Se acercaron a mí con asombro, deteniéndose de vez en cuando para mirarle. Cuando estuvieron a mi lado, no dijeron nada. Se protegieron la vista de la luz con sus pequeñas manos y le contemplaron mientras pasaba exactamente sobre nosotros a unos setenta y cinco metros. Una de ellas, con los ojos fijos en los remontantes planeos del macho, me tomó de la manga nerviosamente.

Pasó como un relámpago sobre la corriente y osciló tras la cima de la colina donde se cobijaban las palomas. Escuché su arrullo desde el roble. Se me ocurrió que no abandonarían su refugio mientras la silueta parecida a un halcón del volpla ensombreciera el horizonte.

Quitó la mano de la hembra de mi manga y le dije con un ademán:

–Quiere atrapar un pájaro. El pájaro está en ese árbol. Tú puedes conseguir que el pájaro vuele para ponerse a su alcance. Mira hacia aquí –me levanté y encontré un palo–. ¿Puedes hacer esto?

Tiré el palo hacia lo alto de un árbol próximo a nosotros. Luego le proporcioné otro palo. Lo arrojó mejor de lo que esperaba.

–Bien, bonita. Ahora cruza la corriente, súbete a ese árbol y tírale un palo. Trepó hábilmente al árbol más cercano y se lanzó a través de la corriente. Saltó al lado opuesto de la colina y se posó limpiamente en el árbol donde reposaban las palomas.

Las aves abandonaron el árbol, ascendiendo rápidamente con sus gráciles aleteos. Miré hacia atrás, imitado por la hembra que permanecía a mi lado. El volpla cerró a medias sus planeadores y comenzó a descender. Se convirtió en un dorado destello a través del cielo.

Bruscamente, las palomas detuvieron su ascensión y descendieron, alejándose con un rápido batir de alas. Vi abrirse un poco uno de los planeadores del volpla. Viró vertiginosamente en la nueva dirección y bajó como una flecha.

Las palomas se separaron y comenzaron a zigzaguear hacia la parte inferior del valle. El volpla hizo algo inesperado, abrió sus planeadores y descendió bajo el pájaro que perseguía, luego subió rápidamente e interceptó su vuelo entrecruzado.

Vi cerrarse momentáneamente los planeadores. Después se abrieron de nuevo y la paloma cayó a plomo a un lado de la colina. El volpla se posó suavemente sobre ella y se volvió para mirarnos.

A mi lado la hembra comenzó a bailotear, gritando en un lenguaje incomprensible. La otra, que había levantado los pájaros del árbol, voló planeando hacia nosotros, gimiendo igual que un azulejo.

Fue la bienvenida de un héroe. Tuvo que regresar caminando, por supuesto, ya que no podía transportar tal carga en vuelo. Las hembras corrieron a su

encuentro. Tranquilo durante un tiempo, no tardó en pavonearse como cualquier cazador humano.

Su curiosidad hacia el pájaro fue enternecedora. Hurgaron en él, maravillados ante sus plumas, y bailaron a su alrededor en un rudimentario rito de la caza. Mas, al poco rato, el macho se volvió hacia mí.

—¿Comemos eso?

Reí mientras tomaba su pequeña mano de cuatro dedos. En un lugar arenoso bajo un gran árbol suspendido sobre el riachuelo, encendí una pequeña fogata para ellos. Aunque eso les maravilló, deseaba enseñarles primero a limpiar el pájaro. Les mostré cómo ensartarlo y darle vueltas sobre el fuego.

Más tarde, acepté un bocado de su festín. Estuvieron alegres y extremadamente simpáticos durante la comida.

Cuando tuve que partir, ya era de noche. Les recomendé vigilancia, mantener bajo el fuego y retirarse al árbol en cuanto algo se aproximara. El macho me acompañó un trecho cuando me alejé de la hoguera.

—Prométeme que no se irán de aquí hasta que estén preparados para ello — repetí.

—Nos agrada esto y nos quedaremos. ¿Mañana traerás a otros de mi especie?

—Sí. Traeré a muchos de tus compañeros, si prometes continuar en este bosque hasta que se hallen dispuestos.

—Lo prometo —miró al cielo de la noche y, a la luz del fuego, advertí su asombro—. ¿Dices que vinimos de allí?

—Los viejos de tu especie me lo dijeron así. ¿No te lo explicaron?

—No puedo recordar a ningún viejo. Explícamelo tú.

—Los viejos me contaron que ustedes llegaron en una nave desde las estrellas mucho antes que los hombres rojos. —En la obscuridad sonreí al pensar en los suplementos dominicales que los periódicos publicarían dentro de un año aproximadamente, quizá menos.

Miró al cielo durante mucho tiempo.

—¿Esas pequeñas luces son las estrellas?

—Así es.

—¿Qué estrella? Eché un vistazo y luego señalé sobre un árbol.

—Desde Venus —comprendí después mi error al citarle un nombre en inglés—. En tu lenguaje, Pohtah. Miró durante largo rato y murmuró:

—Venus. Pohtah.

La semana siguiente, llevé todos los volplas a los robledales. En total ciento siete machos, hembras y cachorros. Sin premeditación por mi parte, tendían a segregarse en grupos de cuatro a ocho parejas junto con sus cachorros. Dentro de ellos, los adultos practicaban la promiscuidad, pero aparentemente sin abandonar el grupo. Éste conservaba pues la apariencia de una superfamilia y los machos toleraban y cuidaban a todos los niños, sin preocuparse por la paternidad real.

Hacia fines de semana, estas superfamilias estaban esparcidas en una extensión aproximada de siete kilómetros cuadrados por el rancho. Habían encontrado un nuevo bocado exquisito, los gorriones, y los cazaban fácilmente durante su descanso nocturno. Había enseñado a los volplas a hacer fuego y a usar hierbas, vides y matorrales para construir casas de árboles maravillosamente diseñadas, en las cuales los jóvenes y, a veces, los adultos dormían entre mediodía y medianoche.

La tarde en que mi familia regresó a casa, una cuadrilla de trabajadores demolió las salas de los animales y el edificio del laboratorio. Los vigilantes habían anestesiado a todos los mutantes experimentales, mientras que el acelerador metabólico y el restante equipo del laboratorio fueron desmantelados. No quería conservar nada que pudiese relacionar la súbita aparición de los volplas con mi propiedad. Resulta evidente que no precisarían más que algunas semanas para establecer sus medios de supervivencia y desarrollar por su cuenta una cultura rudimentaria. Después podrían abandonar mi rancho y la broma proseguiría.

Mi esposa descendió del automóvil y miró a los trabajadores ocupados en torno a las derruidas construcciones y exclamó:

—¿Qué diablos está pasando aquí?

—He terminado mi trabajo y ya no necesitamos el laboratorio. Voy a escribir un informe acerca de los resultados.

Me miró apreciativamente meneando la cabeza.

—Pensé que era eso lo que te proponías. Pero estaría bien que lo hicieras de verdad. Sería tu primer libro.

Mi hijo preguntó:

—¿Qué les ha ocurrido a los animales?

—Han sido devueltos a la universidad para un estudio más amplio —mentí.

—Bueno —se dirigió a ella—. No dirás que papá no es un hombre de decisión.

Veinticuatro horas más tarde no existía el menor indicio de experimentación animal en todo el rancho.

Excepto los bosques, por supuesto, que estaban llenos de volplas. Por la noche podía oírles débilmente cuando salía a sentarme a la terraza. Mientras surcaban la obscuridad, en lo alto charlaban, reían y a veces gemían con alado amor. Una noche, una bandada de ellos pasó lentamente ante la tranquila faz de la luna llena, pero fui el único en advertirlo.

Cada día visitaba el campo para encontrar al más viejo de los machos, que aparentemente se había erigido en jefe de todas las familias volplas. Me aseguró que los volplas permanecerían junto al rancho, si bien se lamentó que la caza estaba escaseando. Por otra parte las cosas marchaban muy bien.

Los machos llevaban ahora pequeñas lanzas con punta de piedra y emplumados ástiles, que podían arrojar en vuelo. Las utilizaban por la noche para abatir a los gorriones en reposo y durante el día para matar su caza mayor: los conejos.

Las mujeres llevaban plumas de azulejo en la cabeza y los hombres, penachos de plumas de paloma y a veces pequeñas faldas hechas con pieles de conejo. Les di algunas instrucciones sobre el particular y les enseñé a curtir las pieles de conejo y ardilla para sus casas arbóreas.

Éstas eran cada vez más complejas, cuyas paredes y piso estaban tejidas con gran habilidad, cubiertas por un ajustado techo de paja. Habían sido convenientemente camufladas por abajo, tal como sugerí.

Aquellas pequeñas criaturas me deleitaban cada día más. Podía pasearme horas observando a los adultos, machos y hembras, jugando con los niños o enseñándoles a planear. Me sentaba toda la tarde para contemplar cómo tejían sus casas arbóreas.

Un día mi mujer me preguntó:

–¿Qué hace en la selva el poderoso cazador?

–Oh, he estado disfrutando de nuestra vida animal.

–Otro tanto hace nuestra hija.

–¿Qué quieres decir?

–Tiene dos de ellos arriba en su cuarto.

–¿Dos qué?

–No lo sé. ¿Cómo los llamas?

Subí los peldaños de tres en tres e irrumpí en la habitación de mi hija. Estaba sentada sobre su cama, leyendo un libro a dos volplas. Uno de los volplas sonrió y dijo en inglés:

–Hola, Rey Arturo.

–¿Qué pasa aquí? –pregunté.

–Nada, papi. Sólo leyendo, igual que hacemos siempre.

–¿Igual que siempre? ¿Cuánto tiempo hace que esto ocurre?

–Oh, semanas y semanas. ¿Cuánto tiempo hace que me visitaste por primera vez, Fuzzy?

El descortés volpla que me había llamado «Rey Arturo» respondió burlonamente:

–Oh, semanas y semanas...

–Y encima les enseñan a leer en inglés.

–Por supuesto. Son tan buenos alumnos y tan agradecidos. Papi, no harás que se marchen, ¿verdad? Nos queremos mucho, ¿verdad?

Ambos volplas hicieron vigorosamente un gesto afirmativo con la cabeza. Se volvió de nuevo hacia mí.

–Papi, ¿sabías que pueden volar? Pueden volar directamente fuera de la ventana y subir al cielo.

–¿Seguro? –comenté en forma impertinente. Miré con frialdad a los dos volplas—. Hablaré con vuestro jefe.

Cuando llegué abajo, le grité a mi esposa:

–¿Por qué no me dijiste lo que estaba sucediendo? ¿Cómo permitiste que prosiguiera sin hablar conmigo?

Su rostro adquirió una expresión desacostumbrada.

–Ahora vas a escucharme. Toda tu vida es un secreto para nosotros. ¿Por qué tu hija no puede tener un secreto propio?

Se aproximó hacia mí y sus ojos azules lanzaron destellos de furia.

–La verdad es que no debí explicarte nada. Prometí que no se lo diría a nadie. ¿Y qué ocurre cuando lo hago? Empiezas a saltar por la casa como un maniático sólo porque una niña tiene un secreto.

–¡Un bonito secreto! –bramé—. ¿No se te ocurrió que podía ser peligroso? No conoces la sexualidad de... –dí un traspie en medio de un penoso silencio, mientras ella me obsequió con una indecente sonrisa.

–¿Cómo te volviste tan puritano de repente? Estas criaturas son dulces y amables, sin mal en sus cuerpos. Sin embargo, no creas que ignoro lo que ha pasado. Los creaste tú. Así que si sus ideas son indecentes, yo sé dónde las adquirieron.

Me lancé fuera de la casa. Hice girar el jeep en el exterior del patio y me dirigí hacia el bosque. El jefe se había instalado con perfecta comodidad. Se apoyaba hacia atrás en el gran roble que cobijaba su vivienda. Ardía una pequeña hoguera y una de las hembras se hallaba asando un gorrión para él. Me saludó en el lenguaje volpla.

–¿Te das cuenta –declaré abrupta y airadamente–, que hay dos volplas en el dormitorio de mi hija?

–Desde luego –contestó con calma—. Van allí cada día. ¿Hay algo de malo en eso?

–Les está enseñando las palabras de los hombres.

–Nos explicaste que algunos hombres pueden ser nuestros enemigos. Estamos ansiosos por conocer sus palabras lo mejor posible para nuestra protección.

Su mano buscó detrás del árbol y sacó a plena luz del día un ejemplar del Chronicle, de San Francisco, fuera de su escondite. Lo mantuvo en alto apologéticamente.

–Lo hemos estado tomando durante algún tiempo desde el buzón frente a tu casa. Sobre el suelo, extendió el periódico entre nosotros. Vi por la fecha que era del día anterior.

–Gracias a los dos que van a tu casa, he aprendido las palabras de los hombres. Como dicen los hombres, puedo «leer» la mayor parte de esto –afirmó con orgullo.

Me quedé con la boca abierta. ¿Cómo podría conservar el control de la situación? ¿Parecía razonable que, simplemente con observar y escuchar a los hombres, los volplas hubiesen aprendido su lenguaje? ¿O les había enseñado un amigo humano?

Bueno, tendría que sacrificar mi anonimato. Mi familia y yo habíamos encontrado una colonia de volplas en nuestro rancho y les enseñamos el inglés. Se me antojó una buena idea porque era la verdad.

El volpla agitó su brazo largo y delgado sobre la primera página.

–Los hombres son peligrosos. Nos dispararán con sus armas si abandonamos este lugar. Me apresuré a tranquilizarle.

–En absoluto. Cuando los hombres los conozcan, los dejarán en paz –pese a mi énfasis comprendí por primera vez que el asunto no sería una broma para los volplas–. Debes dispersar a los tuyos en seguida. Permanece aquí con tu familia para que continuemos en contacto, pero envía a los demás a otro sitio –proseguí de todas formas.

Meneó la cabeza.

–No podemos abandonar estos bosques. Los hombres nos dispararían. Luego me hizo frente y sus ojos nocturnales me miraron con franqueza.

–Quizá no eres un buen amigo. Tal vez nos has mentido. ¿Por qué dices que deberíamos abandonar este refugio?

–Serán más felices. Habrá más caza. Continuó observándome fija y directamente.

–Habrá más hombres. Uno ha disparado ya contra uno de nosotros. Lo hemos perdonado y somos amigos. Pero uno de los nuestros ha muerto.

–¿Son amigos de otro hombre? – pregunté, aturdido. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y señaló hacia la parte superior del valle.

–Está allá arriba con otra familia. El jefe volpla tenía la ventaja de planear, pero no pudo mantener mi paso. Corriendo unas veces, caminando aprisa otras, me abrí

camino delante de él. Mi respiración jadeante se debía menos al esfuerzo que a la ansiedad de descubrir al desconocido.

Bordeé un recodo del riachuelo y allí estaba mi hijo, sentado sobre la hierba junto a una fogata, jugando con un bebé volpla y charlando en inglés con un macho a su lado. Mientras me aproximaba, mi hijo lanzó al bebé al aire. Los minúsculos planeadores se abrieron y el pequeño descendió flotando hacia las manos que le aguardaban.

Se dirigió al volpla:

–No, estoy seguro que no vinieron de las estrellas. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy que mi padre...

–¿Qué diablos te propones al decirles eso? –grité a su espalda.

El macho se sobresaltó. Mi hijo volvió la cabeza lentamente y me miró. Luego devolvió el bebé al volpla y se levantó.

–¿No tienes nada que hacer en otra parte? –gruñí.

Había destruido todo mi arsenal de leyendas volpla con una pequeña duda.

Sacudí la hierba de su pantalón y se enderezó. Su expresión hizo que mi cólera se desvaneciera.

–Papá, ayer maté a uno de estos seres. Creí que era un halcón y le disparé mientras cazaba. No lo hubiera hecho si me hubieses prevenido.

No pude mirarle. Bajé la vista y mi rostro enrojeció.

–El jefe me ha dicho que deseas que abandonen el rancho pronto. ¿Crees que esto va a ser divertido?

Escuché llegar al jefe, que permaneció silencioso a mi espalda. Mi hijo dijo suavemente:

–No creo que lo sea, papá. Tendrías que haber escuchado sus gritos cuando le acerté. Había grandes y negros regueros de hormigas moviéndose en la hierba. Me pareció percibir un extraño zumbido en el cielo. Alcé mi cabeza y le miré.

–Hijo, volvamos al jeep y hablaremos de camino a casa.

–Preferiría caminar.

Saludó al volpla con quien había estado hablando y se alejó por el robledal. El volpla que sostenía al cachorro me observaba fijamente. Desde alguna parte, muy lejos del valle, un cuervo graznaba. No miré al jefe. Me volví, pasé apresuradamente junto a él y me encaminé de nuevo al jeep, solo. En casa, abrí una botella de cerveza y me senté en la terraza para esperar a mi hijo. Mi esposa se acercó a la casa con varios ramos de flores del jardín, pero no me dirigió la palabra. Chasqueó las hojas de la tijera mientras caminaba.

Un volpla remontó la terraza y se posó en la ventana del dormitorio de mi hija. Permaneció allí un instante y emprendió nuevamente el vuelo. No tardaron en

seguirle los otros dos volplas que había dejado con mi hija a primeras horas de la tarde. Los observé con una vaga inquietud, mientras los tres se alejaban hacia el este, elevándose sin esfuerzo.

Cuando bebí por fin un sorbo de cerveza, estaba casi caliente. La dejé a un lado. Mi hija salió a la terraza.

–Papi, mis volplas se fueron. Dijeron adiós y ni siquiera había terminado el programa de televisión. Dijeron que no me volverían a visitar. ¿Hiciste que se marcharan?

–No. No lo hice.

Me miró con ardientes ojos. Su labio inferior sobresalió y tembló como una lágrima rosada.

–Papi, lo hiciste. –Entró en la casa golpeando el suelo con el pie, sollozando. ¡Dios mío! ¡En unos momentos me había convertido en un puritano, un asesino y un embustero!

Pasó la mayor parte de la tarde antes que oyese a mi hijo entrar en casa. Le llamé, salió y permaneció frente a mí. Me levanté.

–Hijo, no puedo explicarte lo apesadumbrado que estoy por lo que te ocurrió. Fue culpa mía, en modo alguno tuya. Únicamente espero que consigas olvidar la pena que te produjo matar a esa criatura. No sé cómo no preví que esto sucedería. Estaba tan resuelto a asombrar al mundo entero que yo...

Me detuve. No había nada más que decir.

–¿Vas a obligarles a que abandonen el rancho? –preguntó.

–¿Después de lo ocurrido? –me horroricé.

–¿Qué piensas hacer con ellos, papá?

–He estado intentando tomar una decisión. No sé qué resultaría mejor para ellos – miré mi reloj–. Volvamos y hablemos con el jefe.

Sus ojos se iluminaron y me dio unas palmadas sobre el hombro, de hombre a hombre. Abandonamos la casa, subimos al jeep y me dirigí de nuevo al valle. El sol del crepúsculo lanzaba sus postreros fulgores.

Apenas hablamos mientras dejábamos atrás los árboles sombríos. Me hallaba cada vez más lleno de la inquietud que se había apoderado de mí cuando los tres volplas dejaron mi terraza y se elevaron suave y decididamente hacia el este.

Llegamos al campo y no vimos a ningún volpla en las inmediaciones. El fuego se había consumido hasta convertirse en un rescoldo. Llamé en el lenguaje volpla, pero no hubo respuesta.

Fuimos de campo en campo y encontramos fuegos apagados. Trepamos a sus casas y las hallamos vacías. Me sentía enfermo y asustado. Llamé repetidamente hasta enronquecer.

Al fin, en la obscuridad, mi hijo me tomó del brazo.

–¿Qué vas a hacer, papá?

–Llamar a la policía, a los periódicos y advertir a todo el mundo –respondí tembloroso.

–¿Dónde crees que han ido? Miré hacia el este, donde las estrellas surgían del gran desfiladero en las montañas y resplandecían como un profundo cuenco de luciérnagas.

–Los tres últimos que vi tomaron esa dirección.

Habíamos estado fuera de casa varias horas. Cuando llegamos a la terraza iluminada, vi la sombra de un helicóptero. Luego distinguí a Guy sentado cerca de mí, sostenía su cabeza entre las manos.

Em le decía a mi mujer:

–Estaba fuera de sí. El pobre no podía hacer nada. Tuve que sacarle de allí y pensé que no les importaría que viniéramos aquí para estar con ustedes hasta que decidan qué medidas deben tomarse.

Me dirigí hacia ellos.

–Hola, Guy. ¿Qué ocurre? Alzó la cabeza, luego se levantó y me estrechó la mano.

–Un desastre. El proyecto fracasará y no podemos hacer nada para evitarlo.

–¿Qué ha sucedido?

–Justamente mientras lo disparábamos...

–¿Disparaban qué?

–El cohete.

–¿Qué cohete?

Guy gimió.

–¡Dios mío! ¡ El cohete a Venus!

Mi esposa intervino.

–Le contaba a Guy que no sabemos nada acerca de ello porque no nos han entregado el periódico en semanas. Me he quejado...

Le hice señas para que se callase.

–Prosigue –pedí a Guy.

–Exactamente cuando oprimí el botón y la compuerta se cerraba, una bandada de lechuzas rodeó la nave. Revolotearon en torno a la compuerta y de algún modo lograron abrirla.

Em se dirigió a mi esposa.

–Debían ser un centenar. Fueron llegando y se introdujeron por ella. Luego comenzaron a arrojar fuera todos los instrumentos registradores. Los hombres intentaron subir con una escalera mecánica, pero las lechuzas, o lo que fuesen, golpearon al conductor con algo en la cabeza y le dejaron sin sentido.

Guy volvió su desconsolado rostro hacia mí.

–Luego se cerró la compuerta y no nos atrevimos a acercarnos a la nave. Suponíamos que despegaría a los cinco minutos, pero no fue así. Esos malditos bichos han podido...

Hubo un resplandor en el este. Todos nos volvimos para divisar una fugaz línea dorada que se remontó sobre el negro terciopelo más allá de las montañas.

–¡Ahí está! –gritó Guy–. ¡Ésa es la nave! –luego gimió–: Un completo fracaso. Le tomé por los hombros.

–¿Quieres decir que no llegará a Venus? Se desasíó de un tirón con desconsuelo.

–Claro que sí. Los mandos automáticos no pueden ser desviados. Pero el cohete está en camino sin equipo registrador ni televisión a bordo. Sólo hay un cargamento de lechuzas.

Mi hijo soltó una carcajada.

–¡Lechuzas! Papá podría explicarte una o dos cosas. Le impuse silencio mirándole con ceño. Se calló y luego comenzó a bailar por la terraza.

El teléfono sonaba. Mientras me dirigía a la cabina, tomé a mi hijo por el brazo.

–No digas una sola palabra. Intentó ocultar la risa.

–Ahí está tu broma, papá. ¿Por qué tengo que decir algo? Sólo me reiré de cuando en cuando.

–Ahora basta.

–Espera a que alguien desembarque en Venus y encuentre venusianos con una leyenda acerca de su Gran Padre Blanco de California. Entonces es cuando hablaré.

La llamada era de un individuo chillón que deseaba hablar con Guy. Permanecí junto a él mientras escuchaba la excitada voz a través del hilo telefónico.

Guy exclamó:

–No, no. Los mandos automáticos corregirán la demora en el despegue. No es eso. Pero el caso es que no hay ningún instrumento... ¿Qué? ¿Qué pasó exactamente? Cálmese. No puedo comprenderle.

Escuché a Em decirle a mi esposa:

–Y no sabes lo más extraño. Parecía como si aquellos bichos llevaran algo sobre sus espaldas. Uno de ellos dejó caer su carga. Los hombres la recogieron y nunca podrías adivinar lo que encontraron... ¡Tres pajaritos asados estupendamente preparados!

Mi hijo me dio ligeramente con el codo.

–Listas lechuzas. Largo viaje.

Le tapé la boca con la mano. Luego vi que Guy alejaba el receptor de su oído.

–Acaban de grabar en cinta magnetofónica un mensaje procedente del cohete. La radio quedó a bordo. Pero no teníamos ninguna grabación parecida... – balbuceó.

Luego gritó al teléfono:

–¡Póngala otra vez! –y me pasó el receptor.

Durante unos instantes sólo se escuchó un zumbido desde el receptor. Después surgió una voz clara y suave.

–Aquí el Cohete Harold sin novedad. Aquí el Cohete Harold diciendo adiós a los hombres.

Hubo una pausa y luego, en lenguaje volpla, habló otra voz.

–Hombre que nos creaste, te perdonamos. Sabemos que no vinimos de las estrellas, pero iremos a ellas. Yo, el jefe, te daré la bienvenida cuando nos visites. Adiós.

Nos hallábamos demasiado excitados para hacer comentarios. Me sentía lleno de una gran y súbita tristeza.

Permanecí de pie durante mucho tiempo y miré hacia el este, donde la montaña estrechaba un cuenco de danzantes luciérnagas entre sus negros senos.

Luego pregunté a Guy:

–¿Cuánto tiempo crees que pasará antes que tengas otro cohete dispuesto para Venus?

El ratón

Howard Fast

The mouse, © 1969 by Mercury Press Inc. (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Noviembre de 1969). Traducido por Manuel Barberá en *El general derribó a un ángel*, relatos de Howard Fast, Colección Azimut de Ciencia Ficción, Intersea SAIC, 1975.

Sólo el ratón observó el plato volador que descendía hacia la Tierra. El ratón estaba acurrucado recelosamente en un escondite, crispando nerviosamente su nariz diminuta, mientras le temblaban todos los nervios por el miedo y la atención al hacer su aterrizaje el hermoso objeto dorado.

El plato volador (o nave espacial circular, cuya forma era más o menos la de un sombrero achatado y de ala ancha) pasó rozando el techo de la casa suburbana de dos plantas, planeó por encima del fondo de la casa y se acomodó en una maraña de rosales trepadores, escondiéndose entre las ramas y las hojas de manera que quedaba cubierto por completo. Y dado que el plato volador tenía tan sólo setenta y cinco centímetros de diámetro y apenas diecisiete centímetros de altura, el ocultamiento se lograba con bastante facilidad.

Era apenas un poco después de las tres de la madrugada. Los habitantes de esta casa y todos los de las otras viviendas de aquel barrio nuevo suburbano dormían o se agitaban en sus camas luchando con el insomnio. El paso del plato volador no provocó ruido ni olor alguno y ningún perro ladró; sólo el ratón observaba –y observaba sin comprender, tal como siempre observaba, tal como su existencia era– sin comprensión.

Lo que ocurrió un momento antes se convirtió en la memoria del ratón en algo vago y carente de sentido, pues casi no tenía memoria en realidad. Lo mismo podría decirse que jamás había sucedido. Transcurrió el tiempo, segundos, minutos, casi una hora, y luego apareció una luz en la maraña de ramas y hojas donde el plato volador estaba acomodado. El ratón clavó la vista en la luz y de pronto vio aparecer dos hombres saliendo de la luz –que era una abertura del plato–, y que caminaban por el suelo.

O por lo menos parecían, de un modo vago, algo así como seres que el ratón había visto, que en realidad eran hombres, con la salvedad de que su estatura era sólo de siete centímetros y medio y estaban vestidos con trajes espaciales. Si el ratón hubiese podido distinguir entre el traje y lo que contenía y si su visión hubiese sido selectiva, habría observado que bajo la envoltura transparente los hombres salidos del platito diferían tan sólo en tamaño de los hombres de la Tierra, por lo menos en su aspecto general. Sin embargo, en otros sentidos diferían muchísimo. No hablaban en forma oral ni sus trajes contenían ninguna clase de equipo de radio: eran telépatas, y luego de haber permanecido en silencio más de cinco minutos, intercambiaron pensamientos.

–Lo que debe tenerse en cuenta –dijo el primer hombre– es que mientras nuestro peso es mucho menor aquí que en nuestra patria, todavía seguimos siendo muy, pero muy pesados, y esta Tierra no es muy densa.

–No, no lo es, ¿verdad? ¿Están todos dormidos?

El primero alargó una mano. Su cerebro se convirtió en una su red electrónica que tocaba los cerebros de todo ser viviente en un radio de una milla más o menos.

–Casi todas las personas están dormidas. La mayoría de los animales parecen ser nocturnos.

–¡Qué curioso!

–No, en realidad, no. La mayoría de los animales no está domesticada y son seres pequeños y salvajes. Mucho miedo, hambre y miedo.

–¡Pobrecitos!

–Sí, pobrecitos, y sin embargo consiguen sobrevivir. Eso es toda una proeza, a la vista de la gente. Gente interesante. Explora un poco.

El segundo hombre proyectó su cerebro y exploró. Su reacción podría traducirse como: “¡Uh!”

–Sí... sí, realmente. Sus ideas son horribles, ¿no es cierto? Lo siento, pero prefiero los animales. Hay uno justo aquí, delante de nosotros. Completamente despierto y sin nada más que miedo en su cerebro diminuto. En realidad, el miedo y el hambre parecen formar todo su bagaje mental. Nada de odio ni agresión.

–Él es también tan pequeño como las cosas de este planeta –observó el segundo hombre: espacial–. No es mayor que nosotros. ¿Sabes una cosa? Nos podría servir perfectamente bien.

–Podría –corroboró el primero.

Dicho esto, los dos hombres diminutos se aproximaron al ratón, que seguía acurrucado y a la defensiva en su escondite, sin que se le viese más que la punta de su nariz poblada de bigotes. Los dos hombres avanzaron despacio y cuidadosamente, eligiendo sus pasos detenidamente. De pronto uno de ellos se hincó casi de rodillas en un terroncito e intentaron después hacer pie en piedras, grava, trocitos de madera. Evidentemente su gran peso hacía que la dura y seca tierra les resultase demasiado suave para ofrecerles seguridad. Mientras tanto el ratón los observaba y cuando fue claro el rumbo en que venían, el animalito intentó convulsivamente escapar.

Pero sus músculos no respondían y en virtud de que el pánico se incrustaba en su pequeño cerebro, el primer hombre espacial proyectó su mente, buscando el centro del miedo, bloqueándolo con sus propios pensamientos y alterando luego electrónicamente las sendas de neuronas del ratón conforme a los centros de placer del diminuto cerebro del animal. Todo esto hizo sin esfuerzo y casi instantáneamente el hombre espacial, y el ratón se relajó, profirió chillidos de gozo y desistió de todo esfuerzo por huir. Entonces el segundo hombre espacial roturó la tierra y la apartó de la boca del túnel, levantó al ratón con cuidado, sosteniéndolo en sus brazos, y lo llevó de regreso al plato. Y allí quedó tendido el ratón, relajado y estremeciéndose de deleite.

Otros dos seres, ambos mujeres, esperaban en el platito mientras los hombres penetraban por la esclusa neumática, llevando al ratón. Las mujeres, evidentemente en concordancia con los pensamientos de los hombres, no necesitaron que se les dijese lo que había sucedido. Prepararon de antemano lo que sólo podía ser una mesa de operaciones, un tablero liso con luz brillante encima y una tabla de instrumentos a lo largo. La luz formaba un cuadrado de brillo en el oscuro interior de la nave espacial.

–Yo estoy esterilizada –informó a los hombres la primera mujer, levantando las manos cubiertas con guantes delgados y transparentes– de modo que podemos trabajar inmediatamente.

Al igual que la de los hombres, la piel de las mujeres era amarilla, no cetrina, sino un amarillo claro y vivo, del color del limón, y el cabello era anaranjado. Despojados de los trajes espaciales, todos aparecían vestidos más o menos igual; descalzos y con pantaloncitos cortos en el caliente interior de la nave; las mujeres ni siquiera cubrían sus pechos bien formados.

–Yo establecí contacto –les dijo la segunda mujer–. Todos están dormidos, salvo sus cerebros.

–Ya lo sabemos –convinieron los hombres.

–He explorado como quien hace un viaje por una alcantarilla. Pero he reunido muchos datos. El animal se llama ratón. Simbólicamente es el más pequeño y más inofensivo de los seres, vegetariano y perseguido por casi todos los demás en este curioso planeta. Sólo su tamaño explica su supervivencia y su extraordinaria destreza para ocultarse.

Mientras tanto los dos hombres habían depositado el ratón en la mesa de operaciones, donde estaba extendido, relajado y chillando de satisfacción. Mientras los hombres fueron a quitarse los trajes espaciales, la segunda mujer llenó un instrumento hipodérmico, insertó la aguja cerca de la base de la cola del ratón y suavemente impulsó el líquido para que entrase. El ratón se relajó y quedó inconsciente. Entonces las dos mujeres cambiaron la postura del ratón, manejando el animal –que para ellas era enorme– con facilidad y eficiencia, como si no tuviese casi peso; y en realidad, en términos de la gravitación con la cual estaban conformadas para luchar, carecía de peso en absoluto.

Cuando volvieron los dos hombres, estaban vestidos igual que las mujeres, con pantaloncitos cortos y descalzos, con los mismos guantes transparentes. Entonces los cuatro se pusieron a trabajar con rapidez y destreza, formando evidentemente un equipo que habría realizado esta labor muchas veces en el pasado. El ratón estaba tendido sobre el vientre, con las patas abiertas. Un hombre puso una máscara cónica sobre la cabeza del ratón y comenzó a insuflarle oxígeno. El otro hombre le afeitó la parte superior de la cabeza con una rasuradora eléctrica, mientras las dos mujeres iniciaban una operación que levantaría la tapa entera del cráneo del ratón. Trabajando con gran velocidad y pericia, hicieron una incisión en la piel y después, utilizando trépanos provistos de una especie de rayo láser en lugar de sierra, abrieron la parte superior del cráneo, la extrajeron y la entregaron a uno de los hombres, que la colocó en una sartén

llena de una solución reluciente. El cerebro del ratón quedó de este modo al descubierto.

Luego las dos mujeres acarrearón una máquina que tenía una torrecita encima de una junta universal, bajaron la parte superior hasta situarla cerca del cerebro expuesto y apretaron un botón. Salió de la torrecita más o menos un centenar de alambres diminutos y con mucha rapidez las mujeres empezaron a unir esos alambres a partes del cerebro del ratón. El hombre que había estado gobernando el caudal de oxígeno acercó en ese momento otra máquina, sacó de ella tubos e inició un proceso de suministro de fluido al sistema circulatorio del ratón, mientras el segundo hombre se dedicó a trabajar en la sección del cráneo que estaba dentro de la solución brillante.

Los cuatro realizaban su labor en forma serena y al parecer sin fatiga. Afuera, llegó a su fin la noche y salió el sol y todavía los cuatro seres espaciales seguían trabajando. Más o menos al mediodía terminaron la primera parte de su tarea y se retiraron, retrocediendo de la mesa para observar y admirar lo que habían hecho. El diminuto cerebro del ratón había quintuplicado su tamaño, y por la forma y los repliegues parecía un cerebro humano en miniatura. Cada uno de los cuatro compartió un sentimiento de gran realización, entremezclaron sus pensamientos, se alabaron mutuamente y se dedicaron entonces a terminar la operación. La forma de la sección del cráneo que había sido extirpada estaba ahora de acuerdo con el tamaño del cerebro alterado y cuando ellos la volvieron a colocar en la cabeza del ratón, la única diferencia en el aspecto del pequeño ser era un extraño y alto bulto encima de los ojos. Cerraron las roturas, unieron la carne con una especie de substancia plástica, quitaron los tubos, insertaron tubos nuevos y modificaron la inconsciencia del ratón, convirtiéndola en un sueño profundo.

Durante los cinco días siguientes el ratón durmió; pero de un sueño inmóvil, su estado cambió paulatinamente hasta que al quinto día comenzó a agitarse y moverse inquieto; al sexto día se despertó. En estos cinco días se le suministró el alimento por vía endovenosa, se lo masajeó constantemente y se lo sondeó también constantemente y telepáticamente. Los cuatro seres espaciales se turnaron en la tarea de penetrar en el cerebro y darle información, y neurón por neurón, sección por sección, programaron su nuevo cerebro agrandado. Realizaban esta tarea con mucha habilidad. Proveyeron al ratón de conocimiento, entendimiento, habla y autocomprensión. Le impusieron una gran cantidad de datos, equilibraron la información con una comprensión filosófica del universo y su sentido y lo dejaron como había estado emocionalmente, sin agresión ni hostilidad, pero también sin miedo. Cuando por último se despertó el ratón supo qué era y cómo se había convertido en lo que era. Todavía continuaba siendo ratón, pero en el asombro y la majestad encantadora de su mente fue como no había sido ningún otro ratón que jamás hubiese vivido en el planeta Tierra.

Los cuatro seres espaciales permanecieron junto a él cuando se despertaba y lo observaron. Se sintieron complacidos, y dado que mucho de su naturaleza, especialmente sus reacciones emotivas, eran infantiles y directas, no pudieron menos que mostrar regocijo y sonreír frente al ratón. Sus pensamientos participaban del género de una bienvenida y todo lo que la mente del ratón pudo expresar fue gratitud. El ratón se puso de pie, se mantuvo sobre la superficie donde había estado tendido, miró a cada uno de ellos alternativamente y lloró

interiormente ante el hecho de su existencia. Entonces el ratón sintió hambre y le dieron comida. Después de ello el ratón formuló la pregunta básica e inevitable:

–¿Por qué?

–Porque necesitamos tu ayuda.

–¿Cómo puedo yo ayudarlos cuando vuestra propia sabiduría y vuestro propio poder no tienen al parecer medida?

El primer hombre espacial explicó. Eran exploradores, cartógrafos, agrimensores, y detrás de ellos, a años de luz de distancia, estaba el planeta en el que tenían su hogar, una bola gigantesca del tamaño de nuestro planeta Júpiter. De ahí su tamaño pequeño, su densidad increíble. Pesando en la Tierra sólo una fracción de lo que pesaban en su planeta, pesaban no obstante más que cualquier ser de su tamaño, con tanta más razón cuanto que caminaban en la Tierra con horrible peligro de hundirse y desaparecer de la vista. Era muy cierto que podrían ir a cualquier lugar en su nave espacial, pero para obtener toda la información que necesitaban tendrían que dejarla, tendrían que aventurarse a realizar el recorrido a pie. De ahí que el ratón podía servirles de ojos y de pies.

–¡Y para esto un ratón! –exclamó el ratón–. ¿Por qué? Yo soy el más pequeño y más indefenso de todos los seres.

–Ya no lo eres –le aseguraron–. Nosotros, por nuestra parte, no llevamos armas, porque tenemos nuestras mentes, y de esa misma manera tu mente es ahora igual que las nuestras. Puedes entrar en el cerebro de cualquier criatura, un gato. Un perro –hasta un hombre–, ocluir las sendas de los neurones a sus centros de odio y agresión, y hacerlo con la velocidad del pensamiento. Tienes la más poderosa de todas las armas: la capacidad de hacer que cualquier ser viviente te ame, y teniendo eso, ya no necesitas nada más.

Así fue como el ratón se convirtió en parte del pequeño grupo de gente espacial que medía, relevaba planos y examinaba el planeta Tierra. El ratón corrió vertiginosamente por las calles de un centenar de ciudades, se introdujo en centenares de edificios y salió de ellos, se acurrucó en rincones y pudo captar las discusiones de personas dotadas de poder que gobernaban esta o aquella parte del planeta Tierra y los seres espaciales escuchaban con sus oídos, olían con sus sensitivas fosas nasales y veían con sus suaves ojos pardos. El ratón recorrió miles de millas, atravesando mares y continentes cuya existencia jamás había sospechado ni en sueños. Escuchó a profesores que pronunciaban conferencias ante públicos de estudiantes universitarios y escuchó las grandes orquestas sinfónicas, los exquisitos pianistas y violinistas. Observó a madres que daban hijos a luz y oyó hablar de guerras que se proyectaban y crímenes que se pensaban cometer. Vio deudos llorones que miraban cómo se sepultaban los muertos en la tierra y tembló a los sonos estrepitosos de grandes líneas de montaje en fábricas monstruosas. Se abrazó a la tierra mientras pasaban por encima balas silbantes y vio que los hombres se destrozaban unos a otros por razones tan obscuras que en sus propios cerebros no había más que odio y temor. En la misma medida que la gente espacial, fue un extraño para los hábitos curiosos de la humanidad y oyó a los seres humanos especulando sobre la

mezcla casual y carente de cerebro, de gozo y horror, que era la civilización de la humanidad en el planeta Tierra.

Luego, cuando su misión estuvo terminada casi por completo se le ocurrió al ratón preguntarles acerca del lugar en que ellos vivían. De esta manera pudo sopesar hechos, medir posibilidades y especular a tientas con las incertidumbres, creando sus propias abstracciones; y de este modo, una de aquellas noches en que el calor de los cinco seres llenaba la nave espacial, cuando se encontraban sentados y entremezclaban pensamientos y reacciones en un intercambio de cuerpo y mente del cual el ratón era una parte, pensó en el sitio en que ellos habían nacido.

—¿Es muy bello? —preguntó el ratón.

—Es un buen lugar. Bello y lleno de música.

—¿No tenéis guerras?

—No.

—¿Y nadie mata por el placer de matar?

—No.

—Y vuestros animales... ¿son como yo?

—Existen en su propia ecología. Nosotros no la alteramos y no los matamos. Cultivamos y producimos el alimento que comemos.

—¿Hay crímenes como aquí, homicidios, asaltos y robos?

—Casi nunca.

Y de este modo fueron sucediéndose preguntas y respuestas mientras el ratón extendía delante de ellos su cabeza de extraña conformación entre las patas, con los ojos fijos en los dos hombres y las dos mujeres, admirándolos y amándolos; y llegó el momento en que les preguntó:

—¿Me será permitido vivir con vosotros, con vosotros cuatro? ¿Tal vez cumplir junto a vosotros otras misiones? ¡Vosotros jamás sois crueles! No me colocaréis junto con los animales. Me dejaréis estar con la gente, ¿no es verdad?

No le respondieron. El ratón trató de leer sus mentes, pero todavía era como un niño pequeño cuando llegó al juego de la telepatía y los cerebros de los otros estaban bien protegidos.

—¿Por qué?

Siguieron .sin contestarle.

Entonces, de una de las mujeres, oyó:

—Vamos a decírtelo. No esta noche, pero pronto. Ahora debemos decirte otra cosa. No puedes venir con nosotros.

–¿Por qué?

–Por la más sencilla de todas las razones, querido amigo. Nos volvemos a nuestra patria.

–Entonces permitidme ir con vosotros. Es mi patria también. El principio de todos mis pensamientos, sueños y esperanzas.

–No podemos.

–¿Por qué? –suplicó el ratón–. ¿Por qué?

–¿No comprendes? Nuestro planeta es del tamaño de vuestro planeta Júpiter, aquí, en el sistema solar. Esa es la razón por la cual somos tan pequeños en términos terrestres, porque nuestra misma estructura atómica es diferente de la vuestra. De acuerdo con la medida de peso que usan aquí en la Tierra, mi peso es casi cien kilogramos, y tú pesas menos de un octavo de kilogramo, y sin embargo nuestros tamaños son casi iguales. Si debiésemos llevarte a nuestro planeta, morirías apenas llegáramos a su campo gravitacional. Quedarías aplastado tan absolutamente que toda apariencia de forma desaparecería de ti. No puedes pedirnos que te aniquilemos.

–Pero sois tan sabios –protestó el ratón–. Podéis hacer casi cualquier cosa. Cambiadme. Haced que sea como vosotros.

–De acuerdo con tus cánones somos sabios... –dijeron los seres espaciales, plenos de tristeza. Esta se infiltraba por todo el ámbito y el ratón sintió su desolación–. De acuerdo con nuestros cánones tenemos muy escasa sabiduría. No podemos hacer que vosotros seáis como nosotros. Eso está más allá de todo poder que queramos o podamos soñar. No podemos ni siquiera deshacer lo que hemos hecho, y ahora comprendemos qué es lo que hemos hecho.

–¿Y qué es lo que haréis de mí?

–Lo único que podemos hacer. Dejarte aquí.

–¡Ah, no! –y el pensamiento fue un grito de agonía.

–¿Qué otra cosa podemos hacer?

–No me dejéis aquí –les imploró el ratón–. Cualquier cosa, pero aquí no me dejéis. Dejad que haga el viaje con vosotros, y si entonces tengo que morir, moriré.

–No hay ningún viaje tal como tú lo ves –le explicaron–. El espacio no es para nosotros un área. No podemos hacer que resulte comprensible para ti, sólo podemos decirte que es una ilusión. Cuando nosotros nos elevamos y salimos de la atmósfera terrestre, nos deslizamos en un pliegue del espacio y aparecemos en nuestro propio sistema planetario. De manera que no sería un viaje que tú pudieras realizar con nosotros, sólo un paso hacia tu muerte.

–Dejadme morir con vosotros –rogó el ratón.

–No, nos pides que te matemos. No podemos.

–Sin embargo, me habéis hecho.

–Te hemos cambiado. Hemos hecho que crecieses en un cierto sentido.

–¿Yo lo pedí? ¿Me preguntasteis si yo quería ser así?

–Que Dios nos perdone, no te lo preguntamos.

–¿Entonces qué tengo yo que hacer?

–Vivir. Es lo único que podemos decir. Debes vivir.

–¿Cómo? ¿Cómo puedo vivir? Un ratón se esconde entre la hierba y no conoce más que dos cosas: miedo y hambre. Ni siquiera sabe lo que es él y todo lo ignora acerca del enorme mundo lunático que lo rodea; no sabe nada. Pero vosotros me disteis el conocimiento.

–Y también te dimos los medios para defenderte, de manera que puedas vivir sin miedo.

–¿Por qué? ¿Por qué tengo que vivir? ¿No entendéis eso?

–Porque la vida es buena y bella, y en sí misma es la respuesta a todas las cosas.

–¿Para mí? –y, dicho esto, el ratón los miró y les imploró que lo mirasen–. ¿Qué veis? Yo soy un ratón. En todo este mundo no hay otro ser como yo. ¿Debo volver junto a los ratones?

–Tal vez.

–¿Y hablar de filosofía con ellos? ¿Y abrirles mi mente? ¿O debería tener intercambio de ideas con esas pobres y necias criaturas condenadas? ¿Deberé ser el garrapato del mundo de los ratones? ¿Almacenaré riquezas en raíces y bulbos? Decidme, decidme –suplicó.

–Hablaremos de eso en otra ocasión –dijeron los seres espaciales–. Quédate contigo mismo por un tiempo y no temas de nada.

Entonces el ratón se acostó con la cabeza entre las patas y pensó en el capricho de las cosas. Y cuando los seres espaciales le preguntaron dónde quería estar, les contestó:

–Donde me encontrasteis.

De modo que nuevamente el plato volador descendió por la noche en el patio de los fondos de la casa suburbana de dos plantas. Una vez más la esclusa neumática se abrió y en esta ocasión salió un ratón. El ratón permaneció allí y el plato se elevó por entre las hojas muertas que se arremolinaban y se alejó como una mancha dorada que se perdió en la noche. Y el ratón quedó allí, ante su propia eternidad.

Un gato, despertado por el movimiento que se produjo entre las hojas, se acercó al ratón y se detuvo a unas pocas pulgadas de distancia cuando observó que el pequeño animal no escapaba. El gato alargó una pata y la pata se detuvo. Luchó por dominar su propio cuerpo y escapó. Y el ratón siguió inmóvil, olfateó luego el

aire, se orientó, y se dirigió a la boca del túnel de un antiguo escondite. Desde abajo, de las profundidades de la cavidad, llegó el cálido y almizclado olor de los ratones. Bajó por el túnel hacia el nido, donde estaban acurrucados un macho y una hembra, sondeó sus mentes y encontró miedo y hambre.

Corrió fuera del túnel a buscar el aire del exterior y allí se quedó sollozando y jadeando. Volvió la cabeza hacia arriba, hacia el cielo y extendió su mente, pero lo que trató de alcanzar estaba a cientos de años luz.

—¿Por qué? ¿Por qué? —dijo el ratón llorando para sus adentros—. Son tan buenos, tan sabios... ¿Por qué me lo han hecho a mí?

Caminó luego hacia la casa. Se había acostumbrado tanto a entrar en casas, y sólo una bóveda de acero lo habría hecho desistir. Encontró el lugar de entrada y se deslizó hacia el sótano. Su visión nocturna era buena, y se combinó con su agudo sentido del olfato, permitiéndole avanzar velozmente y a voluntad.

Desplazándose a través de la _cambiante trama de olores fuertes que caracterizaban todo lugar donde habitasen personas. separó el olor penetrante del queso viejo y atravesó el piso, llegando por debajo de una escalera hasta el lugar en que habían colocado una trampa ratonera. Era un objeto primitivo, una herradura de alambre doblada hacia atrás contra la tensión de un resorte y retenida con un cierre minúsculo. El trozo de queso estaba en el cierre y el más ligero contacto con el queso habría hecho funcionar la trampa.

Lleno de compasión por su propia especie, por su dulzura, su impotencia, su mente insensata que los guiaba a una trampa tan sencilla y tan poco disimulada, el ratón experimentó una súbita sensación de triunfo, de conocimiento definitivo. Sabía ahora lo que la gente espacial había sabido desde el mismo principio, que ellos le habían concedido el último don del Universo —la conciencia de su propio ser— y con el destello de esta sabiduría el ratón conoció todas las cosas y supo que todas las cosas estaban incluidas en la conciencia. Vio la totalidad y unidad del mundo y de todos los mundos que han existido alguna vez o que existirían, dejó de sentirse atemorizado y solo.

Por la mañana, el hombre de la casa suburbana de dos plantas bajó al sótano y exhaló un alarido de alegría.

—¡Lo tengo! —gritó en dirección a su familia, que estaba arriba—. Ya he atrapado al pequeño canalla.

Pero el hombre en realidad en ningún momento miró nada, ni a su esposa, ni a sus hijos, ni a su mundo; y al tiempo en que sabía que la trampa contenía un ratón muerto, jamás notó que ese ratón era algo diferente de los demás ratones. Se dirigió en cambio al fondo de la casa, tomándolo por la cola balanceó en el aire al ratón muerto y lo arrojó a los fondos de su vecino.

—Eso le dará algo en qué pensar —dijo el hombre, sonriendo burlonamente.

Los gnurrs salieron del instrumento

Reginald Bretnor

The gnurrs come from the voodvork out, © 1950 by Fantasy House Inc.. Traducido por Augusto Martínez Torres en *Bestiario de ciencia ficción*, selección de Robert Silverberg, Ciencia Ficción 44, B 114, Ultramar Editores S. A., 1986.

R. Bretnor parece un seudónimo, pero no lo es. Reginald Bretnor es un habitante de la costa oeste que ha contribuido a la ciencia-ficción desde 1950. Esta aventura de Papá Schimmelhorn y sus amigos fue la primera experiencia del autor en el género, y el éxito de tal experimento ha quedado demostrado por la larga lista de apariciones en las antologías. Es un placer contribuir a que dicha lista sea aún más larga.

Robert Silverberg

Cuando Papá Schimmelhorn se enteró de la guerra con Bobovia preparó la cesta con el almuerzo, envolvió su arma secreta en papel de embalaje y tomó el primer autobús que lo llevara a Washington. Se presentó en la puerta principal del Servicio de Armas Secretas, con cesta de almuerzo, barba y fagot.

Sí, sí, han entendido bien: ¡Fagot! Había desenvuelto su arma secreta: parecía un fagot. La diferencia no era muy notable.

El cabo Jerry Colliver, que estaba de guardia en la entrada, no se dio cuenta de que hubiera algo distinto. Lo que sabía era que el Servicio de Armas Secretas era una farsa ideada para quitarse de encima a los locos. El asunto era de lo más engorroso y todavía tenía que quedarse varias horas antes de poder ver a Kate.

—¡Buenos días, querido soldadito! —tronó Papá Schimmelhorn, agitando su fagot.

El cabo Colliver les guiñó un ojo a dos miembros de la guardia que tomaban el sol con él en los escalones.

—Vuelva para Navidad, Papá Noel —le dijo—, hemos cerrado por balance.

—¡No! —Papá Schimmelhorn estaba muy enfadado—. No puedo faltag a mi tjabajo. Tengo un agma segqueta. Mejog me dejás pasag.

El cabo se encogió de hombros. Las órdenes había que cumplirlas, locos o no, había que dejarlos entrar.

Se echó ligeramente hacia atrás y apretó el botón que indicaba la presencia de un chiflado, para que los loqueros de dentro estuvieran al tanto.

Luego, haciendo sonar las llaves, fue hacia la puerta.

—¿Un arma secreta, eh? —dijo mientras la abría —¿Piensa que ganaremos la guerra en una semana con ella?

—¡Una semana! —Papá Schimmelhorn se rió ruidosamente— ¡Soldadito!, espega y vegás. Se tegmina en dos días. ¡Soy un genio!

Mientras entraba, el cabo Colliver, recordando los reglamentos, le preguntó con familiaridad si tenía explosivos en sus paquetes, o en su persona.

—¡Jo, jo, jo! No es necesaguio explosivos. Gano igual la gueva. Bien, bien, guevísame.

El cabo lo revisó. Revisó la cesta del almuerzo, que contenía un huevo pasado por agua, dos emparedados de jamón y una manzana. Examinó también el fagot, sacudiéndolo y mirando en su interior para asegurarse de que estaba vacío.

—Bueno, abuelo —le dijo cuando termino—: Adelante. Pero es mejor que deje su flauta aquí.

—No es una flauta —lo corrigió Papá Schimmelhorn—, es un *instgumento-gnurr*. Lo tengo que llevag porque es mi agma secgueta.

El cabo, que había estado esperanzado pensando qué novelita ilustrada podría leer durante la próxima hora, se encogió de hombros, filosóficamente.

—Barnet —le pidió a uno de los miembros de la guardia—, lleva a este tipo a la Sección Ocho.

Cuando el soldado se fue con Papá Schimmelhorn, apretó dos veces más el botón de alerta de chiflados, por cábala.

—No comprendo, —le dijo al otro compañero— tenemos que tratar a estos chiflados como si fueran importantes.

Por supuesto, el cabo Colliver no tenía la más remota idea de que Papá Schimmelhorn había dicho la más estricta de las verdades.

No podía imaginarse que Papá Schimmelhorn realmente era un genio, ni que los gnurrs iban a terminar la guerra en dos días, ni que el anciano era capaz de ganarla.

No, aún no.

A la una y diez de la tarde, el coronel Powhattan Fairfax Pollard se hallaba beatíficamente ignorante de la existencia de Papá Schimmelhorn.

El coronel Pollard era alto, flaco y correoso. Usaba botas, espuelas y una de esas camisas que habían estado de moda en Fuerte Huachuca en la década de los veinte. No creía en las armas secretas. No creía ni siquiera en la bomba atómica, los rifles sin retroceso, ni la aviación. Creía en la caballería. El Pentágono le había llamado a servicio activo, a pesar de que estaba retirado, para encargarlo del Servicio de Armas Secretas, con la seguridad de que era el hombre ideal para el cargo. Durante los cuatro meses de su labor, solamente un inventor, un hombre con las ideas más sensatas acerca de las cosas más inútiles, había llegado a las esferas superiores.

El coronel Pollard estaba sentado en su escritorio, dictando a su rubia secretaria ciertos datos que extraía de un libro del teniente general Wardrop, denominado *Moderna Forja del Metal*. Estaba acumulando material para una obra propia, que se titularía *Espadas y lanzas en la guerra del mañana*. Ahora bien, a mitad de una

cita que hablaba de las virtudes de las lanzas bengalíes, interrumpió bruscamente su dictado para decir:

–¡Miss Hooper: se me ha ocurrido una idea!

Miss Hooper resopló. Siendo miembro de la rama femenina del ejército, ¿por qué el coronel, si deseaba ser formal, no se dirigía a ella llamándola *sargento*? Otros altos oficiales habitualmente solían llamarla *querida*, o *amor mío*, por lo menos cuando estaban a solas. ¡Miss Hooper! Volvió a resoplar y pregunto:

–¿Sí, señor?

El coronel carraspeó, aparentemente para aclararse las ideas, dijo:

–Considero que, por principio, la manía de dedicarse a las llamadas armas científicas es una grave amenaza para la seguridad de Estados Unidos. Sin reparar en el rostro de la ciencia inmutable de la guerra, nos pasamos fabricando un arma no probada, y otra, y otra; luego, otras armas para contrarrestar las primeras; después, otra serie para vencer a las segundas, y así siempre. Armados hasta los dientes con teorías y desilusiones, podremos llegar a estar indefensos e impotentes. ¿Me ha escuchado, miss Hooper?, *impotentes*...

Miss Hooper emitió un ruido algo despreciativo y luego contestó:

–Siiiiseññ...

–...contra los ataques de un nuevo Atila –tronó el capitán–, de un nuevo Gengis Khan todavía no nacido, que dispersará a nuestros tintineantes técnicos como si fueran tristes desperdicios, y cimentará su imperio sobre la caballería. Así, como lo oye: caballería. ¡Con caballos y espadas!

–Siiiiseññ... –dijo la secretaria.

–Hoy no tenemos caballería –rugió el coronel–. Un millón de *mujiks* montados podrían...

Pero el mundo debería quedar en la ignorancia sobre lo que un millón de *mujiks*, montados, podrían o no podrían llegar a hacer. La puerta se abrió de par en par, gracias a un fuerte empujón. Desde la oficina situada fuera se oyó un grito agudo y rápido. Un oficial joven y regordete, que había recibido un poderoso impulso que lo catapultó a través de todo el cuartel, fue a frenar bruscamente, en una parada rápida, delante del escritorio del coronel, y saludó con salvaje precipitación.

–¡*Oooh!* –exclamó ahogadamente Katie Hooper, abriendo desmesurados ojos.

La expresión del coronel cambió a una impasibilidad pétrea, y el joven oficial pudo llegar a respirar antes, para exclamar después:

–¡Dios mío! ¡Ha sucedido, señor!

El teniente Hanson no era un combatiente; era un científico. No había pedido una cita previamente, había entrado sin llamar a la puerta, en la forma menos marcial que imaginarse pueda.

–¡Y... Y...!

–¿QUIERE DECIRME DONDE ESTÁN SUS PANTALONES? –retumbó la voz del coronel Pollard.

Porque, obviamente, el teniente Hanson no los llevaba puestos. Tampoco llevaba zapatos, ni calcetines. Y los zarandeados faldones de su camisa ocultaban malamente sus desgarradas ropas interiores.

–¡HABLE USTED, MALDICIÓN!

Como enajenado, el teniente miró sus piernas, y luego otra vez al coronel. Se echó a temblar.

–Se... ¡se los *comieron!* –espetó–. ¡Esto es lo que estoy tratando de decirle! ¡Sólo Dios sabe cómo lo logra! Tiene unos ochenta años y parece el capataz de una fábrica de relojes de cuco. ¡Pero es el arma perfecta! ¡Le aseguro que funciona! Funciona, funciona, *¡funciona!* –comenzó a reír históricamente–. Los gnurrs saliegon del instgumento –cantó, batiendo palmas–, los gnurrs, los...

Entonces el coronel Pollard se levantó de la silla y trató de calmar al teniente Hanson sacudiéndolo vigorosamente.

–¡Vergonzoso! –gritaba en su oído–. Miss, dese la vuelta –le ordenó a la ruborizada Katie Hooper–. TONTERÍAS –volvió a tronar cuando el teniente trató de volver a balbucear algo sobre los gnurrs.

–Y entonces, ¿qué es este lío, soldadito? –preguntó Papá Schimmelhorn desde el vano de la puerta.

El coronel Pollard soltó al teniente. Comenzó a adquirir un tono rojo intenso que fue rápidamente tomándose violáceo. Por primera vez en su carrera militar le faltaron las palabras.

El teniente señaló, temblequeante, al coronel Pollard:

–¡Ja! Los gnurrs una tontería –dijo entre risas históricas– ¡El lo dice!

–¡Ja! –Papá Schimmelhorn irradiaba satisfacción– Te voy a mostgag, soldadito.

El coronel logró barbotar:

–¿Soldadito? ¿SOLDADITO? *Se pondrá en posición de firmes cuando le hable.* ATENCIÓN.

Por supuesto, Papá Schimmelhorn no prestó la más remota de las atenciones a lo que estaba diciendo el coronel. Llevó a sus labios el arma secreta, y los primeros compases de un coral religioso comenzaron a flotar en el aire.

–Mister Hanson –rugió el coronel –¡Arreste a ese hombre! Quítele eso que tiene en la mano. Levantaré los cargos correspondientes. Les aseguro...

En ese momento, los gnurrs salieron del instrumento.

No es fácil describir a un gnurr. ¿Pueden imaginarse un animal del tamaño y color de un ratón, pero del aspecto de un cochinillo que *brilla?* Con dedos gordos delante y detrás de cada pata, y una cola desnuda y rosa, añadiendo ojos

amarillos varias veces más grandes de lo que debieran ser. Agregad ahora tres hileras de afiladísimos dientes. ¿Pueden? ¡Muy bien! Claro que nadie ha visto jamás un gnurr. No vienen de uno en uno. Cuando los gnurrs salen del instrumento, salen por todas partes. Como los lemmings, excepto que en cantidades mucho mayores. Millones y millones y millones de ellos. Y vienen comiendo.

Los gnurrs salieron del instrumento en el momento en que Papá Schimmelhorn había llegado a una parte que habla de *la iglesia en la cañada...* Antes de que finalizara la estrofa *Ninguna otra escena me es tan querida en los recuerdos de mi infancia*, ya habían cubierto la mitad de la habitación. Entonces se abalanzaron sobre el coronel Pollard.

Subido sobre su escritorio, comenzó a tratar de alejarlos, azotándolos con su látigo de montar. Katie Hoper trepó a un fichero, y comenzó a gritar mientras se ajustaba la falda alrededor del cuerpo. El teniente Hanson, seguro en su casi desnudez, se mantuvo firme y emitía sonidos altamente insubordinados.

Papá Schimmelhorn interrumpió su melodía para decir:

–¡No te pgeocupes, soldadito! –comenzó otra vez, tocando algo que no tenía pies ni cabeza, y que nadie podía identificar como formando parte de una melodía.

Instantáneamente los gnurrs se detuvieron. Miraron por encima de sus hombros aprensivamente. Deglutieron los restos del almohadón de la silla del coronel. Emitieron un intenso brillo, comenzaron a lanzar gritos roncros y, volviendo la cola, se desvanecieron desapareciendo por los zócalos de madera.

Papá Schimmelhorn se quedó mirando las botas del coronel, que habían quedado sorprendentemente intactas, y murmuró:

–¡Mmmm, zooo! –dirigió una admirativa mirada a Katie Hooper, que se apresuró a bajarse la falda. Se palmeó sonoramente el pecho y anunció al mundo entero–: ¡Son magaviliosos, mis gnugs!

–¿Dddd... –el coronel presentaba los síntomas propios de un profundo trauma psíquico–. ¿DDoondde fueron?

–Volviegon donde viniegon –contestó Papá Schimmelhorn.

–¿Y de dónde vinieron?

–Desde ayeg.

–Eso es absurdo –el coronel se tambaleó y cayó sobre una silla –¡No estaban aquí ayer!

Papá Schimmelhorn le miró con un dejo de piedad.

–¡Pog supuesto no! No estaban aquí ayeg porque ayeg ega hoy. Están aquí ayeg cuando ayeg es ya ayeg. Es difeguento.

El coronel Pollard se secó un sudor viscoso de la frente, echando una mirada interrogativa al teniente Hanson.

–Tal vez pueda explicar algo, señor –dijo el teniente, cuyo sistema nervioso parecía haberse beneficiado por la segunda visita de los gnurrs– ¿Puedo darle mi informe?

–Sí, si, por supuesto –el coronel Pollard pareció aliviado por la posibilidad de una pausa–. Siéntese.

El teniente Ranson acercó una silla, y mientras Papá Schimmelhorn se acercaba a hablar con Katie, comenzó a exponerle al capitán, en voz muy baja.

–Es absolutamente increíble, los *tests* que se hacen de rutina indican que es un débil mental leve. Dejó la escuela cuando tenía once años; hizo su aprendizaje y luego trabajó como relojero hasta los cincuenta años. Luego fue conserje del Instituto de Física Superior de Ginebra hasta hace unos pocos años. De allí vino a Norteamérica y comenzó a trabajar donde lo hace actualmente. Pero es el asunto de Ginebra lo que es importante. Deben de estar trabajando sobre los estudios de Einstein y de Mikovski. Este hombre debe de haber oído mucho de lo que se decía.

–Pero si es un débil mental –el coronel había oído hablar de Einstein, y sabía que era muy profundo–. ¿De qué podía servirle?

–¡Ese es el caso, señor! Es un débil mental a nivel consciente, pero subconscientemente es un genio. De alguna forma, parte de su mente absorbió esa información, la integró y dio como resultado el instrumento. Dentro hay un extraño cristal en forma de L. Cuando se toca, el cristal vibra. No sabemos cómo funciona, pero funciona.

–Se refiere a... ¿la cuarta dimensión?

–Precisamente. Creemos que hemos dejado atrás el día de ayer. Los gnurrs, no. Está allí *ahora*. Cuando un día se torna para nosotros en ayer, es el hoy para ellos.

–Pero... pero ¿cómo se libra de ellos?

–Dice que toca la misma melodía al revés, y que invierte el efecto. ¡Cuestión de suerte, diría yo!

Papá Schimmelhorn, que estaba haciendo que Katie le tocara los bíceps, se dio la vuelta.

–¡Espieguen y vegán! –le dijo–. Con mi *gnurr-pfeife* voy a *tgansmitig* paga el enemigo. ¡Ganamos la juega!

El coronel se asustó.

–La cosa no está probada todavía. Se requieren mayores estudios: investigaciones de campo, pruebas de ácido...

–No tenemos tiempo, señor. Perderemos el factor sorpresa.

–Haremos un informe adecuado, respetando las jerarquías –declaró el coronel–. Después de todo es una máquina, ¿no es así? No se puede confiar en ellas. Y sería contrario a los principios de la guerra.

Y finalmente el teniente Hanson tuvo la inspiración genial.

–¡Pero señor –replicó, no estaríamos luchando con la *gnurr-pfeife!* Nuestra verdadera arma serán los gnurrs. Y éstos no son máquinas. Son animales. Los más grandes generales utilizaron animales para la guerra. No están interesados en los seres vivos, sino que devorarán lo demás: algodón, lana, cuero, hasta plásticos. Si yo fuera usted, iría a la Secretaría a exponerles esto cuanto antes.

Durante un instante, el coronel vaciló. Pero solamente durante un instante. Finalmente dijo:

–Hanson, tiene un buen argumento, un muy buen argumento.

Se dirigió hacia el teléfono.

Llevó menos de veinticuatro horas organizar la *Operación gnurr*. La Secretaría de Defensa, después de conferenciar con el Presidente y los Directores de Equipos, se apresuró a realizar personalmente las pruebas preliminares del arma secreta de Papá Schimmelhorn. Por la tarde se sabía que los gnurrs podían:

- a. Devorar completamente todo lo situado a unos doscientos metros de la *gnurr-pfeife* en menos de veinte segundos.
- b. Dejar completamente desnudos a una compañía de infantería, apoyada por armas químicas, hasta que estuvieran en cueros, en un minuto y dieciocho segundos.
- c. Ingerir los contenidos de cinco depósitos militares en poco más de dos minutos.
- d. Salir del instrumento cuando se hacía sonar la *gnurr-pfeife*, en un sistema de onda corta minuciosamente protegido.

También se vio que había solamente tres formas efectivas de matar a un gnurr: disparándole varios tiros, rociándolos con fuego líquido o dejando caer una bomba atómica. Y había demasiados gnurrs para que ninguno de esos métodos valiera un comino.

Hacia la mañana siguiente, el coronel Powhattan Fairfax Pollard había sido ascendido a teniente general, a cargo de la operación, puesto que era el oficial de mayor graduación que hubiera visto a un gnurr, y porque se sabía que los animales constituían su debilidad. El teniente Hanson, su ayudante, se vio rápidamente convertido en mayor. El cabo Colliver se transformó en sargento mayor, probablemente por haber estado allí cuando el maná cayó del cielo. Y Katie Hooper tuvo una breve pero extenuante cita con Papá Schimmelhorn.

Nadie estaba satisfecho. Katie se quejaba de que Papá Schimmelhorn y los gnurrs tenían la misma idea *in mente*, sólo que la técnica era diferente. Jerry Colliver, que había estado viéndose regularmente con Katie, protestaba diciendo que los músculos del vejete habían hecho descender sus probabilidades hasta nivel cero. El mayor Hanson había torturado sus horas con la posibilidad de que alguien, aparte del enemigo, sintonizara la Hora de Papá Schimmelhorn.

Hasta el general Pollard estaba preocupadísimo...

–Pasaría cualquier cosa por alto, Hanson, excepto que me llame *soldadito*. ¡No lo puedo aguantar! Le hablé al respecto y me contestó: *Está bien, soldadito, puedes llamarme Papá*.

El mayor Hanson trató de que su expresión se mantuviera dentro de los límites de la disciplina y le dijo:

–Y bien, señor, ¿por qué no llamarlo Papá? Después de todo, son los toques humanos como éste los que hacen la historia.

–¡Ah, sí! ¡La historia! –el general se detuvo a reflexionar– hmmm..., tal vez sea así, tal vez sea así. Después de todo, a Napoleón siempre se le llamó *el pequeño cabo*.

–Lo que realmente me preocupa, general, es qué vamos a hacer para que nuestra gente no escuche la transmisión. Pienso que tal vez se haya tenido eso en cuenta, o no se hubiera apresurado tanto la hora del ataque. Está programado para las cinco, y faltan solamente cuatro horas.

–Ahora que lo dice –le contestó el general Pollard, saliendo de su sueño– se me entregó un memorándum... Miss Hooper, ¿quiere hacerme el favor de entregarme el memo del G.I.? Gracias. Aquí está. Parece que han decidido interceptar la transmisión.

–Si, sí. Ya hice que dieran las órdenes pertinentes. Verá usted, los servicios de inteligencia nos advirtieron que el enemigo tiene medios de levantar la interceptación de cualquier cosa que transmitamos en tales circunstancias. Cuando mister Schimmelhorn salga al aire, interceptaremos la transmisión, pero nos cuidaremos bien de pasarles el código a cualquiera de los nuestros. Se piensa que escucharán de cinco a quince estaciones enemigas. La Fase Uno la constituirá la transmisión de la melodía. Cuando haya finalizado, los micrófonos se desconectarán y transmitirán nuevamente la melodía al revés, para eliminar del lugar a los gnurrs que hayan aparecido localmente. Esa será la Fase Dos.

–Parece un plan sólido –aquí el mayor Hanson frunció el ceño– Y bueno, si todo marcha como es debido. Pero ¿y si no? ¿No sería mejor que tuviéramos un as en la manga, por si acaso?

Volvió a fruncir el ceño. Luego, visto que el general no parecía tener idea alguna al respecto, se dedicó a sus tareas habituales. Realizó una inspección especial del cuarto a prueba de ruidos desde el cual Papá Schimmelhorn haría la transmisión.

También revisó las ventanas de observación, en las cuales se situarían el Presidente, el secretario y el general Pollard, así como los jefes de reparto, los miembros del servicio de inteligencia y los que formaban parte del equipo de la *Operación gnurr*. A las cinco menos diez, cuando todo estaba concluido, todavía se preocupaba.

–Venga aquí –le dijo susurrando a Papá Schimmelhorn, mientras le acompañaba a la puerta–. ¿Qué haremos si sus gnurrs realmente se salen de control? No podría volver a llevarlos al instrumento en los días que restan hasta el Juicio Final.

–¡No te pagueocupes, soldadito! –Papá Schimmelhorn le dio una fuerte palmada en la espalda, que tenía la intención de tranquilizarlo– ¡Todavía tengo un tguco que no enseñé!

Y con esta vaga promesa cerró la puerta.

–¿Listos? –preguntó el general Pollard, con la tensión reflejada en su voz, a las cinco menos un minuto.

–¡Listos! –le hizo eco la voz del sargento Colliver.

Frente a Papá Schimmelhorn se encendió una luz roja. La tensión fue en aumento. Los segundos fueron pasando. La mano del general se dirigió hacia una inexistente espada en su vaina.

A las cinco exactamente...

–¡A LA CARGA! –gritó el general.

Y Papá Schimmelhorn comenzó a tocar su melodía.

Los gnurrs, por supuesto, salieron del instrumento.

Los gnurrs salieron del instrumento, con una mirada hambrienta en sus ojos amarillos. Se extendieron como una alfombra sobre el suelo. Comenzaron a apilarse unos sobre otros. Chocaron contra las macizas piernas de Papá Schimmelhorn, con sus hileras incontables de dientecillos aguzados al descubierto. Sus pantalones desaparecieron entre la marea de animalitos. igual que su sobretodo, su corbata, los bordes de su barba. Y Papá Schimmelhorn, sin inmutarse, levantó su fagot más allá del alcance de los gnurrs, mientras seguía con la parte que dice: *Vengan, vengan a la iglesia del bosque...*

Por supuesto, el mayor Hanson no podía escuchar la *gnurr-pfeife*, pero había cantado la canción en la escuela dominical, y las palabras parecían resonar en su cerebro. Verso tras verso y coro tras coro. Parecía que Papá Schimmelhorn iba a quedar envuelto y tragado por la marea de gnurrs...

Y luego oyó la voz del general Pollard, que decía. en tono inquieto:

–¿L... listos para Fase Dos?

–¡Listos! –fue la respuesta del sargento Colliver.

Una luz verde centelleó frente a Papá Schimmelhorn.

Por un momento, nada pareció cambiar. Luego se vio que los gnurrs meditaban. Aprensivamente, miraban por encima de sus hombros peludos. Temblaron. Comenzaron a retroceder. Lenta, lentamente volvieron donde habían partido, dejando a Papá Schimmelhorn solo y triunfante, desnudo como un recién nacido.

Se abrió la puerta y salió del cuarto. Se le felicitó, vistió y (para gran enojo del sargento Colliver) rechazó una invitación a cenar en la Casa Blanca, porque tenía una cita previa con Katie. La fase activa de la operación gnurr había concluido.

Sin embargo, en la distante Bobovia reinaba el caos. Después se supo que once emisoras enemigas habían podido levantar la interceptación de la emisión, y que por tanto las mareas de gnurrs habían inundado las once mayores ciudades del enemigo. A las siete y quince Bobovia había desaparecido de las emisiones, excepto por unas pocas estaciones, que a esa altura de los acontecimientos transmitían mensajes gravemente teñidos por la histeria. A las ocho habían cesado las actividades militares de Bobovia en todos los frentes. A las diez y veinte, la prensa, asombrada, se informó de que la rendición de Bobovia era cosa de minutos...

El Presidente había recibido un mensaje del general en jefe de Bobovia, pidiéndole permiso para volar a Washington con su jefe de Estado, los miembros del gabinete y varios parientes.

«Y, por favor, si Su Excelencia tuviera la bondad de esperarlos en el aeropuerto con diecinueve pares de pantalones, nuevos o usados...»

No era cuestión de festejos parciales. Tan pronto como los periódicos salieron a la calle

**¡BOBOVIA SE RINDE! ¡LOS RATONES ATÓMICOS DEVORAN AL ENEMIGO!
¡LA ESTRATEGIA DEL GENIO SUIZO GANA LA GUERRA!**

La gente se volvió loca. Desde Maine hasta Florida, desde California hasta el Cabo Cod se encendieron las luces, sonaron las bocinas y las sirenas y millones de gargantas enronquecieron entonando una y otra vez la tonada salvadora.

Al día siguiente, después que las cámaras de televisión transmitieran la firma del tratado de rendición, el general Pollard y Papá Schimmelhorn fueron honrados en una impresionante ceremonia pública.

Papá Schimmelhorn recibió un voto de agradecimiento de ambas cámaras del Congreso. También se le concedieron títulos académicos por parte de las universidades de Harvard, Princeton, y de un buen número de colegios de Texas. Habló brevemente refiriéndose a los relojes de cuco, a los gnurrs y a Katie Hooper, y sus declaraciones fueron recibidas por una salva de aplausos.

El general Pollard, después de ser condecorado por varios países extranjeros y de haber recibido los honores de su propio ejército, se refirió al uso de los animales en las guerras del futuro. Señaló que el caballo, entre todos ellos, era el mejor capacitado para los propósitos habituales de la defensa y ataque y recordó las campañas en las cuales había sido probado y utilizado. Se hallaba listo para comenzar a dar explicaciones sobre los sables y las lanzas cuando la abrupta llegada del mayor Hanson le interrumpió.

Hanson llegó con las sirenas anunciando su paso. Dejó la escolta de policías militares para correr por la plataforma, acercarse al Presidente y decirle, pálido y jadeante:

–*Los gnurrs* –aquí se atragantó– *están en Los Angeles* –si bien trató de que su voz no fuera más que un susurro, fue lo suficientemente audible como para llegar a oídos del general.

Instantáneamente, el general se apresuró a aprovechar la ocasión.

–¡Su atención, por favor! –gritó en el micrófono–. ¡Esta ceremonia ha concluido! Pueden considerar que se les ha dado... ¡PERMISO PARA RETIRARSE!

Antes de que el auditorio hubiera tenido tiempo de reaccionar, el general se había unido al grupo de hombres que rodeaba al Presidente, y al cual Hanson estaba informando de la situación.

–¡Fue por una unidad de investigación! Estaban estudiando un mecanismo para contrarrestar interferencias, que pensaban que era mejor que el del enemigo. ¡Grabaron la audición de Papá Schimmelhorn, y la pasaron! ¡Los Angeles está siendo invadida!

Hubo varios segundos de desesperado silencio. Luego se oyó la voz del Presidente:

–Señores –dijo–, estamos en la misma situación que Bobovia.

Pero Papá Schimmelhorn, para sorpresa de todos, se rió atronadoramente:

–¡Jo, jo, jo, jo! ¡No se pgeocupen soldaditos! Tengan confianza en Papá Schimmelhorn. Pog todas pagtes, en Bobovia, hay gnugs. Nosotgos los tenemos solamente en Los Angeles, donde no impogta. ¡Además, tengo una tguco que no conocen! –guiñó alegremente un ojo–. Hay una cosa a la que gnugs tienen miedo...

–En nombre de Dios, ¿cuál es esa cosa? –exclamó el secretario.

–Capallos –dijo Papá Schimmelhorn–, es pog olog.

–¿Caballos? ¿Dijo *caballos*?

El general no cabía en si de alegría. Sus ojos echaban llamas.

–¡CABALLERÍA! –tronó–. ¡Hay que preparar la CABALLERÍA!

No se perdió tiempo. A la misma hora, el teniente general Powhattan Fairfax Pollard, el único oficial de rango superior que sabía algo sobre los gnurrs, fue ascendido al rango de comandante en jefe del Ejército, y se le confirieron atribuciones especialísimas.

El mayor Hanson ascendió a brigadier, un cambio de situación que le dejó ligeramente asombrado. Y el sargento Colliver (reflexionando tristemente que ahora ganaba más de lo suficiente como para casarse) recibió sus adecuadas menciones.

El general Pollard comenzó a actuar en forma inmediata y decisiva. Se interceptó la totalidad del presupuesto previamente destinado a la Fuerza Aérea. Todo lo que tuviera, aunque fuera una remota semejanza con un caballo, una silla de montar, unas riendas o un montón de heno, fue enviado inmediatamente hacia el oeste, después de ser requisado, juntamente con los camiones o vagones ferroviarios que fueron necesarios para el transporte.

Los oficiales de caballería retirados, así como los civiles que supieran algo del asunto, recibieron órdenes perentorias de presentarse en determinados puntos de Oregón, Nevada y Arizona, hacia donde fueron transportados por alicaídos pilotos. Todo aquel que hubiera visto, aunque fuera superficialmente, lo que era un caballo, fue reclutado. México mandó varios regimientos como colaboración.

La prensa tuvo un día de verdadero ajeteo.

¡ESTRELLAS DE HOLLYWOOD DESNUDAS SE ENFRENTAN CON LOS GNURRS!

Tales eran los titulares que ilustraban numerosas fotografías. *Life* dedicó un número especial a hablar del general en jefe Pollard, Jeb Stuar Marshal Ney, Belisarius, la carga de la Brigada Ligera en Balaklava, y Ar-50-45 Escuela del Soldado Montado sin Armas. El *Journal-American* publicó una noticia según la cual, basándose en fuentes fidedignas, el fantasma del general Custer había sido visto entrando al Club de Oficiales en Fort Riley, Kansas.

Al sexto día, el general Pollard había alistado, en el campo a defender, la fuerza de caballería más poderosa de toda la historia. Hay que decir, es cierto, que su disciplina y aspecto dejaban bastante que desear. No había, para decirlo con palabras suaves, paridad en su presencia de caballeros. A pesar de todo, su moral estaba por los cielos y...

—Nunca más —declaró el general a los corresponsales que lo entrevistaron en sus cuarteles generales en Phoenix— deberemos permitir que los políticos y los teóricos de largos cabellos persuadan a la opinión pública para abandonar los principios de la guerra que durante largo tiempo mantuvieron su sin igual vigencia. Jamás deberá volver a confiar el destino de nuestro país a los... *cachivaches*.

Sacando su sable de la vaina, el general indicó sus movimientos en el mapa.

—Nuestra estrategia es simple —anunció—. Las fuerzas de los gnurrs han pasado ya el desierto Mohave hacia el sur y actualmente invaden Arizona. En Nevada se han concentrado contra Reno y Virginia. Su ofensiva principal, sin embargo, parece estar dirigida hacia la frontera con Oregón. Tal como saben, tengo a mi mando más de dos millones de hombres a caballo.

Algo así como trescientas divisiones, que harán que los gnurrs tengan que retirarse en tres grupos principales: en el sur, en el centro y en el norte. Luego, una vez que el terreno amenazado se haya estrechado, Papá... digo, mister Schimmelhorn tocará su instrumento sobre sistemas de comunicación móviles.

Con estas palabras el general indicó que la entrevista había llegado a su final, y montando un maravilloso caballo que le había sido regalado por la población civil de Louisville, se dirigió al terreno de las operaciones.

No hay que enfatizar que su conducción de las acciones contra los gnurrs fueron índice del más alto grado de iniciativa y energía, así como de los inmutables principios de la estrategia y la táctica militar. Si bien a posteriori ciertos envidiosos elementos del Pentágono se refirieron a la operación llamándola *el rodeo de Polly*, el hecho fue que pudo lograr una victoria total en cinco semanas, meses antes de que Bobovia pudiera esbozar su plan quinquenal para la provisión de pantalones a la población. Inexorablemente, los gnurrs, atemorizados, fueron forzados a retroceder. Sus chillidos inquietos pudieron oírse a varias millas de distancia. De noche, su brillo iluminaba el cielo. Hacia el sur, donde habían sido limitados por los desiertos, sólo tres conciertos del fagot fueron más que suficientes para arrastrarlos a su lugar de origen.

En el centro, donde la acción se tomó más compleja, fueron necesarios diecisiete. En el norte, doce lograron el propósito. En cada caso el sonido fue adecuadamente extendido gracias a grandes unidades de altavoces montadas en vagones o en camiones. Se registraron innumerables casos de acciones heroicas, y Jerry Colliver, después de haber dejado en el campo de batalla cuatro pantalones de montar, fue personalmente felicitado en el lugar de la heroica acción por el general Pollard.

Naturalmente, unos pocos gnurrs lograron escapar, pero los felinos del Estado, que habían estado maullando de impaciencia y frustración, pronto dieron cuenta de ellos. En lo que respecta a los numerosísimos casos de alegre indisciplina que se sucedieron al paso de las tropas por las literalmente desnudas poblaciones, pronto fueron perdonadas y olvidadas por la alegría que embargaba a la totalidad de la población.

Secretamente, a fin de evitar el entusiasmo excesivamente caldeado de las masas de admiradores, el general Pollard y Papá Schimmelhorn volaron a Washington, y fueron necesarios tres regimientos completos, con sus sables desenvainados, para abrirles paso. Finalmente, sin embargo, llegaron al Pentágono. Se dirigieron a la oficina principal cogidos del brazo, e hicieron una pausa delante de la puerta.

—Papá —dijo el general Pollard, señalando la *gnurr-pfeife* con admiración —¡Hemos escrito una gloriosa página en la historia, y si Dios quiere, escribiremos aún más!

—¡Ja! —dijo Papá Schimmelhorn, con una enorme sonrisa y un guiño. ¡Pero esta noche vamos a hacer locugas! ¡Tengo una cita con Katie y tgae una compañega paga ti!

El general Pollard vaciló.

—¿No piensa que puede ser... perjudicial para la disciplina?

—¡No te pgeocupes, soldadito! ¡No lo vamos a contag a nadie! —dijo sonriendo Papá Schimmelhorn.

Y abrió la puerta de golpe.

Allí estaba el despacho del general. A su lado estaba el brigadier general Hanson, con una expresión preocupada. Apoyado en una pared se veía al teniente Jerry Colliver, que, luciendo una execrable expresión de triunfo, pasaba posesivamente

un brazo por la cintura de Katie Hooper. Y en la silla del general estaba sentada una anciana, muy tiesa, vestida con un vestido negro muy serio, y que golpeaba inquieta una sombrilla oscura sobre el suelo.

–¡So! –dijo en un tono que revelaba su furia–. ¿Pensabas que te ibas a escapag? ¿Paga estgopeag el lindo fagot del pgimo Anton, paga jugag con gatones y decig pigopos a muchachas soldados?

Se volvió hacia Katie Hooper e intercambió con ella una mirada, típicamente femenina, de esposa experimentada, que revelaba la sensación de triunfo y comprensión.

–¡Mucha suegte que llama a mi pog telefono, así entega yo!. Tú buena chica. Puedes veg debajo del disfgaz del cogdego.

Se puso de pie. Antes de que nadie pudiera decir nada, cruzó el cuarto, y tomó la *gnurr-pfeife* de manos de Papá Schimmelhorn.

Sin que nadie llegara a hacer un movimiento, metió la mano y cogió el cristal en forma de L, estrellándolo contra el suelo.

–¡Ahoga! –dijo triunfante– No más gnugs, ni gente sin pantalones, ni monerías.

Mientras el general Pollard observaba sin poderse mover, debido a la gran impresión, y Jery Colliver sonreía encantado, tomó al pobre Papá Schimmelhorn por el brazo, haciéndole girar para poder asirlo de una oreja.

–¡Ahoga vamos a casa! –ordenó, guiándolo hacia la puerta–. ¡Donde no hay chicas soldado, y donde falta una mano de pintuga!

Con aspecto sumamente resignado, Papá Schimmelhorn se dejó llevar sin oponer la más mínima resistencia.

–¡Adiós! –dijo a todos, en tono melancólico –¡Tengo que ig a casa con Mama!

Pero al pasar delante del general Pollard guiñó, como le era habitual, un ojo, mientras le susurraba:

–¡No te pgeocupes, soldadito! Yo me escapo otga vez. ¡Soy un genio!

Tengo un tigre en casa

Kit Reed

Automatic tiger, © 1964 by Mercury Press Inc. (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Marzo de 1964). Traducción de J. Costa-Segur Giralt en *Ciencia Ficción Selección-11*, Libro Amigo 274, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Junio de 1974.

Quienes no hayan leído a Kit Reed probablemente tengan deseos de hacerlo tras sentir la fascinación de este tigre automático, capaz de transformar por completo la vida de un hombre gris y mediocre. A señalar que el relato es bastante anterior al antiguo slogan de una multinacional del combustible: «ponga un tigre en su motor».

Compró el juguete para su primo segundo Randolph, un muchacho de huesudas rodillas, tan rico que, a sus trece años, todavía vestía pantalón corto. Nacido pobre, Benedict no tenía esperanza alguna de heredar el dinero de su tío James. En cualquier caso, gastó demasiado en el juguete.

Siempre se sintió sobrecogido por la transparente y dura mirada de su tío, en anteriores visitas de fin de semana; empequeñecía en aquellos lóbregos salones de paredes recubiertas de oscura madera. Esta vez no iría a Syosset desarmado. El caro regalo que llevaba para Randolph, nieto del anciano, debiera asegurarle, en cierta medida al menos, el respeto de su tío James. Pero había algo más en todo aquello. Era una extraña sensación que le invadió en el mismo momento en que vio la caja, solitaria y orgullosa, en el oscuro escaparate de la juguetería cercana al río.

Era una caja de mediano tamaño, de color naranja y negro, con las palabras «Tigre real de Bengala» en su parte superior. Según la descripción impresa en la caja, el tigre respondía a las ordenes dadas a través de un pequeño micrófono.

Benedict había visto robots y monstruos parecidos al tigre en los anuncios de televisión durante todo el año. «Poséalo con orgullo», rezaba un letrero. Edward Benedict, apartado de los juguetes más por razones de tipo económico que por inclinación, no tenía ni idea de que aquel tigre costaba diez veces más que cualquier otro de características similares, aunque, de haberlo sabido, probablemente no habría influido en su decisión. Impresionaría al muchacho. Además, el aspecto fiero de los ojos de la ilustración le atrajo como un imán. Le costó el salario de un mes de trabajo y aún le pareció barato. Después de todo, se decía a sí mismo, la piel era legítima.

Nada deseaba tanto como abrir la caja y acariciar la piel. pero el dependiente le observaba fríamente y abandonó la idea, dejando que lo envolviera y lo atara con un cordel. Luego, le colocó la caja en los brazos, sin darle tiempo de pedir que se la mandaran a casa. La cogió sin chistar (odiaba las escenas). Estuvo pensando en el tigre durante todo el camino de vuelta a casa, en el autobús. Como todo

hombre con un juguete, sabía que no resistiría la tentación de abrir el paquete y probarlo.

Sus manos temblaban al dejar el paquete en un rincón de la sala.

—Sólo para ver si anda —musitó—; luego lo envolveré otra vez para Randolph.

Desenvolvió la caja y le dio la vuelta de manera que pudiera ver la ilustración.

No quería precipitarse. Preparó la cena y se puso a comer con la caja frente a él. Después de quitar la mesa se sentó a cierta distancia de ella, estudiando al tigre. A medida que las sombras se adueñaban de la habitación, algo, en el dibujo de la caja, parecía obligarle, conducirlo al borde de algo importante, manteniéndole en suspenso. No podía librarse de esta sensación ni siquiera al pensar que aquel tigre y él no eran más que juguete y hombre, regalo y ofrendador. El tigre del dibujo parecía mirarle con tanta intensidad que, al fin se puso en pie, se dirigió a la caja y cortó el cordel.

Al caer los lados de la caja introdujo las manos en ella. Su primera impresión fue de desencanto; aquello parecía un montón de piel vacía. Era áspera y, por un momento, pensó si los empaquetadores de la fábrica no habrían cometido un error; luego, al tantear con sus dedos, oyó un chasquido y la estructura de acero que la piel cubría se desplegó, haciéndole caer de espaldas. sin respiración, viendo cómo la criatura tomaba forma.

Era un tigre de tamaño natural, hecho con piel auténtica, cuidadosamente adaptada a una estructura de acero tan bien confeccionada que la bestia tenía un aspecto tan real como las que Benedict había visto en el zoológico de la ciudad. Los ojos eran de ámbar, iluminados por detrás por medio de pequeñas bombillas. Rayando en la histeria, Benedict notó que los bigotes estaban hechos de rígido filamento de nailon.

Allí estaba, inmóvil, rodeado de una misteriosa aura de poder, esperando a que él hallara el micrófono y diera la primera orden. En su interior, un mecanismo independiente hacía mover su larga cola, que daba trallazos en el piso.

Atemorizado, Benedict retrocedió hacia el sofá, se sentó y se quedó mirando al tigre. La oscuridad era casi completa en la habitación y, pronto, la única luz fue la emitida, por los ambarinos y fieros ojos del animal. Permanecía en una esquina del cuarto, golpeando el piso con la cola, y contemplándole con amarillenta mirada. Benedict abría y cerraba nerviosamente las manos sobre el sofá; pensaba en sí mismo, allí sentado; en el micrófono que transmitiría sus órdenes, en el tigre, esperando en su rincón y en los trallazos de la cola que inundaban la habitación. Se movió un poco y, al hacerlo, sus pies chocaron con algo. Lo recogió examinándolo. Era el micrófono. Todavía sentado, contemplaba al espléndido animal a la tenue luz emitida por sus ojos. Al fin, en la densa quietud de la noche, casi las primeras horas de la madrugada, sintiéndose extrañamente feliz, llevó el micrófono a sus labios y respiró trémulamente.

El tigre se estremeció.

Edward Benedict se levantó con cuidado. Luego, haciendo acopio de valor, consiguió que su garganta emitiera una orden:

–Camina.

Majestuosamente, el tigre obedeció.

–Siéntate –ordenó; apoyándose, trémulo, contra la puerta, sin creer aún lo que veía.

El tigre se sentó. Incluso en esta posición era tan alto como él. Aun estando en reposo, la satinada piel asentada con suavidad y ligereza sobre el cuerpo denunciaba la existencia de piezas de acero ensambladas en él interior.

Respiró otra vez junto al micrófono, maravillándose al ver que el tigre alzaba una pata y la mantenía, inmóvil, a la altura del pecho, mientras le contemplaba. Era tan real, tan emocionante, que Benedict, exultante, dijo «vamos a dar un paseo», y abrió la puerta. No usó el ascensor, sino que salió por la puerta que daba a la escalera de incendios, situada al fondo del corredor. Empezaron a bajar por ella, excitado al ver que el tigre le seguía en silencio, deslizándose, como agua, sobre los ennegrecidos peldaños.

¡Silencio ahora! –Benedict se detuvo tras la puerta que daba a la calle.

El tigre se paró tras él. Salió a la noche; la calle estaba tan solitaria, parecía tan irreal, que supuso serían las tres o las cuatro de la madrugada.

–Sígueme –susurró al tigre, internándose en la obscuridad.

Caminaron por las desiertas calles; el animal iba detrás de Benedict, confundiéndose en las sombras cuando parecía que un coche iba a pasar demasiado cerca. Finalmente, llegaron al parque y, después de haber dejado atrás algunas docenas de metros de sendero asfaltado, el tigre comenzó a distender sus patas como un caballo en marcha lenta, incansable, junto a las piernas de Benedict. Este le miró y, con un ramalazo de pena comprendió que una parte de él pertenecía aún a la jungla, que había permanecido demasiado tiempo en la caja y ahora quería correr.

–Vamos, ¡corre! –dijo, compadeciéndose, medio convencido de que no volvería a verlo más.

El felino marchó dando un salto; iba tan veloz que, sin darse cuenta, se vio por encima del pequeño lago artificial del parque. Cruzó por el aire de un tremendo salto y desapareció entre los arbustos de la otra orilla.

Solitario, Benedict se dejó caer sobre un banco, jugueteando con el micrófono. Ya no le serviría para nada, estaba seguro. Pensó en el próximo fin de semana, en el que tendría que presentarse en casa de su tío con las manos vacías. «Tenía un Juguete para Randolph, tío James, pero desapareció...» Pensó en el dinero que había gastado... Luego, reflexionando, pensó en los momentos que habían pasado juntos en el apartamento, la vida que había cobrado la habitación con su presencia, una vida que nunca tuvo antes... En definitiva, llegó al convencimiento de que no había gastado aquel dinero en vano.

El tigre... Ardía de impaciencia por volver a verlo. Tomó el micrófono. Pero, ¿por qué habría de volver siendo como era ahora libre? ¿Por qué, disponiendo de todo

el parque, del mundo entero, para correr? Incluso con esta seguridad, no pudo evitar susurrar la orden:

–Vuelve –pidió fervientemente, y luego–: Por favor.

Por algunos segundos, nada sucedió. Benedict escudriñó las tinieblas en un intento de ver algún movimiento; escuchó esperando oír siquiera un rumor, pero no ocurrió nada, hasta que la gran sombra cayó casi sobre él, saltando por encima del banco. Aterrizó, enorme y silencioso, junto a sus pies.

La voz de Benedict se quebró.

–¡Has vuelto! –exclamó emocionado.

Y, el tigre real de Bengala, emitiendo destellos de ámbar por los ojos, con sus blancos bigotes brillantes en la pálida luz, puso una pata sobre sus rodillas.

–Has vuelto –repitió Benedict y, tras una larga pausa, apoyó una indecisa mano sobre la cabeza del animal–. Creo que será mejor volver a casa –susurró, al darse cuenta de que estaba amaneciendo–. ¡Vamos! –le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de su familiaridad–, ¡«Ben»!

Y emprendió el regreso al hogar, casi corriendo, gozoso de ver al tigre correr tras él con largos y silenciosos saltos.

–Debemos dormir ahora –dijo al tigre cuando llegaron al apartamento. Luego, cuando tuvo a «Ben» instalado, enroscado, con el hocico junto a la cola, en un rincón, telefoneó a la oficina, fingiendo estar enfermo. Alborozado, exhausto, se dejó caer en el sofá, olvidando, por primera vez, que sus zapatos descansaban sobre el mueble. Se durmió en seguida.

Cuando despertó era ya casi la hora de partir hacia Syosset. En el rincón, el tigre estaba tal y como lo dejara, inerte ahora, pero aún misteriosamente vivo, con los ojos resplandecientes y la cola golpeando el suelo de vez en cuando.

–Hola –dijo Benedict con voz queda–. Hola, «Ben» –sonrió cuando el tigre alzó la cabeza, mirándole. Había estado pensando en el modo de doblar al tigre y meterlo en la caja, pero, mientras el animal levantaba la cabeza, con los ojos relucientes, Benedict supo que tendría que llevarle otra cosa a Randolph. Aquél era su tigre. Moviéndose orgulloso bajo la ambarina luz, comenzó a preparar su marcha, guardando camisetas y calzoncillos en la maleta, envolviendo su cepillo de dientes y la rasuradora en papel higiénico, metiéndolo luego en uno de los departamentos destinados a los zapatos.

Debo irme, «Ben» –dijo cuando estuvo listo–. Aguárdame. Estaré de vuelta el domingo por la noche.

El tigre pareció mirarle atentamente, con los blancos bigotes brillando intensamente. Benedict imaginó haber herido los sentimientos de «Ben».

–Te diré lo que haremos, «Ben» –le consoló–. Me llevaré el micrófono, y si te necesito te llamaré. Te diré lo que debes hacer: primero vas a Manhattan y cruzas por Triboro Bridge...

Guardó el micrófono junto al pecho, en el bolsillo de la camisa. Por razones difíciles de comprender, aquel pequeño objeto cambiaba enteramente su aspecto.

—¿Para qué quiero un juguete para Randolph? —estaba ensayando algunos valientes discursos que dirigiría a tío James—. Tengo un tigre en casa.

En el tren empujó a varias personas, con tal de poder ocupar un asiento junto a la ventanilla. Más tarde, en lugar de tomar un autobús o un taxi que le llevara a casa de su tío, se encontró telefoneando para que mandaran a alguien con el coche a recogerlo a la estación.

Ya en el oscuro estudio de paredes revestidas de madera, estrechó la mano de su tío con tanta energía que alarmó al anciano. Randolph, con las rodillas ásperas y enrojecidas, se apoyó, beligerante, sobre un codo.

—Supongo que no me has traído nada —dijo, adelantando la barbilla con desafío.

Por una milésima de segundo Benedict se sintió desmayar. Luego, el contacto del micrófono junto al pecho, hizo que se acordara.

—Tengo un tigre en casa —murmuró.

—¿Eh? ¿Qué? —Randolph le empujó, hundiéndole los dedos en las costillas—. Anda, vamos a traerlo.

Con un sordo rugido, Benedict propinó un sopapo en la oreja de Randolph.

Desde aquel momento, Randolph fue un ejemplo de respetuosidad. Resultó muy sencillo en verdad. Benedict jamás lo hubiera imaginado.

Poco antes de partir, aquel domingo por la noche, su tío James colocó en sus manos un fajo de acciones.

—Eres un joven inteligente, Edward —dijo el anciano moviendo la cabeza, como si le costara creerlo—. Un joven inteligente.

Benedict sonrió de oreja a oreja.

—Hasta la vista, tío James. Tengo un tigre en casa.

Casi antes de que la puerta del apartamento se cerrara tras él, tenía ya el micrófono en la mano. Llamó al tigre y éste se echó a sus pies. Benedict se abrazó a su gran cabeza. Luego se levantó y retrocedió unos pasos. El animal parecía mayor, más lustroso y cada uno de sus pelos vibraba con vida propia. Los bigotes de «Ben» parecían de nieve. Benedict también se sentía transformado. Pasó un largo rato frente al espejo, viendo unos cabellos que crepitaban llenos de vida: unas mandíbulas antes pesadas y prominentes y ahora tan ligeras.

Más tarde, caída ya la noche, salieron hacia el parque. Benedict se sentó en un banco para contemplar las evoluciones de su tigre, deleitándole la extraordinaria gracia de sus movimientos. Las correrías de «Ben» no duraron tanto en esta ocasión. No hacía más que volver al banco y apoyar la cabeza en las rodillas de Benedict.

Al despuntar el alba, «Ben» comenzó a correr de nuevo, describiendo amplios saltos a ras de suelo. Giró, de súbito, y marchó hacia el lago, con plena seguridad de saber adónde iba. Lo cruzó con tan limpio y formidable salto que hizo poner en pie a Benedict, gritando de contento.

–¡«Ben»!

El tigre pegó un segundo salto, tan espléndido como el anterior, y regresó junto a él. Cuando «Ben» tocó las rodillas de su amo, esta vez Benedict lanzó su chaqueta por el aire, gritando, y emprendió una loca carrera con el tigre. Fue casi una competición, con Benedict al lado de «Ben». Estaban a punto de cruzar el puente cuando una grácil figura femenina apareció, de pronto, ante ellos, con las manos extendidas ante sí, con visibles muestras de espanto y, a medida que ellos reducían su marcha, echó a correr lanzándoles algo, a la vez que abría la boca para proferir un grito que no llegó a encontrar voz. Algo blando le dio a «Ben» en el hocico; éste agitó la cabeza y retrocedió. Benedict se inclinó para recogerlo del suelo. Era un portamonedas.

–¡Eh, olvidó usted su...! –exclamó empezando a correr tras ella. Recordó de pronto que debería dar explicaciones por la presencia del tigre. Su voz se apagó y se detuvo, con un encogimiento de hombros, viéndose impotente, hasta que «Ben» le empujó.

–¡Eh, «Ben»...! –exclamó incrédulo–. La hemos asustado.

Se irguió contento y sonriente. «Vamos a ver esto» se dijo. Luego, en lo que pareció un nuevo alarde, abrió el bolso y halló algunos billetes. «Haremos que parezca un robo. Ningún policía creerá su historia del tigre» pensó. Después dejó el bolso abierto en el suelo, donde ella pudiera verlo y, abstraído, se guardó el dinero en el bolsillo, prometiéndose, in mente, devolverlo a la mujer algún día.

–Anda, «Ben» –dijo suavemente–. Vamos a casa.

Cansado, Benedict durmió toda la mañana con la cabeza apoyada en el suave lomo del tigre. «Ben» permaneció alerta, con el ámbar de sus ojos siempre brillante; los movimientos de su cola eran el único signo de vida en la habitación.

Despertó pasado el mediodía, alarmado al ver que llegaría con cuatro horas de retraso a la oficina. Sus ojos se cruzaron con los del tigre y rió. «Tengo un tigre.» Se desperezó largamente, bostezando. Tomó con calma el desayuno; luego, tranquilo, se vistió. Al hacerlo encontró las acciones que le entregara su tío el día anterior; las examinó y cayó en la cuenta de que representaban una respetable suma de dinero.

Por algunos días se sintió feliz sin hacer nada, pasando las tardes en el cine y las noches en restaurantes y bares; incluso, en dos ocasiones, fue a las carreras. El resto del tiempo lo pasaba en casa, sentado, contemplando al tigre. Cada día frecuentaba restaurantes de mayor categoría, sorprendido de que los jefes de comedor se inclinaran ante él con deferencia, y de que elegantes mujeres le miraran con interés (todo ello, estaba seguro, por el simple hecho de tener un tigre en casa).

Llegó un día en que se cansó de escoger la comida él solo. Incómodo en su nueva situación, se sentía impulsado a comprobar cuán lejos podía llegar. Había gastado hasta el último céntimo de los beneficios obtenidos con las acciones de su tío James, y (con cierta sensación de culpabilidad), el dinero tomado del bolso de aquella mujer, en el parque. Empezó a leer la sección de anuncios de The Times y, un día, copió una dirección y descolgó el teléfono.

–Deséame suerte, «Ben» –susurró al marchar.

Estuvo de vuelta una hora más tarde, moviendo la cabeza, aún atónito.

–Debiste verme, «Ben». En su vida habían oído hablar de mí y, sin embargo, me pidieron que aceptase el empleo. Los tenía acorralados. Yo era un tigre –se sonrojó con modestia.

Los ojos del tigre parpadearon y se tornaron más brillantes.

.Aquel viernes, Benedict trajo a casa el cheque de su primera paga y, por la noche, fue él quien abrió la marcha hacia el parque. Corría hasta que sus ojos se anegaban en lágrimas por efecto del frío viento; corrió con el tigre a su lado la madrugada próxima y todas las que siguieron a aquella y, cada día, se sentía más seguro de sí mismo. «Tengo un tigre en casa», se decía en los momentos difíciles. y ésta sería la clave que le ayudaría a salir airoso de las dificultades. Llevaba siempre el micrófono consigo, como si se tratara de un talismán, seguro como estaba de poder hacer uso de él en todo momento, atrayendo al tigre junto a él. Fue nombrado primer vicepresidente a los pocos días.

Fue progresando en su carrera; se convirtió en un hombre atareado y solvente, pero esto no le hizo olvidar nunca el paseo nocturno con su tigre. Había ocasiones en que, en plena velada, rodeado de gente importante, en cualquier atestado club nocturno, se excusaba para poder llevar el tigre al parque y correr a su lado vistiendo aún el smoking y la impecable camisa blanca, resplandeciente en la noche. Se tornó engreído, poderoso, pero permaneció fiel.

Hasta el día en que llevó a cabo su mayor negocio. Su superior le envió a comer con Quincy , el más importante cliente de la compañía, con instrucciones bien definidas: venderle dieciséis gruesas.

–Quincy –dijo Benedict–, usted necesita veinte gruesas.

Estaban sentados en un sofá cuyo tapizado imitaba la piel de tigre, en un restaurante de los caros. Quincy, un colérico hombretón, le habría aterrorizado un mes antes.

–¡Está usted muy seguro! –bufó Quincy–. ¿Qué demonios .le hace pensar que quiero veinte gruesas?

Por un segundo, Benedict sintió que le abandonaba el aplomo. Luego, aquella tapicería atigrada hizo sonar en él la cuerda de la inspiración y se lanzó.

—Desde luego, usted no quiere veinte gruesas –gruñó– : las *necesita*.

Quincy compró treinta gruesas. Benedict fue ascendido a director general.

Un nuevo título que no pesaba mucho sobre sus hombros. Se concedió el resto de la tarde. Se dirigía a la puerta, silencioso como un gato, cuando le detuvo un rumor inesperado, un roce de seda.

—¿Madeline? —exclamó interrogante.

Vistiendo un sedoso y oscuro vestido, la secretaria, inaccesible hasta aquel día, estaba ahora a su lado. Intentaba decirle algo, insinuante.

Benedict se dejó llevar por el impulso.

—Vendrás a cenar conmigo esta noche, Madeline.

Su voz era acariciante.

—Tengo una cita, Eddy. Mi rico tío de Cambridge está en la ciudad.

Benedict gruñó:

—¿El... ah... tío que te regaló esa piel de visón? Ya le he visto. Es demasiado gordo —dijo, y añadió con un gruñido que anuló la resistencia de Madeline: vendré por ti a las ocho.

—Pero, Eddy..., está bien —le miró a través de unas espesas pestañas—, pero debo advertirte que no soy una chica fácil de contentar.

—Harás la cena, claro, y luego daremos una vuelta por la ciudad —diose unas palmaditas en el bolsillo que contenía la billetera, dando luego un suave pellizco a su oreja.

Aquella noche, mientras revolvía en el cajón de los calcetines, su mano tropezó con algo duro. Era el micrófono. Por una u otra razón, había olvidado cogerlo aquella mañana. Debió de caerle entre los calcetines al vestirse y había ido sin él todo el día. Lo cogió con alivio y se dispuso a deslizarlo en el bolsillo del smoking. Pero no llegó a hacerlo. Cuidadosamente, lo dejó en el cajón, cerrándolo. Ya no lo necesitaba. El era el tigre ahora.

Aquella noche, todavía alegre, bajo el efecto de la bebida, del cálido son de la música y del acompasado respirar de Madeline junto a su oído, se acostó sin desnudarse y no despertó hasta clarear la mañana. Cuando empezó a andar por el cuarto, descalzo, vio a «Ben» en el rincón, con la mirada triste. Olvidó llevarle al parque.

—Lo siento, viejo amigo —se excusó al marchar a la oficina, dándole unas palmaditas.

Y al día siguiente, «estoy muy ocupado», una rápida caricia y «voy a llevar a Madeline de compras».

A medida que los días pasaban y Benedict veía más a la joven, olvidó darle a «Ben» satisfacciones por sus descuidos. El tigre quedó allí, en su rincón, sin vida, viéndole ir y venir, con la mirada cargada de reproches.

Benedict le compró a Madeline un «Oleg Cassini».

En el rincón de la sala de estar, una fina capa de polvo empezaba a cubrir la piel de «Ben».

Benedict compró a Madeline un brazalete de diamantes.

En el rincón, una colonia de polillas se estableció en la piel de «Ben».

Benedict y Madeline pasaron una semana en Nassau. De regreso, cruzaron ante el establecimiento de un vendedor de coches y Benedict compró un «Jaguar» a Madeline.

El sistema de fijación de los enhiestos y brillantes bigotes de «Ben», comenzó a ceder. Ahora estaban flácidos, y algunos pelos habían caído ya.

En el taxi que le traía a casa desde el apartamento de Madeline, Benedict examinó su talonario de cheques por primera vez en muchos días. El viaje y el primer pago del coche habían reducido casi a cero su cuenta corriente. Y al día siguiente vencía uno de los pagos de la pulsera. Pero ¿qué importaba? Se encogió de hombros. Era un hombre importante..

Ya en la puerta de su domicilio, extendió un cheque al taxista por el importe de la carrera, añadiendo cinco dólares como propina. Luego subió a su apartamento deteniéndose un momento ante el espejo para admirar su bronceado semblante. Después, se acostó.

Despertó a las tres en punto de la madrugada. Se sentía oprimido por las sombras, intranquilo, por primera vez. A la fría luz de la lámpara de la mesita de noche, revisó su cuenta corriente otra vez. Le quedaba mucho menos dinero del que pensaba. Tendría que ir al Banco, hacer un depósito con el que cubrir el cheque que le diera al taxista, o el que extendiera por el primer pago del «Jaguar» no podría hacerse efectivo. Pero, no. Había entregado un cheque por el último plazo del brazalete, y ya debían de haberlo cobrado. Estaba sin fondos...

Tenía que conseguir dinero. Sentado en la cama, meditaba. Recordaba a la mujer que habían asustado en el parque, él y «Ben», el primer día, y el dinero que encontró en el bolso. Se le ocurrió que podía conseguir el dinero que necesitaba en el parque. Recordó el pánico de la mujer, su huida. En su mente, aquello tomaba la forma de un arriesgado robo. ¿No había, acaso, gastado el dinero? Cuanto más pensaba en ello, más decidido estaba a intentarlo de nuevo, olvidando que en aquella ocasión le había acompañado el tigre, y, también, mientras se ponía un jersey a rayas y anudaba un pañuelo a su garganta, que él no era el tigre. Salió sin ver siquiera a «Ben» en su rincón. Corrió al parque, decidido.

Reinaba aún la oscuridad; caminaba ligero, silenciosamente, por los senderos, sintiendo crecer sus fuerzas a medida que avanzaba. Una vaga figura apareció, caminando hacia él (su presa), y gruñó un poco, pero rompió a reír, quedamente, al reconocer a la mujer –la misma pobre mujer asustada por un tigre–; gruñó de nuevo, corriendo hacia ella. «La asustaré otra vez», pensó.

–¡Eh! –gritó la mujer al abalanzarse Benedict sobre ella. Se detuvo en seco, casi perdiendo el equilibrio al ver que no retrocedía asustada; permaneció quieta, con los pies algo separados, balanceando el bolso.

Al verlo, la rodeó e intentó abalanzarse de nuevo.

–¡Démelo! –ordenó.

–¿Perdón? –repuso ella fríamente, sorprendida al intentar Benedict, gruñendo, una nueva acometida–. ¿Qué es lo que le pasa?

–El bolso –dijo amenazador, con el cabello erizado.

–Oh, el bolso –alzó el bolso y lo dejó caer con violencia sobre su cabeza.

Retrocedió, sobresaltado, y antes de que pudiera rehacerse, la mujer se dirigió hacia la salida del parque, riendo despreciativamente.

Había ya demasiada luz para buscar otra víctima. Se quitó el jersey y salió del parque en mangas de camisa, caminando lentamente, dándole vueltas en su mente a su fallido intento de robo. Meditando aún, entró en un café para desayunar. Preocupado, lo hizo sin darse ni cuenta. La cosa no había funcionado bien, decidió al fin, arreglándose el nudo de la corbata. Aquella mañana fue a la oficina demasiado pronto.

–Me han llamado desde el establecimiento donde compraste el «Jaguar» –declaró Madeline al llegar, una hora más tarde–. No han podido cobrar el cheque que les diste.

–¿No? –algo en sus ojos le hizo desistir de hacer algún comentario–. ¡Oh! –dijo con suavidad–, ya me ocuparé de ello.

–Será mejor que lo hagas –contestó ella. Sus ojos eran fríos.

En condiciones normales, habría aprovechado la circunstancia de encontrarse solo con ella para darle un pequeño mordisco en el cuello, pero aquella mañana parecía tan distante... Pensó que la razón estaría en no haberse afeitado. Volvió, pues, a su despacho, donde revisó, cejijunto, varias columnas de cifras en su agenda.

–Esto no marcha –murmuró–. Necesito un aumento.

El nombre del director era John Gilfoyle (mister Gilfoyle o señor, para la mayoría de empleados); Benedict pronto aprendió que el uso de iniciales le confundía, y empleaba este conocimiento en su provecho.

Quizá se había levantado con el pie izquierdo aquel día, o puede que fuera el ir sin chaqueta. Estaba desorientado. El caso es que Gilfoyle ni siquiera parpadeó.

–Hoy no tengo tiempo para eso –casi ladró.

–No parece comprenderlo –Benedict hinchó el pecho y caminó por la alfombra hacia el escritorio, con suavidad, notando, al hacerlo, con gran disgusto, que sus zapatos estaban enlodados de resultas de sus correrías por el parque. Pero era aún el tigre–. Quiero más dinero.

–Hoy no, Benedict.

–Podría conseguir el doble en cualquier otra parte –alardeó Benedict, displicente como siempre; pero, en aquella ocasión, parecía existir algún error en su actitud. Quizá estaba un poco ronco de caminar bajo el húmedo y frío aire de la noche.

El caso es que Gilfoyle, en lugar de acceder a su petición como siempre hacía, dijo:

–No parece muy hábil esta mañana, Benedict. No como debe serlo un hombre de la Compañía.

–En Welchel Works me ofrecieron... –estaba diciendo en aquellos momentos.

–¿Por qué no se larga entonces con los de la Welchel Works? –gritó Gilfoyle, dando un puñetazo sobre la mesa.

–Me necesita –contestó Benedict. Su expresión era decidida, como siempre; pero su fracaso en el parque le había afectado más de lo que suponía. Debía de estar haciéndolo todo al revés.

–No le necesito –ladró Gilfoyle–, y salga de aquí antes de que decida que ni siquiera deseo que siga aquí.

–Usted... –empezó Benedict.

–¡Fuera!

–Sí, señor. –Completamente abatido, salió del despacho.

En el pasillo tropezó con Madeline.

–¿Qué hay del pago? –empezó ella.

–Me ocuparé de ello. Si pudiéramos vernos...

–Esta noche, no –parecía notar un cambio en él–. Estaré ocupada.

Benedict estaba demasiado aturdido para protestar.

De nuevo en su despacho, repasó una y otra vez las cifras de su agenda. Era la hora de comer y seguía en su silla, ausente, acariciando el pisapapeles (una esfera de cristal, a rayas atigradas, comprado en tiempos mejores). Al tenerlo en sus manos pensó en «Ben». Por primera vez en varias semanas pensó en el tigre, inesperadamente, abrumado por la añoranza. Permaneció allí sentado el resto de la tarde, abatido, con demasiada poca confianza en sí mismo como para atreverse a salir antes de que el reloj diera la hora. Tan pronto como pudo, abandonó el despacho y tomó un taxi con unas pocas monedas que encontrara en uno de los cajones de su mesa. Pensaba que al menos el tigre no le abandonaría, que sería bueno llevarle a pasear otra vez, encontrando consuelo al correr juntos, su viejo amigo y él, por los senderos del parque.

Prescindiendo del ascensor, echó a correr escaleras arriba, deteniéndose solo para encender una lamparita junto a la puerta de la sala de estar.

–¡«Ben»! –exclamó, abrazándose al cuello del tigre. Fue al dormitorio en busca del micrófono. Lo encontró en el lavabo, bajo un montón de calcetines sucios–. «Ben» –llamó con suavidad por el micrófono.

Le llevó mucho tiempo al tigre poder levantarse. Su ojo derecho había perdido gran parte de su resplandor, de tal modo que apenas pudo verle. La luz tras el ojo izquierdo se había extinguido. Cuando su amo le llamó desde la puerta, se movió despacio, y, al aproximarse a la luz de la lámpara, Benedict comprendió por qué.

La cola de «Ben» se movía ahora lentamente, sin fuerza, y sus ojos aparecían cubiertos de polvo. Había perdido el brillo, y el mecanismo que convirtiera en movimiento las órdenes de Benedict estaba agarrotado por falta de uso. Los soberbios bigotes plateados eran ahora amarillentos, y estaban manchados aquí y allá donde las polillas habían roído; Con pesados movimientos, «Ben» apretó su cabeza contra Benedict.

–Hola, compañero. –dijo éste con un nudo en la garganta–. ¿Qué tal? Te diré lo que haremos –exclamó acariciando la estropeada piel–. Tan pronto oscurezca saldremos para el parque, a respirar un poco de aire fresco –prometió con voz rota–. El aire fresco te devolverá las fuerzas. ¡Ya verás!

Con una sensación de vacío que trataba de encubrir con sus palabras esperanzadas, se sentó en el sofá y esperó. Cuando el tigre llegó a su lado, cogió uno de sus cepillos con mango de plata y empezó a cepillar la piel sin vida de «Ben». Saltaba a pedazos, pegándose a las cerdas. La tristeza de Benedict iba en aumento. Dejó el cepillo.

–Todo irá bien, compañero –dijo acariciando su cabeza, como para tranquilizarse a sí mismo. Por un momento los ojos de «Ben» reflejaron la luz de la lámpara de la habitación y Benedict quiso creer que empezaban a cobrar nueva vida–. Ya es hora –dijo Benedict–. Anda, vamos –empezó a caminar, despacio. El tigre le siguió rechinando y, juntos, emprendieron el penoso camino hacia el parque.

Algunos minutos más tarde llegaron ante las puertas. Benedict pensaba, no sabía por qué, que una vez allí, en plena naturaleza, el tigre recobraría las fuerzas. Así parecía en realidad, al principio. La oscuridad disfrazaba la miseria de «Ben» y, además, empezó a moverse con cierta rapidez cuando Benedict se volvió y dijo:

–¡Adelante!

Benedict echó a correr a grandes, locas zancadas, por un corto trecho, asegurándose de que el tigre corría tras él; luego, acomodó su velocidad a la de «Ben». Pensó, con razón, que si iba muy aprisa, el tigre no sería capaz de seguirle. Continuó al mismo ritmo por algún tiempo y el tigre se las compuso para seguir a su lado. Después, de un modo imperceptible, decreció su velocidad, yendo más y más despacio, siguiendo los movimientos de «Ben» que, valientemente, movía sus silenciosas patas en un simulacro de marcha.

Al fin, Benedict se dirigió a un banco y le llamó a su lado, con la cabeza gacha, de modo que el tigre no pudiera ver que estaba a punto de llorar.

–«Ben» –dijo–, perdóname.

La gran cabeza le propinó un cariñoso golpe y, al levantar la cara, la débil luz del único ojo útil la iluminó. «Ben» pareció comprender su expresión, porque tocó las rodillas de Benedict con una pata, mirándole con sentimiento con su desafiante ojo ciego. Luego, encogió su cuerpo para distenderlo después, haciendo recordar el poder y la gracia que tuviera antaño. Se puso a correr hacia el lago artificial. Miró atrás en una ocasión, describiendo un pequeño salto extra, como para asegurar a Benedict que volvía a ser el mismo de antes, que no había nada que perdonar. Tomó impulso para saltar de nuevo y cruzar el lago. El comienzo fue espléndido, pero inútil. El mecanismo había estado demasiado tiempo en desuso y, justo cuando estaba en el aire, falló, agarrotándose el grácil cuerpo, cayendo, rígido, dentro del lago.

Cuando pudo ver con suficiente claridad, Benedict se dirigió a la orilla del agua con los ojos anegados en lágrimas. Polvo y algunos pelos flotaban sobre el agua, pero eso era todo. «Ben» había desaparecido. Con cuidado, Benedict extrajo el micrófono de su bolsillo y lo arrojó al agua. Permaneció allí, de pie, mirando el lago, hasta que las primeras luces de la mañana se abrieron paso a través de las ramas de los árboles, luchando por alcanzar el agua.

No se apresuró. Sabía, sin necesidad de que se lo dijeran, que estaba sin trabajo. Tendría que vender sus nuevas ropas y los cepillos de plata para poder afrontar, en parte, las deudas. Pero no importaba ya. Parecía lo más apropiado, ahora que ya no tenía nada.

Demos una oportunidad a las hormigas

Frederik Pohl

Let the ants try, © 1949 (*Planet Stories*, Invierno de 1949). Traducido por Marta Cereales en *Corrientes alternas*, cuentos de Frederik Pohl, Novelas y Cuentos 39, Editorial Magisterio Español, 1968.

Gordy sobrevivió a la Guerra de Tres Horas, aunque Detroit quedó destruida. Iba de viaje hacia Washington con las heliografías y los planos dentro de la maleta, cuando estallaron las bombas.

Había dejado a su mujer en la ciudad y no se volvió a encontrar rastro de ella. Los niños, sin embargo, no tuvieron tanta suerte. Su campamento de verano se encontraba a menos de veinte millas y desgraciadamente en la dirección del viento dominante. Pero no sufrieron hasta los últimos días del mes que tuvieron de vida. Gordy se las arregló para volver a través de los complicados y frenéticos controles de aviación y encontrarlos. Aunque sabía que seguramente iban a morir a causa de las radiaciones y que ellos lo sospechaban, tuvieron una inolvidable semana de amistad y compañerismo antes de que los dolores se volvieran demasiado agudos.

Esta fue la única amistad que Gordy conoció durante todo el año de 1960.

Volvió a Detroit tan pronto como desapareció la radiactividad; no tenía ningún otro sitio adonde ir. Encontró una casa a las afueras de la ciudad e intentó localizar al dueño para comprarla. Pero la administración de Emergencia se rió de él:

—Instálese si está usted tan loco como para quedarse aquí.

Cuando Gordy reflexionó sobre todo el asunto, se dio cuenta de que estaba en un estado de postración. Su cerebro tan inteligente y entrenado casi había dejado de funcionar. Comía, dormía, y cuando hacía frío y tiritaba, encendía fuego. Y eso era todo. El Departamento de Guerra mandó dos o tres cartas; finalmente, un funcionario del Gobierno vino a preguntarle qué pasaba con las cosas que Gordy había prometido llevar a Washington. Pero miró de una manera extraña al ratón rosa y pelado que comía tranquilamente en la cocina sucia y se mantuvo a una prudente distancia de la cara barbuda y de las ropas destrozadas de Gordy.

Le dijo:

—El secretario me envía aquí, señor Gordy. Tiene un interés especial en su descubrimiento.

Gordy movió la cabeza.

—El secretario ha muerto —dijo—. Todos murieron cuando le llegó el turno a Washington.

—Pero ahora hay un nuevo secretario —le explicó el funcionario; dio una chupada a su cigarrillo y lo apagó en el trozo de terreno que Gordy estaba transformando en

una huerta—. Arnold Cavanagh. Sabe mucho de usted y me ha dicho: "Si Gordy tiene un arma, nosotros debemos conseguirla. Debemos recuperar nuestras fuerzas. Diga a Gordy que necesitamos su ayuda".

Gordy cruzó las manos como un buda flaco.

—No tengo arma alguna —dijo.

—Pero tiene algo que puede ser usado como arma. Usted escribió a Washington antes de la guerra, y dijo...

—La guerra ha terminado —dijo Gordy.

El funcionario del Gobierno suspiró y volvió a intentar, pero por fin se marchó. Nunca más volvió. Ese hombre —pensó Gordy— describiría seguramente el asunto en su informe como una idea de loco. De todos modos eso es lo que era.

Fue en mayo cuando hizo su aparición John De Terry. Gordy trabajaba en su jardín.

—¡Dame algo de comer! —dijo una voz detrás de Gordy.

Salva Gordy se volvió y vio que el que hablaba era un hombrecillo sucio. Se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Tendrá que trabajar para ganarlo.

—Muy bien —el recién llegado soltó su paquete—. Me llamo John De Terry, vivía aquí, en Detroit.

—Yo también —dijo Salva Gordy.

Dio de comer al hombre y aceptó un cigarrillo después de la comida. Hacía tanto tiempo que no había fumado, que las primeras chupadas le marearon un poco. Contempló a John De Terry a través del humo con bastante simpatía.

Tener compañía resultaría agradable —pensó—. El ratón rosa le había hecho compañía en cierto modo, pero resultó que el efecto producido por las radiaciones que le había hecho perder el pelo también le había convertido en carnívoro. Y cuando una mañana se dio cuenta de que tenía una pierna llena de pequeñas marcas de dientes, tuvo que deshacerse de él. No había tenido ningún otro animal desde entonces, excepto las hormigas.

—¿Va usted a quedarse? —preguntó Gordy.

De Terry dijo:

—Si puedo, sí. ¿Cómo se llama usted?

Cuando Gordy se lo dijo, algo de su expresión animal desapareció por un momento de sus ojos y apareció una duda.

—¿El doctor Salva Gordy? —preguntó—. ¿Daba usted clases de matemáticas y física en Pasadena?

–Sí, di clases allí.

–Y yo estudié allí –John De Terry pasó distraídamente la mano por sus estropeadas ropas–. Hace mucho tiempo. Usted no me conocía; yo me licencié en biología. Pero yo le conocía a usted.

Gordy se puso en pie y apagó cuidadosamente la colilla de su cigarrillo.

–Hace demasiado tiempo de todo eso –dijo–. Ya casi no me acuerdo. ¿Qué le parece si trabajamos en el jardín?

Juntos sudaron bajo la luz primaveral de aquella tarde, y Gordy descubrió que lo que había sido un trabajo muy duro para una sola persona, se hacía rápidamente entre dos. Llegaron hasta el borde de la parcela antes de que el Sol alcanzara el horizonte. John De Terry se paró y se apoyó en la pala, jadeando.

Señaló la maleza que crecía al lado del terreno de Gordy.

–Podemos hacer este jardín mayor –dijo–. Arrancar esas hierbas y plantar más comida. Hasta podemos...

Se interrumpió porque Gordy estaba moviendo la cabeza.

–No podemos arrancarlas –dijo Gordy–; son muy espesas, una especie de hierbas salvajes pero con una raíz particularmente dura. No puedo ni siquiera cortarlas. Están por todos los alrededores, y cada vez se extienden más.

De Terry hizo una mueca.

–¿Más mutaciones?

–Creo que sí. Y mire...

Gordy hizo señas al otro hombre y le condujo al borde del área cultivada. Se agachó y cogió algo rojo y contorsionado entre el pulgar y su índice.

De Terry lo tomó en su mano.

–¿Otra mutación? –acercó el bicho a sus ojos–. Es casi como una hormiga –dijo– excepto el tórax, que es completamente diferente. Y tiene el cuerpo blando.

Se quedó silencioso examinando el bicho. Murmuró algo en voz baja y arrojó el insecto lejos de sí.

–No tendrá usted un microscopio, ¿verdad? No... y, sin embargo, esto es difícil de creer. Es una hormiga, pero no parece que tenga tráqueas. Es algo diferente.

–Todo es diferente–dijo Gordy; señaló un par de parcelas abandonadas–. Planté zanahorias allí. Por lo menos pensé que eran zanahorias, pero cuando intenté comerlas me puse enfermo –suspiró profundamente–. La humanidad tuvo su oportunidad, John –dijo–. No se conformó con la bomba atómica, quisimos transformar todo en armas. Hasta yo hice un arma de algo que no tenía nada que ver con la guerra. Y nuestras propias armas nos han destruido.

De Terry sonrió amargamente.

–Quizá las hormigas lo hagan todo mejor. Es su turno.

–Ojalá lo fuera.

Gordy arrojó un puñado de tierra a la hirviente entrada de un hormiguero y observó el desconcierto de los insectos.

–Me temo que sean demasiado pequeñas.

–Bueno, no. Estas hormigas son diferentes, doctor Gordy. Los insectos han sido siempre pequeños porque su sistema respiratorio era muy pobre. Pero éstos han sufrido una metamorfosis. Creo..., creo que actualmente poseen pulmones. Pueden crecer, doctor Gordy. Si las hormigas tuvieran el tamaño de los hombres..., entonces gobernarían el mundo.

–¡Hormigas con pulmones! –los ojos de Gordy brillaron–. Quizá gobernarían el mundo, John. Quizá cuando la raza humana se destruya de una vez para siempre...

De Terry movió la cabeza y volvió a mirarse la ropa desgarrada y sucia.

–La próxima explosión será la última –dijo–. Las hormigas llegan muy tarde. Llevan un retraso de millones de años.

Agarró su pala.

–Tengo hambre de nuevo, doctor Gordy –dijo.

Volvieron a la casa y comieron sin hablar. Gordy estaba preocupado y De Terry llevaba demasiado poco tiempo como para forzar la conversación.

Anocheecía cuando terminaron de comer y Gordy se levantó trabajosamente para ir a encender una vela. Luego se detuvo.

–Esta es su primera noche, John –dijo–. Venga conmigo al sótano. Haremos funcionar el generador y esta noche habrá luz eléctrica en honor suyo.

De Terry le siguió por las escaleras, tanteando en la obscuridad. A la luz de una vela trataron de poner en marcha un generador; estaba duro porque no había sido usado desde hacía mucho tiempo. Pero una vez que consiguieron hacerlo funcionar no tuvieron ningún problema.

–Es una de las pocas cosas que recuperé –explicó Gordy–. El generador... y eso.

Señaló con el dedo un rincón del sótano.

–Le dije que había inventado un arma –añadió–. Es esto.

De Terry miró. Parecía más una jaula que otra cosa, pensó. Tenía la altura de un hombre y era casi cúbica.

–¿Para qué sirve? –preguntó.

Por primera vez en muchos meses Gordy sonrió.

–No puedo explicárselo en inglés –dijo–, y dudo que usted hable el lenguaje de las matemáticas. Lo más aproximado que le puedo decir es que desplaza las coordenadas temporales. ¿Tiene esto algún sentido para usted?

–No –dijo De Terry–. ¿Qué es lo que hace?

–Bien, el Departamento de Guerra le daba un nombre, un nombre que había tomado de H. G. Wells. Lo llamaba la Máquina del Tiempo.

Afrontó tranquilamente la mirada estupefacta y asustada de De Terry.

–¿Ve usted, John? Podemos dar una oportunidad a las hormigas si queremos.

Catorce horas más tarde entraron en la jaula. Las baterías estaban cargadas y el extraño motor trepidaba...

Y después de retroceder catorce millones de años se bajaron en un terreno húmedo y gelatinoso.

Gordy se dio cuenta de que estaba temblando y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

–No hay dinosaurios ni tigres de dientes afilados a la vista –informó.

–No, aún les falta mucho tiempo para aparecer –agregó De Terry.

Luego exclamó:

–¡Dios mío!

Miró a su alrededor con la boca abierta. No corría el más mínimo aire y la atmósfera era templada y húmeda. Alrededor de ellos estaban apiñados grandes árboles... O algo que podía ser comparado con árboles. De Terry decidió que eran más bien una especie de helechos de tronco blando o de hongos gigantes.

El cielo estaba completamente cubierto de nubes.

Gordy se estremeció.

–Deme las hormigas –ordenó.

Silenciosamente, De Terry se las alargó. Gordy hizo un agujero con los dedos en la tierra blanda, abrió el frasco cuidadosamente y sacó una de las hormigas-reinas que había desterrado de su jardín. De su cola colgaba una delgada masa de huevos.

Unos metros más lejos hubiera sido mejor, pensó. Pero le asustaba separarse de De Terry y de la máquina. Hizo otro agujero y repitió el proceso.

Había ocho hormigas reinas. Cuando enterró la octava tiró el frasco y volvió con De Terry.

–Ya está –dijo.

De Terry suspiró. Su cara solemne se abrió en una avergonzada sonrisa.

–Creo..., creo que me siento como si fuera Dios –dijo–. ¡Señor! Doctor Gordy, esto es más importante que todos los acontecimientos de la historia juntos. He estado pensando en ello y creo que lo único que se le puede comparar es el Diluvio. Ni siquiera. ¡Hemos creado una raza!

–Si sobreviven, sí.

Gordy limpió una gota de humedad condensada a un lado de su máquina del tiempo y resopló.

–Me pregunto qué tal se llevarán con el género humano –dijo.

Se quedaron silenciosos durante un momento pensando. Desde el interior de la jungla de helechos les llegó el grito ronco de un animal. Los dos se miraron asustados, pero pasó el tiempo y el animal no apareció.

Finalmente, De Terry dijo:

–Será mejor que volvamos.

–Muy bien.

Subieron con rigidez a la pequeña cabina interior de la máquina del tiempo.

Gordy se quedó con la mano en el volante de control, pensando en las hormigas. Suponiendo que sobreviviesen, suponiendo que dentro de cuarenta millones de años crecieran y desarrollaran un cerebro, ¿qué pasaría? ¿Serían los hombres capaces de vivir en paz con ellas? O, por lo menos, ¿sería posible que los hombres se sintiesen hermanos, unidos contra una raza extraña?

Ojalá este hecho pudiera evitar la guerra humana y –sus pensamientos dieron un salto alocado– ojalá hubiera podido evitar la guerra que destruyó a la familia Gordy.

A su lado De Terry se agitaba desasosegado. Gordy dio un salto y giró el volante. Pasaron al negro torbellino de las matemáticas, que podía haber sido una cuarta dimensión.

Pararon la máquina en medio de una ciudad, pero la ciudad no era Detroit. No tenía ninguna característica humana.

La máquina se quedó quieta en una calle estrecha, casi bloqueándola. Alrededor de ellos se alzaban estructuras cónicas de metal. Algunos vehículos circulaban por la calle. Uno de ellos se acercó y se paró delante de ellos.

–Doctor Gordy –susurró De Terry–. ¿Las ve usted?

Salva Gordy tragó saliva.

–Las veo.

Se bajó de la máquina del tiempo y se quedó de pie esperando para saludar a la raza que él había creado.

Porque los que estaban dentro del vehículo de tres ruedas eran los descendientes de las hormigas. Las veía claramente a través del parabrisas transparente.

De Terry estaba de pie muy cerca de él, y Gordy podía sentir el temblor del cuerpo del hombre más joven.

–¡Qué cosas más feas! –dijo Gordy suavemente.

–¡Feas! ¡Son asquerosas!

Las desagradables criaturas eran de tamaño humano, pero duras y tan repugnantes como escarabajos negros.

Los ojos, descubrió Gordy con sorpresa, habían sufrido mayor transformación que el cuerpo. Porque en vez de los ojos con facetas de los insectos, poseían ojos con iris, córnea y pupila. No eran redondos, ni verticales como los de los gatos, ni horizontales como los de los caballos, sino irregulares y llenos de manchas. Pero parecían ojos de vertebrado y resultaban extraños y poco naturales en la negrura apergaminada de la protuberante cabeza de una hormiga.

Gordy dio un paso al frente y simultáneamente las hormigas salieron de su vehículo. Durante un momento se miraron los hombres y las hormigas en silencio.

–¿Qué hago ahora? –preguntó Gordy a De Terry por encima del hombro.

De Terry se rió o carraspeó. Gordy no estaba seguro.

–Hábleles –dijo–. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Gordy tragó saliva. Decidió no intentar hablar en inglés a esas criaturas porque sabía con tanta seguridad como su propio nombre que el inglés, y probablemente cualquier otro lenguaje de sonidos, sería incomprendible para ellas. Pero se encontró sonriendo pacíficamente y eso, claro, fue tan ineficaz como lo otro... Los bichos no tenían ninguna expresión por lo visto, y ciertamente no había habido ningún precedente que les hubiera ayudado a interpretar una sonrisa humana.

Gordy levantó la mano y esperó la reacción de los insectos.

Estos no hicieron nada.

Gordy se mordió los labios y sintiéndose ridículo saludó rígidamente a las hormigas.

Las hormigas no hicieron nada. De Terry le dijo desde detrás:

–Trate de hablar con ellas, doctor Gordy.

–Es una tontería –dijo Gordy.

Sin embargo, no era más tonto que cualquier otra cosa. Con irritación, pero pronunciando las palabras cuidadosamente, dijo:

–So... mos... a... mi... gos...

Las hormigas no hicieron nada. Se quedaron allí, mirando a Gordy sin parpadear. No cambiaban de postura como haría un ser humano, ni se rascaban ni siquiera daban señales de hacer el más mínimo movimiento respiratorio. Simplemente se quedaban allí sin moverse.

–¡Por lo que más quiera! –dijo De Terry–. Vamos, déjeme intentarlo.

Se puso delante de Gordy y enfrente de las hormigas. Se señaló a sí mismo.

–Yo soy un ser humano –dijo–, un mamífero.

Señaló a las hormigas.

–Vosotros sois insectos. Esto –señaló la máquina del tiempo– nos llevó al pasado, donde hicimos que fuera posible vuestra existencia.

Esperó a que reaccionasen, pero no lo hicieron. De Terry chasqueó la lengua y volvió a intentar. Señaló las estructuras metálicas y dijo:

–Esta es vuestra ciudad.

Gordy, que le estaba escuchando, sintió la ineficacia del esfuerzo. Algo le molestaba en los pelos de la nuca y distraídamente se llevó la mano para alisarlos. Su mano tropezó con algo duro e inanimado; no era frío, pero tenía la temperatura de una madera, por ejemplo, es decir, sin temperatura. Se dio la vuelta. Detrás de él estaban media docena de hormigas de mayor tamaño. Zánganos, pensó. ¿Tenían las hormigas zánganos?

–John –dijo suavemente.

La pinza eficiente y de aspecto frágil que le había tocado se agarró a su hombro. No tienen fuerza –pensó rápidamente..., hasta que se movió instintivamente para escaparse; entonces fue como si mil presiones agudas se metiesen a través de su abrigo y penetraran en su piel; era como estar cogido por un enjambre de pequeñas pinzas de cangrejo.

Gritó:

–¡John, tenga cuidado!

De Terry, que se había agachado para señalar las huellas del vehículo de las hormigas, se puso de pie sorprendido. Se dio la vuelta para escapar, pero le cogieron en seguida. Gordy le oyó gritar, pero tenía sus propias dificultades y no podía ocuparse de las de De Terry.

Cuando dos de las hormigas se apoderaron de él, Gordy dejó de forcejear. Sintió que le corría la sangre caliente por el brazo y el dolor era como si le desollasen. Desde donde le tenían cogido las hormigas podía ver a las dos primeras que seguían paradas delante de su vehículo, sin moverse.

Olfateó un olor agrio y descubrió que procedía de las que le tenían cogido. Se preguntó si para ellas él olería tan mal. Las dos hormigas más pequeñas se movieron de una manera automática y se pusieron rápidamente en marcha sobre sus ocho delgadas patas hacia la máquina del tiempo.

Los capturadores de Gordy se dieron la vuelta y las siguieron y por primera vez desde la pelea vio a De Terry. El joven colgaba fláccidamente de las patas delanteras de una sola hormiga; dos más estaban de guardia a los lados. Salía sangre de una herida del cuello de De Terry.

Está inconsciente, pensó Gordy automáticamente. Volvió la cabeza para observar lo que hacían las hormigas con la máquina.

Lo que vio le decepcionó. Estaban de pie delante de la máquina y ninguna se movía. Luego Gordy oyó gruñidos e imprecaciones que procedían de De Terry.

—¿Cómo estás, John?

De Terry hizo una mueca.

—No muy bien. ¿Qué ha pasado?

Gordy movió la cabeza y buscó palabras para contestar. Pero las dos hormigas se dieron la vuelta al mismo tiempo y se dirigieron decididamente hacia De Terry... Las palabras murieron en la garganta de Gordy. Delicadamente, una de ellas extendió una pata delantera para tocar el pecho de De Terry.

Gordy la vio venir:

—¡John! —chilló.

...Luego todo terminó. El grito desgarrado de De Terry resonó en su oído y volvió la cabeza. Confusamente vio cómo las pinzas en forma de sierra subían y bajaban. Pero a De Terry no le quedaba vida para protestar.

Salva Gordy estaba ocupado en una pared y miraba a las hormigas que le estaban mirando. Si no fuera por lo que habían hecho a De Terry, pensó, no habría de qué quejarse.

Era verdad que las hormigas no le habían dado ni siquiera el poco de confort que la humanidad concede a sus criminales..., pero le daban de comer y le dejaban dormir, cuando les parecía bien, desde luego, y daban pequeñas muestras de que les interesaba que estuviera cómodo a su manera. Cuando la papilla pulposa que le ofrecían al principio llegó con media hora de retraso, sus miriápodos anfitriones le presentaron comidas variadas entre las cuales pudo tragar algunas frutas medianamente sabrosas. Estaba alojado en un cuarto caliente. Y si no tenía ni sillas ni ventanas era porque las hormigas no las necesitaban. No podía pedir las.

Este era el mayor inconveniente, pensó. Esto... y el recuerdo de John de Terry.

Se retorció en el suelo duro hasta que sus hombros encontraron un nuevo punto en qué apoyarse. Luego contempló el nuevo comité de hormigas que había venido a verle.

Estaban manipulando un objeto angular que parecía una cámara... o por lo menos tenía algo brillante que podía ser una lente. Gordy las observó de mal humor. Le volvía a molestar aquel olor agrio...

Gordy tuvo que admitir que las cosas no habían salido como él había planeado. Dentro de su mente había mantenido una pequeña esperanza que ahora estaba a punto de desaparecer. Había esperado que el crecimiento de las hormigas con la ayuda que él les había dado pudiera acelerar y contribuir al mejoramiento de la raza humana. Porque el odio, como Gordy sabía, empieza allí donde empiezan las diferencias. Los primeros enemigos del hombre son los miembros de su familia porque son los primeros con los que tiene contacto. Pero se une con ellos contra la familia de enfrente, pero también se unen los vecinos contra los Ghettos, los Harlem de su propia ciudad... y para él su ciudad es el corazón de la nación... y su nación la que decide la vida y la muerte en la guerra.

Gordy había alimentado la esperanza, ya muerta, de que una raza diferente fuera un estímulo para las pasiones humanas. Y si aún había lucha, de que ésta no fuera entre hombre y hombre, sino entre los hombres y las hormigas.

Había tenido esa secreta esperanza, pero la esperanza no se había realizado. Las hormigas no habían dejado que el hombre se desarrollara.

Las hormigas levantaron su especie de cámara y Gordy las miró expectante. Unas seis se fueron y se quedaron dos. Una de ellas era la pequeña criatura con la banda en la pata delantera que parecía ser su carcelero privado; la otra era desconocida para Gordy, por lo menos eso le pareció.

Las dos hormigas se quedaron inmóviles durante un período de tiempo que a Gordy le pareció tedioso. Cambió de postura, se tumbó en el suelo y decidió dormir. Pero el sueño no venía. No podía deshacerse de la idea de que había destruido a su propia raza, la había aniquilado evitándola nacer, cuarenta millones de años antes de su tiempo. No había habido ningún otro asesino de su talla desde Caín, pensó Gordy. Se preguntó por qué no tenía las manos llenas de sangre.

Hubo una señal que él no pudo distinguir y su hormiga guardián se acercó a él y le empujó separándole de la pared. Le condujeron a un pequeño túnel de salida (tenía que ir a gatas por él), luego le empujaron por un pasillo y por fin salió a la brillante luz del día.

La luz hizo parpadear a Gordy. Medio cegado, siguió a la hormiga de la banda, atravesaron una plazoleta y llegaron a un cobertizo cónico.

Allí estaban esperando más hormigas, rodeando un revoltijo de piezas de metal. Gordy las reconoció en seguida. Era su máquina del tiempo desmontada pieza por pieza.

Al cabo de un momento la hormiga volvió a empujarlo, esta vez con impaciencia, y Gordy comprendió lo que querían. Habían desmontado la máquina para estudiarla y ahora querían que la volviese a montar.

Comió cuatro veces y durmió una, sin moverse de los alrededores del cobertizo cónico. Luego terminó.

Gordy dio un paso atrás.

–Es vuestra –dijo con orgullo–. Os llevará donde queráis. Es un regalo de la humanidad.

Las hormigas estaban silenciosas. Gordy las miró y vio que había hormigas zánganos en el grupo. Todas estaban como estatuas.

–¡Eh! –dijo asombrado, sin pensar.

La pinza aguda de una de las hormigas le agarró por la espalda. Gordy sintió náuseas... Luego el terror y el aborrecimiento las hicieron desaparecer.

Sin tener en cuenta las agujas que atravesaban su piel, luchó y dio patadas a las criaturas que le tenían preso. Se soltó un brazo desgarrándose y su pesada bota se hundió en un ojo pulposo. La hormiga emitió un sonido silbeante y entrecortado y se irguió sobre sus cuatro patas peludas.

Gordy se sintió lanzado a cuatro metros de altura y cayó sobre la hormiga que agonizaba salvaje y silenciosamente. Se estrelló contra el suelo, protegiéndose del tambaleante monstruo. Sollozando se puso de pie; la máquina estaba detrás de él; se dio la vuelta, se metió rápidamente en la máquina adelantándose un paso a las otras hormigas e hizo girar el volante.

Una pata hueca de insecto arrancada de la hormiga que había estado más cerca de él se retorció en el suelo de la máquina; tan cerca había estado.

Gordy paró la máquina donde había empezado, en el pantano gelatinoso primitivo, y permaneció tumbado sobre los controles durante un buen rato.

Habían cometido un error él y De Terry; no había ninguna duda. Y había..., debía haber una manera de corregirlo.

Miró al bosque. Los helechos no eran los mismos helechos que había visto antes; la máquina había sido movida en el espacio. Pero el tiempo era idéntico. La máquina no se equivocaba. Pensó: "Di el mundo a las hormigas aquí mismo. Puedo quitárselo. Puedo encontrar las hormigas que enterré y aplastarlas con el pie... o interceptarme antes de enterrarlas."

Salió de la máquina, asustado de pronto. Miró rápidamente a su alrededor guiñando los ojos.

Había estado muy cerca de la muerte en la ciudad de las hormigas. Estaba aún débil a consecuencia de ello. ¿Estaba aquí a salvo? Recordó el violento grito de un animal que había oído antes y se estremeció al pensar que podía servir de comida a algún dinosaurio... mientras que las hormigas se desarrollaban para producir sus horribles descendientes.

Un brillo metálico a través de los helechos le sobresaltó. Había una sola cosa aquí que pudiera ser de metal pulido. ¡La máquina!

Corrió y vio la máquina rodeada de helechos que tenían las bases cubiertas de musgo. Corrió hacia ella, pero de repente se paró resbalándose en la tierra húmeda. Había dos máquinas a la vista.

La del fondo era la suya y entre los musgos pudo ver que había dos figuras dentro de ella, la suya propia y la de De Terry.

Pero la más cercana era una máquina más grande y de una forma extraña. Y de ella salió un apresurado grupo, no un grupo de hombres, sino de figuras en forma de insectos negros que corrían hacia él.

Desde luego, pensó Gordy al darse la vuelta para huir sin esperanzas, desde luego las hormigas habían tenido infinito tiempo para trabajar en ello. El tiempo suficiente para construir una máquina a partir de la suya y el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que tenían que hacerle si querían salvar su propia raza.

Gordy tropezó y el bicho negro que iba delante se echó encima de él.

Y al llenar por última vez de aire sus pulmones aterrorizados, Gordy supo cuál era el animal gritando en las profundidades del bosque.

La máquina preservadora

Philip K. Dick

The preserving machine, © 1953 (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Junio de 1953). Traducido por Augusto Martínez Torres en *Bestiario de ciencia ficción*, selección de Robert Silverberg, Ciencia Ficción 44, B 114, Ultramar Editores S. A., 1986.

Desde 1952, los entusiastas de la ciencia-ficción han saludado alborozados cada uno de los nuevos cuentos salidos de la máquina productiva de Philip K. Dick. Dado a conocer con lo que parecía ser una colección de cien cuentos cortos, originales por sus conceptos y de diestra ejecución. Luego, unos pocos años después comenzó a escribir novelas, publicando primero su excelente Solar lottery, en 1955, y prosiguiendo con libros verdaderamente perturbadores como: The three stigmata of Palmer Eldritch, Ubik, y The man in the high castle, ganador este último del premio Hugo. El cuento que reproducimos a continuación, uno de sus primeros, revela la rápida evolución de la destreza de Dick. Sus obras más recientes son auténticas pesadillas; esta historia elegante tiene también una cualidad onírica, pero indudablemente menos persecutoria.

Robert Silverberg

Doc Labyrinth se recostó en la butaca, entrecerrando sus ojos melancólicamente. Se cubrió las rodillas con la manta.

—¿Y bien? —dije. Me hallaba de pie cerca de la parrilla, calentándome las manos. Era un día claro y frío. El soleado cielo de Los Angeles se hallaba casi libre de nubes. Más allá de la modesta casa de Labyrinth se extendía una amplia zona de vegetación que llegaba hasta las montañas. Esto daba una ilusión de gozar de la Naturaleza, aun dentro de los límites de la ciudad—. ¿Y bien? —repetí. ¿La máquina funcionó como esperabas?

Labyrinth no contestó. Me di la vuelta. Mi amigo estaba mirando fijamente hacia delante, observando a un enorme escarabajo que trepaba lentamente por la manta. Se desplazaba metódicamente, con un paso lleno de dignidad. Luego de haber trepado hasta arriba comenzó a deslizarse hacia abajo, por el lado opuesto.

Labyrinth suspiró y fijó sus ojos en mí.

—¡Oh!, funcionó bastante bien.

Traté de localizar al escarabajo, pero no se hallaba a la vista. Sentí algo de frío, en la brisa leve y fresca, y me acerqué más al fuego.

—Cuéntame —le pedí.

El doctor Labyrinth, como los que leen demasiado y disponen de mucho tiempo libre, se había llegado a convencer de que nuestra civilización seguiría los pasos de Roma. Pienso que su idea era que se formaban en nuestra cultura las mismas

grietas que habían hundido al viejo mundo, al mundo de Grecia y Roma, y que consideraba que nuestro mundo, nuestra sociedad, iba a eclipsarse como lo habían hecho aquéllas, pasándose luego por un periodo de oscuro caos.

Ahora bien, con esta idea, Labyrinth comenzó a preocuparse por los logros que se perderían en tal conmoción. Pensaba en el arte, la literatura, las buenas costumbres, la música... Y pensó también que de estas importantes cosas bellas, la que más rápidamente se olvidaría sería la música.

Ciertamente que la música es lo más perecedero, frágil y delicado; y puede ser rápidamente destruida.

Labyrinth se preocupaba mucho. Amaba la música y no podía acostumbrarse a que un día no existieran Brahms ni Mozart, que no se pudiera disfrutar de la música de cámara, suave y refinada, que hace pensar en las pelucas, en los arcos frotados con resina, en las velas que se derretían en la semiobscuridad.

El mundo sería seco y lamentable sin la música. Árido e inaguantable.

De esta forma comenzó a concebir la idea de la Máquina Preservadora. Una noche, sentado cómodamente en su butaca escuchando el suave sonido de su tocadiscos, se le presentó una extraña visión. Vio, con los ojos de la mente, la última copia de un trío de Schubert, estropeada y casi ilegible, abandonada en un lugar oscuro, probablemente un museo.

Un bombardero sobrevolaba. Las bombas caían, convirtiendo al edificio en ruinas, derrumbando las paredes, que se desmoronaban, dejando sólo escombros. En el desastre, la última copia desaparecía perdida entre las ruinas, para pudrirse y desaparecer.

Y luego, siempre en la imaginación de Doc Labyrinth, observó cómo la partitura surgía de entre las ruinas como lo haría un animal enterrado, con garras y dientes aguzados, con furiosa energía.

—¡Ah, si la música pudiera tener esa facultad, el instinto de supervivencia de ciertos insectos y otros animales! ¡Cómo cambiarían las cosas si la música se pudiera transformar en seres vivos, animales con garras y dientes! Entonces podría sobrevivir. Si sólo se pudiera inventar una Máquina, una Máquina que procesara las partituras musicales, convirtiéndolas en cosas vivas.

Pero Doc Labyrinth no era mecánico. Logró unos pocos bosquejos aproximativos que envió a varios laboratorios de investigación. La mayoría estaban demasiado atareados con los contratos para el ejército, por supuesto. Pero al fin logró algo de lo que deseaba. Una pequeña universidad del Medio Oeste quedó encantada con sus planes e inmediatamente comenzaron a trabajar en la construcción de la Máquina.

Las semanas pasaron. Al fin Labyrinth recibió una postal de la universidad. La Máquina estaba saliendo bien. La habían probado haciendo procesar dos canciones populares. ¿Cuáles fueron los resultados? Surgieron dos pequeños animales, del tamaño de ratones, que corrieron por el laboratorio hasta que el gato se los comió. Pero la Máquina había trabajado a la perfección.

Se la enviaron poco después, cuidadosamente embalada en un armazón de madera, sujeta con alambres y con un seguro que cubría todos los riesgos. Estaba muy nervioso cuando comenzó a trabajar, quitándole las tablillas. Muchas ideas debieron de haber pasado por su mente cuando ajustó los controles y se preparó para la primera transformación. Había seleccionado una partitura maravillosa para comenzar, la del Quinteto en sol menor, de Mozart. Durante un rato estuvo hojeándola, absorto en sus pensamientos. Luego se dirigió a la Máquina y la echó dentro.

Pasó el tiempo. Labyrinth se mantuvo parado muy cerca, esperando nervioso y aprensivo, sin saber qué sería lo que hallaría al abrir el compartimento. Estaba realizando una gran labor, según su idea, al preservar la música de los grandes compositores para la eternidad. ¿Cómo sería gratificado? ¿Qué hallaría? ¿Qué forma adoptaría esto antes de que todo hubiera pasado?

Muchas preguntas no tenían aún respuesta. Mientras meditaba, la luz roja de la Máquina centelleaba. El proceso había concluido, la transformación se había efectuado. Abrió la portezuela.

–¡Dios mío! –fue su exclamación–. ¡Esto es verdaderamente extraño!

De la máquina salió un pájaro, no un animal. El pájaro mozart era pequeño, bello y esbelto, con el magnífico plumaje de un pavo real. Voló un poco alrededor del cuarto y se volvió hacia él, curiosamente amistoso. Temblando, Labyrinth se inclinó, extendiendo la mano. El pájaro mozart se acercó. Entonces, súbitamente, remontó el vuelo.

–Sorprendente –murmuró. Llamó dulcemente al pájaro, esperando pacientemente hasta que revoloteó hasta él. Labyrinth lo acarició durante un largo rato. ¿Cómo sería el resto? No podía adivinarlo. Cuidadosamente levantó al pájaro mozart y lo colocó en una caja.

Al día siguiente se sorprendió aún más al ver salir al escarabajo beethoven, serio y digno. Era el escarabajo que había visto trepar por la manta, concienzudo y reservado, ocupado en sus cosas.

Después vino el animal schubert. Era un animalito tontuelo y adolescente, que iba de uno a otro lado, manso y juguetón. Labyrinth interrumpió su trabajo para dedicarse a pensar.

¿Cuáles eran los factores de la supervivencia? ¿Eran las plumas mejores que las garras y los dientes? Labyrinth estaba sumamente asombrado. Había esperado obtener un ejército de criaturas recias y peleadoras, equipadas con garras y duros carapachos, listas a morder y patear. ¿Las cosas le estaban saliendo bien? Y, sin embargo, ¿quién podía decir que era lo mejor para la supervivencia? Los dinosaurios habían sido poderosos, pero ninguno estaba vivo. De todas formas, la Máquina se había construido. Era demasiado tarde para plantearse otros problemas.

Labyrinth prosiguió dándole a la Máquina la música de muchos compositores, uno tras otro, hasta que los bosques que se hallaban cerca de su casa se llenaron de criaturas que se arrastraban y balaban, gritando y haciendo todo tipo de ruidos. Muchas rarezas fueron saliendo, criaturas todas que lo asombraron y llenaron de

estupefacción. El insecto brahms tenía muchas patas que salían en todas direcciones; era un miriápodo grande y de forma aplanada. Bajo y achatado, estaba cubierto de una pelambre uniforme. Al insecto brahms le gustaba andar solo, y prontamente se alejó de su vista, preocupándose por eludir al animal Wagner, que había salido unos instantes antes.

Este era grande, y tenía muchos colores profundos. Parecía tener un humor de mil diablos, y Labyrinth se atemorizó un poco, tal como les sucedió a los insectos bach. Estos eran animalitos redondos, una gran cantidad de ellos, que se obtuvieron al procesar los cuarenta y ocho preludios y fugas. También estaba el pájaro stravinsky, compuesto por curiosos fragmentos, y muchos otros.

Los dejó sueltos, para que se acercaran a los bosques, y allí se fueron, saltando, brincando y rodando. Pero un extraño presentimiento de fracaso le atenazaba. Cada una de estas extrañas criaturas le maravillaba más y más. Parecía no tener ningún control sobre los resultados. Todo esto estaba fuera de su dominio, sujeto a alguna extraña e invisible ley que se había enseñoreado sutilmente de la situación, y esto le preocupaba sobremanera. Las criaturas mutaban a raíz de la acción de una extraña fuerza impersonal, fuerza que Labyrinth no podía ver ni comprender. Y que le daba mucho miedo.

Labyrinth dejó de hablar. Esperé un rato, pero no parecía tener deseos de continuar. Me volví a mirarlo. Me estaba contemplando en una forma extraña y melancólica.

—Realmente no sé mucho más —dijo—. No he vuelto a ir allí desde hace mucho tiempo. Tengo miedo de ver lo que sucede en el bosque. Sé que está pasando algo, pero...

—¿Por qué no vamos juntos a ver qué pasa?

Sonrió aliviado.

—¿Realmente piensas así? Imaginé que tal vez lo sugerirías, puesto que todo me está comenzando a resultar demasiado duro de afrontar —echó a un lado la manta, sacudiéndose—. Vamos, entonces.

Bordeamos la casa, y seguimos un estrecho sendero que nos llevó hacia el bosque. Tenía un aspecto salvaje y caótico, con malezas demasiado crecidas y una vegetación que no había recibido cuidados en largo tiempo. Labyrinth fue hacia adelante, apartando las ramas, saltando y retorciéndose para abrirse camino.

—¡Qué lugar! —comenté. Seguimos andando durante un rato bastante largo. El bosque estaba oscuro y húmedo; ahora era casi la hora del crepúsculo y sobre nosotros caía una fina niebla que se desprendía de las hojas situadas sobre nuestras cabezas.

—Nadie viene aquí —el doctor se quedó súbitamente de pie, mirando a su alrededor—. Tal vez sea mejor que vayamos a buscar mi escopeta. No quiero que suceda nada irreparable.

–Pareces estar muy seguro de que las cosas han escapado a tu control –me llegué hasta donde estaba y nos quedamos parados hombro con hombro–. Tal vez las cosas no estén tan mal como piensas.

Labyrinth miró alrededor. Movi6 la hojarasca con su pie.

–Están cerca de nosotros, por todos lados. Observándonos. ¿No lo sientes?

Asentí, en forma casi casual.

–¿Qué es esto?

Levanté un extraño montículo, del cual se desprendían restos de hongos. Lo dejé caer y lo aparté con el pie. Quedó en el suelo, un montoncito informe y difícil de distinguir, casi enterrado en la tierra blanda.

–Pero, ¿qué es? –pregunté nuevamente. Labyrinth se quedó mirándolo, con una expresión tensa en el rostro.

Comenzó a golpearlo suavemente con el pie. Me sentí súbitamente incómodo.

–¿Qué es, por amor de Dios? –dije–. ¿Sabes tú?

Labyrinth volvió lentamente los ojos hacia mí.

–Es el animal schubert –murmuró–. O mejor dicho, lo fue. Ya no queda mucho de él.

El animalito, que una vez había saltado y brincado como un cachorrillo, tontuelo y juguete6n, yacía en el suelo. Me incliné y aparté unas ramas y hojas que se adherían a él. No cabía duda de que estaba muerto. La boca estaba abierta, y el cuerpo había sido totalmente desgarrado. Las hormigas y las sabandijas lo habían atacado sañudamente. Comenzaba a oler mal.

–Pero ¿qué pasó? –dijo Labyrinth; movió tristemente la cabeza–. ¿Quién pudo hacerlo?

Durante un momento quedamos en silencio. Luego vimos moverse un arbusto y pudimos distinguir una forma. Debía de haber estado allí todo este tiempo, observándonos.

La criatura era inmensa, delgada y muy larga, con ojos intensos y brillantes. Me pareció bastante semejante al coyote, pero mucho más pesado. Su pelambre era manchada y espesa. El hocico se mantenía húmedo y anhelante mientras nos miraba en silencio, estudiándonos como si le sorprendiera enormemente que nos halláramos allí.

–El animal wagner –dijo Labyrinth–. Pero está muy cambiado. Casi no lo reconozco.

La criatura olfateó el aire. Súbitamente volvió hacia las sombras y un momento después se había ido.

Nos quedamos absortos durante un rato, sin decir nada.

Finalmente Labyrinth se estremeció.

–Así que esto es lo que sucedió –dijo–. Casi no puedo creerlo. Pero... ¿por qué, por qué?

–Adaptación –le dije–. Cuando echas de tu casa a un perro o a un gato doméstico, se vuelve salvaje.

–Sí –contestó–. Un perro vuelve a ser lobo. Para mantenerse vivo. La ley de la jungla. Debí haberlo supuesto. Sucede siempre.

Miró hacia abajo, hacia el lamentable cadáver en el suelo. Luego alrededor, hacia los silenciosos matorrales. Adaptación. O tal vez algo peor. Una idea se estaba formando en mi mente, pero nada dije.

–Me gustaría ver más. Echar una ojeada a los otros. Busquemos.

Estuvo de acuerdo. Comenzamos a investigar la posible existencia de animales a nuestros alrededores, apartando ramas y hojas. Hallé y empuñé una rama, pero Labyrinth se puso de rodillas, palpando y observando el suelo desde bien cerca.

–Aun los niños se transforman en animales –le comenté–. ¿Recuerdas los casos de los niños lobos de la India? Nadie podía creer que alguna vez fueron normales.

Labyrinth asintió calladamente. Se sentía muy triste, y no era difícil darse cuenta de por qué. Se había equivocado, su idea original había sido errada, y ahora se hallaba frente a las consecuencias de su error. La música podía transformarse en animales vivos, pero había olvidado la lección del Paraíso Terrenal. Una vez que algo tomaba vida comenzaba a tener una existencia independiente, dejando de ser una propiedad de su creador y moldeándose y dirigiéndose tal como lo desea. Dios, observando el desarrollo del hombre, debe de haber sentido la misma tristeza, y la misma humillación, tal como Labyrinth, al ver que *sus* criaturas se modificaban y cambiaban para enfrentarse a las necesidades de sobrevivir.

El hecho de que sus animales musicales podrían defenderse ya no quería decir nada para él, puesto que la razón por la cual las había creado, impedir que las cosas bellas se brutalizaran, estaba sucediendo ahora en ellas mismas. Labyrinth me miró, con ojos llenos de tristeza. Había asegurado su supervivencia, pero al hacerlo había destrozado el significado o los valores de tal acción. Traté de sonreírle para alentarlo, pero retiró la mirada.

–No te preocupes demasiado –le dije–. No fue un cambio demasiado grande el que experimentó el animal Wagner. Siempre fue un poco así, brusco y temperamental, ¿verdad? ¿No sentía cierta atracción por la violencia?

Me interrumpí bruscamente. Labyrinth había dado un salto, retirando apresuradamente su mano del suelo. Se apretó la muñeca, gimiendo de dolor.

–¿Qué te pasa? –me apresuré a preguntarle mientras me acercaba; temblando, me mostró su mano pequeña–. Pero ¿qué te sucede?

Le tomé la mano. Por el dorso se extendían unas marcas rojas, como tajos, que se hinchaban bajo mis ojos. Había sido mordido o agujoneado por un animal. Miré hacia abajo, pateando el césped.

Algo se movió. Vi correr hacia los arbustos a un animalito redondo y dorado, cubierto de espinas.

–Atrápalo –dijo mi amigo–. ¡Pronto!

Lo perseguí, con mi pañuelo en ristre, tratando de eludir las espinas. La esfera rodaba frenética, procurando esquivar mi maniobra, pero finalmente lo atrapé con el pañuelo.

Labyrinth se quedó mirando la forma en que se retorció atrapado. Me puse de pie.

–Casi no puedo creerlo. Va a ser mejor que regresemos a casa.

–¿Qué es? –le pregunté.

–Uno de los insectos bach. Pero está tan cambiado que casi no puedo reconocerlo...

Nos dirigimos otra vez hacia la casa, retomando nuestro camino por el sendero, a tientas en la obscuridad. Yo abría el paso, echando a un lado las ramas. Labyrinth me seguía, silencioso y triste, frotándose la mano dolorida.

Entramos al patio y subimos la escalera del fondo hacia el porche. Labyrinth abrió la puerta y pasamos a la cocina. Encendió la luz y se dirigió hacia el fregadero, para lavarse la mano.

Tomé una jarra vacía del aparador, y dejé caer dentro al insecto bach. La esfera dorada rodaba de uno a otro lado cuando le ajusté la tapa. Me senté a la mesa. Ninguno de los dos decía palabra alguna, mientras Labyrinth seguía en el fregadero, dejando correr agua sobre su mano herida... Yo, mientras tanto, seguía mirando a la esfera dorada, en sus infructuosos intentos por escapar.

–Y bien –dije finalmente.

–No hay la menor duda –Labyrinth se acercó y se sentó a mi lado–. Ha sufrido una metamorfosis. Antes no tenía espinas ponzoñosas, ¿sabes? Menos mal que tuve cuidado cuando me decidí a desempeñar el papel de Noé.

–¿Qué quieres decir?

–Tuve buen cuidado de que fueran híbridos... No se podrán reproducir. No habrá una segunda generación. Cuando estos ejemplares mueran, todo se habrá acabado.

–Debo decirte que me alegro que hayas tenido eso en cuenta.

–Me pregunto –murmuró Labyrinth– cómo sonará ahora, tal cual está.

–¿Cómo dices?

–La esfera. El insecto bach. Esa es la verdadera prueba, ¿no es así? Puedo volverlo a meter en la Máquina. Así veremos. ¿Quieres averiguar qué sucederá?

–Lo que tú digas –le contesté–. Después de todo, es tu experimento. Pero no te ilusiones demasiado.

Levantó la jarra cuidadosamente y nos dirigimos escaleras abajo, en dirección al sótano. Divisé una inmensa columna de metal opaco, que se levantaba en una esquina, cerca del lavadero. Una extraña sensación me recorrió. Era la Máquina Preservadora.

–Así que ésta es –dije.

–Sí, ésta es –Labyrinth manipuló los controles y estuvo ocupado con ellos durante un largo rato. Luego, tomando la jarra, la dio la vuelta y, abriendo la tapa, dejó caer al insecto dentro de la Máquina. Labyrinth cerró la portezuela.

–Ahora veremos –dijo. Accionó los controles y la Máquina comenzó a andar. Labyrinth se cruzó de brazos, y nos dispusimos a esperar. Fuera se hizo de noche cerrada, sin una pizca de luz. Finalmente se encendió un indicador de color rojo que se hallaba en el tablero de la Máquina. Mi amigo giró la llave hacia la posición de desconexión, y nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos deseábamos abrir la Máquina.

–Bien –dijo finalmente–. ¿Quién va a abrir y a mirar?

Labyrinth se estremeció. Metió la mano en una ranura y sus dedos extrajeron un papel con notas.

–Este es el resultado. Podemos ir arriba y tocarlo.

Nos dirigimos al cuarto de música. Labyrinth se sentó frente al piano de cola y yo le pasé la hoja. La abrió y la estudió durante un minuto, con una cara inexpresiva. Luego comenzó a tocar.

Escuché la música. Era espantosa. Nunca había oído nada igual. Era distorsionada y diabólica, sin ningún sentido o significado, excepto, tal vez, una rara familiaridad que jamás debió haber estado presente en algo así. Sólo con gran esfuerzo era posible imaginar que alguna vez había sido una fuga de Bach, parte de una serie de composiciones magníficamente ordenadas y respetables.

–Esto es lo decisivo –dijo Labyrinth. Se puso de pie, tomo la hoja de música y la rompió en mil pedazos.

Cuando nos dirigíamos hacia el lugar donde había dejado mi automóvil, le dije:

–Tal vez la lucha por la supervivencia sea una fuerza mayor que cualquier ética humana. Hace que nuestras preciosas reglas morales y nuestros modales parezcan algo fuera de lugar.

Labyrinth estuvo de acuerdo.

–Tal vez nada pueda hacerse para salvar tales costumbres y tales reglas morales.

–Sólo el tiempo puede ser capaz de responder a esa pregunta –le contesté–. Tal vez este método falló, pero otros pueden tener éxito. Es posible que algo que no podemos predecir o prever en estos momentos pueda surgir algún día.

Le di las buenas noches y subí a mi automóvil. Estaba completamente oscuro; la noche había descendido sobre nosotros.

Encendí los faros y comencé a recorrer la carretera conduciendo en plena oscuridad. No había otros vehículos a la vista. Estaba solo y sentía mucho frío.

En una curva disminuí la marcha, para cambiar de velocidad. Algo se movió cerca de la base de un sicomoro enorme, en plena oscuridad. Traté de determinar qué era.

En la parte inferior de un árbol, un escarabajo muy grande estaba construyendo algo, poniendo un poco de barro cada vez, para dar forma a una extraña estructura. Me quedé observando al animal durante un largo rato, asombrado y curioso, hasta que finalmente notó mi presencia y dejó de trabajar. Se dio la vuelta rápidamente, entró en su pequeño edificio, haciendo sonar la puerta al cerrarla firmemente tras él.

Me alejé rápidamente.

Pasen señores

Elia Barceló

© 1982. En *Super Ficción 100 títulos - Volumen conmemorativo*, Ediciones Martínez Roca S. A., 1986. Aparecido originalmente en *Maser*.

Pasen señores de Elia Barceló, española residente en Austria, es una pieza breve y sutil de una brillantez sorprendente; sólo leyéndola varias veces puede apreciarse toda su fuerza y complejidad.

«Señoras y señores pasen, ven mi cuerpo tras el cristal, abren la boca enseñando los dientes, se agitan, hacen ruidos, aprietan entre las manos bolsas de comida blanca manchadas de oscuro. Observan lentamente, algunos abren mucho las heridas sin nombre que no quiero mirar y yo no miro. Luego se van, todos se van a algún lugar que está fuera de la poca luz y ya no vienen más, o vienen, pero yo no lo sé. Son grandes, pequeños, llenos de cosas y de ruido. Yo no sé hablar como tú, yo no hablo, pero soy, pienso, y siento el dolor y no muero aún. Tú eres buena, cierras las heridas y casi no te mueves, te duele pero escuchas, entiendes.

»Didi me enseña a hablar pero no viene más. Didi es grande como el cristal, como mi mirada, pero es grande como las señoras y señores pasen y ya no habla. Didi viene, cierra las heridas rodeadas de esas cosas finas oscuras, toca el cristal y me enseña a hablar, pero es difícil. Yo entiendo cosas sí, entiendo cosas no. Didi es buena. Tu eres buena. Quiero ir a..., quiero vivir, quiero vivir. Escúchame tú, buena, escúchame. »

He tenido un sueño. Al principio no sabía qué me estaba sucediendo; ya no me acordaba qué era soñar. Era un sueño extraño, casi una pesadilla. Estaba sentado al sol, con la espalda apoyada en el barracón del doctor Peterson. Sé que se llamaba así por el bigote y las gafas y los ojillos brillantes parpadeando tras los cristales gruesos con su montura dorada. Me encontraba bien y creo que era feliz. Había un viento suave que me hacía cosquillas en el cráneo recién afeitado y me producía una sensación casi erótica que me hacía pensar en las damas egipcias. Estaba leyendo una novela de ciencia ficción que me había dado el doctor, o Hans, uno de los ayudantes. Era una historia terrible sobre un extraterrestre que cae a la Tierra y es recogido por unos feriantes que lo exhiben como monstruo en una barraca. A veces la narración me producía escalofríos. En una espantosa claridad mental imaginaba al pobre ser desvalido, tan distinto de nosotros, inmóvil en su caja de cristal, sin poder comunicar a nadie su dolor y su angustia, alimentado con cosas que apenas podía comer, perdiendo lentamente su inteligencia; sufriendo. Imaginaba su horror y su desesperanza y era como si el sol se nublara de improviso, pero entonces pasaba mi mano sobre la hierba y veía a Cinzia montando un potro negro en el pequeño rueda de madera y el mundo volvía a ser bueno y real. Quizá con el dinero que me dieran por probar aquellos

fármacos podría un día, cuando saliera de la universidad, conseguir que una mujer como Cinzia quisiera casarse conmigo.

Entonces Sonia tamborilea con sus uñas malva sobre los cristales de la ventana que hay a mi derecha y me indica que es la hora, así que dejo mi libro sobre la hierba salpicada de margaritas de manzanilla, diminutas y gloriosas, y yo me levanto y me preparo para la inyección de las cinco, que es la que más duele. Si todo va bien, el mes que viene pagaré mi matrícula en la universidad y empezaré a estudiar Literatura; si algo no funciona, estaré una temporada en el hospital, pero nada impedirá que realice mis sueños. Entro en el barracón y todos me observan; me siento como Rita Hayworth y me gusta. Me quito la camisa, me tumbo en la camilla y me esfuerzo por pensar en otra cosa cuando Peterson se acerca con la enorme jeringa de cristal y acero. Luego viene el dolor y los espasmos y caigo, caigo en un tobogán negro, liso y frío, y quiero ver el sol, el sol, el sol.

«Didi, Didi, tú, buena, aquí, aquí... Ve mi cuerpo liso y quieto. Ayuda, ayuda. Quiero... No sé, no sé más. Señoras y señores buena, ayuda a mí. Yo no sé más, no recuerdo. Yo vengo en una grande nave blanca sin ruido. Yo quiero no estar aquí. Yo quiero ir con mis señoras y señores como yo, blanca, lisa, quieta, con luz, con vida. Habla, Didi, viene con mí. Aquiles ve en el límite de la poca luz. Nadie más ve. Aquiles viene casi quieto. Yo miro sus heridas pequeñas pero no habla, no puede hablar. Didi dice, Aquiles hace ruido, ladra; Didi dice, pero no piensa. Yo pienso y no hago ruido y quiero no pensar, duele, duele. Quiero dormir, quiero morir o vivir en... No recuerdo, no recuerdo más.»

—Te prohíbo que te vuelvas a acercar a esa cosa, Didi —la voz del empresario era firme—. Creía que tendrías suficiente sentido común para no querer volver a ver a ese pobre monstruo después de casi diez años pero, por lo que veo, ni siquiera los buenos colegios ni el haber vivido como una señorita en casa de tus tíos te ha servido de nada. Me ha dicho Mumpy que te vio anoche a la puerta de la tienda.

Didi se echó atrás el flequillo, violentamente.

—Ese imbécil que sólo sirve para doblar barras de hierro... ¿Te ha venido con el cuento, eh?

—Ese imbécil de cabeza hueca tiene más sentido común que tú y tu perro juntos.

—No irás a prohibirle al pobre Aquiles que vaya a verlo si quiere, ¿ verdad? Sólo faltaba que lo encerraras en una jaula como a los leones.

—No pienso encerrarlo, pero tampoco estaría de más atarlo a un poste mientras estéis aquí. Todavía no comprendo cómo ese perro tonto no aúlla cuando lo ve. Hace ya años que tuvimos que prohibir la entrada a los perros; se volvían locos ladrando y se les erizaba el pelo.

—Pero papá, Aquiles prácticamente se ha criado con él, como yo.

–Sí, ya lo sé. Bastante arrepentido estoy ahora. Si no te llevo a mandar a casa de tus tíos, a estas alturas estarías con la camisa de fuerza. ¿No te acuerdas de que incluso llegaste a creer que ese pobre bicho te hablaba?

–Pues claro que me hablaba. Ayer, cuando llegué a la puerta de la tienda, me reconoció. No pongas esa cara, papá; iba a hablarme cuando vi al salvaje de Mumpy mirándome y pensé que sería mejor dejarlo para más tarde.

–Ni para más tarde ni para nunca, ¿está claro? –el hombre hizo una pausa y miró a su hija–. Tenía muchas ganas de tenerte aquí conmigo todo el verano, pero, tal como se están poniendo las cosas, mañana mismo te llevo a la estación. No puedo atender los asuntos del circo y vigilarte al mismo tiempo.

–No, papá, por favor. No me vuelvas a mandar a casa de la tía. Yo quiero estar aquí, contigo.

Didi le echó los brazos al cuello, y el rostro del hombre se dulcificó mientras su hija lo besaba.

Aquiles entró en el remolque y se tumbó bajo la mesa. Didi se separó de su padre y se metió en la cocina.

–¡Pobre Aquiles! ¿Te estás haciendo viejo, eh? –las manos del empresario rascaron dulcemente sus orejas–. Todos nos estamos haciendo viejos.

–¿Él también, papá? –preguntó Didi mientras buscaba la naranjada en la nevera.

–Deja de hablar de él, ¿quieres? Ponme un vaso de eso –las manos seguían acariciando al perro; sólo se oía el tintineo del cristal en la bandeja y las voces de los equilibristas practicando–. Sí, hija, claro, él se hace viejo como todo el mundo.

–Pues ayer, cuando lo vi, estaba igual.

–Los elefantes también parecen igual siempre, y llega un día y se mueren.

–Yo quisiera que él se muriera un día también, como los elefantes –dijo Didi, con lágrimas en los ojos.

–Pero pequeña, ¿qué pasa? Yo creía que lo querías.

–Por eso, papá, por eso. ¿Tú no has pensado nunca lo que debe ser estar encerrado en una caja de cristal toda la vida, sin ver nunca el sol, sin hablar con nadie, sin saber quién es él mismo, sin hacer nada?

–No sé, Didi, no sé. Las serpientes también están así, y los canarios y los peces del acuario, y no les pasa nada.

–No les pasa nada que tú sepas –contestó Didi con rebeldía. Se calló de repente y volvió a llenar los vasos. Fue al armario y trajo un plato de plástico para la naranjada de Aquiles–. Papá, cuando una nace en un circo no puede evitar pensar muchas veces qué sienten los animales. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar la nostalgia de la selva que debe de sentir un león?

El padre encendió un cigarro y contestó lentamente:

–Sí, lo he pensado a veces, como todo el mundo, pero todos tenemos una misión en la vida, y nuestros leones cumplen su misión, la que les ha tocado.

–La que has decidido tú –contestó ella en voz baja.

–Además –continuó el hombre–, la mayor parte de nuestros animales ha nacido aquí, y para ellos éste es su mundo. Sueltos en la selva no sobrevivirían.

–¿Tú crees? –hizo una pausa, para pensar–. Pero, además, él no ha nacido aquí.

Volvió a llenar los vasos y encendió un cigarrillo mirando de reojo a su padre.

–¿Ya fumas? ¿Eso te han enseñado en ese colegio de señoritas?

–Sólo de vez en cuando, papá, cuando me pongo nerviosa –cortó la respuesta con una pregunta–: ¿De dónde lo sacaste? ¿Quién te lo vendió?

El padre olvidó la cuestión del tabaco y adoptó un aire diferente.

–Pues, verás, fue una cosa rara. Vino a verme un día, hace más de diez años, no creo que te acuerdes, tú debías de tener cuatro o cinco, ni siquiera hablabas bien; pues vino a verme un señor importante, de la universidad, creo; se veía a la legua que era un sabio de esos, como en las películas, y me dijo que en su laboratorio tenían un bicho raro que habían encontrado hacía tiempo no sé dónde, que ya le habían hecho todos los análisis y las pruebas que querían y que no sabían qué hacer con él. Me dijo que había estado viendo nuestra colección de animales raros y que si no me interesaría comprarlo. Me dio su dirección y fui a verlo. Al principio me hizo el efecto de que era un timo; tenía una especie de aire humano, ya lo sabes tú, como los marcianos del cine, pero me explicó no sé qué de que se trataba de una especie de intermedio entre un hombre primitivo y otro. Me aseguró que no pensaba, que era poco más que una planta, que era barato de mantener y que resultaría muy espectacular. El precio no estaba mal, menos de la que nos costó la pantera, y al final lo compré. Me pidió permiso para venir a verlo o a hacerle análisis siempre que quisiera, y conseguí que me rebajara un poco el precio a cambio del permiso. La verdad es que no la he vuelto a ver, pero, mejor. No me gustaba aquel hombre, con esas gafas doradas tan grandes y esos cristales tan gordos, y miraba al pobre bicho como si le tuviera miedo, y cuando hablaba, no sé, sonaba a falso. En fin, mejor que no haya vuelto porque, además, podía haberlo puesto nervioso o enfermarlo o algo.

–Pero papá, ese hombre te engañó. Él piensa y yo le enseñé a hablar cuando aún vivía aquí.

–Nena, no empecemos. Te lo he contado porque ya eres mayor, pero si volvemos a lo mismo, te marchas inmediatamente.

–Él me contó, bueno, más o menos, que no era de la Tierra, que venía de otra galaxia.

–¿Como que «te la contó»?

–Bueno, nosotros, cuando yo era pequeña, hablábamos, pero no con sonidos: Yo me acercaba a su caja, ponía la frente contra el cristal, cerraba los ojos, porque no soporta ver los ojos de la gente, hasta el nombre le da asco, dice que son

como heridas en la cara, y entonces él me hablaba. Le costaba mucho y era difícil de entender, pero me hablaba.

—Si no fuera por lo tonto que resulta, diría que ese pobre monstruo ha leído mucha ciencia ficción. O él o tú —apagó el cigarro y miro a su hija—: Mira, Didi, vamos a poner las cosas claras: o me prometes que no te volverás a acercar a él, o te vas mañana. Ya eres mayor, tú verás lo que te conviene —se levantó—. Me voy a ver a los elefantes, Daisy no se encuentra bien. ¡Vamos, Aquiles!

Sobre los vasos vacíos de naranjada, Didi lloró como no la había hecho desde que salió de casa.

«Didi, Didi, viene, viene a mí. Didi, estoy solo, es obscuro. Didi, quiero ir, quiero vivir, quiero morir. Didi, ayuda, ayuda.»

La narración es artificio. El dolor es real. Sólo el dolor es real.

El gato de Schrödinger

Ursula K. Le Guin

Schrödinger's cat, © . Traducido por Mirta Rosemberg en *Universo 5*, antología de relatos de ciencia ficción seleccionados por Terry Carr, Fénix, Adiax, 1982.

La gente que trata de imponer categorías en la ficción sólo logra crear trampas lógicas: esta caja para cuentos de "ciencia dura", esta otra para cuentos de la "New Wave". Y entonces viene alguien como Ursula K. Le Guin y abre la caja, y los que imponen categorías quedan atrapados.

Éste es un delicioso cuento que utiliza una famosa anomalía física como motivo de un relato que narra cómo la Tierra cae en la incertidumbre. ¿Es "ciencia dura". ¿Es "New Wave"? Más vale no responder.

Como parece que las cosas están llegando a alguna especie de clímax, me he retirado a este lugar. Está más fresco y nada se mueve con rapidez.

Cuando venía, me encontré con una pareja que se estaba despedazando. Ella estaba hecha pedazos, pero él parecía bastante saludable, a primera vista. Mientras él me decía que no tenía hormonas de ninguna clase, ella, haciendo un esfuerzo, y apoyando la cabeza en la curva de la rodilla y saltando sobre los dedos del pie derecho, se aproximó a nosotros gritando. "¿Qué pasa si una persona intenta expresarse a sí misma?" La pierna izquierda, los brazos y el tronco, que habían quedado apilados en el suelo, se crisparon y retorcieron en señal de asentimiento.

—Hermosas piernas— señaló el marido, mirando un tobillo esbelto—. Mi mujer tiene hermosas piernas.

Ha llegado un gato, interrumpiendo mi narración. Es un gato a rayas amarillas, con el pecho y las patas blancas. Tiene largos bigotes y ojos amarillos. Jamás había advertido que los gatos tienen pelo encima de los ojos. ¿Es algo normal? No hay modo de saberlo. Como se ha dormido encima de mis rodillas, seguiré adelante.

¿A dónde?

A ninguna parte, evidentemente. Sin embargo, el impulso de narrar persiste. No vale la pena hacer muchas cosas, pero casi siempre vale la pena contarlas. En todo caso, padezco un grave caso congénito de *Ethica laboris puritanica*, o Enfermedad de Adán. Es curable sólo por medio de una descerebración total. Hasta me gusta soñar cuando duermo y tratar de recordar mis sueños: eso me hace asegurar de que no he desperdiciado siete u ocho horas tendido. Y aquí estoy, tendido, aquí. Dedicándome de lleno.

Bien, la pareja de la que hablaba, finalmente se despedazó. Los fragmentos de él se desperdigaron, trotando y piando como polluelos, pero ella quedó reducida a una masa de nervios; algo parecido a una fina tela metálica enmadejada.

Entonces continué, colocando cuidadosamente un pie delante del otro, apenado. Esta pena aún permanece en mí. Temo que sea parte de mí, como mis pies, mis muslos, mis ojos, que incluso sea yo mismo: parece que no tengo otro yo, nada más allá, nada que exista fuera de los límites de la pena.

Sin embargo no sé por qué me apeno: ¿por mi esposa? ¿por mi esposo? ¿por mis hijos o por mí mismo? No puedo recordarlo. La mayoría de los sueños se olvidan, por más fuerte que sea el deseo de recordar. Aunque más tarde la música da con la nota y la armonía repercute en las cuerdas de mandolina de la mente, y encontramos lágrimas en nuestros ojos. Hay una nota, que sigue sonando, que me impulsa a llorar... ¿pero por qué? No estoy seguro.

El gato amarillo, que puede haber pertenecido a la pareja que se despedazó, está soñando. Sus zarpas se crispan de tanto en tanto, y una vez hizo un pequeño comentario ahogado, a través de su boca cerrada. Me pregunto con qué sueñan los gatos y a quién le estaría hablando en aquel preciso momento. Los gatos raramente desperdician palabras. Son bestias silenciosas. Se guardan los consejos, reflexionan. Reflexionan todo el día, y sus ojos reflexionan durante la noche. Los gatos siameses sobrealimentados pueden ser tan ruidosos como perritos, y entonces la gente dice: "Hablan", pero el ruido está más lejos de la palabra que el profundo silencio del sabueso o el cachorro. Todo lo que este gato puede decir es miau, pero tal vez sus silencios me sugieran lo que he perdido, por qué siento pena. Tengo la sensación de que él lo sabe. Por eso vino aquí. Los gatos buscan el Número Uno.

Se estaba poniendo espantosamente caliente. Quiero decir, cada vez se podía tocar menos. Los fogones, por ejemplo; ahora bien, sé que es habitual que los fogones estén calientes, es su destino, existen para estar calientes. Pero empezaron a calentarse sin haber sido encendidos. Ya fueran eléctricos o de gas, allí estaban cuando uno entraba en la cocina para el desayuno, los cuatro llameantes, con el aire que estaba por encima estremeciéndose como gelatina por las ondas de calor. No servía de nada apagarlos, porque jamás habían sido encendidos. Además, los botones también estaban calientes, desagradables al tacto.

Alguna gente trató de enfriarlos con toda su fuerza. La técnica favorita era encenderlos. Algunas veces funcionaba, pero no se podía confiar. Otros investigaron el fenómeno, trataron de llegar hasta la raíz, la causa. Tal vez fueran los más atemorizados, pero el hombre siempre es más humano cuando siente temor. Actuaron con frialdad ejemplar ante los fogones calientes. Estudiaron, observaron. Eran como el tipo del Juicio Final de Miguel Ángel, que se cubre horrorizado el rostro con las manos mientras los demonios lo arrastran a los infiernos... pero sólo se tapa un ojo. El otro ojo está observando. Es todo lo que puede hacer, pero lo hace. Observa. Por cierto que uno se pregunta si el Infierno existiría si él no lo observara. No obstante, ni él ni la gente a la que me estoy refiriendo tenían tiempo suficiente para hacer algo. Y, finalmente, estaba la gente que no trataba en absoluto de hacer o pensar nada.

Sin embargo, cuando una mañana empezó a salir agua caliente de los grifos del agua fría, hasta la gente que les había echado la culpa de todo a los demócratas comenzó a sentir un desasosiego más profundo. Al poco tiempo, los tenedores, los bolígrafos y las herramientas estaban tan calientes que no se podían manejar sin guantes; y los automóviles eran realmente terribles. Abrir la puerta del coche era como abrir la puerta de un horno que funcionara al máximo. Y para entonces, las otras personas abrasaban los dedos. Un beso era como un hierro de marcar. El pelo de los niños lamía las manos como fuego.

Aquí, como he dicho, se está más fresco, y, en realidad, este animal es fresco. Un verdadero gato fresco. No es raro que sea agradable acariciar su pelo. Además, se mueve lentamente, que es toda la lentitud que razonablemente se puede esperar de un gato. No tiene esa frenética cualidad que han adquirido casi todas las criaturas... todo lo que hacían era ZAP y ya no estaban. Carecían de presencia. Supongo que los pájaros siempre han tendido a ser así, pero incluso el colibrí solía detenerse un segundo en el centro de su frenesí metabólico, y pender, derecho como un eje, por encima de las fucsias... luego desaparecía otra vez, pero uno sabía que algo había estado allí, aparte de la fugaz brillantez. Pero sucedió que hasta los petirrojos y las palomas, esos pájaros pesados e impudentes, eran fugaces; y en cuanto a las golondrinas, rompían la barrera del sonido. Se sabía de las golondrinas sólo por el curvado *boom* sónico que ondulaba sobre los aleros de las casa viejas al atardecer.

Los gusanos se disparaban como trenes subterráneos a través de la tierra de los jardines, entre las entrelazadas raíces de las rosas.

A los niños casi no se les podía poner la mano encima: demasiado rápidos para atraparlos, demasiado calientes para tocarlos. Crecían ante nuestros ojos.

Pero esto siempre ha sido cierto.

He sido interrumpido por el gato, que se despertó y dijo miau una vez, luego saltó de mi falda y se restregó diligentemente contra mis piernas. Éste es un gato que sabe cómo conseguir que lo alimenten. En su salto hubo una ociosa fluidez, como si la gravedad lo afectara menos que a las otras criaturas. En realidad hubo algunos casos aislados, antes de que me fuera, de falta de gravedad; pero la cualidad del salto de este gato fue algo muy diferente. Aún no he caído en un estado de confusión tal que me sienta alarmado por la gracia. Por cierto que me parece tranquilizadora. Llegó una persona mientras estaba abriendo una lata de sardinas.

Al oír golpear pensé que podría ser el cartero. Echo mucho de menos la correspondencia, de modo que me apresuré a contestar y dije:

—¿Es el cartero?

¡Sí!— replicó una voz.

Abrí la puerta. Él entró, casi empujándome. Dejó caer una enorme bolsa, se irguió, se pasó una mano por los hombros y dijo.

—¡Guau!

–¿Cómo llegaste aquí?

Él me miró con fijeza.

–¿Cómo?

Ante esto, volvieron mis pensamientos relativos al habla humana y animal, y decidí que tal vez él no fuera un hombre, sino un perro pequeño. (Los perros grandes raramente dicen sí, guau, cómo, a menos que sea apropiado hacerlo.)

–Vamos –lo insté–. Vamos, vamos, eso es, muchacho, lindo perrito.

Inmediatamente abrí una lata de cerdo para él, porque parecía medio muerto de hambre. Comió vorazmente, atragantándose y relamiéndose. Cuando terminó dijo "¡Guau!" varias veces. Yo estaba a punto de rascarle detrás de las orejas cuando se puso rígido, con el pelo erizado, y gruñó desde el fondo de la garganta. Había visto al gato.

El gato ya lo había visto antes a él, mirándolo sin interés, y ahora estaba sentado sobre un ejemplar de *El clave bien temperado*, limpiándose el aceite de las sardinas que le había quedado en los bigotes.

–¡Guau!– ladró el perro, al que yo había pensado llamar Rover–. ¡Guau! ¿Sabes qué es eso? ¡Es el gato de Schrödinger!

–No, no lo es; ya no lo es, es mi gato –dije, ofendido.

–Oh, bien, Schrödinger está muerto, claro, pero es su gato. He visto cientos de fotografías tuyas. Erwin Schrödinger, el gran físico, ¡Oh, guau! ¡Pensar que lo encontraría aquí!

El gato lo miró con frialdad durante un momento y empezó a lamerse el hombro izquierdo con negligencia. En el rostro de Rover se veía una expresión casi religiosa.

–Estaba escrito –dijo, en voz baja y reverente–. Sí. Estaba *escrito*. No puede ser una simple coincidencia. Es demasiado improbable. Yo, con la caja, tú, con el gato; encontrarnos... aquí... ahora –me miró con los ojos brillantes de fervor y felicidad.

–¿No es maravilloso? –dijo–. Buscaré la caja y la prepararé.

Y Comenzó a abrir a tirones su enorme bolsa. Mientras el gato se lamía las patas delanteras, Rover la desempaquetó. Mientras el gato se lamía la cola y la panza, zonas a las que es difícil llegar graciosamente, Rover armó lo que había desempaquetado, un trabajo completo. Cuando él y el gato terminaron sus operaciones simultáneamente y me miraron, me sentí impresionado. Habían concluido al unísono, al segundo. Por cierto que parecía que había algo más que casualidad en ello.

–¿Qué es eso? –pregunté, señalando una protuberancia en el exterior de la caja. No pregunté qué era la caja, porque evidentemente era una caja.

–El revólver –dijo Rover, orgulloso y excitado.

–¿El revólver?

–Para matar al gato.

–¿Para matar al gato?

–O para *no matar* al gato. Depende del fotón.

–¿El fotón?

–¡Sí! Es el *Gedankexperiment* de Schrödinger. Verás, aquí hay un pequeño emisor. A la Hora Cero, cinco segundos antes de que se cierre la tapa de la caja, emitirá un fotón. El fotón chocará contra un espejo semiazogado. La probabilidad mecánica cuántica de que el fotón pase a través del espejo es exactamente del cincuenta por ciento, ¿no es cierto? Entonces, si el fotón lo atraviesa, activará el gatillo y el revólver hará fuego. Si el fotón es desviado, no se activará el gatillo y el revólver no hará fuego. Ahora bien, tú pones el gato en la caja. El gato ya está en la caja. Cierras la tapa. Te alejas, ¿Qué sucede? –los ojos de Rover relucían.

–¿El gato siente hambre?

–El gato muere... o no muere –dijo, asiendo mi brazo, aunque no, afortunadamente, entre sus dientes–. Pero el revólver es silencioso, absolutamente silencioso. La caja es a prueba de sonido. No hay modo de saber si el gato ha recibido o no el disparo hasta levantar la tapa. ¡No hay modo! ¿No ves la importancia que esto tiene para toda la teoría cuántica? Antes de la Hora Cero todo el sistema, tanto en el nivel cuántico como en el nuestro, es simple y agradable. Pero después de la Hora Cero todo el sistema puede representarse solamente por medio de una combinación lineal de dos ondas. No podemos predecir la conducta del fotón y, por lo tanto, una vez que se ha comportado, no podemos predecir el estado del sistema que éste ha determinado. ¡No podemos predecirlo! ¡Dios juega a los dados con el mundo! ¡De este modo se demuestra que si deseas alguna certeza, cualquier certeza, debes crearla tú mismo!

–¿Cómo?

–Abriendo la tapa de la caja, por supuesto –dijo Rover, mirándome con repentina desilusión, quizá con un dejo de sospecha, como un bautista que descubriera que ha estado hablando de asuntos de la iglesia no con otro bautista, como suponía, sino con un metodista o incluso, Dios no lo permita, con un episcopalista–. Para averiguar si el gato está muerto o no.

–¿Quieres decir –pregunté– que hasta que no abres la tapa de la caja el gato no está ni vivo ni muerto?

–¡Sí! –dijo Rover, radiante, dándome la bienvenida por mi regreso al redil–. O tal vez ambas cosas.

–¿Pero por qué el solo hecho de levantar la tapa de la caja y mirar vuelve a reducir el sistema a una probabilidad, gato vivo o gato muerto? ¿Por qué no nos incluimos en el sistema al levantar la tapa de la caja?

Hubo una pausa.

–¿Cómo? –ladró Rover con desconfianza.

–Bien, nos involucraríamos en el sistema, la superposición de las dos ondas. No hay motivo para que exista solamente en el *interior* de una caja abierta, ¿no es así? De modo que cuando nos acercáramos a mirar, allí estaríamos, tú y yo, ambos mirando a un gato muerto, y ambos mirando a un gato vivo. ¿Lo ves?

Una oscura nube descendió sobre los ojos y la frente de Rover. Ladró dos veces con voz ahogada y áspera, y se alejó. Con la espalda vuelta hacia mí, dijo con voz firme y triste:

–No debes complicar el asunto. Ya es bastante complicado.

–¿Estás seguro?

Asintió. Volviéndose, me suplicó:

–Escucha. Es todo lo que tenemos... la caja. La caja. Y el gato. Y están aquí. Pon el gato en la caja. ¿Lo harás? ¿Me dejarás poner el gato en la caja?

–No –dije, impresionado.

–Por favor. Por favor. Sólo por un minuto. ¡Por medio minuto! ¡Por favor, déjame poner el gato en la caja!

–¿Por qué?

–No puedo tolerar esta terrible incertidumbre –dijo, y rompió a llorar.

Durante un rato quedé indeciso. Aunque sentía pena por el pobre hijo de perra, estaba a punto de decirle suavemente que no, cuando sucedió algo curioso. El gato se acercó a la caja, husmeó a su alrededor, levantó la cola y roció un rincón, para delimitar su territorio; luego, ágilmente, con esa maravillosa fluidez, saltó al interior. Su cola amarilla rozó apenas la tapa cuando saltó, y ésta se cerró, cayendo con un clic suave y decisivo.

–El gato está en la caja– dije.

–El gato está en la caja –repitió Rover en un susurro, cayendo de rodillas–. Oh, guau. Oh, guau. Oh, guau.

Hubo un silencio, un profundo silencio. Ni un sonido. No sucedió nada. Nada sucedería. Nada sucedería nunca, mientras no levantáramos la tapa de la caja.

–Como Pandora –dije, en un débil susurro.

No podía recordar muy bien la leyenda de Pandora. Había dejado escapar de la caja todos los males y plagas, pero también había algo más. Después de liberar a todos los demonios, había quedado algo diferente, inesperado. ¿Qué había sido? ¿La esperanza? ¿Un gato muerto? No podía recordarlo.

Me invadía la impaciencia. Me volví hacia Rover. Él me devolvió la mirada con sus expresivos ojos pardos. No me pueden decir que los perros no tienen alma.

–¿Qué es exactamente lo que tratas de comprobar? –pregunté.

–Que el gato estará muerto, o no –murmuró sumisamente–. Certeza. Todo lo que quiero es una certeza. Saber *con seguridad* que Dios *sí* juega a los dados con el mundo.

Durante un rato lo miré, incrédula.

–Si lo hace o no –dije–, ¿crees que te dejará una nota en esa caja?

Fui hacia la caja y con un gesto dramático levanté la tapa de un tirón. Rover se irguió tambaleante, jadeando, para mirar. El gato no estaba allí.

Rover no ladró, ni se desmayó, ni maldijo, ni lloró. Realmente, lo tomó muy bien.

–¿Dónde está el gato? –preguntó finalmente.

–¿Dónde está la caja?

–Aquí.

–¿Dónde es aquí?

–Aquí es ahora.

–Eso solíamos pensar –dije– pero en realidad deberíamos usar cajas más grandes.

El miró a su alrededor con muda perplejidad y no se acobardó, ni siquiera cuando el techo de la casa fue levantado exactamente como la tapa de una caja, dejando entrar la desmedida, desenfrenada luz de las estrellas. Sólo tuvo tiempo de suspirar un " ¡Oh, guau!".

He identificado la nota que suena y suena. La comprobé en la mandolina antes de que se fundiera el pegamento. Es la nota La, la que volvió loco a Robert Schumann. Es un tono bello, claro, mucho más claro, ahora, que son visibles las estrellas. Echaré de menos al gato. Me pregunto si habrá descubierto qué fue lo que perdimos.

Miss Omega Cuervo

Naomi Mitchison

Traducción de Victoria Lentini y José Manuel Pomares en *Cuando fuimos a ver el fin del mundo*, cuentos de ciencia ficción, selección de Terry Carr, Luis de Caralt Editor S. A., 1978.

Naomi Mitchison tiene una buena reputación entre los escritores de ciencia ficción como autora de la novela Memorias de una mujer del espacio. Esta es una incisiva y brevísima historia sobre un experimento destinado a aumentar la inteligencia de un grupo de cuervos. En una narración muy corta, Lady Mitchison se las arregla para decir mucho sobre la naturaleza y las costumbres del intelecto.

Los otros siempre eran rápidos, siempre los primeros. ¿Era por lo que nos hicieron cuando éramos jóvenes, cuando nos sacaron de nuestros nidos antes de que nuestras plumas fueran poco más que cañones y nos alimentaron con esa otra comida y nos hicieron dormir, y nos pusieron los pequeños hilos en nuestras cabezas, de modo que podíamos mirar hacia atrás y hacia adelante? Nos convertimos en algo diferente. Y, sin embargo, creo que yo me convertí en la más diferente de todos. Sabíamos lo que teníamos delante y cómo conseguirlo. Nosotros sabíamos, no en las profundidades, allí donde no existe la menor posibilidad de conocer en nuestros cuellos y alas los movimientos del vuelo de apareamiento, cuando todo es Ahora. No, eso no. Sabíamos con las partes de nosotros mismos capaces de elegir. Ellos le llamaban pensamiento, recuerdos, mirar hacia adelante. Yo fui la última en ser incubada, húmeda y floja, con mi pico produciendo chillidos, con los trozos del cascarón aún adheridos a mí. No había visto a mi madre. Abrí los ojos y le vi a él, al Dios-hombre, con la comida especial. Él se convirtió en ella. Tuve que seguirle, hacer lo que él hacía, convertirme en algo suyo. ¿De qué otro modo? Y, sin embargo, aún cambié mucho más precisamente a causa de eso. Pero ellos nos hicieron recorrer un largo camino en la obscuridad, en una caja, y nos hicieron volar. Para entonces, nuestras alas ya habían crecido. Sentíamos una necesidad, pero no sabíamos de qué se trataba.

Cuando volamos, nos encontramos en un lugar diferente, con paisajes de rocas y árboles, pero nada de paredes construidas. Sin embargo, en nuestro interior, lo sabíamos. Sabíamos las formas en que íbamos a vivir. La comida. Y estaban los compañeros. ¡Oh! Maravillosos; con la parte profunda que no tiene elección, yo sabía que ésa era mi necesidad. Tengo que conseguir uno. Tengo que conseguir el más hermoso, el mejor, con sus brillantes plumas oscuras, con el brillo en los ojos. Tenemos que bailar juntos en el aire. Para eso es para lo que están hechas las alas. Nos olvidamos de los humanos que nos habían criado; nos olvidamos de mirar hacia adelante y hacia atrás. Pero quizá yo no me olvidé del todo. Quizá fue eso lo que salió mal.

No salté inmediatamente al aire, canturreando y rebosante, para perseguir al mejor de los pájaros, al cuervo de los cuervos, a Alfa Corax. Mis crestas emplumadas eran lentas en ponerse en erección como signo de bienvenida que le

hubiera atraído, sí, para colocar su cuello sobre el mío. Otras lo hicieron, mis odiadas hermanas, saltando con los picos enhiestos, agitadas, cortejando, gritando. Y los compañeros respondieron, contestando con las mismas notas de amor, las mismas erecciones y relajaciones, de modo que las plumas se levantaron y los picos golpearon secamente. Ya estaba muy claro quién era el mejor, quién podía vencer a quién, aunque eso apenas si había quedado claro para nosotras, pajaritas hembras. (Incluso durante el baile de cortejamiento cuando el aire parecía permitirnos flotar, dándonos la bienvenida, invitándonos a enormes alturas de gloria, desde las que una podía zambullirse rápidamente, con el aire resonando en las plumas, o incluso cuando el compañero, volviéndose sobre su espalda, invitaba con sus aleteantes y extendidas alas, pero advertía con su pico y sus garras.) Una tras otra, las parejas empezaron a remontar el vuelo. Pero yo... ¿Yo? ¡Claro que no podía quedarme fuera! Pero lo estaba. Para mí y para otra, no había compañero. Había dos más de nosotras que de ellos. O quizá dos de ellos habían muerto mientras crecían. Ella, la otra que se quedó sin compañero, era incluso más odiosa que las esposas. Cada una de ellas había tomado el rango de su esposo y lo mantendría durante toda la vida. Nosotros, los cuervos, nos apareamos para siempre con nuestro propio compañero.

De este modo, cada cual aceptaba y daba órdenes, cada cual picoteaba como castigo y era picoteado; sucedía lo mismo con los esposos. Únicamente el más hermoso, el más valiente, el mejor cuervo de todos, Alfa Corax, daba órdenes. Nadie le picoteaba a él. Él dirigía a la bandada para descansar o para cazar. Él vigilaba y advertía en caso de que aparecieran enemigos, y a veces atacaba. Su pico era el más agudo.

Pero yo era la más baja de entre las bajas. Ella –la otra que se había quedado sin compañero– me picoteaba y yo tenía que aceptarlo, alejándome de la comida, no replicando a los picotazos. Todo eso estaba en mi parte más profunda. No podía evitar el ser como era. No había otra elección. Pero también me sentía enojada y ese enojo estaba en la otra parte de mí, impulsándome a planear. Esa parte de mí pensó en un futuro en el que yo no sería picoteada. Sabía que me estaba haciendo fea. Las plumas se me caían. Estaba delgada, porque siempre recibía la peor parte, ya fuera de carne, de huevos o de grano y nueces, lo que era más raro. No resultaba extraño que me picotearan y yo no tuviera a nadie a quien picotear. ¿Acaso el Dios-hombre me había hecho así? De haberme hecho algo más, no podría haberme planteado la pregunta que me estaba haciendo.

Así pues, continuaron las cosas. El más hermoso vigilaba y nos conducía hacia la comida; y lo mismo hacía su esposa. Ella veía con los ojos de él. Ella también dirigía el vuelo en el que yo era la última. Y yo sabía dos cosas opuestas: en lo más profundo de mí, que eso era como era, pero en la parte exterior, en la parte de cambio y de elección, que esto no era para siempre y que algún día habría una oportunidad y un plan. Pero las oportunidades no aparecían. Los compañeros hicieron los nidos, hermosos, envidiables, con ramitas y hierbas y tierra y pequeños palitos, ordenados deliciosamente, con el interior forrado de hierbas y plumas suaves, preparados para recibir los huevos. En una ocasión, intenté sentarme en un nido, ¡pero con qué dolor y enojo me echaron de allí! Traté de unirme a ellos en los vuelos, traté de elevar mi cresta y atraer a cada uno de los machos, pero no despertaba nada en ninguno de ellos, pues sólo tenían una

imagen constante en sus mentes. Ellas también habían estado en manos del Dios-hombre, pero ahora se habían olvidado. Yo, al estar sola, no podía olvidar.

Empezaron entonces a abrirse los huevos y los jóvenes salieron con el tremendo instinto y la necesidad de ser alimentados. Los demás me miraban, sabiendo lo que me había perdido. Fui yo quien descubrió el cordero muerto con el que nos alimentamos en un verdadero festín. Fui yo quien vio al Dios-hombre rodeándonos, no sé con qué propósitos, aunque creí que no era malo. No fueron ellos los que me dejaron hambrienta. Ellos se hablaron los unos a los otros, o así lo supuse yo. También vi que cogían algunos de los nidos, mientras alimentaban a otros con su propia comida. Las madres se sintieron brevemente perturbadas, pero ninguno de nosotros podía sentir que los Dios-hombres fueran enemigos. Sólo eran mucho más altos que nosotros, más incluso que los Alfas; ellos podían dar órdenes. Podían picotearnos todo lo que quisieran y cualquiera de nosotros tenía que someterse, pero precisamente porque nos habían alimentado, no hicieron eso; no tenían necesidad de hacerlo. También estaba allí aquel al que vi primero al abrir los ojos. Observó mi cuerpo delgado y exhausto; había traído consigo trozos de comida, no de su propia clase, sino verdadera carne cruda. Me dio algo y yo traté de tragarla rápidamente antes de que la otra sin compañero pudiera verme y quitármelo. Sin embargo, ella se acercó y su pico negro se lanzó contra mí; volaron plumas. La parte interna y profunda de mí me estaba haciendo acobardarme y aceptarlo. Pero la parte que yo no había olvidado, la que me había mostrado el Dios-hombre, me enseñó que era carne lo que me había dado. Introdujo en mí el conocimiento de la elección. Y, al cabo de un momento, fue ella la picoteada. ¡Hice volar sus plumas! Era algo imposible y, sin embargo, sucedió.

Una vez picoteada, ella lo aceptó. Ésta era la primera lección. Para las dos. Yo la odiaba. No pude dejar de picotearla. Sólo la dejé cuando el Dios-hombre me levantó, de modo que ella pudo echar a correr y después se alejó revoloteando, con torpeza. Sentí sus manos, pensando en mí, a través del agitarse de mis alas extendidas y de la tensión de mi cuerpo. Mi pico deseaba picotear, mis garras querían desgarrar; el pico apuntó, incapaz aún de picotearle. Él era mi madre; el ser ante quien había abierto los ojos. Él me tenía pero, de algún modo, se me ocurrió pensar que yo también le tenía a él.

Después, hubo de nuevo un festín. Una vaca había parido. Ella se alejó con el ternero, dejando sobre la hierba todo lo rojo y húmedo que había sacado. Eso era para nosotros. Pero ahora tenía a alguien a quien picotear y alejar si ella se acercaba, y la que le había picoteado antes no podía cambiar inmediatamente y empezar a picotearme a mí. Se había establecido el viejo modelo. Sin embargo, como ella también había estado con los dioses-hombres y también había sido parcialmente cambiada por ellos, de modo que tenía posibilidad de elección, empezó a darse cuenta de que yo había ocupado el lugar de la otra y también tenía miedo por si acaso yo no lo aceptaba. A veces, sus picoteos no eran muy duros. Pero yo no la ataqué inmediatamente, no cuando ella estaba con su nido y con su compañero.

Las hojas de los grandes árboles nido se habían extendido, haciéndose verdes para vivir la vida de las hojas. Después, se hicieron de color marrón y terminaron por soltarse y los montones de hojas oscilaban por poco tiempo en el aire y caían y quedaban en el suelo, quietas e inútiles. Los pájaros jóvenes empezaron a

volar. Pero los dioses-hombres se habían llevado uno de cada nido. Yo estaba observando, aunque las madres no siempre observaban. Ellas y sus compañeros se arremolinaron y revolotearon y gritaron inútilmente y, sin embargo, todos ellos lo sabían en las partes de sus mentes que miraban hacia adelante y hacia atrás; sabían que los dioses-hombres tenían el derecho y que de este modo era mejor para todos.

Y entonces empezaron los días fríos y todos volvimos a desparramarnos, aunque las parejas se mantuvieron en parte juntas. En invierno había menos comida y menos luz del día para encontrarla. Y yo empecé a devolverle los picotazos a la que estaba situada inmediatamente por encima de mí. Su compañero miraba indeciso, pero no era a él quien yo quería. Yo no quería a ningún compañero; era la estación errónea. Sólo quería estar arriba. A la próxima estación podría ocupar el lugar de ésta, pero eso no era suficiente. ¿Qué haría entonces?

El Dios-hombre vino. ¿Era el Dios-hombre el que estaba arriba o era posible que todos estuvieran arriba? No parecían hacerse daño los unos a los otros. Pero quizá lo hacían de alguna forma que mantenían oculta para los cuervos; ¿quién podía saberlo? No valía la pena preguntarlo, aún cuando una supiera qué o cómo preguntar. ¿Qué es preguntar? Así pasó el tiempo. Pero un día, el Dios-hombre se marchó y con él, en una caja, se marchó la esposa de Alfa Corax, el mejor cuervo. ¿Adonde se había marchado ella? No sabíamos qué pensar; sólo sabíamos que todos estábamos perturbados. Ella, con él, había dirigido las expediciones de búsqueda de comida de los cuervos. Él estaba acostumbrado a tenerla consigo. Él llamó; ella no estaba allí. Él lanzó los gritos propios del compañero; ella no contestó. Pero todas nosotras sentimos algo en la parte profunda que deseaba contestar, incluso antes de que llegara la estación del apareamiento. Hubo movimiento y pequeños ruidos. Se elevaron plumas y se inició una procesión de posturas. Y entonces, mi propio Dios-hombre me miró y él también lanzó un grito de apareamiento y elevó los brazos, haciéndolos oscilar como alas. Él era mío. Él me había tomado del huevo y me había cambiado para que yo pudiera salir de los viejos modelos. Y entonces, de repente, fui yo quien empezó a contestar a Alfa Corax; fui yo quien estaba con él, quien había ocupado el lugar más alto. Yo era lo mismo que mi Dios-hombre, mi Dios máximo.

Ahora sería yo quien tendría a Alfa Corax, el pájaro más alto, el más hermoso, el cuervo de los cuervos. En la época del apareamiento, bailaríamos juntos en el aire y después construiríamos nuestro nido. Pero hoy, ahora, él me reconocía. Hoy, yo era Alfa. Podía picotear a la que estaba debajo de mí, y ninguna de ellas podría picotearme a mí. Me convertiría en alguien hermoso y brillante; mis plumas serían siempre suaves; picaría y tragaría los bocados más sangrantes de toda la comida; tendría el mejor nido, el más seguro, nada de tenerlo construido en el borde de las ramas.

Todo esto ocurrió. Me ocurrió a mí. Ahora, estoy apareada para siempre con Alfa Corax. Sí, al principio hubo algunas que se rebelaron, que seguían teniendo en el fondo de sus mentes que yo aún era la picoteada, la Cuervo Omega. Sí, algunas de ellas trataron de picotearme. ¡Pero cómo las picoteé yo a ellas, desparramando plumas y sangre! Porque yo recordaba la otra comida y los pequeños hilos que me convirtieron en algo más que yo misma. Recordaba al

Dios-hombre que me convirtió en la máxima picoteadora, rompiendo la costumbre. Mi Dios-hombre, Dios máximo. Dios-hombre y yo.

Desperdicio humano

Mary Gentle

Human waste © 1994. Traducido por D. Brannen, corregido por Susana Todaro, en *Axxón* 65, Febrero de 1995.

Mary Gentle es autora de novelas de CF y fantasía muy elogiadas, como Golden withbreed (1983), Rats and gargoyles (1990) y Grunts (1993). Nacida en 1956, vive en Stevenage, Inglaterra. En este cuento, terriblemente duro, aprovecha elementos de CF para llevar al extremo un relato cuyo transcurrir es, por otra parte, estremecedoramente cotidiano, teniendo en cuenta que se basa en psicologías y situaciones de vida que hoy mismo proliferan en los alienados pobladores de las grandes ciudades.

Desperdicio humano es un cuento repugnante pero muy típico de cierta literatura de scifi feminista de choque. No es de agradable pero vale la pena leerlo.

Mi niño es un sustituto de mascota.

Lo diseñé masculino, para desquitarme de los hombres en general. No veo nada malo en esto. Mi psicoanalista me aconsejó dar salida a mi agresividad.

El sol se colaba a través de la ventana, trazando franjas en el pulido piso. El cuarto olía a cera. El pequeño Thomas se estaba colgando de mi cadera con las manos cubiertas de chocolate. Hedía a amoníaco. No lo había cambiado en días.

—¿Mami? ¿Mami? ¿Mami?

Lo decía con el mismo tono una y otra vez. Exactamente el mismo plañido interrogativo. No necesité alterar las especificaciones básicas de diseño en esto, parece venirles a todos en el ADN.

—¿Mami? ¿Mami?

Los pliegues de la cadera de mi jean negro de denim estaban manchados de chocolate derretido. Odio eso. Odio mucho eso.

—¿Ma...?

Como otras tantas veces, pero no con menos satisfacción, agarré a Thomas del cuello de su pequeño traje de juego, me apoyé en la silla giratoria, eché mi pie hacia atrás y le di una patada.

Lo sentí satisfactoriamente sólido, como patear una bolsa de arena tibia. Aunque duela, da una idea de cuán sólida es una criatura de dos años. La trayectoria fue correcta, y también lo fue el tump que hizo al aterrizar.

—¡Buaaaaaaaaaaa!

El pequeño cuerpo impactó en el piso del lado opuesto de la habitación. Pude notar de un vistazo que se había roto el cuello y que el suave cabello de su cráneo estaba pegoteado de sangre allí donde se había fracturado las frágiles placas de hueso. Apoyé mi codo en la mesa y observé.

Unas estructuras nanoscópicas se escurrieron por el cuerpo de mi bebé.

Brotaban de sus poros, micromáquinas tan pequeñas que sus engranajes son del tamaño de átomos. Sus manipuladores son capaces de hacer malabarismos con la materia básica. La naturaleza nos proveyó de los prototipos de estas máquinas hace miles de millones de años: las células orgánicas. Mis artefactos nanoscópicos son simples mejoras no-orgánicas.

La cosa gris fluyó, como una marea, como si estuviera haciendo crecer un molde temporario del pequeño cuerpo. En treinta segundos fluyó de regreso, desvaneciéndose en las cavidades óseas diseñadas específicamente para los nano-constructores.

El pequeño Thomas, con sus brazos y piernas rígidas, se alzó sobre sus pies y pataleó, regresando hacia mí por el parquet.

—O'ta vez —demandó, resollando—. 'tavez. 'tavez.

No dije que lo haya diseñado para ser brillante.

Tironeó de mis muslos. Esta vez la patada fue refleja; la ira es algo reluciente, brillante y escamoso a lo que uno se abandona. En lo que a mí concierne, el dolor que me produjo él al brotar de mi canal de nacimiento me da derecho a cualquier cosa que quiera hacer.

¡Bump!

—¡Buaaaaaaa!

Tump

Tac. Tac. Tac.

—¡'tavez! ¡'tavez! ¡'tavez! El día que empiece a hacerse inteligente lo reprogramaré. No debería ser necesario. Los nanoreparadores de su cuerpo son extremadamente especializados, parte de uno de los proyectos médicos por los que he ganado una cantidad de dinero increíblemente grande. Una de sus tareas programadas consiste en mantener en estado estable y constante el cuerpo y el cerebro, día a día. Thomas tiene ahora seis años cronológicos, pero biológicamente se mantiene en los dos.

Lo mantendré así. Podría crecer para ser uno de esos muchachos de afuera vestidos con camisas y pantalones desprendidos cuyos huesos, desprolijamente largos, parecen a punto de doblarse como una silla plegable. A los catorce podría ser más fuerte que yo.

Tampoco tiene mucha memoria. No me ocupé demasiado en averiguar si eso es parte de mis especificaciones de diseño o si la Naturaleza (ese concepto pasado de moda al que me jacto de parecerme) está siendo bondadosa. Mejor no contar

con eso. La naturaleza no se preocupa por los individuos. No es su estilo. Y hasta creo que la biosfera entera podría quedar inmersa en un frío planeta helado sin que se molestara demasiado. Como les dije siempre a mis estudiantes en los cursos de la red, no te preocupes si te cagas en Gaia. A ella no le importas nada tú.

John y Martin, mis compañeros de trabajo, no tienen precio como profesores. Cuando digo “no tienen precio”, por supuesto, quiero decir que son incapaces de valorizarse correctamente. Yo les sigo pagando un tercio por debajo de lo que les corresponde.

Un cuerpito caliente y agitado, mojado en la entrepierna, estaba intentando trepar en mi regazo.

¡Bump!

–¡Buaaaaa!

Tump.

Tap. Tap. Tap.

–O'tavez. 'tavez. 'tavez. Me parece que Thomas no se parece a Thomas, su padre. En realidad no tengo nada en contra de Thomas Erphingham; él no es uno de los hombres que tengo en mente cuando quiebro los brazos del pequeño Thomas. Es una lástima que el chico tenga sus ojos azules y su cabello negro. Me hubiera gustado más si hubiera sacado los míos. Supongo que debería haber puesto más atención en esa parte del jueguito del ADN.

Dejé mis máquinas conversando con la red y fui a darme una ducha. Algunas veces me llevo al pequeño Thomas a la bañera y juego con él. Algunas veces ni siquiera lo ahogo.

Hoy quería estar sola conmigo misma y cerré la puerta del cuarto de baño, cerrando la ducha de tanto en tanto para oír su llanto pidiendo comida y agua. La nanotecnología se asegura de que no muera –la micromáquinas fotosintetizan para él– pero el agua puede causar problemas. La deshidratación lo hace menos listo. Sin embargo, para verlo del lado bueno, me divierto mucho en la red cuando remarco que me olvidé de echarle agua al bebé.

La ducha apartó sus chorros de mi piel pecosa, me calentó, me perfumó y me secó. No miro mis manos muy seguido en estos días, aunque es difícil evitar las propias manos. Las cicatrices se fueron, reparadas por mi propia nanotecnología. Tienen, sin embargo, la misma forma familiar de siempre. Regordetas, con uñas fuertes. Lo único que les falta es el vello grueso y negro.

Familiar, por supuesto. Quiero decir: relativo a la familia. Sí, son las manos de mi padre. Podría alterarlas. Prefiero no hacerlo.

–¡Mami! Quiero ved una pedícula.

Caminé cruzando el cuarto y puse la pared-pantalla en el canal de noticias. Hay una pequeña guerra en algún lugar del sur; ellos encierran a las mujeres en

campos y las violan, forzándolas a tener los bebés de los soldados. Lo dejé viendo eso.

A veces, cuando yo no miro, se las arregla para cambiar el canal. Tengo reservada una delgada antena de auto de acero para esos casos.

Seguí hacia la cocina y abrí el freezer.

–¡Gorda! –gritó el demonio del freezer–. ¡Estás a dieta!

Se balanceó en sus largos brazos, con una mueca en su cara de anchos dientes. Usé material miniaturizado de orangután en el modelo básico. Hoy no estaba de humor.

–¡Gorda... au!

El demonio del freezer rebotó sobre la puerta, estrellándose en el piso con la cara hacia abajo. Quedó ahí, aplastado. Restregué mis nudillos mientras sus nano-fabricantes se extendían, inflándolo como un balón. ¡Pop! Forma de demonio de nuevo.

Se alejó gimoteando hacia una esquina del freezer, bajo la luz, enfurruñado.

–No tienes nada de qué quejarte –murmuré automáticamente.

Uno de mis hobbies es cocinar comidas no preparadas, a veces me distraigo muy satisfactoriamente. Hoy perdí buena parte de un dedo con un rallador de queso súper entusiasta y me quedé parada goteando sobre la piletta, mordiéndome los labios, mientras músculo y piel se reconstruían nanoscópicamente, no lo suficientemente rápido como para evitar el dolor. Perdí el apetito.

El sol se escurría a través de la ventana de la cocina, metiéndose entre los altos edificios. Aquí la mayoría hallamos correcto el uso de nano-fabricantes sólo en cosas biológicas. Hay partes de la ciudad en las que los objetos inanimados son tan mutables como la carne. Uno no puede encontrar dos veces el camino hacia un mismo lugar, usualmente porque ese lugar ya no está allí.

–¡Thomas!

Él se alzó, con determinación, sobre sus pies. Complacido de que lo llamara por su nombre, pienso. La mayor parte de las veces silbo para llamarlo y él viene. Toqué por un momento la tibia carne de su brazo, luego deslicé el collar sobre su cabeza, ajusté la trailla y abrí la puerta hacia la primavera.

Amo las calles cuando huelen a pasto y nafta. Hay parques cercanos a mi departamento; elegí el más cercano. Por un rato, disfrutando del calor del sol, llevé al pequeño Thomas colgado de un pie, escuchando sus agudos gritos. En el parque había palomas. Me senté en un banco y lo dejé correr por alrededor, al sol. Hay una calle que cruza el parque y los que transitan por ahí no son muy cuidadosos. Siempre hay chance de que alguno lo atropelle –un camión, quizá– de tal modo que, comprensiblemente, ni siquiera toda mi nanotecnología pueda rehacerlo. Esto le agrega una placentera tensión a la tarde. Yo, en realidad, no quiero tener que empezar otra vez desde el principio y hacerlo nacer de nuevo. Dos veces es suficiente.

—¿Señora...?

Era de la clase que conozco bien. Otro paseador de mascota, un hombre de unos treinta y pico, de piel pálida y con acné. Mantuve un ojo en el césped y la laguna, donde el pequeño Thomas estaba ocupado corriendo hasta donde están los biopatos y volviendo. La mascota del tipo se quedaba atrás, espiando.

—No —dijo—. No quiero escuchar su historia. No quiero escuchar cómo lo jodió su padre y cómo violó a su hermano menor durante ocho años y cómo usted recién fue a la policía cuando él empezó con el niño. No quiero escuchar cómo lo jodían su tío y primos desde que tenía cinco años, y cuánto le gustaba que lo hicieran porque era el único momento que ellos notaban que usted estaba ahí.

Me miró perplejo. Señalé hacia su mascota, con cierta economía de movimientos. Aún hoy soy económica con la energía; uno nunca sabe cuando va a necesitarla.

—Dueño masculino; mascota masculina —expliqué—. Sólo los detalles serán diferentes.

Tenía lindos ojos. Recordé las veces que pongo mis pulgares en los ojos del pequeño Thomas y los hago estallar como tomates maduros. No podía atacar a ese hombre con piel de pizza; pesaba al menos 95 kilos y (siendo hombre) debía ser un treinta por ciento más fuerte que yo en la parte superior de su cuerpo.

La tarde estaba arruinada. Me levanté, decidiendo ir a casa para tener una vigorosa sesión de juego con el pequeño Thomas y una lánguida masturbación en el sol remanente de la tarde.

—Pienso... —dijo el hombre, dudando— que podríamos tener algo en común. Algo de qué hablar.

Lo que él pensara que pudiera tener que decirme me superaba. Lo lindo, en realidad, hubiera sido que él tomara un rústico cuchillo de pan y se abriera el estómago y se serruchara el pito; eso lo disculparía conmigo. Pero, optimista como soy en la vida, no creía que eso fuera a ocurrir.

Me fui caminando sin mirar hacia atrás, silbando y paseándome para que Thomas me oyera. Vi que uno de los patos le había arrancado un ojo. Los reparadores nanotecnológicos estaban ocupados, formando una película gris e iridiscente sobre la órbita vacía. Por un rato me entretuve caminando de su lado ciego, escuchándolo llorar.

La ciudad se eleva a mi alrededor. Aun si no estuviera trabajando en la red, no querría estar con nadie. No hay nadie con quien quiera hablar. Habito un planeta diferente. Prefiero no comunicarme, incluso con aquellos con los que podría hablar, como ese hombre de piel enferma. Me desagrada profundamente la comunicación. Tengo un fuerte disgusto por la comunicación.

Camino de regreso a través de calles residenciales, esquivando las pequeñas pilas de excremento en las piedras del pavimento. Un llanto quejoso me acosa.

—¡Etoy cansado!

Me agacho y levanto al pequeño Thomas.

Su ropa está en un estado imposible de arreglar. Se la quito y la tiro en una zanja. Él se me pega, mimoso, pasando sus brazos desnudos alrededor de mi cuello. Un cuerpo tibio, con sus piernas enganchadas alrededor de mis sobresalientes caderas. Y como dije, no es brillante. Es afectuoso.

Es la única cosa a la que le tengo miedo.

No... hay dos cosas:

Que un día me canse del pequeño Thomas... Que ya no me sea suficiente.

O si no, que empiece a amarlo.

El elefante

Slawomir Mrozek

Elefantti, ©1957 by Slon. Traducido por Sebastián Castro en *La ciencia-ficción europea*, relatos de ciencia ficción presentados por Domingo Santos, biblioteca básica de ciencia ficción 9, Ediciones Dronite, 1982.

Slawomir Mrozek es un renombrado autor teatral, uno de los más conocidos fuera de las fronteras de su país, Polonia. Entre sus obras cabe destacar Tango y El policía, que han conocido un gran éxito mundial y han sido representadas también en los escenarios de nuestro país. Como narrador, Mrozek se apunta a la fantasía y al humor absurdo, siendo comparado en algunos aspectos al checo Kafka. En El elefante, que da título a uno de sus más conocidos volúmenes de cuentos, Mrozek critica, en clave de ácido humor, el acientifismo crónico de nuestros más sesudos estamentos científicos.

El director del Jardín Zoológico ha demostrado ser un advenedizo. Consideraba a sus animales simplemente como peldaños en la escalera de su propia carrera. Era indiferente a la importancia educativa de su establecimiento. En su Zoo la jirafa tenía un cuello corto, el tejón no tenía madriguera y los silbadores, habiendo perdido todo interés, silbaban rara vez y con cierta relucencia. Estos fallos no deberían haber sido permitidos, especialmente dado que el Zoo era visitado a menudo por grupos de escolares.

El Zoo estaba situado en una ciudad provinciana, y le faltaban algunos de los animales más importantes, entre ellos el elefante. Tres mil conejos eran un pobre sustituto para el noble gigante. Sin embargo, a medida que nuestro país se desarrollaba, iban siendo colmados los huecos en forma bien planificada. Con ocasión del aniversario de la liberación, el 22 de julio, se le notificó al Zoo que finalmente se le había asignado un elefante. Todo el personal, devoto de su trabajo, se alegró ante esta noticia, y por consiguiente fue muy grande la sorpresa cuando se enteraron de que el director había enviado una carta a Varsovia, renunciando a la asignación y presentando un plan para obtener un elefante por medios más económicos.

«Yo, y todo el personal», había escrito, «nos damos cuenta de la pesada carga que cae sobre los hombros de los mineros y los obreros metalúrgicos polacos a causa del elefante. Deseosos de reducir costos, sugiero que el elefante mencionado en su comunicado sea reemplazado por uno realizado por nosotros mismos. Podemos construir un elefante de goma, del tamaño correcto, llenarlo de aire y colocarlo tras una cerca. Será cuidadosamente pintado con el color correcto y hasta de cerca resultará indistinguible del verdadero animal. Es bien conocido que el elefante es un animal lento y pesado, y que ni corre ni salta. En el cartel de la cerca podemos indicar que este elefante en particular es especialmente lento y pesado. El dinero ahorrado de esta manera podrá ser dedicado a comprar un avión a reacción o a conservar algún monumento religioso.

»Le ruego humildemente que tenga en cuenta que tanto la idea como su ejecución son mi modesta contribución a la tarea y lucha comunes.

«Quedo, etc.»

Este comunicado debió llegar a algún burócrata sin alma, que contemplaba sus tareas en una forma puramente mecánica, y que no examinó las trascendencia del asunto sino que, siguiendo únicamente las directrices acerca de la reducción de gastos, aceptó el plan del director. Al tener noticia de la aprobación del Ministerio, el director dio órdenes para que se confeccionara el elefante de goma.

Este iba a ser hinchado de aire por dos empleados que soplarían por extremos opuestos. Para mantener la operación en secreto, el trabajo se realizaría durante la noche, pues los habitantes de la ciudad, habiendo oído que iba a llegar un elefante al Zoo, estaban ansiosos por verlo. El director insistió en dar prisas, además, porque esperaba un premio, si su idea resultaba ser un éxito.

Los dos empleados se encerraron en un cobertizo que habitualmente albergaba un taller, y comenzaron a soplar. Tras dos horas de duros esfuerzos, descubrieron que la piel de goma apenas se había alzado unos centímetros sobre el suelo y que la masa no se parecía en lo más mínimo a un elefante. Transcurría la noche. En el exterior, las voces humanas se habían acallado y solo los gritos de los chacales cortaban el silencio. Exhaustos, los empleados dejaron de soplar y se aseguraron de que el aire que ya estaba en el interior del elefante no se escapase. Ya no eran jóvenes y no estaban acostumbrados a este tipo de trabajo.

–Si seguimos a este ritmo –dijo uno de ellos–, no acabaremos antes de la mañana y, ¿qué es lo que le voy a decir a mi señora? Nunca me creerá si le digo que he pasado la noche hinchando un elefante.

–Tienes razón –admitió el segundo empleado–. El hinchar un elefante no es un trabajo que se dé todos los días. Y todo porque nuestro director es un izquierdista.

Siguieron soplando, pero después de otra media hora se sintieron demasiado cansados como para continuar. El bulto en el suelo era mayor, pero aún seguía sin tener la forma de un elefante.

–Cada vez resulta más difícil –dijo el primer empleado.

–Sí, es un trabajo cuesta arriba –convino el segundo–. Descansemos un poco.

Mientras estaban descansando, uno de ellos se fijó en una tubería de gas rematada por una espita. ¿No podrían llenar el elefante con gas? Se lo sugirió a su compañero.

Decidieron intentarlo. Enchufaron el elefante a la cañería de gas, abrieron la espita y, para su alegría, vieron como a los pocos minutos se alzaba un animal de buen tamaño en el cobertizo. Parecía real: el enorme cuerpo, patas como columnas, grandes orejas y la inevitable trompa. Movido por su ambición, el director se había asegurado el tener en su Zoo un elefante verdaderamente grande.

–De primera clase –declaró el empleado que había tenido la idea de usar el gas–. Ahora ya podemos irnos a casa.

Por la mañana, el elefante fue trasladado a un lugar especial, muy céntrico, junto a la jaula de los monos. Colocado frente a una gran roca verdadera, parecía imponente y magnífico. Un gran cartel proclamaba: «Particularmente lento y pesado. Apenas si se mueve.»

Entre los primeros visitantes de aquella mañana se hallaba un grupo de niños de la escuela local. El maestro que los tenía a su cargo planeaba darles una lección acerca del elefante. Detuvo al grupo frente al animal y comenzó:

—El elefante es un mamífero herbívoro. Por medio de su trompa arranca arbolillos y se come sus hojas.

Los niños estaban contemplando al elefante con embelesada admiración. Esperaban que arrancase un arbolillo, pero la bestia permanecía quieta tras la cerca.

—...el elefante es un descendiente directo del ya extinto mamut. Por consiguiente, no es sorprendente que sea el más grandes de los animales terrestres hoy vivos.

Los alumnos más conscientes estaban tomando notas.

—...solo la ballena es más pesada que el elefante, pero la ballena vive en el mar. Podemos decir, con toda seguridad, que en tierra firme el elefante reina supremo.

Una suave brisa movió las ramas de los árboles del Zoo.

—...el peso de un elefante adulto es de tres y media a cinco toneladas.

En aquel momento, el elefante se estremeció y se alzó en el aire. Por unos segundos flotó a poca altura sobre el suelo, pero una ráfaga de viento lo arrastró hacia arriba hasta que su gigantesca silueta quedó recortada contra el cielo. Durante un corto espacio de tiempo, la gente pudo ver desde abajo los cuatro círculos de sus patas, su abultada tripa y la trompa, pero pronto, impulsado por el viento, el elefante voló sobre la cerca y desapareció por encima de las copas de los árboles. Los asombrados monos se quedaron mirando al cielo desde el interior de su jaula.

Hallaron al elefante en el cercano jardín botánico. Había aterrizado sobre un cactus y había pinchado su piel de goma.

Los escolares que habían contemplado la escena en el Zoo pronto comenzaron a descuidar sus estudios y se convirtieron en gamberros. Se dice que beben licores y rompen ventanas. Y ya no creen en los elefantes.

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>